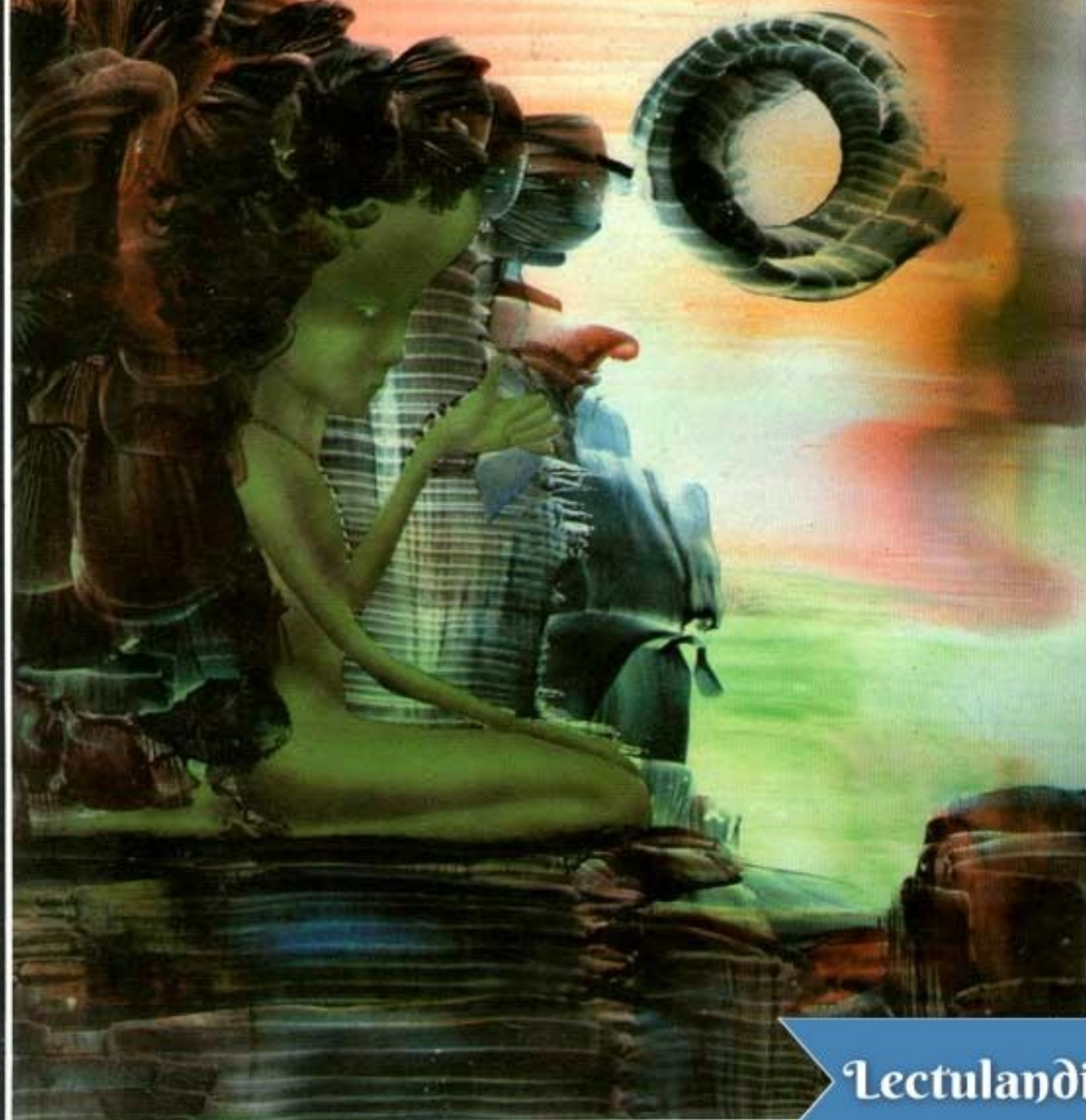


acervo ciencia / ficción

GABRIEL BERMUDEZ CASTILLO

# GOLCONDA



Lectulandia

Cuando un ser humano sufre una transformación que le cambia totalmente, tanto en lo físico como en lo mental, no se pueden esperar de él las mismas reacciones que motivan o mueven a los demás seres humanos. Esto es lo que le sucedió a Víctor Lanyard y a un grupo de amigos suyos después de su encuentro con el profesor de biología, Taberner.

Todo ello sucedía en uno de los planetas situados en los confines del imperio galáctico, el planeta denominado Golconda, así llamado por ser un verdadero emporium mineral, con todas las riquezas de metales, no metales, piedras preciosas y otras acumuladas en un solo lugar celeste. Tal planeta formaba parte de una confederación que unía varios planetas más bajo la férula de un emperador que vivía en la Tierra.

**Lectulandia**

Gabriel Bermúdez Castillo

**Golconda**

ePub r1.0  
sentinel 20.07.14

Título original: *Golconda*  
Gabriel Bermúdez Castillo, 1986  
Diseño de cubierta: Tomás C. Gilsanz

Editor digital: sentinel  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Es ciertamente cómico que la desgracia provenga en este mundo, tantas veces, de hombres bajitos. Son mucho más enérgicos e intratables que los altos. He procurado siempre no verme obligado a formar parte de compañías que tuviesen un capitán de escasa estatura. En general, son seres de cuidado.

ERICH MARIA REMARQUE

*Sin novedad en el frente*

# 1. RAMERAS EN LA UNIVERSIDAD

Os digo que el que yo viera a Judalong y me cayera bien desde el principio no ha tenido nada que ver con todo esto. Las cosas pasaron como tenían que pasar, y aunque no me hubiera conocido a mí, habrían pasado lo mismo. Que sí, que de acuerdo, gente. Me gustó desde que la vi. Y por eso me acerqué a ella... No digáis tonterías; porque alguno que ahora está abriendo mucho la boca y hablando de más, hubiera pagado a gusto por dormir con ella, como hice yo. ¡Ah! ¿Es que no lo sabíais? Pues así fue... y una noche entera, nada menos.

Estate quieto, porque no estoy metiéndome las manos en el bolsillo para sacar la navaja, sino un porro. No; no tengo más, pero os daré un par de chupadas. Bueno; lo contaré todo... la verdad es que esta noche no tenemos nada que hacer. Hemos cenado bien; hemos vendido la mercancía, y tenemos unos cuantos créditos para gastar mañana. Aún quedan unos dedos de coñac en la botella, y lo único que siento es tener un solo petardo, pero el puerco de Whitman no tenía más. Y le creo, porque entre el pequeño y yo le pusimos las filosas al cuello, y juró por sus muertos que ni uno más, palabra de honor, que me maten si no es verdad.

A ella la vi por primera vez cuando el autobús la dejó en la entrada de la Universidad. Andaba yo por allí aluspiando por todas partes, para ver qué saltaba, porque donde menos se piensa, sale el asunto, cuando la vi descargando las maletas en el arco de entrada. Llevaba sólo dos; una grande y la otra pequeña; las dos de piel roja, muy nuevecitas, sin estrenar... Me empecé a cantar para allá, después de guipar por las cercanías y darme cuenta de que ningún cera me estaba colocando. Las maletas eran nuevas, demonio, y de lejos sólo se guipaba una chica rubia como otras mil. Pero de cerca... ¡ah, de cerca, muchachos! Un sueño. ¡Que te calles besugo! ¡Las habrás visto tú mejores! ¿Dónde, animal?

Era una chava fenomenal. Fijaos; el pelo rubio y muy espeso, algo amontonado sobre la frente, como si llevase un gran postizo o cosa de ésas que las mujeres llevan metido debajo. Los ojos muy negros, y mirando fijamente al frente, a los edificios de la Universidad, mismamente como si tuviera miedo a lo que se le venía encima. Pero con estilo, con clase, queridos colegas. Todo su cuerpo decía: «No vas a poder tú más que yo, diablos». Tal vez no con esas palabras, porque era demasiado fina para hablar así (y tú no te rías, carasucia, o te hincho un ojo), sino que eso era lo que estaba pensando, ¿entendéis?

Al principio yo había pensado chorrarle una de las maletas (las dos era mucho pedir, ¿no, colegas?) y salir de naja con ella. El rosero no hubiera dado mucho por lápices de morro y ropa interior, y cuatro frascos de colonia, que no creo yo que ella llevase otra cosa guardada; pero más vale un crédito que un viento soplando. Después, cuando estuve cerca de ella... en fin, eso no lo sabéis vosotros, que sois

unos animales... Hay veces que una persona, a primera vista, te cae bien, ¿no es así? Pues eso es lo que me sucedió con Judalong. Me cayó muy simpática desde el principio, y en seguida se me olvidó lo de las maletas... Pero os explicaré cómo era.

Ya os he dicho que tenía el pelo rubio, como hinchado sobre la frente, y que se le abría en una especie de huecos donde había un pelo de un color más rubio. No era muy alta, no; e incluso algunos hubieran dicho que estaba un poco llenita. Yo sé que eso son tonterías, lo que pasa es que tenía abundancia de hermosura. Ya te he dicho, hijo de... Mira; no quiero decirte eso. Pero te he dicho, pedazo de guarro, que como te rías te partiré el hocico. Y sabes perfectamente que no hablo en broma.

Vestía un traje de ésos de cuero con pantalones anchos, cosa que me supo mal, porque me hubiera gustado mucho verle las piernas. Luego tuve ocasión de comprobar que valían la pena: eran largas, sin ser como esos mondadientes que algunas se creen que son el colmo de lo bonito. Sí, eso mismo digo yo, las mujeres tienen que tener carne, todo lo demás son tonterías. Pero aunque yo lo diga, lo hago mucho más finamente que tú, que parece que se te salen los ojos de la cara cuando hablas de eso. Y no es porque seas mayor que yo, ni mucho menos. Soy capaz de arrastrarte por toda la ciudad; lo sabes.

Tenía las manos un poco cortas, con las uñas pintadas de verde oscuro, de ese fluorescente; las cejas negras, muy pobladas, que casi se unían en mitad de la frente. Y una boca verdaderamente bonita, roja, con el labio inferior corto y bastante grueso... Cosa rica. Ya os digo, colegas. Me gustó mucho; como os hubiera gustado a vosotros. Se la veía indefensa y, al mismo tiempo, se notaba que estaba dispuesta a luchar, a no dejarse dominar.

—Buenos días —le dije—. ¿Te llevo las maletas?

Me miró, y había algo de burla en sus ojos. Burla buena, no malintencionada. Creo que el verme y el oírme hablar le sirvió para relajarse un poco.

—No eres muy alto —contestó, sonriendo—. ¿Vas a poder con ellas?

Sabéis que me molesta que me echen en cara mi poca estatura. Alguno hay que se ha tragado un buen pedazo de churi por llamarme enano. Pero en ella no me molestó. Era una buena chica; se notaba.

—Bueno —contesté—. Si no puedo con las dos, te llevo una. La pequeña, si te parece... ¿Hacen dos créditos?

Ni a mis batos les hubiera mirado a la cara por esa porquería de dinero, pero por ir con ella valía la pena fingir que cobraba poco. Se echó a reír, cogió la maleta grande y comenzó a caminar hacia la residencia de estudiantes, mientras yo cargaba con la pequeña. La verdad es que no pesaba nada.

Bueno, amigos. Durante unos cuantos minutos anduvimos los dos, uno al lado del otro, como dos viejos colegas, sin decir ni pío. Ella caminaba con flexibilidad, como los tigres o los leopardos que salen en las películas, y movía la cintura que era un

gozo verla. Nos cruzamos con algunos estudiantes, hombres o mujeres, de los cursos superiores, y un par de ellos silbaron al verla, pero sin decirle nada. Verdaderamente, yo no lo hubiera consentido, a pesar de que todos ellos me pasaban un palmo, dos palmos, o más... Sabían quién soy, y no querían líos conmigo.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Judalong —contestó. Tenía la voz bonita, muy profunda, y algo ronca. A veces podía pensarse que casi era como la de los que beben o fuman demasiado. Pero en ella estaba bien—. ¿Y tú? —dijo, mirándome a los ojos.

Se lo expliqué, pero no le dije lo que hacía por allí. Luego seguimos andando por el campus hacia la residencia, pisando la hierba, y cortando por las plazoletas y por los macizos de flores. Pasó algún cátedro, vestido con esas largas batas negras y el sombrero cuadrado en la cabeza; me echó una mirada de disgusto, pero tampoco se atrevió a decirme nada. Claro que si me hubieran dicho algo, en vez de contestar como esos vejstorios se merecen, me hubiera ido, aunque solamente fuera por no perjudicar a Judalong.

Estábamos llegando a la residencia, cuando vi que se acercaba uno de los ceras, muy orondo con su uniforme de color verde, y su pistola al cinto, mirando muy chulo bajo la gorra de plato. A éste yo no lo mordía, pero eso no me preocupó ahora; iba acompañando a Judalong y le llevaba la maleta; de manera que no era fácil que el cera se metiese conmigo. Pues, nada, queridos hermanos, me colé de medio a medio. Ya digo que no le había visto nunca; era nuevo, y tampoco podía haberme guipado, ni saber quién era yo. De manera que el muy tieso se sintió superior y quiso limpiar el patio de la Universidad.

—Lárgate de aquí —me dijo, parándose delante de nosotros—. Ya sabes que no pueden entrar los piojosos como tú.

Pensé que Judalong podía querer contestar, y por si eso le endiñaba algún perjuicio, solté la maleta, tiré de la churi y la abrí. El cera abrió unos ojos como platos cuando se encontró con más de un palmo de filosa, bien brillante y aguzada, a dos dedos de la barriga.

—No sé por qué te has enamorado de mí, tío mal parido —le dije—, pero si quieres ir por la brava, iremos por la brava... de manera que, a ver.

Venía otro cera, más viejo, ése que le llamamos «el Capón» corriendo por entre las palmeras y los monumentos ésos de metal brillante. Sólo me dio tiempo de ver que la pobre Judalong se había quedado de una pieza, como helada, cosa natural... porque yo había sido tan cortés y fino con ella, que no podía suponer que me tomase las cosas así con un maldito cera sólo porque me gruñía un poco.

El cera viejo, «el Capón», estaba hablándole al otro, y debía estar diciéndole que no se confundiese, y que no creyera que por verme tan pequeño iba a quedarse conmigo. Yo creo que «el Capón» se acordaba de cuando pelamos entre tres o cuatro



al doble por haber cerrado las verjas de los cobertizos. Tú no sabes esa historia, Terror de los Mares, pero es buena, y otro día te la contaré. De manera que el cera viejo acabó llevándose al otro, y aún le oí resollarle en voz baja:

—Más te vale no meterte con éstos. Lo que tú quieras... los denuncias, los coges, y los meten una quincena dentro. Pero mientras ése que tienes ahí esté dentro, sus amigos te desuellan vivo, y no lo cuentas. Y como él está a la sombra, no hay pruebas, ¿entiendes?

La pobrecita Judalong, muy pálida, estaba mirándome con una expresión que demostraba que no le gustaba haber metido sus ahorros en este negocio. La infeliz no sabía aún lo que era la Universidad, y la buena suerte que había tenido cayéndole bien, así de pronto, a uno como yo. Estas chavas son unas tontitas, aunque estudien mucho y sepan la caraba de cosas... Bueno; resultó que el que no sabía un par de cosas de la buena de Judalong era yo... pero eso viene luego.

De manera, queridos colegas, que el cera nuevo y el viejo se largaron los dos, arrastrando los gemelos por el barro, y yo me quedé solo con la ja.

—¿Es verdad eso que han dicho? —preguntó, mirándome muy fijo.

Mirad, estábamos en una rotonda a poca distancia de la residencia donde iba a vivir ella. Había bastantes árboles, arena en el suelo, un banco de ésos de piedra y una estatua de hierro, de níquel, o de cualquiera sabe qué, que representaba algo como un colmillo de elefante apuntando para arriba. ¿Una nave espacial? ¡No sabes tú nada, Mano Roja! Pues yo hubiera dicho que, por el tamaño, parecía un colmillo de elefante o algo así... sólo que en fin... tu estudiaste un año en colegio de pago, y yo no. Pásame un par de dedos de ese coñac y, si os apetece más, esperábamos las burdas del almacén que fichamos el sábado y nos traemos una buena provisión. En fin, compañeros, que yo dudaba y dudaba... y me senté en el banco, balanceando las piernas adelante y atrás, y pasé el dedo por el filo de la churi, y ella puso tan mala cara que la guardé. Y como no quería asustarla más, pues le contesté:

—Todo eso es mentira, Judalong. Ese tío era un mentiroso y un cerdo. Te juro que en mi vida he hecho un mal chirlo a nadie...

¡Lo que son las mujeres, chicos! Yo me creo ahora que si le digo que sí, que me he cargado a un par y que puedo apuntarme en el libro unas cuantas cosas más, la tía no se lo traga y piensa que estoy presumiendo. Pero como le dije que no y puse una carita así como de muy bueno, tal como la pone el rasibel de la Universidad cuando predica los domingos y les dice a todos lo cerdos que son y que no deben perseguir a las chicas ni beber como astronautas, y que arriba les espera un premio si en esta vida se aburren como mulas... Bueno, pues como puse esa cara, pensó lo contrario y se asustó más aún... o no se asustó, por lo menos por fuera. Majos, le veía los pensamientos pasarle por la cabeza, como los peces en una pecera; así de claros. Primero pensó que lo mejor era largarse; pero eso se le fue pronto, parte por miedo y

parte porque todas las mujeres quieren volverte bueno. ¿Qué tendré yo en los ojos, amigos? De manera que se sentó en el banco de piedra a mi lado y me dijo que si necesitaba dinero que no era preciso que hiciera nada malo, ni tampoco llevar maletas por dos créditos, y que ella había recibido una herencia, y me ayudaría a transformarme en un hombre de bien. Palabra de hampón que si no hubiera sido ella, le marco la filisa de un navajazo y tiene recuerdo para toda la vida. Pero Judalong me había caído bien, vaya, y todos sabéis cómo soy. Le abro la barriga al primero, pero si alguien me cae bien, ya puede hacerme lo que sea, que hasta le aguanto el sermón y el curripén de palabras que me echó para tratar de convertirme al pasmo y al aburrimiento.

—Bueno, calla ya —dije—. No necesito dinero... Mira.

Llevaba un puñado de borregas en el bolsillo, de las que quedaron cuando reventamos la maría en la tienda de trajes espaciales. Ver ella el brillo del oro y quedarse más turulata que antes, todo fue uno.

—Entonces... ¿por qué... por qué? Si no te hacían falta los dos créditos...

—Me caes bien —contesté, y no supe decir nada más.

Igual me puse colorado y todo; idiota que es uno cuando le entra una mujer por los diquindois. Y ellas se dan cuenta, vaya si se dan cuenta. Pero Judalong era bastante lista, de manera que no insistió en toda la matraca de la vida social y la sociedad y la honradez y esas cosas, sino que me dijo sencillamente que iba a vivir en la residencia vieja, de lo cual me alegré, porque me conozco todos los conductos de aire acondicionado y todos los pasadizos, y podría ir a verla o espiarla, por la noche o incluso de día. También me dijo en qué facultad iba a estudiar, y era ese edificio que le llamamos «el cementerio» porque tiene doble techo y hay ratas muertas en cantidubi, y además hemos escondido allí la bolsita de luces que le sacamos al viajante... y allí estará todavía. Y eso me alegró, porque algunas veces me he metido por el doble techo para esconderme, no de los ceras, que éstos no me dan ningún miedo, sino de la bofia de verdad, que ya sabéis que no anda con bromas y no respeta nada. A tu hermano, Mano Roja, lo cosieron a balazos cuando asaltamos aquel stadium, ¿no? ¡Pues eso! Y podía seguirla en las clases.

Que sí, chicos, que estaba completamente embolicado con Judalong... no os diré lo contrario. Pues me dijo eso, y que fuera a buscarla si la necesitaba. Y yo, que me conozco como van las cosas en esta puerca Universidad y en ésta no menos puerca ciudad, pensé: «Sí, sí, guapa. Más me vas a necesitar tú a mí». Y eso que aún no lo sabía todo sobre ella.

—Vamos, adelante —le dije—. Te dejo las maletas en la puerta.

Me contestó que no. Aunque no quería, por verme desastrado y sucio, se las llevé, prometiéndome por dentro que cuando saliera con ella me preocuparía más de ir un poco limpio, dentro de lo posible. Así que me marché, sin atreverme a pedirle ni un

cochino beso y sin hacer caso de la bruja con bigotes que había en la puerta, que la separó de mi lado como si estuviera salvándola de un gorila... Me volví para acá, dándome un garbeo, y de paso puse un par de pericos en dos tiendas cerradas que me encontré: ya sabéis cuáles, porque las dejamos limpias las dos. Dame un cigarro, Corazón Sangriento, y dejadme respirar un poco. Lástima que no tengamos otro porro para darle la vuelta.

Sabía perfectamente que era preciso hacerle una visita al profesor Taberner; pero todavía faltaban un par de semanas para la hora de tomar la píldora.

Sí, no te preocupes, Terror de los Mares. Las tengo aquí. Hay para todos y aún sobrarán un par. Ha dicho que las tomemos a las doce en punto; que para el año que viene cree que tendrá algo nuevo. De manera que sigamos hablando, mientras llega la hora.

Paseé por la zona del astropuerto, mirando todo lo que hay por allí, porque como sabéis, colegas, siempre es bueno el saber cosas y el verlo todo. Cada vez hay más teatros, bares y casas de buen vivir (nunca he entendido por qué las llaman los predicadores de mal vivir, si la gente dice que lo pasa tan bien en ellas...). No os riáis, machos, que era sólo un chiste malo. Conté cerca de cien bares, a cual más lujoso, más lleno de luces, de tías con poca ropa y con unas cuantas lentejuelas aquí y allá, y con docenas de pilotos y estudiantes borrachos perdidos... Como de costumbre, a mí no me hacía caso nadie. ¡Soy tan poca cosa! En uno de los callejones se me acercó un vejete repintado y con una pinta de pajubique de la peor clase, buscando un embarque barato, que no me explico cómo no se fundían las bombillas sólo de alumbrarlo. El tío llevaba un sombrero de copa gacho, de color negro, pestañas de a metro, calcos con tacones de un palmo, y unas ganas de parchear a un muchacho joven que se le pintaban en la cara.

—¿Solito? —me dice.

—¿A ti qué te importa? —le contesto.

Imaginaos eso; iba yo aún enchochado con mi Judalong y me sale un tío tabla como éste queriendo llevarse a la era. Demencial, amigos. Me eché un poco para atrás, poniendo la mano en la filosa por si las cosas terciaban mal, aunque con estos estetas sabéis que no hay más que dar un buen berrido y salen corriendo como chusquel al que le atizas con una estaca. Pero el tío debía de tener muchas ganas, porque quiso echarme la mano por encima. Empecé a sacar la churi y me eché para atrás otra vez. ¿Para qué armar lío si no hace falta? Y va el julay y saca una saña más negra que vuestras almas, y empieza a tirar papiros de los gordos, de quinientos y de mil créditos.

—¿No quieres unos billetes, mi alma? —me dice el condenado.

Palabra, amigos, que no me pude aguantar. Le di con la cabeza en los mismos

gemelos, y era cosa de verse el tío doblado en dos, revolcándose por el suelo, y gritando como chollo al que degüellan. Verdad es que tengo la cabeza dura y que cogí carrerilla, y además le pegué con toda mi fuerza. Ya el tío en el suelo, me incliné educadamente (como sabéis, soy un tipo fino para ciertas cosas), agarré la cartera y los papiros, pues hubiera estado muy mal dejarla allí, y por si al tío tabla le parecía poco la lección, le desminché los pantalones con la filosa para que no pudiera seguirme.

—Si te me acercas a menos de diez metros, maricón —le dije—, chillaré que has querido violarme, y como te vea un hombre del espacio, ya puedes figurarte... con lo que les gustan los que son como tú.

Ni lo vi más, al muy imbécil. Bueno; para entonces, el escándalo en el barrio del astropuerto era algo fenomenal. Los gritos debían de oírse en la misma ciudad, y está a una legua. Había pilotos y navegantes como cubas por todas las esquinas y, al parecer, habían aterrizado dos naves de línea, porque un montón de militares, aviadores, y todo lo imaginable, andaba por allí, no sabiendo en qué gastarse los cuartos. En el fondo, son buenos chicos, incapaces de hacerle daño a casi nadie. De las tascas y tabernas, y de las casas de buen vivir, salía un barullo y un follón como si estuvieran matando a medio mundo. De ceras y bofias, ni uno. Si aparecen por allí, los matan en menos que canta un ragnastor. Como de costumbre, había chicas a docenas. Alguna me daba un capirote cariñoso en la cabeza (tampoco son malas del todo) pero ninguna se metía conmigo. Ellas iban a lo suyo; a sacarles los créditos a los estudiantes o a los militares, o a enseñar pellejo en los escenarios...

Me fui a comer, y no hacía más que darle vueltas al asunto en la cabeza. ¿Cómo proteger a mi pobrecita Judalong? Estaba seguro de que como a las otras o como a los pobres novatos, la iban a laminar... y me daban unas ganas horribles de llorar cuando pensaba en eso, o si no de llorar, por lo menos de moler a alguien a coces. Fui al restaurante DERBYS, donde ya sabéis que me reservan mesa. El camarero, ese tío de color tabaco con los ojos torcidos, y que se llama Amalong Busilong o algo parecido, me hizo una reverencia... Claro, para eso le pago buenos créditos. Pero pensad en la escena, muchachos. Estaban las mesas llenas de militares y pilotos, algunos de ellos con tantos galones como mataduras un burro, y también había hasta un general, con estrellas como huevos fritos de grandes... y además, cola en la puerta. Y entro yo, con un calcetín de cada color, los pelos llenos de polvo, y el traje lleno de sietes, y me siento donde pone «Reservado». ¡El golpe, colegas!

Me puse hasta las narices de patatas fritas, y helado de vainilla y chocolate, y salchichas con mostaza, y huevos duros, que me gustan a rabiar. Los demás comían en plan fino: entremeses y filetes de carne con patatitas chicas, guisantes y zanahorias y esas tontadas, y también pescado con salsitas de colores, y algún anormal hasta comía sopa. Y un postre. Sólo un postre, los muy tontos. Yo me comí tres bocadillos

de salchicha y siete postres, todo ello mojado con dos cervezas, que es lo que mejor va con la comida. Eructé a gusto, y pedí la cuenta.

—Sesenta y ocho créditos, honorable señor —dijo el Amalong Busilong, o como se llame el tío.

Me llama así, ¿sabéis?, porque se lo he dicho yo. La verdad es que se portó a modo, sirviéndome antes que a nadie, y poniéndome lo mejor. Hubo vez en que tenía tres camareros enchufándome cosas en la mesa, y los demás con un palmo de narices. Así que le eché sobre el mantel un papiro de mil créditos, y le dije, con displi... con... bueno, como si no tuviera importancia la cosa:

—Quédate el cambio.

A pesar de que al Amalong Busilong lo tengo mal acostumbrado, esta vez se quedó traspuesto propiamente, ¡animalico! En su vida había visto cosa igual. Salí de allí y una vieja llena de cristales y de luces de las buenas decía algo como que por qué no me paraban y de llamar a la pasma. Bueno; a la policía, decía ella. De manera que lo último que vi fue al Amalong Busilong tratando de convencerla de que estaba equivocada, que yo no era ningún maleante, sino que era un caso muy particular... Me reía de tal manera, que casi me muero.

Pero como no podía olvidar a Judalong, me tiré para la residencia, y entré en recepción. No estaba la bruja con bigotes, sino un par de ceras que me conocían bien. Les pregunté por el número de la chica, y les conté un cuento chino; o sea que un tipo quería telefonarle porque estaba enamorado de ella, y le daba vergüenza preguntarlo, y me había dado dos créditos y me hacían mucha falta porque llevaba tres días sin comer, y eché unos lagrimones. Uno de ellos no me creía, pero el otro, que era más joven y por tanto más tonto, me dijo el número de la habitación. De manera que solté una carcajada, me hice un par de cosas feas en su madre, y salí corriendo antes de que me alcanzara. La verdad es que tuve que correr bastante porque el gachó tenía buenas piernas, y menos mal que no me alcanzó. Menos mal para él, como podéis comprender, amados hermanos, porque si me alcanza, no lo cuenta.

Di la vuelta al edificio y llegué a la parte trasera, allí donde tuvieron el mal gusto de construir una colmena. Había dos tíos haciendo el uso propio de las colmenas, o sea meando, y una pareja en un rincón, haciendo otras cosas menos propias; y a juzgar por los gritos de la chica, estaba a disgusto con el mozo. Supongo que él sería socio de la Liga de Perversidad, porque hacen falta ganas y mal gusto para ir a hacer esas cosas a un urinario público. Levanté la piedra gorda que los albañiles dejaron mal puesta, me metí por las gateras que todos conocemos y llegué al conducto maestro del aire acondicionado que, a pesar de ser verano, no funcionaba, porque la Universidad anda siempre sin un crédito. Se les va todo en pagar muy bien a los catedráticos, muy mal a los ayudantes, y repulsivamente mal a los administrativos y a los ceras. De allí, pasando de un lado a otro, después de apartar ratas muertas, basura

y polvo, y después de armarme un lío espantoso, conseguí encontrar la habitación de Judalong. A pesar de ser tarde, aún tenía la luz encendida; de manera que me arrastré hasta la rejilla de ventilación y pegué las narices a los hierros. Parece que ella estaba discutiendo con otra chica, porque una voz que no era la suya decía en ese momento:

—Como comprenderás, no puedo quedarme contigo. Adiós.

Y la puerta se cerró. A la otra ni siquiera llegué a verla, ni oí nada más. De forma que no pude enterarme de qué diablos había ocurrido allí. ¡Ah, se me olvidaba! De paso comprobé que la bolsita de luces que le servimos al viajante continuaba en su sitio, y que las dos fuscas de aquel jerré, con sus municiones, bien engrasadas y en perfecto estado, estaban también seguras y conformes.

Allí estaba yo, pegado a la rejilla, esperando a ver qué pasaba. Pero no tenía que pasar nada, porque yo sólo iba a ver otra vez a mi Judalong y a marcharme de nuevo a dormir en cualquier sitio. Chicos, ella estaba sentada al pie de una de las camas gemelas del cuarto, con la maleta abierta y todas esas ropas que las mujeres llevan, de colores negro, rosa, azul y otros, desperdigadas por encima de la colcha. Tenía la ventana abierta y entraba un calor tremendo por ella. Me pareció que tenía una lágrima en cada ojo, pero no pude verlo bien porque tenía la cabeza inclinada sobre el pecho como si pensase o estuviera preocupada por algo. Se había quitado el traje de cuero y estaba vestida sólo con un sujetador y unas bragas de color amarillo, así que pude ver que tenía una piel muy bonita, color de trigo, suave como la seda y con una pelusa así como los melocotones maduros. Palabra que entraban escalofríos de verla tan endemoniadamente hermosa... ¡Qué cuerpo, chicos! Suave, lleno de curvas, ondulante... No; no es que me ponga romántico, sino que sé apreciar las cosas. Con gusto hubiera echado la rejilla abajo y me hubiera lanzado allí dentro, pero ¡vaya!, hay casos en que se puede hacer eso, y entrar dando alaridos, con la porra levantada y con las peores intenciones, y hay otros en que te ves delante una chava tan barbi como la Judalong, y te parece que te deshaces todo tú, y que no eres más que un trozo de jalea, y que si te llamase con voz dulce y te dijera que fueses a su lado, ni un vagón de rengue lleno de bofias sería capaz de detenerte. Me estaba saliendo a la boca la repetición de las salchichas con mostaza, y me temo que siete helados fueran demasiado. Pero lo cierto es que me dolía la barriga un poco, y maldije al guarro del Amalong Busilong por haberme servido todas aquellas porquerías, que seguro que estaban estropeadas, maldita sea su madre...

Me entraron unos sudores fríos por la frente, y pasé dos o tres minutos horrorosamente malos; pero no vomité. Cuando me encontré mejor, volví a mirar por la reja, y Judalong estaba metiéndose en la cama. Tenía las piernas más hermosas, rotundas y dignas de ser admiradas que he visto nunca... ¿Vosotros visteis alguna vez en el astropuerto esas largas naves de línea que son todo superficies de acero, encajadas unas con otras, y líneas curvas trazadas tan suavemente que apenas puedes

distinguir dónde empiezan y dónde terminan? ¿No os dejan dentro una sensación como de vacío...? ¿Como si quisierais tener para vosotros algo tan maravilloso? Bueno, pues así era el cuerpo entero de mi Judalong. Tenía unas piernas como columnas, un cuerpo firme, como cubierto de terciopelo beige. Las pestañas más negras que viera...

Bueno, ya cambio de disco. Tú y tú habréis estudiado, pero tenéis la misma sensibilidad que un borracho castrado, retrasado mental y recién muerto. No, no exagero. Si queréis, retiro lo de borracho, pero de lo demás nada.

Permanecí un buen rato mirándola metida en la cama, tapada casi hasta el cuello con una sábana. Por dos veces comencé a arrastrarme hacia atrás, pero no pude. Sentí la necesidad de volver y verla otra vez. Estaba como los drogados con hierba de Titán, que tienen que tomar y tomar, sin cesar nunca. En una de esas idas y venidas, me quedé dormido como un ceporro entre el polvo y las ratas.

Debieron ser los helados de Amalong Busilong (estaban envenenados, sin duda) porque tuve pesadillas a modo, una detrás de otra; y cuando me desperté era de día, el sol entraba a patadas por las ventanas y en el departamento de Judalong sonaba una voz de mujer, que más parecía de una chiribita de casa de buen vivir, por lo ronca y vinosa que sonaba.

—Estás cometiendo un grave error —decía la voz—. Todas las muchachas se asocian a la Liga para la Defensa de la Honestidad, y bastantes muchachos también. Si no lo haces, puedo decirte que las consecuencias serán fatales.

—Obligatorio no es ¿verdad? —contestó Judalong.

Me arrastré hasta la reja. Judalong, con una cacharra de seda rosa que era peor que si estuviese desnuda, estaba sentada en el borde de la cama, balanceando una de aquellas piernas de ensueño con una zapatilla con muchos perifollos blancos en el pie. En una silla, al otro lado de la habitación, había una bruja vieja y gorda, vestida de gris, de cuyo volumen se podrían sacar una docena y media de Judalongs. Esta bruja no era como la de la entrada; iba bien afeitada y llevaba hasta los labios un poco pintados. Pero tenía unos ojos de mastín que daban miedo, y unas manos cuadradas, como jamones pequeños.

—No es obligatorio, monada —dijo la bruja, con voz de serpiente. Casi silbaba como ellas—. Pero nadie te defenderá si tienes problemas con la Liga de la Perversidad, ni te representará en las asambleas generales de alumnos, ni presionará delicadamente a los cátedros para que te aprueben en una asignatura comprometida...

—¡Mil créditos al mes es una barbaridad!

—Los vale, cariñito, los vale —respondió la bruja pintada poniéndose en pie. Medía medio metro más que Judalong, y excuso decir cuánto más que yo. Si me coge una de éstas desprevenido es capaz de partirme en dos con un solo dedo. A mí, tovarichs, todo aquello me daba de lado, porque me limitaba a beberme con los ojos

la expresión de mi chica, porque, ¡vaya si estaba guapa con la cara de enfado que tenía ahora!

—No pagaré eso —dijo Judalong.

—Tú sabrás lo que haces —contestó la bruja, moviéndose muy despacio hacia la puerta. Y de pronto, antes de que me diera cuenta, le soltó una bofetada de cuello vuelto a la pobre Judalong, que la tiró encima de la cama. No me dio tiempo a nada; cuando quise hacer algo, arrancar la reja del aire acondicionado, echar mano de la filosa, lo que fuera, la bruja malnacida aquella ya se había marchado.

Judalong estaba sollozando encima de la cama, tapándose la cara con las manos. La guantada de la mujerona le había dejado los dedos marcados en la mejilla, y me costó mucho trabajo dominarme y no bajar a consolarla. Comprendí que si lo hacía, se cambiaría de habitación o de residencia, y no podría espiarla más. Así que me mordí los puños, agarré dos o tres veces la churi y me juré a mí mismo que la bruja aquella no llegaría viva al anochecer. Le eché un beso suavecito a Judalong (más fuerte y más cerca habría querido yo que fuera) y me arrastré por los conductos hasta el exterior, no sin antes haber agarrado, por si acaso, una de las fuscas y dos cargadores de munición.

Podéis creerme. Estaba como loco. A mí no me interesaba todo aquel chismorreo de la Liga de la Honestidad, las asignaturas, los cátedros y todo el follón. Yo sólo quería a Judalong, y aquella bruja hija de un cerdo le había pagado. Tu hermano me ayudó en esto, Mano Roja, y te puedo asegurar que se portó como un tío bragado (siempre lo fue) y de no ser por él, quizá no consigo apiolar a la bruja.

Lo cuento, si queréis, aunque me parece que ya hemos hablado de ello. ¿No? Pues puede ser, compañeros, porque andaba yo por esas épocas tan encandilado con mi Judalong, que igual ni me acordé de contároslo. Bien, allá va. Dejadme primero que encienda otro truja, y como se acabó el coñac, no bebemos más. No, de ninguna manera; sólo falta una hora para las doce, y dijo el profesor Taberner que cuanto menos alcohol bebiéramos, mejor. Comer sí, eso todo lo que queramos. Venga, Terror de los Mares, saca de ahí pizza de anchoas, y yemas Filidor, y un buen pollo asado al estilo de Kentucky (Tierra)... Fried chicken, que dicen los mandrias de los militares de las naves de línea.

Lo primero fue localizar a la bruja. No me costó mucho. Tenía yo los bolsillos llenos de créditos, y con eso siempre hay buenas almas deseosas de colaborar. Cornelio de Rosero, Sheldon y Martin... ¿Sheldon? El que tiene la tienda de tiro al blanco, y vende hierba de Titán; también suministra mestizas de Mendel a quien pueda pagárselas... Ellos, decía, fueron los que me suministraron la información. La bruja se llamaba Amarilis, ¡vaya birria de nombre!, y era la secretaria de la Liga para la Defensa de la Honestidad. Bueno, yo no sabía qué era eso, pero resultó que era una especie de organización que le sacaba el dinero a los estudiantes, de cualquier sexo o



edad que fueran, y les protegía frente a la Liga de la Perversidad. ¿La Liga de la Perversidad? Oídme, chavos, de carcajada. La Liga de la Perversidad es una organización que les saca los créditos a los estudiantes y los protege contra la Liga para la Defensa de la Honestidad. Demencial, ¿no? De aquellarre, ¿no? Por otra parte, las dos ligas le atizaban a un cátedro si no quería aprobar a un estudiante determinado en una asignatura... ahora me explico por qué hay tantas ceras en la Universidad... representaban a sus asociados o afiliados, o como se diga, en las asambleas de la Universidad, cobraban una bestia al mes... ¡mil créditos querían sacarle a mi pobre Judalong, con lo que cuesta ganar el dinero!... y además controlaban el asunto de la pernada, vamos, la cama y aledaños, propiamente hablando, de manera que ningún grupo de la otra liga pudiera violar a sus propios afiliados... Lo curioso es que ninguno de los directivos de las dos ligas eran estudiantes, y que las autoridades, como de costumbre, no tenían ni zorra idea de que esas cosas existieran... Pero al que no se apunta a alguna, lo brean entre las dos...

A mí me daba igual, pero ahora veía que Judalong, muy digna, muy en su sitio, muy señora, había cometido una estupidez mayúscula. ¡Siempre pasa lo peor por fardar de digno, porras! Aún le quedaba tiempo de apuntarse a la otra liga, si es que llegaba yo a poder decírselo. Del dinero, mozos, no había que preocuparse, porque este menda estaba dispuesto a soltar todo el caliche que fuera preciso, aocana y siempre, con tal de que Judalong no sufriera daño alguno.

Tu hermano, ¿te acuerdas que le llamábamos Dedos de Hierro?, me acompañó, no sólo de consorte, porque hacía falta uno que pudiera dar el ja, sino para ayudarme en la faena, si era preciso. Le hice jurar que no comentaría nada con ninguno, y veo que lo cumplió. Él me dijo que de acuerdo; que comprendía bien el asunto de las faldas y la Judalong, y que tenía el coto bien afilado y dispuesto a ayudarme, pero que el mausín debía repartirse entre todos los colegas. A esto le dije que natural, y así lo hicimos, según recordaréis.

Vivía la Amarilis en un stadium en las afueras de la ciudad y, según me dijeron, la tía era una cachonda, mental y de las otras, porque se pagaba buenos potros que fueran allá a darle un poco de compañía. Esa noche, por suerte, la cogimos cuando el macarra de turno salía; pero igual hubiera dado, porque se la tenía jurada, y de no ser esa noche, hubiera sido a la siguiente. Dedos de Hierro se quedó fuera, con el coto en la mano, y bien prevenido, por si aparecía la bofia o la patrulla de ceras de vigilancia, porque las sirias en descampado tienen más peligro y más pena. Pero no hubo caso, el asunto no se abroncó, y fluyó como límpido aceite, rediez. Yo me había vestido de nuevo, con camisita blanca, corbata, traje azul marino, y hasta me había lavado la filisa y las manos, y me había atusado bien los pelos con brillantina. En la peluquería casi les da un soponcio. Llevaba una cartera en la mano con un fajo-papeles y la fusca, cargada y montada, metida entre ellos.

Llamé a la puerta. Pasó un buen rato antes de que abriera, y cuando lo hizo, vi que la tía tomaba precauciones, porque una cadena gorda como brazo de boxeador trababa la hoja de madera a la pared.

Me pareció que Amarilis estaba algo trompa, o quizá le durasen todavía las ondas amorosas del encuentro con el chorizo que acababa de marcharse.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Buenas tardes, hermosa señora —dije, o algo así—. Me envía la señorita Judalong para pagarle a usted la cuota de ingreso en la Liga. Traigo la cuota de tres años. Por favor, cójala, o ella se morirá de miedo, puñeta.

Esto último no quedaba tan fino como el principio, y por un momento me dio miedo de que la socia entrase en dudas. Pero ¡cuántas veces han dicho que tengo cara de bueno! Ha habido mucha gente que lo ha lamentado, y a esa bruja no le costó ni veinte segundos lamentarlo también...

No hizo más que abrir, y apartarse un poco a un lado, cuando ya había sacado yo la churi, apretado la tecla, y casi antes de que la hoja, ¡clac!, saltase y se extendiese hacia adelante, se la había metido en toda la barriga. Anda, que no gritó ni nada, la muy animal. Dedos de Hierro, desde la calle, decía:

—Hazla callar, tú, hazla callar, o nos oyen en el satélite artificial.

De manera que me senté encima de ella, poniéndome el traje perdido de sangre, le di un chinazo en la nagri para que prestase atención, y le dije:

—¡So cerda! Todo esto de parte de mi novia... ¿no sabes quién es?

Casi no podía hablar, porque estaba muriéndose, pero dio un alarido espantoso, con los ojos como dos trozos de cristal barato, llenos de agua, y con mucho blanco al descubierto e hizo que no con la cabeza.

—Pues la chica a quien le diste en la cara esta mañana; de manera que ahí tienes, de postre...

Le endiñé con la churi en el roscó, y se quedó quieta después de dar un par de pataleos. Aún guardaba en la cara la expresión de sorpresa que había puesto cuando oyó quién era mi novia... Poco queda ya, machos. Encontré una maría y no hubo forma de abrirla; era de las grandes, de seguridad, con las puertas de una aleación de hierro y níquel, y con cuatro ruedas de combinación. Probablemente estaba conectada con el cuartelillo, así que ni la toqué. En el garaje había un rodante de último modelo, crema y oro, con los asientos de terciopelo púrpura, y seis ruedas blancas y negras... Una pintura, palabra. Lo hubiera cogido con mucho gusto, pero podéis comprender por qué no lo hice. De todas maneras, encontré buenos fajos de papiros, y unas cuantas bolsas de borregas en el escritorio de la bruja; así que Dedos de Hierro y yo enganchamos con todo aquello, amén de las joyas de la fiambre. Si no me falla la memoria, había brillantes en cantidás, rubises, o como se diga, y unas cuantas cadenas y pulseras de oro... Le hubiera guardado a Judalong un broche que había,

con un yelo en medio de unos siete kilates mal contados, y guarnición de esmeraldas. Pero el que estuviera enamorado hasta los tuétanos no me había transformado en un imbécil; todo fue a parar a Felipe el Poleo que nos dio una miseria, como todos los peristas hacen; pero eso es lo suyo, como lo nuestro es seguir viviendo cada día. Antes de que Dedos de Hierro y yo nos diésemos la aszurí, decidí dejar un par de pistas falsas para cuando viniese la carga a investigar el caso, porque si no, ¡animalicos!, no iban a tener con qué divertirse. Así que desgarré el ropaje de la bruja, como si hubieran querido violarla... Si como suponía, el análisis demostraba que había estado con un jevo poco antes, la cosa estaba muy clara. Además, le unté un dedazo en sangre y pinté en el suelo unas letras. Así: «AGI...». Las hice bien torcidas y temblonas como letras de moribunda que eran. Y nos fuimos, chicos. ¿A que ahora recordáis el caso? ¡Pues no hizo ruido ni nada en los papeles! Lo del AGI fue genial. Se volvieron locos tratando de enterarse de quién podía haber sido; creo que consultaron hasta a la computadora central de la Tierra... Y no sacaron nada. Conclusión: la pobre fue violada por un desconocido, que después la mató y le robó. ¡Anda ya! ¡Arreglaos van! Sabéis que hicimos el reparto de los dineros, sin más explicaciones, y que a cada uno os tocó vuestra astilla. Y ahí acabó la cosa para nosotros. Mala suerte que después Dedos de Hierro quisiera repetir la faena en otro stadium, y lo ametrallaran. Cosas que pasan.

Dormí bien, con ganas de ver a Judalong de nuevo. Lo hice en casa del mismo Felipe el Poleo, que me dejó una habitación en el piso de arriba. Y al otro día, después de tirar el traje lleno de sangre y ponerme otro en condiciones, es decir, bien sucio y desastrado, me canteé para la Universidad para asistir a la clase de Judalong, y ver de avisarle que se apuntase a alguna Liga, que si no las cosas iban a ponerse muy negras. De paso, me acerqué al Banco y allí ingresé todo el caliche que me sobraba en la libreta de ahorros, y hacía ya una buena suma, porque entre la astilla de la Amarilis y lo que le había servido al tío tabla del callejón, la libreta dio un buen estirón. El empleado del Banco me miró con la misma cara de siempre, como preguntándose de dónde sacaba yo los cuartos; así que le hice una mueca y le informé seriamente de que me veía obligado a ahorrar para mi vejez. Se puso muy colorado y no dijo nada, el muy julay, cacho notario que parecía.

El cera ése que le llamamos «el Espermatozoide», de tan largo y delgaducho, me dijo la clase donde estaba ahora Judalong a punto de entrar, y resultó ser ésa que está en la parte baja, junto al arranque de la colina, de manera que puedes acercarte a una de las ventanas, tumbarte tan ricamente, y mirar lo que pasa dentro. Me había llevado un cartucho de almendras para entretener el diente mientras miraba a mi Judalong desde allí, así que me senté y agucé la vista. Resultó que la clase había empezado ya, y alguien explicaba no sé qué en voz alta. El cátedro estaba sentado sin hablar junto a su mesa, con un par de ceras armados con metralletas al lado de la pizarra, y en el

momento en que yo comenzaba a buscar a mi chica, vi que estaba en una de las primeras filas, y que se ponía como enfadada, y movía mucho la bonita melena rubia al hablar.

—Quizá sea mejor —decía, y su voz se oía en toda la clase, mientras un centenar casi de estudiantes y estudiantas atontados y con cara de burros la escuchaban— que aclare las cosas desde ahora mismo. Es verdad; he sido prostituta en una ciudad lejana, y dejé de serlo porque recibí una herencia. Gracias a esa herencia, he decidido estudiar, en vez de seguir como hasta ahora. Seguramente a más de uno le parecerá mal; que hagan lo que quieran, nadie puede impedirme estudiar si deseo hacerlo. Desde luego, cuento esto para evitar que todos anden con rumores a mis espaldas, diciendo esto y lo otro. Soy la primera en reconocerlo; no lo he negado, ni lo negaré. Es todo.

Nadie dijo nada, de manera que el cátedro comenzó a explicar algo tan sumamente rollo que no presté la más mínima atención. Sólo en cierto momento se refirió a lo que dijo que era una aplicación práctica, y que resultó que era el desviador de masa, tal como lo utilizó el general Sanrutt en la batalla de Cerro Perdido. Eso sí que me interesó, pero el muy aburrido no habló más de ello, y se perdió en un sinfín de números y letras capaces de reventarle la cabeza a un verde. Como es lógico, yo me limitaba a seguir con los ojos a Judalong, aunque la veía muy mal, de refilón, y medio oculta por dos o tres estudiantes de esos grandes y con la piel como si los hubieran despellejado. Así pasaron unas cuantas horas, hasta que la vi salir para comer; de manera que eché a correr, y me planté en la puerta del edificio. A poco, salió ella, ágil como un muelle, vestida con una falda corta y un jersey con una letra gorda en el pecho. No, no me acuerdo qué letra era. Yo miraba el jersey, ¿entiendes?, no el alfabeto.

Me dio así como un escalofrío por la espalda y la sangre se me subió a la cara. Venía con ella un mocetón de mala jeró, creo que le llaman Mahari o algo así, y entonces me di cuenta de que debía tener algo que ver con la Liga de la Perversidad. Judalong se lo sacudió con malos modos y el otro se fue cerrando el puño. Ya estaba hecha la cosa, diablos; estropeada y bien estropeada. No podía estarlo más. A la pobre chica la iban a esmerilar viva.

No sé por qué pero no venía nadie más con ella, y eso que creo que a los estudiantes nuevos los recibe una especie de comité o así, y ella era lo suficientemente guapa como para gustarle a cualquier hombre. A mí me gustaba y, la verdad, el que hubiera sido fulana en las quimbambas no me importaba lo más mínimo. Eso son prejuicios tontos y burgueses requetepodridos, y nada más. Me dio la impresión de que no había sido por gusto suyo. Yo también sé lo que es necesidad, tovarichs.

—Hola —le dije—. ¿Cómo te ha ido en la clase?

Seguro que le habían contado más cosas de mí, porque me miró muy seriamente y pareció que sentía cierto apuro al contestarme.

—No muy mal... ¿Y tú? ¿Sigues llevando maletas?

—Ya no —contesté—. No te creas que yo me dedico a eso, caray. Te llevé las maletas por ligar, nada más.

—Vaya...

—Bueno.

Y nos quedamos callados los dos, mientras el sol brillaba con fuerza y el campus se quedaba desierto. Ni ella sabía qué decirme (me estaba dando la impresión de que no le gustaba mucho estar conmigo) ni yo sabía muy bien qué hacer. Por fin, me arranqué.

—¿Quieres comer conmigo, Judalong?

Ella sonrió, y pareció como si encendiesen otro sol en el cielo. Torció un poco la cabeza, se acomodó mejor el paquete de libros, y contestó:

—¿Por qué no habría de querer? Eres el único amigo que tengo aquí... Claro que... ¿crees tú que vas arreglado como para llevar a comer a una chica?

Me puse como un tomate y bajé la cabeza. No, señor. La verdad, no. Decidida y definitivamente, no. Según mi costumbre, llevaba unos vaqueros astrosos, con las rodillas blancas de puro desgastadas, una camisa a cuadros con los codos rotos, un pañuelo rojo al cuello y, en una funda secreta del pantalón, la churi de un palmo.

Me puse serio.

—Mira... —dije—. Dentro de media hora en el DERBYS. El dueño vende veneno puro, pero es buen hombre... me conoce. Dile que vas de mi parte y que te sienta en mi mesa reservada... Te aseguro que no te vas a avergonzar de mí.

Mientras salía como una centella para el refugio, aún pude ver los ojos asombrados de Judalong. ¡También tiene ácido la cosa! ¿Por qué no he de tener yo mesa reservada en DERBYS?

En el refugio, me puse un traje azul marino, de seda y sintético fifty-fifty, hecho a medida, una camisa crema, y una corbata china, de seda roja con pavos de oro. Me apretaba el cuello una cosa mala, pero... También me endiñé un pincho con buenas luces, y estaba corriendo tanto que cuando me sujeté la corbata con él casi me lo clavo entre dos costillas. Agarré el montón de cosas que todos tenemos para presumir, cuando nos da la gana de hacerlo, o séase, el encendedor y la pitillera de oro macizo, la cartera de megalosaurio del planeta Mendel, me calcé los zapatos de cocodrilo, y me lavé, repeciné y pulí. Salí a la calle hecho una momia, como podéis imaginar, con el cuello apretando como un balancín, y la faca clavándoseme en el ombligo, porque, eso sí, no iba a salir sin ella. Si en ese momento pasa alguno y se ríe, lo abro como una pescada.

Como iba tan guapote, en el derbys no se fijaron apenas en mí, y casi ni el mismo

Amolong Busilong me conoció. Ella ya estaba allí, bebiéndose un combinado de ésos que hace ese condenado oriental con jugo de piña y lo que queda en los culos de los vasos de licor... Miré al Amalong con ganas de pelea y le dije que pusiera un combinado de los buenos, que mis amigos no bebían esas porquerías. El tío se disolvió, propiamente, y me miró de una manera nueva, porque la verdad es que no había llevado nunca una chorba como Judalong a tomar el alpiste en el restaurante ése.

—¿Qué tomarán los señores? —dijo el tío, más serio que un policía ful. Si esperaba cogirme desprevenido, iba bueno. No en balde me acababa de leer lo principal de un libro de hostelería, y me había aprendido la carta del derbys casi de memoria—. Permítanme que les recomiende —continuó el tío mala sombra— la sopa de cangrejos, el venado al natural, los espárragos dos salsas, el filete de ragnastor adobado en su jugo...

Y dale matraca; así y así, corre que te pego, nos suelta veintisiete platos. La pobre Judalong se armó un lío mayúsculo; esas chicas son guapas y te derriten el roscó, pero son tontitas. De manera que le repetí los veintisiete platos uno detrás de otro, para acabar antes, y le dije que tomase sopa de espárragos, ragnastor asado y, de postre, confitura de arándanos con nata, guindas, chocolate y fresas; y que si teníamos más ganas, nos tomábamos otro postre. El chulo del chino me preguntó que qué vino tomaríamos, y en eso me lo revolqué también, porque él no se podía imaginar que el profesor Taberner me permitió un día catar un sorbito de unos cuantos vinos de su bodega. Y por desgracia, compañeros y amigos, nuestra memoria es tan privilegiada para recordar veintisiete platos después de oírlos una sola vez, como para no olvidar un sabor o un nombre, o lo que diantre sea. Así que le dije al condenado Amalong Busilong, cuidando de poner una cara que daba a entender claramente «Macho, te estás jugando la propina», le dije, digo:

—Una botella de Samar 2098, banda roja. Que no esté helada, sino simplemente fría.

Me lo había basureado a gusto, y además sabía leer, porque leyó bien lo de la propina, y no se permitió ningún otro extremo fuera de lo común. La que estaba hecha un flan era Judalong, la pobre. Fijaos, entre ser prostituta allá por el quinto pino, y después estudiante pobre en esta gorrina ciudad, me imagino que las habría pasado de a metro.

Al final, reventó como globo al que pinchan, y expande el bello aire con casta explosión.

—Pero ¿cómo sabes tú todo eso?

—Bah —contesté, como quien no quiere la cosa—. Uno tiene algo de mundo, ¿sabes tú? Pero no hablemos de mí, por favor. Preferiría que me contases cosas...

Estaba copiando inmundamente la forma de hablar de un noble de ésos, duque o

conde, o no sé, de una novela de medio crédito. Pero surtió efecto. Llegó el oriental con el vino y la sopa; me dio a probar el líquido alcohólico, que coincidía con mis recuerdos del que sorbí chez profesor Taberner, y dije que bien. Ahora no nos miraba nadie, como la noche antes, seguramente por ir bien arreglado. Estaba el mismo general de dos huevos fritos, digo estrellas, pero no me miró más que de refilón, seguramente pensaría que Judalong era mi hermanita pequeña. No te rías, desgraciao, que no tiene ninguna gracia...

Mientras cuchareteaba, sin ganas, en el líquido sopil (a mí la sopa me da náuseas, pero era de buen tono el tomarla), Judalong comenzó a soltar lastre. No me contó la historia ésa que todas las fulanas cuentan; o sea, la madre enferma y todo lo que sigue. Lo que dijo parecía verdad. Después de todo, no tenía un excesivo interés en engañarme. Al parecer, se había metido en el jaleo de la prostitución de la manera más imbécil que darse pueda. Por apuesta. Dijo dónde vivía, aunque ahora no me acuerdo si era en el planeta Troboa, o en Aldigerd, pero era en uno de los dos sitios, seguro. Resulta que tenían un grupo amoroso, de diez o doce chicos y chicas, como sucede en otras partes, y una vez uno de ellos apostó a que no era capaz de estar un día en una casa de buen vivir. Que copa va y otra viene, y al final dijo que sí, y que se metió en el asunto. Tal vez no hubiera tenido demasiada importancia, pero la mala sombra estuvo en que la pasma dio una redada, la trincaron y la desterraron a un planetoide de mala muerte, de éstos que venden media docena por dos créditos. Tuvo que seguir con lo mismo para poder comer; hasta que un marine la sacó de allí y la llevó a otro sitio... Bueno, majos, las cosas discurrían así, de planetoide a nave de pasajeros, de mundo desierto a planeta en colonización, sin parar un momento. Unas veces con trajes de chapa de oro, otras con andrajos, y otras con un traje submarino provisto de una vagoneta especial para poder hacer el amor con el cliente, la pobre de Judalong vagó hasta que un viejo le dejó una pequeña herencia. Por lo menos eso dijo ella, aun cuando en esta última parte había ciertas contradicciones que me dieron a entender que lo de la herencia y el purí no había sido así exactamente. Pero eso no me importaba demasiado.

Seguían sirviéndonos la comida, y ella se interrumpió para decirme, con cierta dureza:

—Tómame la sopa de una vez.

Por ser ella le hice caso, que si es otra, le estampo la sopa, con plato incluido, en toda la cara. El asado de ragnastor estaba algo duro, pero el postre era fenomenal. Sólo me bebí dos vasos del estupendo vino, y dejé que en eso ella hiciera todo el gasto. Primero porque no me gusta beber en exceso, y segundo, porque prefería que fuera ella la que soltase la mui en vez de hacerlo yo. Así, por ejemplo, se aclaró que, aunque tenía dinero suficiente para estudiar, no lo tenía para pagar a ninguna de las Ligas; y desde luego, después de todas las aventuras que había corrido, ni pensar en

escribir a sus batos, ni mucho menos verlos. Y eso que parece que su familia era de buena ralea, no como los míos. Claro que hacía bien en eso, pues cualquiera sabe cómo hubieran reaccionado. En cuanto al chico que motivó la apuesta del demonio, le había puesto dos líneas, pero el muy balicho, nanay de contestarle.

Observaba yo que, a veces, cuando contaba alguno de los episodios más candentes o escandalosos de su vida de fulaneo (y eso que no daba detalles de ninguna clase), me miraba con gesto extraño, mezcla de vergüenza y atrevimiento, como preguntándose qué pensaría yo, o qué sería yo capaz de comprender de todo aquel batiburrillo. De manera que, para hacerle ver mi comprensión y que de ninguna manera me quedaba a copas de sus sentimientos, decía dos o tres palabras animadoras, o completaba la frase que ella no se atrevía a terminar. Al mismo tiempo, me tragaba la condenada sopa.

El postre era estupendo, pero ella no quiso que repitiéramos. Como se me debía de notar en la cara que tenía verdaderas ganas de tomarme otro helado, insistió mucho en que no lo hiciera. Y la obedecí, ¿qué remedio?

Total que salimos a la calle, y la acompañé caminando a su lado, hacia la residencia. Ella iba ahora muy callada y pensativa, y yo tampoco decía nada. En realidad, hubiera podido hablar de mí mismo, contándole que mi padre era un borracho crónico, y que mi madre había sido como ella, sólo que peor, porque desaparecía por meses y meses. También hubiera podido decirle que crecí como un niño terriblemente desgraciado, famélico, hambriento. Que me pegaban y que me mataban de hambre, y que si un día no me llega a adoptar, como a todos vosotros, el profesor Taberner, seguramente estaría criando malvas en Boot Hill. Pero no le dije nada de esto, ni mencioné para nada al profesor. Podía estar enamorado, pero eso no me volvió idiota.

Dio la casualidad que en el suelo, entre dos matojos, había una barra de hierro, de casi dos pulgadas de gruesa, y unos treinta centímetros de larga. La cogí, y comencé a jugar con ella, mientras mi guapa Judalong y yo hacíamos comentarios tontos sobre el tiempo tan bueno que hacía en esta época del año, lo bien que habíamos comido, y yo iba respirando un perfume que ella llevaba, que me estaba poniendo cada vez más nervioso, y aunque me entraban unos deseos horribles de acercarme y parchearla un poco, pues debía dominarme, según comprendía bien. Pero eso no quitaba para que algo como fuego me quemase por dentro. Así que cuando me quise dar cuenta, había tensado los músculos y había doblado la barra de hierro como si fuera de hule... Ella estaba diciéndome en ese momento:

—Anda, suelta eso, que te vas a poner perdido. Por lo menos, ahora que vas limpio...

¡Chas! La barra que se dobla y Judalong que se queda mirándome como si yo fuera un monstruo... Pero era desconfiadilla, la tía. Va y coge la barra en las manos, y



la mira y remira, la sopesa, y al final que vuelve a mirarme abriendo dos ojos asombrados. Pero ¡ah, tovarichs!, bellísimos...

—¿Cómo has podido doblar eso?

¿Cómo se lo iba a decir yo? De nada hubiera servido decirle la fuerza que daban las píldoras del profesor Taberner, y las otras cosas que hacían. No podía decírselo, claro está, porque de sobras sabía que ella, como muchos otros y otras, era una de las *personas prohibidas*. De manera que musité unas cuantas estupideces, y como ella seguía mirándome con aquellos ojos que quemaban, reventé como piloto de nave mercante al que pillan contrabandeando mestizas de Mendel.

—Judalong —dije, balbuceando—, Judalong... Te quiero, Judalong. Me acerqué a ti por eso... Espérame... yo sé que algún día serás mía...

Parecía mismamente horrorizada, como si yo hubiera sido el diablo propiamente dicho.

—Oh —dijo, jadeando. Y retrocedió, con los ojos desorbitados, separándose de mí todo lo posible—. Pero ¿cómo puedes decir eso, monstruo? ¡Oh, eres odioso, verdaderamente odioso!

Y mientras se iba, jadeando y sin dejar de mirarme, continuaba diciéndome lo horrible que yo era, y que no era posible que yo hubiera pensado nunca que ella... que yo...

—¡Oh, es repugnante! —decía, odiándome cada vez más—. ¿Cómo es posible? ¡Es asqueroso!

Así que se dio la vuelta y salió de naja, a toda pastilla, hacia la residencia. Me quedé allí de pie, en medio del campus, con mi trajecito nuevo, mi cartera de saurio, mis zapatos lustrados, y con unas veinticinco toneladas de mala baba dentro... Pero aún os diré algo más. No la odiaba. Era para matarla, ¿verdad? Y despacio, ¿verdad? Pues no señor, no la odiaba. Me daba una pena horrible y, ¡maldita sea!, me la daba yo mismo también.

Bueno, me revolqué por el suelo, cuidando de dejar el traje nuevo hecho unos zorros, y aullé y juré en voz alta de tal forma, que no sé cómo no me cayó el cielo encima. «El Capón» pasó por allí en ese momento, y como el hombre ya conoce mis artes, debió suponerse que estaba tendiéndole una de mis trampas a alguien, cuando lo que estaba haciendo, en realidad, era soltar violencia cual caldera que espurrea vapor a alta presión. De todas formas, «el Capón» salió como una flecha, temiéndose una trastada, y desapareció en lontananza. Cuando tuve el traje bien sucio, roto y astroso, fui a buscaros, y aquella noche entramos en una de las tiendas donde había puesto el perico y, además de vaciar el tarugo, nos llevamos, si no os habéis olvidado, una caja de safos de lega y bastantes trallas de sorna... Yo le hubiera regalado uno de los safos a Judalong, porque tenían un dibujo precioso, y eran grandes, no de ésos de las narices, sino de los de adorno, pero me había jurado mil veces no verla más...

Imbécil que es uno. A la mañana siguiente, había logrado localizar al Mahari y le pagué la cuota de Judalong, mientras me mordía los puños de rabia. El gachó juró mil veces que ella no se enteraría y que la protegerían bien, sobre todo ahora que la Amarilis, ¿no sabía yo que la habían apiolado?, había sido sustituida por una tarra de noventa añitos, con peores intenciones que un grifo sin droga.

Vergüenza, vergüenza. No tenía fuerza de voluntad. Después del espectáculo con que terminó la comida, sería mejor que no me acercase a la chorba durante unos días... pero ¿qué había de malo en verla? Me aguanté mientras pude, y supongo que os acordaréis que durante esos días no había bicho vivo que me tratase. Poco a poco, la mala uva fue disolviéndose, de veinticinco toneladas pasó a veinte, y después a quince. Alguna vez reventaba como una granada, corría a la colmena detrás de la residencia, apartaba la piedra y me atocinaba en los pasadizos para verla... Una vez había con ella una chica de su edad:

—Yo... —decía— querría que me enseñases algunos trucos. Mi novio, Morse Dillon, dice que soy muy sosa haciendo el amor, y he pensado que tú, que eres una profesional...

Esperaba follón, lío y cabreo, y también esperaba ver a la novia de Morse Dillon salir por la ventana como un cohete. Pues estaba visto que con esta jamba berri yo estaba predestinado a no dar una. Se sentó junto a la chica sosa, y comenzó a hablar en voz baja con ella. Me dio un tal retortijón de estómago que salí corriendo y no paré hasta el astropuerto. Allí me subí a una de las murallas de hormigón y me divertí, si es que eso es diversión, viendo cómo las naves subían y bajaban, aterrizando y despegando, con una como niebla roja en los tubos de propulsión. Había carteles anunciando la llegada para muy pronto del gran Circo Espacial Kronen Brothers, con su nave de cien tubos. Pensad que las que allí despegaban eran birrias de ocho o diez tubos a lo más, y que incluso las naves de pasajeros de lo más grande sólo tienen cincuenta tubos. Sí, Corazón Sangriento, un crucero puede tener más de cien tubos. Pero aquella nave del circo debía de ser cosa rica, ¡cien tubos!

Me marché de allí pero, antes de hacerlo, me divertí cortando con la filosa todos los cables que encontré por el suelo, así como todos los que había en la muralla de hormigón. Aún me quedaban unas toneladas de mala uva, un odio intenso hacia todas las *personas prohibidas*, y no veía que hubiera forma de descargarlo más que haciendo daño a alguien.

Pero volví otra vez aquella noche, como un abúlico indecente. Y aquello, la habitación de mi chica, digo, parecía el jubileo, o el Club de Juego, porque ahora había una comisión de muchachos muy colorados y sanotes ellos, diciéndole a Judalong, con tono de diplomáticos:

—Hemos pensado que podríamos llegar a un acuerdo contigo... Mira; las chicas del astropuerto son muy caras, y tú, como compañera, podrías resolvernos el

problema... porque a veces tenemos verdadera necesidad...

«Ahora sí que los corre a zapatillazos», pensé yo, mirándola. Estaba hermosa como la reina del Music-Hall, como la misma dueña del Saloon... algo inenarrable. Llevaba la condenada cacharra rosa con ropa negra debajo, de manera que me pareció que me iba a disolver como un polo. Pues nada, que no. No los corrió a zapatillazos. Dijo:

—Mirad, chicos. Yo he venido aquí a estudiar, y nada más. Si yo fuera carpintero, o ebanista, no me pediríais que os hiciera una docena de armarios a buen precio, ¿verdad? Pues esto es lo mismo, amigos.

Los otros se quedaron fritos, propiamente, o sea, helados como fiambres. Uno de ellos bajó el cabezorro y susurró algo como:

—Pues tienes razón.

—La verdad es que no lo habíamos mirado así —dijo el que parecía el jefe.

Total, que se fueron con el rabo entre las piernas; y cuando Judalong apagó la luz, yo me largué también.

Llegaban noticias a mis oídos. Una de ellas, que la tarra a quien habían nombrado secretaria de la Liga para la Defensa de la Honestidad había contratado un matón profesional llamado Maricohua, que les estaba poniendo las cosas a la brava a los de la Liga de la Perversidad. Hubo un cisco monumental cuando apalizó a un cátedro y consiguió que diera tres matrículas de honor, y ni los ceras ni el mismo rector consagrado y su escolta de bofias atómicos pudieron hacer nada. Ya sabéis que las calificaciones, cuando se dan, se dan, y son irrevocables. Se reforzó el armamento de los ceras, y ningún cátedro salía solo al campus. Las clases las daban con coraza antibalas, y con dos ceras armados hasta los dientes, uno a cada lado de la mesa. En algunas clases pusieron hasta vidrios blindados entre la pizarra y los hemiciclos, porque la cosa estaba poniéndose abroncadísima, y tanto el Maricohua como los matones de la Perversidad andaban en plan liante y con muchas ganas de dejar claro quiénes eran los amos del cotarro. Como podéis ver, compañeros de profesión, yo estaba empapándome de conocimientos universitarios a toda prisa. Vi al Maricohua ése en cierta ocasión; os contaré...

Por cierto, que fue por entonces cuando llegó la nave gigantesca del Circo Kronen, cuando fallaron de forma inesperada las sirgas de las banderas de señales, y cuando se produjo la más gigantesca catástrofe espacial de la historia de la humanidad. Más de siete mil víctimas; la nave y los depósitos, el astropuerto entero ardió durante dos semanas. Y a la luz de ese incendio que iluminaba toda la ciudad, se desarrollaron los últimos actos del drama. Esta frase la he oído en un cine; no os vayáis a creer que es mía, colegas.

Había llegado yo a un punto tal, que o volvía a hablar con ella o me moría de inmediato. Sentía unos deseos terribles de verla, estar a su lado, cogerle la mano... El

mundo me parecía un vaso vacío, y mi cabeza, un fajo-papeles ardiendo. Recuerdo que corría como una pesti por el césped del campus, sin hacer caso de los ceras, y eso que ahora eran más peligrosos que nunca, porque iban muy armados y tiraban en serio. Se habían vuelto casi tan peligrosos como la bofia.

Era casi de noche, y las enormes llamaradas del incendio iluminaban el campus de una forma tal que parecía el mismísimo infierno. Judalong y una chica pelirroja (su nueva compañera de cuarto, creo yo, ahora que la habían admitido en la comunidad) estaban hablando con un cátedro joven, este último protegido por dos ceras enormes con fusiles, o sea, en plan guardaespaldas.

Judalong decía:

—O sea que no quiere explicármelo a mí... Siempre ha aclarado usted las dudas después de clases... ¿por qué a mí no?

El cátedro tenía un miedo descomunal dentro del cuerpo. Tenía el rostro como el papel, y los acais se le salían de las órbitas. Mientras los dos ceras miraban a todas partes, temiéndose alguna encerrona, el cátedro, con muchas ganas de alarse de allí cuanto antes, contestó corta y ásperamente a mi Judalong. Me lo apunté, ya que yo no toleraba estas bravezas. Ni ceras ni su madre iban a salvarlo de...

—Entonces, esto será por ser prostituta —aulló Judalong, como una leona, de tal forma que hasta a mí me dio miedo, y pensé por un momento que no era tan dulce como parecía. La primera grieta, machos, en el edificio de mi amor—. ¿Es por eso? ¿Es por eso?

—Tranquilízate, Judalong —dijo la pelirroja.

Se la estaban jugando, el cátedro y ellas. Era muy tarde, y en el campus no había un alma, ni condenada ni sin condenar. Yo estaba leyendo en el alma de Judalong como en una saña pintada... esta chica estaba mintiendo alegremente, estaba forzando al cátedro a una situación difícil achacándole lo de la prostitución. Pero el cátedro no pensaba en eso, sino en largarse cuanto antes de aquel lugar de peligro... de manera que murmuró unas excusas viles y explicó la duda a Judalong, mientras los ceras y la pelirroja miraban asustados a todas partes. Yo mismo, escondido en un macizo de floripondios que estaban mareándome con el olor, sentí un escalofrío y deseé haber tenido la fusca y los cargadores. Pero no tenía más que mi buena navaja, sólo eso...

Miré a todas partes. Las llamas, con un rugir como mil avispa furiosas, continuaban levantándose al cielo en lo que había sido el astropuerto y, ¡maldita sea mi alma!, yo estaba viendo sombras moverse entre los árboles... (llama roja-sombra-negra-movimiento... en una secuencia que helaba la sangre en las venas). Había que avisar a estas chicas... había que...

El cátedro acababa apresuradamente su explicación y salió al trote largo, seguido por los dos ceras, que se daban con los tacones en el culo de lo aprisa que corrían.

Vaya trío. Ni el uno servía para enseñar, ni los otros para proteger a nadie... Si yo soy alguna vez cátedro, que cera ni muerto, me enchufo una canana y un par de revólveres al cinto, me coloco un antibalas y al primero que se acerque y me mire con un ojo solo, primero le perforo el cráneo, y después lo suspendo... ¿No te jiba? Al pobre cátedro me lo desapunté, porque bastante castigo tenía en esta vida con el miedo que llevaba dentro del cuerpo; a casa iba a llegar con los alares sucios, y no debía de tener un plas que le echase una mano en caso de apuro. Descanse en paz.

Que no se murió, Terror de los Mares; pero aunque no se haya muerto, ¿por qué no ha de descansar en paz el pobre cátedro? Sí, muy chulo estoy yo hoy. A ver si remato deprisa, que sólo nos quedan quince minutos para las doce.

Del astropuerto salió una protuberancia de llamas amarillas y blancas, cegadoras como mil soles, que creció como una torre por encima de las demás, pareciendo que el planeta entero se iba a descuartizar. Un enorme estruendo llegó a mis oídos poco después; sin duda uno de los depósitos de combustible acababa de volar.

Las chicas estaban abrazadas las dos, pobres, por el susto, sin duda, aunque me extrañaba en Judalong... Como que no era eso. Ni mucho menos. Judalong no se iba a llenar de miedo por una explosión más o menos. Lo que sucedía era que las sombras que yo había visto, maldita sea, eran tres o cuatro, exactamente, y estaban allí, plantándoles cara a las dos jas. Y al frente de ellas, morado como una bandera, con dos anillas en las orejas y otra en la nariz, el mismísimo Maricohua, desnudo hasta la cintura y con los pelos grasientos colgándole sobre el pecho. ¿De dónde habrían sacado los defensores de la Honestidad aquel engendro? Yo diría que era medio humano, medio no, porque aquel color morado de su carne no era nada normal, y los músculos eran verdaderamente increíbles. Como una masa de cuerdas o cables retorcidos en algunos sitios, o como bloques de mineral empotrados unos en otros, o como una colada de cobre en el estómago... Le brillaban los ojos en la oscuridad y relampagueaban un par de colmillos que casi le llegaban a la barbilla. Y de pronto comprendí la verdad... aquello era un mestizo de humano y fiera de Dolomances... no sé dónde los hacen, y están prohibidos por las autoridades. Pero éstas, las autoridades digo, en Babia como siempre. No tenían ni idea de que uno de esos híbridos anduviera suelto por la ciudad.

Lentamente, extraje la churi y la abrí, procurando que el muelle no hiciera ruido alguno. Sabía perfectamente que yo no podía hacer nada frente a aquella tropa, pero en el fondo de mi corazón algo muy fuerte, no sé lo que era, me exigía que no dejase a Judalong sola frente al monstruo de Dolomances y los demás.

—Mujercitas, mujercitas —gruñía el medio humano, roncamente—. Mujercitas valerosas, que me voy a comer de un solo bocado, ¡ham!

Maldita la gracia que tenía aquello, pero los restantes jevos de la banda se echaron a reír como locos. Judalong y la pelirroja se habían soltado, aunque

temblaban las dos como hojas. Yo tenía el miedo en el mismo estómago, como si lo tuviera vacío; pero ése, ya lo sabéis, es precisamente el miedo que hay que dominar. No, tovarichs, si os dejáis vencer por el miedo estomacal, estáis perdidos; es en la chola donde están el valor y los arrestos.

El maldito Maricohua se acercó a las dos, abriendo los brazos como un gorila. Antes de que las dos muchachas pudieran echar a correr, los otros hampones las habían rodeado. Palabra que me hubiera gustado teneros allí a todos, estoy seguro de que les hubiéramos dado una lección de la que no hubieran podido acordarse nunca. No, Mano Roja. No es al revés. No es que no hubieran podido olvidarse nunca, ni nada de eso. He dicho que no hubieran podido acordarse nunca, y lo he dicho bien. ¿Por qué va a ser? ¡Ah, ahora lo comprendes! ¡Muy listo, tú!

Maricohua cogió a la pelirroja y le abrió la ropa de arriba a abajo con una de sus uñas afiladas, tal como se destripa un conejo. La chica se puso a chillar como una descosida; así que Maricohua se la echó a los demás, que la tiraron al suelo (tenía un cuerpo blanco y suave) y se le echaron encima. A Judalong le tocó en seguida. Cuando la mano del híbrido la agarró por uno de los brazos, salí yo del matojo y, ¡memo de mí!, no pude evitar un grito de rabia. Si salgo callado y corro descalzo, lo ensarto... Pero el muy bestia me oyó, y levantando en alto a Judalong con una sola mano, como si fuera una muñeca, y mientras los gritos de la pelirroja iban disminuyendo bajo la masa de tíos que había sobre ella, me atizó con la otra mano (parecía una pala) un mamporro del revés que me debió dejar sin sentido durante un buen rato. Digo esto porque, cuando volví a abrir los ojos, la cabeza me dolía como si la hubieran pateado, y la filosa brillaba por su ausencia. Ni la pasma ni los ceras, ni mucho menos los corboys me gustan nada, pero en ese momento hubiera dado un papiro de a mil porque hubiera alguno de ellos por allí. Eso mismo. ¡Allí iban a estar! Ésos son de los que vuelven la espalda para no ver lo que pasa, sobre todo si el hampón es más grande que ellos o tiene una pistola más gorda...

La pelirroja estaba en el suelo, tirada, gimiendo de vez en cuando. En cuanto al monstruo, estaba haciendo lo suyo con Judalong... mientras los demás lo coreaban y lo animaban a modo. No tenía yo el caletre claro, no. Notaba una cosa caliente en la parte de atrás, y apenas podía moverme. Seguramente estaba sangrando como estudiante al que atiza la pasma. Calculo que perdí y recuperé el sentido varias veces, porque me pasaba como cuando estás viendo la tele y sales a por una cerveza y la película ha seguido, y te enteras, pero no lo has visto todo; y luego sales al water, y te pasa igual, y luego llama un julay para cobrar una factura y mientras lo echas a la calle, pasan más cosas. Pues así me sucedió con Judalong y los demás interfectos. Al próximo acto, la pelirroja, desnuda como un plátano pelado, estaba junto a mí, tocándome la cabeza y chillando a voz en grito:

—¡Lo han matado! ¡Lo han matado!

A mí no me habían matado aquellos malnacidos, pero como moviera un pelo de una pierna, sí que me iban a matar, seguro. Así que procuré no mover ni las amígdalas al tragar saliva, no te digo. En un descuido de la pelirroja torcí un poco el cerebro y la caja que lo contiene para ver qué sucedía en las proximidades. El Maricohua había terminado con mi chica, porque estaban sentados el uno junto al otro, sin un mal hilo de ropa encima, y acariciándose la carita como tiernos enamorados. De no ser porque no tenía la navaja al lado, me levanto y los endiño a los dos. A todo esto, los demás hampones estaban levantándose, y marchándose...

—¡Oh, qué hombre eres! —decía Judalong—. Pero oye, si tienes que violarme otra vez, ¿por qué no lo hacemos más cómodamente?

—Jua, jua —dijo el mestizo—. Tas güeña, tú. No me digas, mi alma.

Poco palabrerío tenía aquel elemento, porque todo se le volvía a meterle mano a la pobre moza como si no hubiera hecho otra cosa en su vida.

—Os marchéis ahora, ju, ju —dijo el monstruo, mirando a los demás—. Os marchéis y me repasáis la... tienda ésa. La que ordenó la jefa, jo, jo.

—¿Nos llevamos a esa chorba?

Señalaban a la pelirroja.

—No, no —dijo el tipo, abriendo una boca como un caldero—. No, me las quedo, que dice ella (por Judalong) que me van a hacer un número entre las dos...

Seguramente me fui a por cerveza, porque todo se me hizo negro. Estaba débil como un vampiro a dieta de agua de litines, y me daban vueltas las cosas. Cuando volví a abrir los ojos, la pelirroja se había marchado de mi vera, y estaba junto a Judalong y el Maricohua. Lo tenían tendido en el suelo, y trabajaban, la pelirroja a disgusto (eso se veía), como dos poceros en un albañal. Por muy monstruo que fuera el tipo lo iban a dejar descangallado. De vez en cuando, suspiraba, o lanzaba unos berriditos roncós, que supongo significaban que estaban matándolo o poco menos... Yo tenía como unas nubes de algodón en los ojos y en los oídos; las cosas se me iban y se me venían encima, pero la azotea se me había aclarado sensiblemente.

—¡Veintisiete platos! —aullaba Judalong, y yo no sé si estaba cosiendo, amasando pan o construyendo un iglú; tan raros eran los movimientos que hacía. En cuanto a la pelirroja, hablaba y se quejaba en voz baja, como si tuviera la boca llena de sopa... ¡Malditas las dos, y lo bien que se lo estaban pasando a mi costa! El monstruo seguía dando gruñidos de gozo, y las llamas del astropuerto iluminaban la escena.

—Bebería una buena botella de Samar del año no sé cuantos... —dijo Judalong, a voz en grito.

En cuanto pudiera moverme, me arrastraría hasta los macizos de flores y escaparía de allí. Por lo que se refiere al monstruo y a lo demás...

—Me matáis entre las dos... —dijo Maricohua.

—Comería un poco de ragnastor... —vociferó Judalong, como si quisiera que se entera toda la ciudad de sus apetitos.

Al extender la mano me pareció como si el brazo se me fuera a caer en pedazos; un dolor ardiente me subió hasta el mismo hombro, y tuve que morderme los labios para contenerme; si no, grito como una gramola vieja. Había tocado algo largo y frío... algo que antes no estaba allí. Mi buena filosa, *cerrada*; ¡fijaos bien, tovarichs!, *cerrada*, mientras que yo había comenzado la carga del Séptimo de Caballería con ella bien abierta, y abierta había volado por los aires cuando Maricohua me había atizado el palazo con aquella mano de plomo.

Ahora sólo veía una masa negra, con brazos y piernas por todas partes, y no sabía quién era Judalong, quién la pelirroja, y quién el monstruo mestizo.

—¡Confitura de arándanos! —dijo una voz ahogada.

En ese mismo instante se hizo la luz en mi torpe cerebro. Vosotros lo sabéis ya, pero no olvidéis que yo había recibido un estacazo en los lomos de tamaño natural, tan natural como que anteayer me enyesaron el brazo izquierdo. ¿A que aquel Maricohua, con toda su pinta de bronquista y matón, iba a resultarme un barbalote de lo más? Alguien había cerrado la churi y la había dejado a mi lado... para que supiera que la habían manejado de intento y que no la encontraba tal como salió de mi mano cuando el hijomadre del Maricohua me aventó. Y ese alguien seguía chillando, con desesperación en la voz:

—¡Samar frío, pero no helado!

Y continuaban trabajándose el cuerpo de Maricohua. Imagino que las dos chavalas estaban de acuerdo, y que sudaban pez haciéndole al barbián esto y lo otro, mientras yo recuperaba el sentido... Más claro que eso, seso de cátedro.

Me arrastré por la hierba hacia el grupo que componían las dos chicas y el hombretón, con la navajita bien abierta en la mano, y unas intenciones dentro de mí como podéis imaginaros. Estaba medio mareado aún, pero Maricohua tal como lo tenían ahora entre las dos (ya os lo explicaré con detalle otro día, no ahora, que faltan sólo unos minutos para las doce) resultaba tan temible como un almohadón de miraguano.

No le di ni tiempo a reaccionar. Le clavé la hoja en la parte alta del estómago con toda mi alma, tirando la punta para arriba, de manera que buscase el roscó entre las costillas; y debió de encontrarlo. Digo que debió de encontrarlo porque el tío lanzó un alarido que casi me deja sordo. Entre lo brutalmente que gritó y la caja de ruidos que tenía yo en la cabeza, creí que me abrían el cráneo con una azada. Pero no cejé, no fuera que reviviese. Continué atizándole aquí y allá, tratando de alcanzar la aorta, porque semejante corpachón podía seguir funcionando aun con media docena de buenos navajazos... Soltó un caño de sangre por la boca y las narices, negra como su misma alma, la pelirroja se apartó, gritando como un conejo, mientras Judalong,



verdadera artífice de aquel emburrio, del cual yo no era más que el consorte, permanecía en pie, con las piernas aspadadas, los brazos en jaras y los ojos como carbunclos, mirando el cadáver de Maricohua, que aún pateaba y echaba sangre por varios ojales.

Que no, que no os cuento lo que hacían, porque luego siempre hay quien dice que es un escándalo y que esto es una vergüenza. El que no tenga imaginación, que se compre una revista porno.

Cuando me desperté de nuevo, estaba en el cuartito de Judalong, tendido en una cama y llenándoseme los pulmones de un aroma que era el mismo cielo hecho perfume. La pelirroja estaba despidiéndose en la puerta, y diciendo algo así como que estaba segura de que no le iba a quedar trauma por lo ocurrido, que para trauma ya era bueno el que llevaba el Maricohua, y que, ¡oig, que vergüenza!, en alguno de los momentos, ¿pero no se lo dirás a nadie?, hasta se lo había pasado bien, ¡qué cosas!, y que había que ver ahora si encontraba una píldora antiembarazo, ¡tener un hijo de eso debe ser peor que una pesadilla!, así que se despedía ya (¡dame un beso, cariño, Judalong, qué valiente fuiste!, adiós y adiós) y haciendo todas esas tonterías y melonadas que hacen las chicas cuando están nerviosas y no saben qué decir.

Y yo allí en la cama, con el cuerpo hecho un puro harapo, sintiéndome terriblemente dolorido, y metido dentro de un pijama de color rosa con encajes por todas partes. Me di cuenta de que Judalong me tendía un vaso de limonada medio fría, diciéndome que la había hecho muy deprisa, que no estaba fresca y que los limones no eran buenos, que si había bastante azúcar, y tantas cuantas cosas se les ocurren a las chavas para que les digas tú lo contrario. Me zampé la limonada, traté de incorporarme un poco y le dije, después de que ahogué el grito de dolor que el movimiento me produjo:

—Métete en la cama conmigo.

Vi otra vez la misma mirada de terror, como si yo fuese un monstruo peor que tres Maricohuas juntos. Judalong se mordía el labio interior y engarfiaba las manos sobre la cacharra de seda rosa que llevaba puesta con un fino camisón negro debajo.

—Pero... tú... —dijo—. Pero es que tú... —jadeó—. Vamos, tú puedes, quiero decir...

—Te prometo —grazné, porque cada palabra era un puro dolor— que no te molestaré en toda la noche. Sólo quiero que te acuestes conmigo y nada más.

Apagó la luz, pero como si no, porque las llamaradas del incendio iluminaban la habitación como si estuviéramos en la boca de un horno, haciendo saltar las sombras rojizas sobre la pared del fondo. Vi que se quitaba el perifollo rosa y se quedaba con el camisón negro, solamente. Muy despacio, sin decir una palabra, se deslizó dentro de las sábanas, que estaban como tiasas y olían a una hierba rara (espliego dijo ella) y se tendió a mi lado. Durante un rato no dije nada, luego me di la vuelta, con mucho

trabajo, y me aproximé un poco...

—Tengo miedo —dijo ella, con voz muy baja, que casi no podía oír—. Te tengo miedo, ¿sabes?

—¿Por qué, Judalong?

Durante unos segundos no oí más que su respiración apresurada, y sentí cómo su pecho levantaba y bajaba la sábana, de manera que me acerqué un poquito más, hasta que sentí el calor de su cuerpo. Ella reprimió un ligero grito.

—Sólo quiero estar a tu lado, Judalong. Abrázame un poco y nada más...

Lo hizo, como a desgana, pero poco a poco, pareció que el agradecimiento, la lástima, o lo que fuese, iban llenando su corazón, porque apretó más el abrazo y me pareció oír la palabra «¡pobrecillo!», pronunciada en voz muy bajita.

—¿Por qué me tienes miedo? —pregunté, en un susurro.

—Porque... porque... —contestó ella, mientras los dos mirábamos el sangriento reflejo del incendio en las paredes—. ¡Bueno! Porque no puedo sentir por ti amor, pero casi lo siento, ¿entiendes?

Creo que era lo más que ella podría decirme en cualquier circunstancia, de forma y modo que me aproximé más aún, deslizándome bajo las frías palomas de la cama, y apoyé la cabeza en su hombro, y ella me abrazó más fuerte, y no pude contenerme, y le hablé de muchas cosas, de lo espantosamente solo que me sentía, de lo triste que había sido mi vida, y de que estaba seguro que de ahora en adelante iba a cambiar... pero sobre todo hablé y dije y repetí de mi aterradora soledad en este mundo. Nada, claro está, del profesor Taberner.

Y así nos dormimos los dos, como tontos, y pasamos la noche juntos. Ya os lo dije al principio, camaradas de aventuras, y así fue.

Poco queda ya por deciros. Al fiambre Maricohua lo descubrieron al día siguiente, pero como ni la pelirroja, ni Judalong, ni este menda dijeron una palabra, pasó como un arreglo de cuentas entre pandilleros. ¡Da gusto ver cómo acierta la Administración de Justicia! Pero menos mal que es así, que de eso vivimos los de la cofradía.

Aquella mañana, o sea, anteayer, tuve que ir a ver al doctor Savage, porque el brazo izquierdo me dolía una cosa mala. Me miró por rayos y me hizo todas las herejías que se le ocurrieron, y resultó que el pobre brazo estaba roto. Con razón se hinchó y dolía de esa forma. Lo que le extrañó al doc fue que hubiera aguantado toda la noche con el brazo así, ¡pero no le iba a dar explicaciones!

Con yeso y todo, y más cabreado que una mona porque no podía usar esa mano para tirar del dos, ni para correr burro, ni para chinar filis, me fui a ver al profesor Taberner, que diréis que ya era hora. Como es natural continuaba viviendo en el mismo sitio; es decir, en esa quel maloliente que tiene en las afueras, cerca del desierto. Si no fuera por el pozo, allí no podrían vivir ni las ratas; pero gracias a eso

se mantiene, que no sólo las necesita para venderlas a las caravanas, sino también para los experimentos. Tenía una alfombra de césped mal cuidado en la entrada, y el mismo árbol reseco de siempre con esa fruta que da que nadie sabe lo que es de puro negra y arrugada. Me metí para dentro sin llamar, porque para eso soy de la familia, y me lo encontré en la cama con una mestiza de Mendel, nada menos. Debía haber estado tirando de frasco, porque ya sabéis que le da triste, y si lo dejo casi me ahoga con el llanto.

La mestiza era grande como un monumento, con carnes bronceadas y duras, y esa especie de patillas que llevan las mestizas de Mendel y que le llegaban casi hasta la boca. Sólo les faltaba tener bigote y barba, pero menos mal que no los tienen. Ahora, que dicen que eso de las patillas de boca de hacha hasta el mismo hocico les gusta a muchos hombres, y no quieren que se las afeiten. Entre eso y otras artes que todos conocéis, las de Mendel son las hurracas más cotizadas del hampa...

—Hola —dijo el profesor Taberner llorosamente—. Creí que no ibas a venir nunca. Y pasado mañana es el último día, recuérdalo.

Le dije, muy humildemente, que sí, que tenía razón. Pero había llegado a tiempo, ¿no era así? Y estaba dispuesto a cumplir con mi parte, ¿no era así? El profesor mandó a la mestiza a la cocina para que le hiciese unos huevos revueltos y me preparase a mí un tazón de sopa. Mi mirada debió de ser asesina, porque el profesor se echó a reír y dijo:

—No, Amalteria, no le hagas sopa. Más vale que le des medio whisky con dos trozos de hielo.

La mestiza resopló como un cohete, porque a pesar de su oficio, el dar whisky a los que son como nosotros le parecía una barbaridad. Sólo el profesor Taberner sabe que podemos beber, sin exagerar, como cualquier hombre.

Me pasó al laboratorio, que tenía más cacharros, tubos, frascos y porquería acumulada que nunca, y me preguntó qué había hecho este último año. Mi parte del trato era ésa, de manera que la cumplí. Expliqué todo detalladamente, incluyendo lo que os toca a vosotros, y conté con pelos y señales las juergas, los asaltos, las muertes, lo que comíamos, lo que ahorrábamos, mi aventura con Judalong, etcétera, etcétera. Me escuchó con gran atención y, al final, sacó de una cajita diecinueve píldoras; ahí están. Como veis, hay una para cada uno de nosotros, y aún sobran diez... que podemos y debemos usar. Sigo hablando. Entonces, tiré del fili el tarugo de papiros que habíamos juntado entre todos y lo zampé sobre la mesa.

—Ahí tiene usted, profesor —dije, muy seriamente—. Noventa mil créditos; diez mil de cada uno de nosotros. Con eso podrá comprar más aparatos y seguir haciendo experimentos... Ha sido un acuerdo una... uni...

—Unánime —dijo él.

—Eso. De manera que no los rechace.

—No. No los rechazo. Y ahora me vas a oír tú a mí.

Y va y me echa el sermón, como todos los años. Comenzó diciendo que estaba un poco preocupado por la carrera de crímenes (así mismito) que llevábamos, pero que iba a dirigirse a mí, como representante de todos, para que tratásemos de poner remedio por nosotros mismos. Que, desde luego, con sus píldoras había conseguido que tuviésemos un vigor físico muy superior al normal, y también un desarrollo intelectual y unas capacidades ultrarrápidas. Por ejemplo, en mi caso, demostraba en todo lo que había hecho un arrojo, un valor y una iniciativa encomiables (que conste que repito sus palabras a la letra) pero que me faltaba una cosa por completo, que era evidente que su píldora no había podido darme: sentido de la moral. Esto y no otra cosa era lo que faltaba. Suponía que cuando yo cumpliera diez años habría adquirido algo de ese condenado sentido de la moral, porque en el futuro me iba a ser terriblemente necesario. Recordó entonces los viejos tiempos: cuando me encontró a la puerta de mi casa, tres años antes, cuando yo tenía seis y medio, y él llevaba en el bolsillo la única píldora que había logrado fabricar; y le causé tal pena, que me la dio...

Al año siguiente había yo abandonado mi familia, había sido adoptado por él y había cometido mis primeros crímenes, según él dice. Me dio otra píldora para ir tirando otro año, y media docena más, que usé en algunos de vosotros. Y así, hijos míos muy amados, el bueno del profesor Taberner me contó otra vez toda mi vida, que es la misma que la vuestra. Por fin, me dio unos libros, recomendándome mucho que los leyese, y me avisó que creía tener importantes novedades en preparación.

—¿Píldoras para niñas? —pregunté, un tanto ansiosillo, porque la aventura con Judalong me había convencido de que con las mujeres mayores no había nada que hacer, y además los adultos, todos ellos, eran *personas prohibidas*.

—Quizá más adelante —contestó sonriendo—. Pero por ahora, píldoras de efecto continuo. Bastará con una para toda la vida.

—¿Y del asunto sexual qué hay? —dije—. Es lo único que sólo conocemos en teoría, y así como de refilón, por lo que vemos y lo poquito que sentimos.

—Aún no, aún no. Ése es el mismo problema que el de las píldoras para niñas.

Yo, la verdad, me acuerdo de mis tiempos de niño-niño y me acuerdo muy mal. Me pegaban, comía mal y estaba continuamente llorando. Pero en tu caso, Mano Roja, dices que estabas triste también, y no sería porque en tu casa no tuvieran cuartos ni te trataran bien. Si es que el ser niño-niño es una pena; no te entiende nadie, ni pintas nada, ni aciertan nunca con lo que verdaderamente te gusta... ¡Claro! Como lo que me oí cuando volví a ver a Judalong... Iba muy bien acompañada por un tipo alto, con cara de lelo y un bigotillo de ésos que parece que se lo han hecho con un lápiz, cuando me encontraron mondándome las uñas con la punta de la filosa. A toda prisa la guardé, en cuanto que los vi.

—¡Oh, eres tú! —dijo Judalong, y sus ojos resplandecían—. Mira, éste es mi amigo Barry, que ha venido a buscarme. Por fin, resulta que recibió mi carta, ¿sabes? Lo que pasa es que estaba de viaje y no pudo venir antes.

—Hola, niño —dijo el berzotas de Barry.

—Hola... —contesté, y me comí la lengua para no contestar: «Hola, mamón», que era lo que de verdad me apetecía decir.

Ni sentía celos, ni nada. Después de haber pasado una noche con ella, añorando a esa madre que nunca tuve, Judalong había dejado de importarme.

—Vamos a casarnos —dijo ella, con cara luminosa.

—Nos iremos en mi coche en seguida —dijo el berzotas, señalando un roda plateado con dos finas líneas azules que había allí al lado, en la polvorosa.

—Me gustaría tener uno como ése —dije yo, educadamente y casi reventando de risa.

—¡Oh! —contestó él, poniendo esa cara de imbécil que se usa para hablar con los niños como yo—. Estoy seguro que lo tendrás cuando seas mayor...

«Cuando seas mayor». ¡La música de siempre, amigos! Pero basta ya. Son las doce. Coged una píldora cada uno y, ¡adentro! Con un buen trago de agua, que es mejor. ¡Cuando seas mayor, jolín! ¡Ya estoy harto de oírlo! A ver si nos organizamos mejor; tengo grandes ideas en la cabeza. No olvidéis que el primero que tomó esta medicina fui yo. Las diez que sobran se las enchufaremos a niñas, ¡ja, ja!, seleccionados. A ver si no hay que hacérselas tragar a la fuerza como a ti, Corazón Sangriento. Y volveremos a ver lo mismo, ¿eh, tovarichs? Cómo se desarrollan sus músculos y su inteligencia, y su valor y su iniciativa... Y el día que abandonen su casa y a sus padres, nosotros estaremos allí para recogerlos y unirlos a la cofradía. Sólo somos nueve, pero...

¡Imbécil de Barry! Decir eso... ¡Cuando seas mayor! ¡Colegas! ¡Cuando yo sea mayor, amigos, el mundo será nuestro!

## 2. LA PRINCESA

### *Primera parte*

Hacía frío y eran días de elecciones. Yo seguía a mi víctima con un cuidado atroz, no fuera que se guipase mis intenciones, y pagase yo los platos rotos. Acinaba la fusca en una pequeña funda de cuero pendiente de la cintura, como todos los cargos la llevan. El uniforme gris plomo que vestía y su mala cara ahuyentaban a los paseantes, que no tenían muchas ganas de liarse en palabras o hechos con un mala sangre como aquél. Por mi parte, yo iba tan pronto detrás de él como delante, dando vuelta por las callejuelas y evitando tomar contacto mientras siguiese los rumbos que a mi menda convenían. La verdad es que ya estaba harto de aquellas fuscas del cuarenta y cinco. No es que sean demasiado grandes, pues mi mano derecha llega justito a rodear la culata, me falta un canto de borrega. También puedo jalar bien el gatillo, pero la levantada que les da el morro a esas pistolas cuando sueltan el pildorazo es más molesta que un dolor, y si no andas listo la herramienta se te escapa de los bastes.

Por eso andaba yo tras el carga, que tenía en la funda algo que a mí me gustaba más. No una de esas menudencias del veintidós, incapaces de matar a una araña y que tiran unos chorritos como lavativas para piojos. No, aquello era cosa seria. Pequeña, pero muy seria.

Por mi parte, yo llevaba el uniforme de memo oficial. O sea, que iba normalmente vestido y traía en la garra derecha un chupón de caramelo tamaño zanahoria, y de vez en cuando le daba un lametón, poniendo esa cara de felicidad que muchos imbéciles suponen que los ni... que nosotros hemos de poner cuando nos sentimos contentos, sea por chupar un caramelo (todo hay que decirlo, me asquean, prefiero la ginebra), sea porque nos compran uno de esos juguetes para padres. La gente que pasaba a mi lado no me miraba ni por casualidad, de manera que no debía de haber en mi aspecto nada fuera de lo corriente.

El carga seguía caminando, y de pronto se desvió de la ruta. No sé por qué, yo creía que iba a dirigirse a la zona vieja, donde yo contaba con una barraca preparada para hincarle un bardeo de madera que ni ver... Pero el tío se me canteó para la parte de las depuradoras y los molinos de mineral. De manera que me estiré la chupa y eché a correr por una calle lateral y, mientras tanto, iba sacando del bolsillo una frasca pequeña de ginebra, medio llena de agua, y un mazo billetes bien hermoso. No me costó pero que nada el darle la vuelta y plantarme a un centenar de metros delante de él, en una plazoleta donde había un cuartelillo de bomberos abandonado y un kiosko lleno de noveluchas. Sólo había dos novios, dándose el morro en un banco de madera... Cuando vi que el carga doblaba la esquina, con la jero de un buitro y los colmillos fuera, pegué un buen berrido y empiné la botella, tragando un buche de

agua, mientras con la otra mano agitaba el mazo billetes, dejando incluso que alguno se cayera al suelo. Los novios se quedaron como quien ve visiones, y la chica, que no estaba mal, lanzó un gritito ridículo, como si la hubieran pellizcado. Y puede que fuera así, ¿quién sabe? También puede ser que el caramelo le diera en un ojo a la moza, pues lo tuve que tirar para sacar la botella y el fajo pasta.

Naturalmente, el cargueño abrió unos ojos como platos, dudó un momento, y después se me vino encima. Salí de estampía, confiando en que el bueno de Tatum (ya no me gustaba llamarle Terror de los Mares, ni ellos me llamaban a mí Entrañas de Hiena) estuviera preparado para correr burro con el fajo billetes. Tiré, acelerando como un cohete de cincuenta tubos, por la primera a la izquierda, y de vez en cuando me volvía para ver si el carga iba detrás de mí. Pues sí que iba, porque eso de ver un crío de nueve años (y yo estaba tan delgaducho y con tan poca altura, que aún aparentaba menos) dándole al gollete, con un tronco de verdes en las manos, y aullando como si lo pelasen vivo, debía de ser cosa rica para los ojos de un carga como aquél. Y bien que lo conocía yo. Cuando había alguna manifestación o jaleo de éstos, no se limitaba a tratar de acallar los ánimos. No, éste era de los malos, de los que tiraban a dar y atizaban golpes con la porra.

En una esquina, el cuadrado Tatum me salió al paso, y fue cosa de un décimo de segundo correrle el tronco y seguir adelante. No había mucha gente por allí, pero yo me las apañaba para hacer eses y poner a los pocos gambusinos o despistados entre el carga y yo. Por fin, vi a poca distancia la cabaña casi destruida donde tenía preparada toda la industria. Entré dentro como una flecha, no olvidando que el carga se guipase dónde me metía, pasé velozmente por los lados de la habitación, y me coloqué, con muchos nervios y la respiración un poco apresurada, al fondo, en la pared, frente a la puerta.

El carga entró como un elefante mal educado, si es que los hay, y dijo:

—¡Niño! ¿Estás loco o es que...?

Entonces cedió el suelo bajo su peso, como el bueno de Víctor (que soy yo) había previsto, y se vino abajo en medio de un follón de tablones rotos, crujidos y gruñidos de madera podrida. Oí un ¡plaf! en el fondo, en la oscuridad, y luego nada. A pesar de eso, esperé, porque podía ser que las cosas hubieran ido mal dadas y no le hubiesen entrado los bardeos por donde yo me pensaba. Por eso le había corrido burro al Tatum con el caliche, porque si se esbazaba el asunto, y el carga me servía, una vez que me hubiera llevado al cosqui, poco me costaba jurar, echando buenos lagrimones, que no llevaba un mal crédito encima y que lo que bebía era agua. De todas formas, mala cosa hubiera sido que me hubieran hecho tocar el piano, porque hasta ahora nadie sabía nada de mí ni de los míos, y los que lo sabían se callaban, que mejor cuenta les iba a traer.

Del fondo del agujero salió un ronquido y luego una voz muy baja que decía:

—María... María...

Otro ronquido, y nada más. De manera que me asomé y pude ver que el carga se había empalado como mariposa en las estacas de madera, bien afiladas, que habíamos preparado entre Tatum, Madero y menda. Que estaba muerto era cosa clara; pues no había bicho viviente que aguantase con semejantes bardeos atravesándole el cuerpo serrano. De forma y modo que sin esperar a que Tatum y Madero vinieran, bajé al fondo del sótano por la escala que tenía preparada y me acerqué al fiambre. Lo que me interesaba estaba en su cintura, y fui y lo saqué de la funda de cuero. Permanecí un rato mirando aquella maravilla, y cómo brillaba a la poca luz que entraba por la puerta.

—Ya la tienes —dijo la voz áspera de Tatum.

Estaba allí, en la entrada, cuadrado y nudoso, con poco más de un metro de altura, pero con los músculos más enormes que imaginarse puedan. Creo que ni siquiera yo hubiera podido marcármelas a la brava con él. Pero lo que tenía de fuerte también lo tenía de burro, y respetaba la listura de que yo puedo presumir. ¿A que a él no se le ocurría la bonita trampa que acababa de tenderle al carga...?

Y en mi mano estaba aquella maravilla, la pistola Alakrán que sólo unos pocos tenían. El arma más dañina que hijomadre ha inventado, ¡y ya era mía! Un arma pequeñita, niquelada, que ni hecha a la medida para mi mano infantil (la verdad, me da risa decir eso de «infantil», pero queda bien) y con la potencia de un cañón pequeño.

Bueno. Les di a Tatum y a Madero lo suyo, que era el derecho a pintar lo que el cargueño llevase encima. Allí los dejé, llevándome la Alakrán en el bolsillo, así como las seis pilas de recambio que llevaba el muerto en la cartuchera, y me fui a dar una vuelta, con la conciencia tranquila por el trabajo bien hecho.

Pero me daba cuenta de que si me encontraba con el profesor Taberner, o iba a verlo, me iba a dar una matraca de espanto con que si tenía ya ese condenado sentido de la moral. ¡Diablos con la moral! El hombre era buen elemento, y a él se lo debíamos todo, pero daba unos rollos macabeos con la moral que no había quien lo aguantase. Cuando estuve con él un par de semanas antes, el latazo moral fue inaguantable.

Hablando de eso, escondí las dos píldoras que me quedaban de la dotación que me había dado a fin de año, y metí en el mismo escondite el pequeño paquete de pildoritas rojas que, después de mucho rogar, había conseguido que me diese. Las primeras, las normales, por llamarles algo, eran grandes y ámbar. Las segundas, pequeñitas y rojas... y le había jurado por lo más sagrado que sólo por dignidad o así las pedía... que no pensaba...

Ya que ahora estoy dictando en serio mi vida, bueno será que explique todo; y si no viene a cuento, mejor. Se me ocurrió cuando el condenado de Disko tuvo la idea



de enchufar un magnetofón (honradamente robado en una tienda de electros) mientras yo les echaba el discurso y les contaba todas mis aventuras con aquella chica rubia. Judalong. Luego me dieron la cinta, y cuando me enteré de lo que había pasado pensé primero en romperles los morros; después, en mandarlos a freír monstruos de Dolomances, y por último, le aticé una bofetada al que me cogió más cerca y me marché de allí. ¡Vaya! No va el mismo Disko y viene a buscarme, todo hecho harina y con la cara más cambiada que un centavo, y me suelta el rollo de que no querían ofenderme, que yo era el jefe, que lo habían hecho con buenas ideas, y que la verdad... Patatín, patatán; que se tiró hablando dos horas, con esas palabras tan pulidas que usa, porque no en balde estudió en no sé qué colegio, de ésos que cobran por tener a los niñitos (ja, ja) y les dan libros de canto dorado y, si son lo suficientemente imbéciles, hasta medallas y bandas a final del encierro. Total, que tuve que volver y decirle a los muchachos que lo sentía, y al que le había tocado el mamporro, regalarle mi navaja nueva. Todo menos pedirle perdón, porque sólo faltaba que me creyese achingarado. Después me dediqué a oír la grabación.

Así que a la mañana siguiente, cuando salimos todos a la faena, yo me dije que debía pensar seriamente en contar todas las cosas que me habían pasado, como estoy haciendo ahora. De sentido moral no había aprendido aún lo que era, y para mí que tal vez tuviera razón el profesor Taberner al decirme que ya que no estudiaba, que leyera algo. Pues sí, algo que me diga dónde estoy y de dónde viene todo... Sé que este mundo se llama Golconda, y que sólo hay en él esta ciudad, Golconda Central, con astropuerto y todo lo imaginable. Que salen caravanas de buscadores al resto del mundo, que es sólo arena, sin agua, menos ese sitio que le llaman el Mutzbunk. Y no sé más. Bueno, sí. Que el profesor Taberner daba clases de química en la Universidad y que se aburrió, se compró el pozo de agua en las afueras, la vende a las caravanas de mineros y gana como cien veces más que de cátedro, y sin trabajar. Asimismo, que ahora, además de la mestiza Amalteria, se ha comprado otra, que se llama algo así como Filoneble, y entre las dos hacen todo el trabajo mientras él se dedica a beber y a su laboratorio (a ratos) y a tomar el sol... Y esto es todo, que no es mucho. Y que descubrió por casualidad las píldoras.

Golconda Central tiene calles y calles y calles, hechas de cualquier forma a medida que iba creciendo. Hay stadiums sueltos en las afueras, pero no hay agua más que aquí mismo. Y en el Mutzbunk. Por eso sólo existe esta ciudad, con Universidad, astropuerto, barrio de buen vivir, casas, fábricas, bancos, cuarteles de bomberos, un millar de tabernas, otro millar de tiendas de maquinaria para explotar minas, molinos, fundiciones, refinerías, y toda la historia. También dicen que un día de éstos piensan construir una iglesia. No hay casi árboles, y los que hay son bien feos y raquíuticos, por la falta de agua... Hay mulas y caballos a rabiarse, porque no sé qué diablos de magnetismo tienen las montañas y el planeta entero que jiba los motores de tractor o

de automóvil... Ni siquiera los aviones pueden volar. Y a las astronaves les cuesta un triunfo aterrizar enteras. ¡La vida!

Cuando quise darme cuenta, estaba en un barrio que no me gustaba nada visitar, pero al que el negro deber me había llevado alguna vez. Estoy hablando del barrio donde está la cárcel, el bero, y además el cuartel de la pasma imperial, las oficinas del gobierno, y qué me sé yo. Allí la gente iba pero que bien fardada, fardada de lo más, y no se veían andrajosos, mineros, ni trabajadores del metal. Pasaban y me miraban, y se iban para un lado como si yo oliese mal. No creo que fuera así, porque me lavo todos los días. Bueno, casi todos. Desde que decidí que beber en exceso, fumar porros y no lavarse es malo, empecé por dar ejemplo y obligué a los demás colegas a que lo hicieran así. A alguno le costó trabajo dejar el porro o la copa, y a todos el lavarse. Decían que para eso no valía la pena haber tomado la píldora, y que maldito fuera yo. Pero como la disciplina es la disciplina, obedecen y sanseacabó. Lo que me sabría peor es quitarme de los dulces y los postres, que maldito si sé por qué, pero me gustan más cada día.

Andando, andando, me encontré frente a un jardín increíble. No lo había visto nunca, palabra de hampón. Parecía mentira que aquello pudiera existir en un planeta casi sin agua como Golconda. Pero existía, y estaba allí, delante de estos ojos que se ha de comer la tierra.

Bueno, voy a explicar cómo era. Primero había una tapia, hecha de bloques de esa piedra verde oscura con vetas negras que tanto abunda en los alrededores de Golconda Central. Esta tapia, muy gruesa, tenía mi altura, de forma que me veía yo obligado a auparme sobre un reborde para asomar la cabeza. Después, sobre el muro ése, venía una reja de hierro con barrotes como mi brazo, separados cosa de un palmo entre sí y terminados por arriba en puntas de lanza de un tono azulado. Este color azul sí que me lo conocía yo; era la señal de que allí arriba había un campo de contacto, y el pobre que intentase pasar por encima ya podía prepararse a quedar frito en una milésima de segundo.

De todas maneras, la curiosidad me había picado, a pesar de que, como dice el doctor Savage, la curiosidad mató al gato. No sé qué gato será ése, y yo no le confiaría mis ahorros, pero lo que puede matar a un gato puede matarme a mí, y me dije, digo, lo mejor es que andes con cuidado, Víctor. Un señor anciano, con cara de dinero, que pasaba por allí, se quedó mirándome, o sea que hice sonsoniche y me piré, porque cuanto menos llames la atención, mejor.

Me atusé los pelos, volví del revés la cazadora, que por el forro tenía otro color y mejores presencias, y comencé a seguir la célebre tapia. Había olvidado decir que al otro lado crecían unos árboles grandes que nunca había visto, con un tronco de casi un metro de ancho, y una altura y una copa verdaderamente enormes. También había cantidad de lianas, ramas, matojos y todo eso, de diversos verdes, tan espesos y liados

entre sí que no se veía nada detrás. Se oía muy bien el ruido del agua corriendo, y eso, en un sitio en que el pozal te cuesta dos o tres créditos, es mucho decir. Y la Tapia, con mayúscula, parecía no terminar nunca. Hubo un momento en que dobló y se metió por un callejón estrecho, pared con pared con un edificio muy alto, de feísimo cemento gris que, por referencias, me sonaba a ser una central de energía o cosa parecida. Allí, en un rincón oscuro, el agua se filtraba un poco bajo los bloques de piedra, porque se veía un charquito en el suelo y una enorme mata de salvia que casi alcanzaba lo más alto de las verjas. Si hubiera sido en otro sitio, habría allí, de seguro, un pobre acuático lamiendo el charco para completar la ración escasita que el Servicio Imperial de Aguas les daba (un litrejo al día), pero en este lugar, lleno de ricachos, nada de eso. Ni hablar. Me acerqué y husmeé y revolví a través de la mata de salvia. No había un alma a la vista, y yo estaba decidido, aunque tuviera que emplear las veintisiete horas del día, a enterarme de qué era aquello.

¡Justo! ¡Lo que pensaba! Soy un tío listo yo, no cabe duda. El agua había removido la tierra bajo uno de los bloques, que se movía como diente en boca de borracho. Hice un esfuerzo y cedió un poco... Otro más, hasta que sentí que las venas se me hinchaban en la frente, y con un ¡chap! la piedra se deslizó hacia dentro, resbalando sobre el barro. Ahora tenía un buen camino para entrar, y además, oculto por la gran mata de salvia.

Me metí por el hueco (uno de los prohibidos no hubiera entrado, a no ser que fuera pero que muy canijo) y me encontré dentro del jardín. Me temblaban un poco las manos y el corazón me marchaba deprisa, como un tambor. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que aquello tenía que ser de alguien muy importante, y casi hubiera jurado yo de quién era. A mi modo de ver no había más que una persona en Golconda que pudiera tener un chozo parecido. De todas formas, no era cosa de ponerse a meditar; o entraba del todo o me largaba de allí a toda mecha. Decidí que lo mejor era enterarse bien... y me metí entre las ramas.

Pues bien, detrás de las ramas había más ramas, y luego una espesura tal de matojos y árboles que me costaba verdadero trabajo caminar. En una ocasión, vi un hilo de cobre muy delgado que pasaba a través de un sendero, y lo evité porque no quería que sonase una alarma en cien kilómetros a la redonda. En éstas estaba cuando oí voces. Me paré y escuché:

—Irás a mamá —decía una voz de niña.

—Yo no te he hecho nada.

—Sí que me lo has hecho; me has quitado la raqueta.

La otra voz era de niño, y me pareció que un poco mayor.

—Estate quieta.

—Estate quieto tú.

Me deslicé entre los últimos matorrales y asomé el coco. Pude ver que había un

clarito entre los árboles, muy cuidado y relimpio, y que más allá, detrás de más matojos repelados y bien cuadrados, como si fueran trozos de queso, se levantaba un edificio de piedra verde, grande y alto... Los que hablaban eran dos niños, un poco más pequeños que yo. Él tendría como nueve años, moreno, muy peinado y con un traje de seda blanca que daba asco verlo. La chica tendría unos ocho años, o cosa así, rubia, con la nariz respingona, como un pellizco en masa blanda de pan, y unos ojos azules... ¡Muchacho, qué ojos! Aunque era una cría, sus ojos podían fundir el mundo. Grandes, con un tono de azul como el cielo cuando va a tronar... Lástima de material. El Imperio le da huesos a quien no los puede roer, como decía el viejo Lanyard.

En el momento en que llegué yo, estaban poniéndose los dos morados de tirar de una raqueta de tenis, la una del mango y el otro de la pala... y podía el mozo, claro, porque para eso era más grande, y mayor. Al lado, sobre el suelo, tenían una especie de tenderete lleno de chismes brillantes, piedras sin valor y bisutería de tres al cuarto. Imaginé que habían estado jugando a tiendas, ¡animalicos!

Total, que el chico pudo más y, de un tirón, le quitó a la dama la raqueta; y como consecuencia de ello, se cayeron los dos sentados en el suelo. Me hubiera reído, de no tener un miedo negro en el alma a que apareciera por allí alguno de los prohibidos y se me llevase a rastras. La chica empezó a soltar lagrimones, y el chico se levantó, rascándose el trasero.

—Anda, no llores —dijo—. Si no te has hecho nada.

—¡Irás a mamá! —aulló la cría, como una sirena de fábrica.

Me pareció que la tal «mamá» debía de ser de armas tomar, si juzgaba por la cara de miedo del mozo. Así que se le ablandó el corazón y le tendió la raqueta a la otra.

—Toma, anda. No le digas nada a mamá...

—Sí que se lo diré, y te mandará a estudiar al colegio, ya verás, claro que sí.

Tenía mala idea la niña. Yo veía que el pobre chaval estaba desesperado, y que no sabía qué hacer.

—Toma la raqueta.

—No quiero.

—Pues, ¿qué quieres?

A la chica se le encendieron dos candelas en los ojos azules.

—¡Jugar a tiendas!

La expresión del mozo era de libro. Estaba claro que el jugar a tiendas le revolvía el estómago, le repateaba y le ponía a parir.

—Pero Francesca...

—Si no jugamos a tiendas, se lo digo a mamá. Me has tirado al suelo, me has quitado la raqueta y te has ensuciado el traje... ¡Marrano!

No me pareció bien esa palabra para una chica tan fina, y tan bien vestida con

todos aquellos faralaes de organdí, o de seda, o de lo que fuese... Pero lo dijo en un tono tal que más sonaba a escopetazo.

—Bueno —contestó el pobre mártir, con cara de asco—. Jugaremos a tiendas.

Pienso que el sexo es una especie de, no sé cómo decirlo, de camaradería, o de cofradía. Aquel chico podía ser uno de mis tovarichs y era preciso ayudarle. Hice una tontada, pero la verdad es que asomé la cabeza y dije:

—¡Hola!

Los dos dieron un bote. ¿A que no se esperaban que otro... como ellos saliera por allí? Me acerqué, sonriendo como un buzón. Me di cuenta que era yo un poco más bajo que el chico y un poco más alto que la tal Francesca.

—¡Hola! —repetí—. Pasaba por aquí, amigos, y me pareció que debía saludaros.

—¿Quién... quién eres? —preguntó el mozo. En cuanto a Francesca, me miraba como si me la fuera a comer, y se había escondido a medias detrás de su hermano. Porque se veía que eran hermanos; se parecían bastante.

—Soy Víctor Lanyard —dije, y me hubiera mordido la boca a puñados, por idiota, en cuanto lo solté—. Os he oído hablar y me he acercado. ¿Molesto?

—No —contestó él—. ¿Cómo has entrado?

Bueno, tanto daba. Le expliqué toda la historia de la piedra, el agua y la mata de salvia, y vi cómo los ojos se le iluminaban. Tenía madera aquel chico, me pareció.

Pero Francesca no le dejó ni hablar.

—Quiero jugar a tiendas —afirmó, con tozudez.

—Calla un momento —contestó el chico—. ¿No ves que estamos hablando? Oye, y si yo quiero salir por ahí, ¿podría...?

—Si no jugamos a tiendas, le diré a mamá que «él» —me señaló con un dedo no muy limpio— ha entrado aquí.

Su hermano me dirigió una mirada moribunda.

—Si se lo dice a mamá —aseguró—, te echarán y cerrarán la salida.

—¿Quién es tu madre? —pregunté.

—La general Hokusallmi —contestó—. ¿La conoces?

—De oídas —dije yo, sintiéndome débil como un gatito recién nacido.

¡La general Hokusallmi! Justo lo que pensaba cuando vi las piedras, el parque y el gran edificio. La llamaban «la Apisonadora» y algunos «la Carnicera». Era la delegada del Imperio en Golconda, y en todos los cuerpos armados, bofias, pasmas, ceras, monos y demás, mandaba ella. Bueno, la verdad, mandaba en todo. Era lo más alto que había en el planeta. En Golconda no se movía un papel, ni se hacía una maniobra sin que Ayandeh Hokusallmi, general del Imperio, lo autorizase antes.

Debía de tener yo mala cara, porque el mozo me dijo:

—No te preocupes; no está aquí. No vendrá hasta la noche.

Respiré aliviado y, al mismo tiempo, una idea terriblemente feroz empezó a

darme vueltas por el caletre... Me dije que no, que de ninguna manera... pero la idea volvía y volvía sin parar. Recordé que la habían mandado a sofocar la insurrección de la colonia de Mondrakar (o por lo menos eso oí contar) y que en tres días había acabado hasta con el último revolucionario. Decían que en Mondrakar no daban abasto a enterrar muertos después de que Ayandeh Hokusallmi hubo pasado por allí con sus muchachos del ejército. Y la idea seguía dándome vueltas por la chola... a pesar de que era una barbaridad. También decían que unos años atrás, en el mismo Golconda, hubo una sublevación de mineros y que para ella fue cuestión de horas el solucionarla. Después tuvieron que repoblar el planeta, pero eso a «la Carnicera» no debía de importarle demasiado. Una voz chillona me sacó de mis pensamientos.

—Si no jugamos a tiendas ahora, ¡se lo diré a mamá! ¡Se lo diré a mamá! Le diré que «él» ha entrado aquí...

Aquella chica era una retrasada mental... de la peor clase. Si hay algo peor que un tonto malo, que me lo cuenten.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté al chico.

—Gustavo —contestó.

—¿Sois hermanos?

—Sí, claro.

No hubo más remedio que jugar a tiendas. Y aquella niña, hasta jugando, era lo más hediondo que he visto. Hacía trampas, lloraba, tiraba la industria por el suelo cuando no hacíamos lo que le daba la gana, y así todo. ¡Una verdadera joya! A veces, se quedaba callada, pensando en la mona de Pascua. Bueno, pues en realidad lo que estaba buscando era la manera de fastidiarnos mejor a su hermano o a mí. El pobre Gustavo tenía una paciencia de santo, pero yo no la tengo, y cada vez me costaba más soportar aquel juego idiota y soportarla a ella.

En una de esas ocasiones en que se quedó pensando en las musarañas, me di cuenta de que, cuando fuera una mujer, sería muy guapa. Como he dicho, tenía unos ojos azules preciosos, un pelo rubio largo y dorado que me recordaba algo al de Judalong, y una piel como de trigo. Pero tenía un alma más negra que el botijo de una carbonería. Y allí todos haciendo el idiota: «¿Cuánto vale este diamante?». ¡Diamante! Un cacho cristal así de grande. «Tres mil créditos y la voluntad». Y yo buscando el modo, porque me había decidido a seguir adelante con mi idea de endiñarle la píldora a Gustavo.

Claro que ella era lisa como una carretera, lo que es normal a su edad, y con mofletes de muñeca, y hasta con un ligero ceceo que aún tenía más mala sombra. Si no, hubiera pensado yo algo... pero había prometido que...

—¿Merendamos? —propuso Gustavo, que estaba hasta las mismísimas narices de la tienda, de quien la parió y, supongo, de su hermana.

—Yo no tengo ganas —dijo Francesca, torciendo el morro.

No me extrañó, estas niñas retorcidas y malcriadas no tienen hambre nunca. Son como flores de trapo: muy bonitas, pero sin vida. En cambio Gustavo sí tenía cara de hambre, y a mí no me faltaba gazuza, porque era casi hora de cenar.

—¿Traigo merienda para los dos? —preguntó Gustavo.

—Bueno... —contesté yo—. Pero no le digas a nadie que estoy aquí, o la liaremos.

—De eso no te preocupes —dijo, y se levantó para marchar hacia la casa.

Ése era el momento oportuno. Cuando se hubo separado media docena de pasos, me puse en pie y salí como las balas detrás de él, latiéndome el corazón a toda prisa. Francesca se quedó tan sorprendida que se le abrió la boca un palmo y, por una vez, no supo qué decir. Mientras corría iba metiendo la mano en la bolsa y, para cuando alcancé a Gustavo, llevaba preparada una de las píldoras ámbar.

—¡Tómame esto! —dije.

—¿Qué es?

—Un... caramelo... que no lo vea tu hermana... que no tengo más que uno...

No era tonto el chaval. Se lo metió en la boca y salió de estampía hacia la casa. Yo volví junto a Francesca, procurando remolonear por el camino todo lo que pude, pero hubo un momento en que tuve que llegar junto a ella.

Y la niña estaba mirándome con el ceño fruncido y sin decir una palabra. Si en vez de niña hubiera sido una nube, habría jurado que amenazaba tormenta. Vamos, que no se le había escapado mi maniobra y que se me venía encima algo gordo.

—¿Qué le has dado a mi hermano?

Estaba en pie delante de mí, llegando casi a mi altura y mirándome fijamente con aquellos ojazos azules. No pude evitar el pensar en ella como en una mujer... una mujer de mi tamaño, y empecé a ponerme nervioso. Le caía el pelo rubio en ondas por encima de los hombros, y había cruzado los brazos sobre el pecho. Estaba casi guapa. ¡Lástima que no fuera más que una cáscara vacía...!

—¿Qué le has dado a mi hermano?

Esta vez el tono fue mucho peor.

—Nada.

—¡Mentiroso, mentiroso! Te he visto darle algo. Dime lo que es...

—¡Te digo que nada!

—¡Mentira! ¡Se lo diré a mamá, se lo diré ahora mismo!

Me harté del todo. La cogí de un brazo y la miré fijamente, casi como si fuera una persona mayor.

—Mira, niña —dije—. Por mí, se lo puedes decir a mamá, a papá, o al portero del inmueble. Yo me voy, ¿entiendes? ¡Y no vuelvo más!

Y di la vuelta para marcharme. Pero no había dado dos pasos, cuando oí una voz muy débil detrás de mí.

—Víctor...

Me volví.

—¿Qué?

—No te vayas...

Hasta el tono de su voz había cambiado, lo mismo que su cara. Me miraba con los ojos un poco bajos, y sentí que me derretía. «¡No lo hagas!», decía otra voz dentro de mí, y me pareció que sonaba igual que la del profesor Taberner... Pero poco a poco, como si me hiciera fuerza yo mismo, volví hacia ella y me quedé quieto a su lado.

—No tenemos amigos, ¿sabes? —dijo ella, muy suavemente—. Tú eres el primero que ha entrado aquí...

A veces tenía el tono de una persona mayor, como ahora...

Saqué un cigarro del bolsillo y lo encendí con el chisquero de oro. Se le abrieron ojos tamaños; seguramente no había visto cosa igual en su vida...

—¿Te dejan fumar en tu casa?

—No tengo casa —contesté secamente.

—Pues, ¿con quién vives?

—Solo —dije, y noté que se me encogía el alma, como cuando le conté a Judalong lo solo que estaba y la poca compañía que tenía... sobre todo femenina. «¡No lo hagas!», volvió a decir la voz del profesor Taberner... Me hacía falta algo fuerte, y no tenía nada de alcohol al alcance de la mano... Pensé en lo que sucedería si... Y la mano comenzó a darme vueltas en el bolsillo, tanteando los paquetes de píldoras...

—Dame un caramelo de éstos, Víctor. Te he oído... Seguro que tienes más. Anda, dámelo...

Pareció como si la mano se saliese sola del bolsillo... «¡No, no!», berreaba el fantasma del profesor dentro de mí. Pero la gran píldora ámbar estaba ya entre mis dedos y, ¡maldita sea!, estaba tan condenadamente nervioso, pensando que Francesca llegase a ser una mujer, que se me cayeron al suelo dos o tres de las píldoras rojas... Traté de recogerlas como pude, pero ella las había visto.

¡Maldita sea mi alma condenada! Francesca estaba ya chupando la ámbar, y no ponía muy buena cara, porque no es demasiado dulce. Saben como un caramelo barato... y rogué al Imperio para que la escupiese. Pero no, la mascó y se la tragó...

—Dame una de esas rojas —dijo.

¿Y si Taberner se hubiera equivocado? ¿Y si...? Francesca con su estatura actual, más delgada, más estilizada, hablando como una persona y no como un crío baboso...

—No... —dije, débilmente.

—Dámela, por favor. Toma...

Me metió en la mano uno de los adornos de pasta y níquel con los que habíamos jugado, una especie de llavero. Judalong, maravillosa... Mi soledad... Creo que grité:



—¡Toma!

—Gracias —dijo, muy educadamente.

—No, por favor... Francesca. Dámela... No. Trágate la deprisa...

—No le diré nada a Gustavo...

¿Qué había hecho yo, maldición? ¿Cómo había sido capaz de faltar a lo que le prometí a Taberner? Bueno, pensé, no pasará nada, no puede pasar nada. «Me prometiste no usarlas», gruñó Taberner dentro de mí.

—No habérmelas dado —contesté.

—¿Qué dices? —preguntó Francesca.

—Nada.

Gustavo volvía con la merienda. ¡Puaf! ¡Vaya merienda! Dos trozos de pan y dos pastillas de chocolate. Pues si que... No valía la pena ser hijo de «la Apisonadora» para merendar pan y chocolate. Yo hubiera creído que les darían caviar, salmón ahumado, rustido de pollo y unos cuantos postres. Pero ¡eso!

—Soy una princesa —dijo Francesca—. Ahora jugaremos a palacios.

—Yo voy a jugar a que soy una nave de cien tubos —contesté yo, con un sordo arrepentimiento en el estómago—. Y como es la hora de despegar, me voy, camaradas.

—No te vayas aún, Víctor —dijo Gustavo.

—Que me tengo que ir, demonios. Ya volveré por aquí. Pero si le decís algo a alguien, no vuelvo más.

—No lo diremos —contestó Gustavo.

—Bueno... —dijo Francesca, no muy convencida—. Yo tampoco diré nada...

Aquella noche llegué muy tarde al refugio; tan tarde que los de la panda estaban francamente preocupados pensando en si me habría pasado alguna cosa. Lo que había hecho era dar vueltas como un pirulo por toda Golconda, farfullando cosas en voz baja, que si alguien me oye hubiera pensado que estaba mochales. «¡Indecente!», gritaba de vez en cuando la voz del profesor Taberner. Y el cielo estaba negro, no había un alma en las calles, y me parecía a mí que yo tenía todo lo de dentro más negro que el cielo.

—No habérmelas dado —dije otra vez.

«Lo prometiste».

—Cállese, cállese ya y déjeme en paz.

«Pero ¿sabes lo que has hecho?».

—¿A mí qué me importa?

Hubiera podido acercarme al barrio de las tabernas y tomarme una copa en algún sitio conocido, pero ni eso me apetecía. Me pasaba algo muy raro; ¡a ver si tenía que ver algo con aquello de la moral que decía el profesor! ¡Maldita sea su alma, diablos! Por pasar el rato, me fui a ver a los dos colegas que estaban cavando el túnel bajo la

cárcel (el bero) y me deslicé entre los pedruscos; los oí rascar al fondo del túnel, y llegué hasta la pequeña linterna con que se alumbraban. Aún faltaba mucho, vaya que sí. Aún faltaba mucho para llegar a la celda de Cavanaugh. Pero llegaríamos. Sólo era cuestión de tiempo.

Por fin no pude aguantarme; me acerqué al dorado y, aunque estaban a punto de cerrar, Leonor me dio un botellín pequeño de ginebra. Lo que me faltaba: verla en traje de faena. Cuando volví al refugio, después de soplarle el botellín de un solo trago, estaba un poco puesto, pero no mucho. Ya salían caravanas de muleros al campo libre, y llegaban carretas de mineral.

En el horizonte había una mancha blancuzca; estaba saliendo el sol. Y las fábricas, las refinerías, las empacadoras, comenzaron a hacer ruido de pronto... Estaba molido, como si me hubieran hartado de curros en el cuartelillo. «¡Cerdo!». Me dormí con un sueño pesado como plomo, sin hacer caso a los camaradas, y me desperté a media tarde con un hambre atroz y bastante tranquilo. ¡A ver si no iba a poder hacer lo que quisiera!

Durante los quince días siguientes continuamos todos haciendo estropicios en Golconda Central. Si no nos salieron mal la mitad de los asuntos, fue por pura casualidad. Ya casi no había bonachones que se fiasen de dejar las burdas simplemente con el cerrojo echado. Ahora ponían timbres de alarma y hacía falta andar listo para que no comenzasen a armar escándalo antes de haber dado el tope, tan siquiera. Además, que veía yo a los muchachos como preocupados, y por eso no me atreví a dar el golpe maestro que tenía pensado, y que era nada menos que coger una valla enfrente del Banco Imperial y hacer un tubo hasta debajo mismo de la gran maría de acero cromado. Y chorar el mismo tejido que habíamos ingresado allí. Vamos, que la mara empezaba a olerse que eran demasiados robos y demasiadas puertas rotas. Verdad es que teníamos una fortuna entre todos, honestamente apandada y bien situada en libretas de ahorro infantiles. Pero me daba miedo, y una tarde reuní a los tovarichs y les dije que, de momento, vacaciones; y que durante unos meses no íbamos a mover ni el baste currín. Dijeron que sí, que conformes, y entonces salta el Disko Tolliver y dice:

—Pienso yo que podíamos aprovechar el tiempo.

—A ver, aclárame eso, mi alma —le contesto yo.

Y va Disko Tolliver y contesta:

—Mira, Víctor, tú sabes...

«¡Malo, malo, malo!», pensé yo. Cuando uno de éstos se pone a hacer comentarios, en vez de obedecerme sin más explicaciones, es que ha estado pensando, y para eso de pensar el peor de todos es Disko. No es como Tatum y Madero, que son dos máquinas obedientes, todo músculo y un maní por cerebro, y que si les digo: «Llámame tío», se tiran al suelo gritando «¡Tío!» en todos los tonos

de voz. Menos mal que Tatum y Madero estaban detrás de mí, con las churis en la cintura y preparados para todo, porque bueno es tomar precauciones, aunque los demás siempre andan pregonando que soy el jefe y que soy su papá y su mamá juntos y en unión.

—Mira, Víctor, tú sabes que todos te respetamos.

«¡Malo, malo, malo!».

—Quiero decirte esto antes que nada, Víctor. Tú eres el jefe, y eres el que nos ha escogido. Por eso te respetamos todos y te obedeceremos siempre. Pero hay unos cuantos de nosotros que creemos que no podemos pasar así toda la vida, sirlando stadiums y reventando almacenes...

Este tío me estaba adivinando el pensamiento, me dije yo. Y cuando pasa una cosa de éstas, lo mejor es cortar por lo sano. Me vino a la cabeza en seguida lo que Disko quería; fue como si le hubieran encendido una linterna dentro y pudiera leerle los pensamientos.

—Mira, Disko —le corté—. Que cuando tú vas, yo vuelvo. Y aunque tú hayas estudiado en colegio de pago y sepas hablar por lo fino, a tener ideas no me pisa ni tú ni nadie.

Por lo pronto, el corte había sido bueno. Mientras que antes estaban todos mirando a Disko con la boca abierta, ahora estaban mirándome a mí. Me quedé unos segundos quieto, y encendí un cigarrillo rubio para hacer tiempo. Hasta cierto punto, sentía un horror el tener que soltar lo que llevaba en la cabeza, como si Disko me hubiera empujado, en vez de hacerlo como cosa mía. ¿Qué estaría haciendo ahora la condenada Francesca? Ella tenía la culpa.

—Nunca he pensado en seguir así siempre... porque, entre otras cosas, creceremos, muchachos. Y no pienso yo esperar a medir dos metros para tener lo que quiero. Y lo que quiero no son golpes de tres al cuarto. Me parece a mí, Disko, que yo te había comentado algo de esto ya...

—No me acuerdo... —dice Disko, abriendo unos ojos tamaños.

—¡Vaya! Ahora resulta que no te acuerdas... —me dejo caer yo. Bueno, con esto lo había hecho puré.

Dijera lo que dijera, los demás iban a pensar que lo había cocido yo, y que él estaba aprovechándose de lo que habíamos hablado antes. ¡Para que aprendas, pedazo listo!

—Nos vamos a organizar —continué—. Cada uno de vosotros tiene una afición, una manía, vamos. Si os dije de dejar el porro, la copa y el juego, y de lavarse y todo eso, era porque pensaba que había que cambiar de sistema.

Me estaban saliendo las palabras rodadas, como si de verdad hubiera yo pensado algo. Y estaba dando en el clavo, porque a Disko un color se le iba y otro se le venía.

—Cada uno —sigo diciendo— va a estudiar aquello que le apetezca más... El

que quiera ser médico, que estudie para médico; el que ingeniero, ingeniero, y así... Y ya podéis trabajar, colegas, que si no, os breo a palos.

Durante un momento, se quedaron callados como muertos, mismamente. En el fondo, Disko, con su estatura (el más alto de todos), su pelo castaño y sus ojos grandes, era más infeliz que un cardenal en fin de año. Estaba blanco, diría yo, y me preparé para el contraataque. Pero no lo hubo; en esto sí que me colé...

—Eso era lo que yo quería decir, Víctor —murmuró el pobrete—. Pero la verdad, no me acuerdo de que hubiésemos hablado de ello...

—Porque tienes la memoria con agujeros, chaval —mentí yo, serenamente—. ¡Parece mentira, hombre!

—Así podremos integrarnos en la sociedad —dijo él, y siguió—: Así haremos que se nos reconozca.

Bueno, aquello era ir demasiado lejos.

—De eso nada, majo. Eso para más tarde, pero ya veréis como... Dejádmelo a mí... Vamos a ver, muchachos. Yo os pido que cada uno de vosotros estudiéis una carrera. Pero no como lo hacen los prohibidos, con cursos, exámenes y todas esas monsergas. Lo primero que haremos es conseguir libros...

—Hay una buena librería en la Universidad —terció Disko—. Podemos decir que los compramos para un hermano mayor...

—¿Y quién ha hablado de comprarlos, besugo? Si pensábamos entrar en el Banco Imperial, ¿no vamos a poder entrar en una librería, majadero?

Uno de los nuevos habló desde el fondo, como escondiéndose.

—A mí esto de robar no me acaba de parecer bien...

—Otro lascar sin seso —dije yo, creciéndome más a cada momento—. Nosotros no robamos, macho. Tomamos lo que es nuestro. ¿O es que piensas que los demás no nos han explotado bastante?

Todos aullaron un «Sí» como un edificio de grande.

—Pues no te creas que los otros son muy diferentes, colega. Ellos dicen lo que tienes que hacer, quieras que no, y tienes que hacerlo, porque no pintas nada. ¿Se han preocupado alguna vez de que alguien hiciera un invento como el del profesor? ¡Ni hablar! Dicen que no tenemos uso de razón, y que por eso no podemos votar, ni tener bienes, ni fumar, ni hacer nada. Pero para estudiar, traer las zapatillas, obedecer y fregar el suelo, sí que tenemos uso de razón. ¿Qué os parece eso? Y no hablo de nosotros, que somos... algo especial; hablo de los otros pobres que no han tomado la píldora... ¿No decís nada, amigos? —No decían nada. No sabían qué decir. Había que aprovechar la ocasión. Así que continué—: Pues basta ya. Dejádme a mí que piense lo que hay que hacer, y vosotros, a lo vuestro. Haced listas de lo que necesitáis y dentro de un par de días, le damos el susto al depósito de libros.

Mientras estaba yo en la cama, tumbado, esperando a que el sueño viniera, aún

los oí hablar horas y horas. Cada uno pensaba en lo que quería ser, y ni uno solo sabía aún para qué. Pero yo sí lo sabía, lo sabía perfectamente. Sólo que no iba a decírselo aún. Cuando fuera tiempo, soltaría la bomba y, esta vez, Disko no iba a ponerme palitos en las ruedas.

Por eso, dos días después, tronzamos las puertas de la librería y nos llevamos dos carretadas de libros. Lo curioso fue que esto armó mucha más bronca que el asalto a un almacén o que el robo de una tienda. ¡Vaya gente rara! Te llevas cien kilos de libros que no valen un comino y arman un escándalo de tamaño natural. Que si la cultura vilipendiada, que si elementos extremistas, que si las elecciones, y que si el gremio de libreros manifestaba su protesta. Pero aparece el cadáver de un crío en un vertedero y se conforman con decir: «Niño de ocho años muerto a palos. Espantoso crimen. La policía sigue hábilmente varias pistas». ¡Ya! ¡Hábilmente!

Al día siguiente no se hablaba del pobre crío y, en cambio, de lo de la librería se siguió dándole al manubrio durante más de una semana. Las cosas de la vida, que a veces no hay julay que las entienda.

Me estaba aburriendo como un verde solitario porque, por un lado, no podíamos dar ningún golpe y, por otro, todos los camaradas se habían puesto a estudiar como gusanos. En vista de cómo iban las cosas, nombré a Disko Tolliver, director general de Enseñanza, y puse bajo su mando todo lo relativo a los estudios y otras matracas. Hay que reconocer que el tío se las manejó como si hubiera nacido para eso. Separó dos o tres habitaciones del refugio para aulas (así mismamente dicho) y preparó ficheros, una biblioteca, reuniones de trabajo...

Esto de las reuniones de trabajo se le ocurrió a él, maldita sea, y no a mí. Claro está que no íbamos a hacer exámenes y otros lindezas, pero entonces, ¿cómo organizar la cosa para que se supiera si la gente aprendía o no? «Pues muy sencillo», dijo Disko. Juntó a todos los médicos, había tres, y estableció que se ordenarían ellos mismos el «plan de estudios» y que tendrían una reunión de una hora diaria para hablar de lo que hubiesen estudiado durante el día. ¡Diablos, la cosa funcionaba! Entré en una reunión de éstas y estaban poniéndose morados de hablar de etiologías, síndromes, estructura anatómica y otras lindezas.

Había unos pocos que no servían para nada, entre ellos Tatum y Madero, de manera que los pusimos de vigilancia. Y en cuanto a mí...

—Claro... —dijo Disko, muy tímidamente—. Tú también habrás pensado en algo...

—¡Claro! —contesté yo, muy serio—. Yo necesito libros de política, de batallas, de armas, y cosas así. Eso es lo mío.

—Es lógico —contestó Disko, poniendo los ojos en blanco—. Asunto de gobierno, claro está. Lo pensé, Víctor. Los tienes en tu cuarto.

—¿El qué?

—Esos libros...

Lo hubiera matado. Pero habría estado mal. De manera que dije:

—Muchas gracias... muy amable.

Me había basureado por esta vez; hubiera jurado que nadie había traído libros de éstos. Bueno, ¿qué remedio? Habría que dar ejemplo. De manera que durante dos días me tragué libros de éstos a montón, y menos mal que como de mi estilo sólo había uno, que era yo, me vi libre de las malolientes «reuniones de trabajo». Pero en el fondo no me desagradaron; me leí con mucho gusto desde la segunda y tercera Guerras Mundiales, la primera Guerra de las Colonias, y sobre todo la Rebelión de Gander. Opinaba yo que algunos de los movimientos que allí se explicaban se podían haber hecho mejor, pero son cosas que sólo pueden probarse en la práctica.

De todas formas, estos quince días de libros, de «reuniones de trabajo» y de chicos medio locos hablando en las aulas de cosas incomprensibles, fueron buenos para dominar los terribles deseos que tenía de volver a ver a Francesca. Era muy raro lo que me pasaba con esa chavalita; realmente era una niña, pero yo no podía recordarla así. No señor. La recordaba de una forma totalmente ful, con tacones, con formas de mujer, sabiendo hablar como una persona, y con aquellos ojos vacíos llenos de sentimiento y de expresión. ¡Sí, eso! De sentimiento... por mí.

Así que, cuando fue hora, marché a ver al Baratijas. No es un rosero tan bueno como Felipe el Poleo o como el mismo Cornelio, pero para ciertas cosas resulta condenadamente útil. Lo que no me explico es cómo el Baratijas trabaja; es feo, antipático y paga menos que nadie. Pero el barbián tiene su clientela, adictos como grifos. Yo, no. Yo le vendo normalmente a Felipe y a Cornelio, y eso que, lo mismo que el Baratijas, me tratan como a un crío y no como lo que soy. Sólo les falta decir: «¡Qué mono!», y cosas de éstas para acabarlo de arreglar. Pues bien, el Baratijas es un lince para encontrar empleos de medio pelo al que quiere sacarse algo de pasta sin demasiadas exigencias. Por eso yo también le dejo alguna vez algún crédito a ganar.

Estaba allí, en su tienda de la Avenida Ramsés II, sentado como un pachá en medio de cajas llenas de trastos, cajones de relojes, rollos de tela, recambios de coche, piezas de metal, uniformes, botas, y todo eso.

—¿Qué hay, chaval? —dijo—. ¿Qué me traes?

Le llevaba unos hielos que teníamos guardados, así como para entrar en conversación. En cuanto el tipo le echó la vista a las luminarias, le creció dos dedos la barba y los ojos se le pusieron aún más bizcos. Me hizo seña de pasar a la trastienda, donde se tratan los buenos negocios.

—No sé de dónde habrás sacado esto —dijo—. Me parece asunto muy serio, amigo.

—¿Y qué más te da eso? Yo vengo a ver si los quieres y los pagas, Baratijas. No vengo a echar sermones.

—Vale, hombre; no te encalabrines. Trae p'acá.

Se los dejé, guipándole bien los bastes, porque aunque los tiene gordos y sebosos, son más rápidos que una bala saliendo del cañón y, si te descuidas, te sutaliza un reloj o una piedra ante tus propios acais.

—Hay siete —dijo—. Son bastante claros, menos éste, que es un poco amarillo; tiene una mancha.

Se quitó el tubo del ojo, y los puso en una balanza de esas pequeñas. Yo hice sonsoniche, porque lo que había dicho era la barbi. Pero ¿para qué iba a discutir?

—Nueve kilates, y algo más —dijo, después de pesarlos.

—¡Troncho! Son casi diez, Baratijas. Nueve kilates, y ochenta y siete centésimas.

—Vaya, niño...

«¡Mala puñalada te den, Baratijas!».

—¿Qué dices?

—Nada. Que son nueve ochenta y siete, tú.

—Bueno, hombre, bueno. No vamos a discutir por eso... ¿Cuánto quieres?

—Doce mil.

El Baratijas se puso en pie, agitando las greñas y abriendo una boca maloliente como un vertedero... tenía los dientes como los de los caballos, amarillos y grandes.

—¡Estás loco! Seis mil es lo más que te puedo dar, y eso por ser tú, que siempre me has caído bien.

—Amos, que yo te caigo bien, so... Once mil y no se hable más, y eso porque me hace falta dinero, Baratijas.

—¡Dinero, dinero! ¡No pensáis más que en el dinero! Aún te acuerdas, ¿no?, de los tiempos en que lo único que sabías hacer era lo del mantel y el tarugo... Siete mil y no se hable más.

Me puse colorado, porque lo del mantel y el tarugo fueron mis honestos principios en la profesión. Para el que no lo sepa, se hace así, Mortimer. Te echas bajo el brazo un mantel o paño bien arregladito, y te fardas de una bata como si fueras un dependiente de tienda. Cuando guipas un comercio, entras; y si hay mara, te das el piro. Si no hay nadie, que se dan casos, porque el dueño sale al W. C. o a otros menesteres no menos sabrosos, te lanzas al cajón del dinero, o sea al tarugo, te lo colocas en la cabeza, le encasquetas el mantel como si fuera una bandeja de pasteles o cualquier encargo, y sales muy serio. Aunque te vean, es muy difícil que nadie piense que un chico con bata de dependiente y con un mandao en la cabeza acaba de hacer el choripén en un comercio. Claro que es más fácil que actuar de fardista o de topador, pero se corren riesgos. Sin embargo, no tiene la clase de una siria a la brava, o usar la banderilla. Por eso, por eso y no por otra cosa, me puse así como avergonzado.

El Baratijas tomó mi silencio por una negativa.

—Ocho mil, chavea.

—Diez mil, Baratijas, y no puedo bajar más, que hay que pagar a los consortes y puede que al alimio, algún día.

—¿Partimos la diferencia, chico?

—Que no, Baratijas. Lo siento en el alma, lo siento un horror, Baratijas, pero no puedo. Dame las luces, que iré a otro sitio.

—¡Maldito crío! —renegó el Baratijas—. ¡Maldito crío!

Se quedó quieto, sentado en la silla, mirándome con los ojos como tizones. Ya sabía yo lo que le pasaba por la chola: el quitarme los diamantes, darme un par de sopapos y echarme a la calle. Luego, la cara le cambió. Supongo que se acordaría de una vez que le trajimos un mazo de bagas bien puestas, con sus luces y sus rubíes, y nos hizo esa jugada. Supongo que se acordaría de que a los dos días le ardió la industria completa, y de que al dependientillo esteta que tenía lo encontraron entre las ruinas con un ojal tamaño en el corazón. Casualidades, Mortimer, casualidades.

Tiró de tronco y, de mala gana, contó los diez mil pavos. Me los tendió, con aquella su mano, grasienta y sucia.

—Toma, condenado, maldita sea tu madre.

Metió algún adjetivo más entre «maldita sea tu» y «madre», pero no se lo tomé en cuenta. No quiero grabarlos aquí, pero era su forma de hablar, vaya.

—¿Y ahora qué quieres, enano?

Como me había quedado quieto, con los billetes en la mano, mirándole, dijo eso. Lo de enano, como antes lo de niño, me había sentado mal. Si no hubiera sido por lo que tenía que decir... mi vieja churi de un palmo hubiera trabajado *again*.

—Necesitamos unos empleos, Baratijas.

—¡Ya! No ibas a venir aquí sólo por endiñarme los brillantes, chavea. Pero me caes simpático...

¡Natural! ¿Cómo no le iba a caer simpático? Los hielos no valían menos de quince mil créditos... así cualquiera le cae simpático al Baratijas...

—¿Qué es lo que quieres, chaval?

—Necesito que tres amigos entren en la Facultad de Medicina para limpiar salas, o llevar recados, o lo que sea. Dos más, en la de ingenieros. Otros dos, en el astropuerto... Otro en un regimiento de ceras...

Y así le solté todo el rollo. Claro que lo que andaba buscando era que los tres estudiantes de medicina, Basenger, Martin y Korasan, entrasen en la facultad de los matasanos como fuera, que ellos ya se las compondrían para ver cosas, trinchar fiambres y apandar herramientas de operar... Y así con los demás.

El Baratijas aulló y escandalizó una cosa mala, pero al final, después de que le hube aflojado mil créditos de los diez mil que le había sacado, consintió y tiró de teléfono delante de mí. Sudábamos los dos a mares, él hablando por el teléfono con



todos los tipos que podían resolver el asunto, y yo pensando en que si no les servía de nada a los colegas, habría tirado a la basura seis o siete mil créditos. De todas formas, los estudios están muy caros, y si a los compañeros les servían las prácticas bueno estaba. Eran unos excelentes tovarichs y se merecían todo...

—¿Y tú qué? —dijo, al final, cuando todo quedó claro—. ¿Tú no quieres nada?

—Yo, no. ¿Para qué?

El Baratijas sacó un porro de un cajón y lo encendió. El muy asqueroso no me ofreció, aunque yo no lo hubiera tomado, porque había dejado ya, como dije, los porros y el alcohol. Pero no me ofreció, y eso es una grosería muy grande. Después sacó una frasca de ginebra y se sirvió tres dedos. Echó un chorro de humo.

—Pues da la casualidad de que yo sí tengo un trabajo para ti...

—¡Bah! —contesté—. Yo no quiero ir a limpiar el polvo a ninguna jaula de grillos.

—No es eso... —dijo—. No es eso...

Y echó otro chorro de humo, como si le costase trabajo hablar.

—Tienes que hacer de hijo —dijo, al fin.

Solté unos tacos escogidos.

—¡Para, quieto ahí! Que va en serio, chaval. Hay un amigo, ¿cómo te diría yo?, una buena persona, que necesita salir por ahí fuera de excursión, va hasta el Mutzbunk, o más lejos, y tú me entiendes, llevando un chaval, un hijo, es más disimulado.

—¿No será un pajubique?

—No, no. De eso nada. Es un tío macho, y muy serio. Se llama, bueno, es un decir, el doctor Garuslap. El doctor Atience Garuslap. ¿Te suena?

—Ni oír, Baratijas. ¿Y dices que pasará por el Mutzbunk?

—La fija. Creo que estará allí unas semanas. Paga bien. Dos mil del ala y la comida. Pero ya sabes, como si fuera tu padre.

La idea de estar unas semanas en el Mutzbunk no me disgustaba. Había tenido yo mis ideas al respectivo, y tenía más ideas que me daban vueltas ahora en la cabezota.

—Bien... —dije, haciéndome el dudoso—. Pero no me fío de que no sea un bujarrón que busca compañía de otra clase.

—Te digo que no.

—Tú le dirías que no a tu padre con tal de sacarte la comisión, Baratijas. Ya te digo... de acuerdo. Pero si no me gusta la pinta que tiene, no hay nada de lo dicho.

—Te aseguro que no lo sentirás... Tú eres un chico muy espabilado, palabra que sí, y te las entenderás con él. Es persona bien, ya te digo; ha conseguido hasta sacarle el coche de imanes a la Universidad, conque fíjate.

Como yo no sabía qué era el coche de imanes, la cosa me dejó frío por completo. Lo único que tenía en el cerebro ahora era el Mutzbunk, el Mutzbunk y lo que yo

podía hacer en él. Así que volví a decir que bueno, que sí, salvo si el julay no me gustaba, y me largué de allí para hacer ciertos preparativos, que comprendían, entre otras cosas, un par de maletas de tetralita, la pistola Alakrán y sus municiones, dinero en billetes grandes y un surtido de drogas que conseguí de la vieja Haralda.

Disko Tolliver se quedó fundido cuando le conté el contrato que había hecho con el Baratijas para que los amigos pudieran practicar las respectivas profesiones en las cuadras de enseñanza adecuadas. Este Disko Tolliver, que es muy listo para esas cosas de organización y tal, resulta una nulidad cuando se trata de llevar a la práctica los asuntos. Yo no sé si el ser inteligente es ser como él, o es ser como soy yo. A mí me gusta más como soy, desde luego.

No veas lo contentos que se pusieron los compañeros cuando les dije que iban a poder hacer clases prácticas. Les expliqué también que seguramente estaría fuera un par de meses, por viaje de negocios, por el bien de todos y por nuestro futuro. Tatum y Madero se pusieron muy tristes, porque estando yo allí siempre hubieran tenido algo que hacer, o si no, por lo menos, el estar conmigo y hablar de cómo habíamos asaltado esto o matado a aquél, siempre delante de una buena jarra de cerveza, que es lo más que les dejaba yo beber ahora. Bueno, estaban un poco tristes por eso de que yo me fuera, así que reuní todos mis recuerdos de la media docena de libros que había leído, y les dirigí una especie de discurso.

—Amigos —dije, y procuré que mi voz pareciese conmovida, aunque la verdad es que de eso, nada—. Amigos, voy a dejaros durante unos días. Y antes de marchar hacia lo desconocido, quiero que tengáis en cuenta mis recomendaciones, porque al que no lo haga, cuando vuelva, lo desuello. En primer lugar, dejo el mando en manos de nuestro ilustre compañero Disko Tolliver, que sabrá juntar su cargo de director de Enseñanza con todo el asunto de comida y demás. A vosotros, Tatum y Madero, os ordeno que protejáis al camarada Tolliver aun a costa de vuestras vidas, si es preciso. Como si fuera yo mismo, vamos. No bebáis alcohol, más que cerveza y no mucha. No fuméis porquerías. Lavaos puntualmente todas las mañanas; los dientes también. Mientras esté yo fuera, no robéis ni hagáis ninguna barbaridad. Coged todos esos libros que apandamos y poneos de estudiar como burros. Nada de drogas. Nada de alcohol. Si alguno tiene ganas de hacer experimentos con las mujeres, aunque de sobras sé que ninguno tiene todavía en orden lo que hay que tener, que se aguante, que es peligroso y las damas se van de la mui una barbaridad. No comáis en exceso, que ya sabéis que luego os ponéis malos. Seguid una vida limpia y ordenada como es la mía, y podéis estar seguros de que llegaremos muy lejos, amigos. Cuando vuelva, no quiero encontrar estudiantes, sino profesionales. Quiero llamarte a ti doctor Basenger, y a ti ingeniero Colomer, y a ti piloto INC Tsuyami. Aprovechad los empleos que os he buscado para practicar en vuestras profesiones; y no exageréis cogiendo cosas, no sea que se note. No molestéis al profesor Taberner, que bastantes

murgas le doy yo. Y nada más. Si no regreso, y caigo en el cumplimiento del deber, guardad algún pequeño recuerdo para este pobre compañero vuestro que tanto os quiere, para este último servidor vuestro: Víctor Lanyard.

¡Porras! Los había conmovido, y yo estaba casi llorando cuando terminé. Me aplaudieron como locos, y varios de ellos se limpiaban las lágrimas de los ojos. El mismo Disko Tolliver, emocionadísimo, no sabía hacer otra cosa que cogerme las manos y estrechármelas, mirándome con los ojos muy abiertos y brillantes, como si los tuviera llenos de agua...

Aquella noche hicimos una buena cena en el refugio, sacando unas cuantas de las exquisiteces que se tienen guardadas para ocasiones especiales, y hasta les dejé tomarse un par de whiskies y alguna botella de champán. Luego, cada uno se fue a dormir. Sentí tener que distribuir puestos de vigilancia, como cada noche, pero no había otra solución.

Dormí hasta tarde, porque la cita en el patio de la Universidad con el doctor Garuslap y el célebre coche de imanes (fuera eso lo que fuese) no era hasta el mediodía. De manera que cuando me arreglé muy discretamente, preparé mis maletas y eché la última ojeada a las aulas, aún me sobraba algo más de una hora.

—Voy a dar un paseo —le dije a Disko.

—Haces bien, jefe —contestó—. Te tranquilizará.

Les había metido en la cabeza de tal forma la idea de que lo que iba a hacer era algo muy peligroso, que los tenía a todos como flanes. Pero el paseo mío llevaba unas miras muy concretas...

Pasé junto al bero, sin llamar la atención, puesto que iba bastante arreglado. Los dos colegas que tenían que cavar el túnel bajo la celda del asesino Cavanaugh habían concluido hacía una semana, y el túnel estaba allí, estrecho y relimpio, con la entrada oculta bajo unas piedras muy bien puestas, y llegando al final, después de unas cuantas revueltas, justamente bajo la celda en cuestión. Yo sabía que no quedaba más que levantar una losa para entrar en ella, de manera que no me molesté en comprobarlo, no fuera a ser que me ensuciase la ropa.

La piedra removida continuaba en el mismo sitio y sin afianzar. El chorrito de agua seguía filtrándose por debajo. Habían pasado veinticinco días, y yo sabía que era demasiado pronto para que las píldoras surtiesen efecto, pero a pesar de eso, no podía privarme de verla. Así que removí la piedra, me colé por el agujero, puse la piedra de nuevo en su lugar y caminé a través de los matojos. De paso, me llené la chaqueta azul de polvo.

Oí un cuchareteo entre las breñas, mientras me acercaba al condenado sitio donde la había conocido. Una voz finita canturreaba algo en bajo mientras, de lejos, llegaba a mis oídos como un rugir seco de voces humanas: el cambio de guardia o algo parecido. También oía, así como disuelto en el aire, el zumbido de las refineras y las

fábricas, pero muy a lo lejos.

Me deslicé silenciosamente. Ella estaba sentada en el mismo lugar en que la conociera, como si no se hubiera movido de allí. No vi a Gustavo, y pensé que estaría por los alrededores. Yo no sabía por qué, pero el aire olía la mar de bien, y veía insectos pequeños que volaban de un árbol a otro, con las colas de mil colores. El cielo estaba de un azul precioso y...

Y nada. Que me quedé quieto como un tonto, mirándola. Tenía puesto un vestido de no sé qué rosa, que le sentaba como un tiro en la nuca, todo lleno de volantes y cosas por todas partes. Le hubiera caído mejor un traje de noche negro, bien escotado, con falda larga y unos tirantes finitos sobre los hombros, una joya de buenos hielos en el escote y un manojo de plumas en la cabeza. Eso, con zapatos de tacón y medias de malla, el sueño de una vida, vamos. Como para que los muchachos saltaran por los aires de envidia... Claro que los muchachos... no habían tomado... vamos, que no era su hora.

Tenía un peine en la mano derecha, y el cuchareteo que oía yo era el choque del peine con una piedra. Al lado, sobre el suelo, había un montón de cacerolas de juguete y una muñeca, todo revuelto de cualquier manera, como si no lo hubiera usado desde hacía rato. Después de que pasaron unos minutos, se puso en pie y el vestido se le abrió en torno a las piernas como un embudo vuelto del revés, con lo que aún estaba peor que antes. Mientras yo pensaba que tenía las piernas bastante bonitas, a pesar de llevar zapato plano y unos repulsivos calcetines blancos que casi no le pasaban del tobillo, se puso a peinarse el pelo rubio y largo, y palabra que parecía que le echaba chispas al rozarle el peine.

Ya era hora de que dejase de hacer el mirón, conque solté una tos y salí del matorral, levantando un poco la barbilla y mirándola con cierto aire de protección.

—Hola, muñeca —dije, y encendí un cigarrillo con el chisquero, procurando darme todos los aires posibles.

—Hola —dijo ella—. No me llamo muñeca, sino Francesca.

—Ya lo sé. ¿Dónde está tu hermano?

Echó una risita con muy mala intención.

—Al colegio... Lo han mandado al colegio, interno. Por malo.

—¡Vaya! ¿Y qué había hecho?

Se pasó el peine dos o tres veces por el pelo, mirándome como si yo fuera un bicho clavado en un cartón.

—Nada —contestó—. Estaba harta de que anduviera por aquí. Le dije a mamá que me pegaba, y lo mandó interno.

Por lo que estaba viendo, la niña tenía las intenciones de un cargueño rabioso.

—¡Pero es tu hermano!

En un momento se puso bizca, torció la bonita boca con un gesto horrible, y se

encogió de hombros. Esto, hecho todo a la vez, y en una chica en la que, ¡diablos!, has puesto tus ahorros y un puñado de ilusiones, es como para dejar plano al más chulo. A mí casi me dejó plano, palabra. Pero no me iba a rendir por tan poco. Di una chupada al cigarrillo y eché el humo hacia arriba, intentando hacer un anillo que no salió. Sólo salió una especie de nube deforme.

—Bueno, pues —dije, y me callé un segundito—. Oye, Francesca, ¿y qué te notas?

Tiró el peine al suelo, dio dos pasos rápidos y se acercó a mí. La observé. No, no había señal de nada. Yo esperaba que el pecho se le hubiera desarrollado un poco, o algo así, pero nada. Las piernas me parecieron bonitas, ya digo, pero igual las tenía antes así y yo no me había dado cuenta.

—Quiero fumar —dijo—. Dame uno.

—Claro. Toma. Ahora te lo enciendo.

Aquella chica no había fumado en su vida. En vez de chupar el humo, sopló y me apagó el encendedor.

—Chupa del cigarro, condenada.

—¿Cómo?

—Así. Mira. Así.

Di dos o tres chupetones bien fuertes por mor de ejemplo. Volví a darle lumbre. Chupó, se atragantó, tosió, me miró con muy mala baba y casi tiró el cigarrillo. Pero volvió a probar.

—¿Así?

—Eso está mejor. Pero no te tragues el humo, que te vas a marear.

—Yo hago lo que me da la gana.

Y chupó hasta que se le saltaron las lágrimas.

—Mi hermano me molestaba —dijo, cogiendo la conversación por donde le pareció bien, o sea, por dos o tres frases antes—. Y quería estar sola.

Aquello comenzaba a sonarme...

—¿Por qué?

—No lo sé.

Una voz de hombre gritó, entre la espesura:

—¡Señorita Francesca!

—Me voy —dije, sintiendo un frío en el estómago.

—¿Vas a volver?

—Dentro de un par de meses, o así. Espérame aquí mismo a estas horas, ¿me entiendes? ¡Aquí mismo! ¡A estas horas! Y no le digas nada a nadie.

Repitió el mismo gesto horrible de antes y tiró el cigarrillo al suelo. Se volvió hacia la casa y comenzó a andar, como si yo no estuviera.

Y yo no estaba. Había salido disparado hacia la piedra, hacia la salida, y después

hacia el patio de la Universidad, el doctor Garuslap y el coche de imanes.

### 3. DE CÓMO COMPRÉ EL MUTZBUNK

Conocí al doctor Garuslap en el mismísimo patio de la Universidad, a no mucha distancia del lugar en que viera por primera vez a Judalong. Estaba juntamente con el Baratijas y con un funcionario de la Universidad, fardado de toga escarlata con galones dorados, que tenía toda la pinta de ser un pez gordo. A la primera ojeada, me di cuenta de que el doctor Atience Garuslap no era ningún invertido, y que en ese aspecto yo no debía preocuparme. O por mejor decir, él; porque a mí la cosa no me preocupaba nada, ya que, en otro caso, no le hubiera acompañado.

Vi que el astroso del Baratijas le daba un codazo y me señalaba con los ojos.

—Ya era hora de que vinieses, hijo —dijo el doctor Garuslap, sonriéndome—. Estaba preocupado.

Yo, por no comprometerme, solté un gruñido, sin más explicaciones. El pez gordo de la Universidad se inclinó hacia mí, poniendo esa cara estúpida que ponen los prohibidos cuando quieren cumplir y quedar bien con los hijos de los demás que, en el fondo, les importan un comino.

—¿Cómo estás, hombrecito? —dijo, y me tendió una mano grande y escurridiza como un perro que llevara dos meses muerto.

Gruñí otro poco.

—Tú y tu papá vais a emprender un viaje interesantísimo —dijo—. E incluso peligroso —añadió—. Quizá no conviniera llevar un niño tan pequeño a una expedición como ésa.

—Víctor no tiene miedo viniendo conmigo —contestó el doctor Garuslap—. ¿Verdad que no?

—No —dije, haciendo un alarde de oratoria. Por mi gusto le hubiera soltado que ni con él ni con nadie, pero algo en el rostro del doctor me detuvo.

He de decir que el doctor Garuslap era un hombre increíblemente alto, y delgado como una lagartija. Tenía el pelo blanco y espeso, llevaba gafas de ésas con el cristal montado al aire, y también tenía la piel muy curtida por el sol. Cuando me dijo eso de que yo no tendría miedo y me sonrió, vi que tenía los dientes blancos y limpios como si fueran de marfil... Pero su sonrisa no era la sonrisa imbécil del que habla con un niño que, claro, por ser niño, es solamente un pedazo de carne, no entiende nada y hay que tratarlo como una especie de retrasado mental distinguido. No. Era una sonrisa de cómplice, de consorte, vamos, para utilizar el término técnico, de alguien que está de acuerdo contigo y te considera su igual.

Mientras el pez gordo y el doctor continuaban hablando (el Baratijas se había eclipsado discretamente en cuanto que el doctor le dio un sobre con su comisión sobre el alquiler de niño de nueve años en buen uso), me dediqué a mirar el coche de imanes que estaba allí al lado, sobre la calzada.

Era un verdadero monstruo. Estaba hecho de aluminio, o por lo menos eso me pareció. Tenía sus buenos veinte metros de largo, articulado en cuatro o cinco trozos, como un gusano, unidos por fuelles de placas de metal. Alcanzaba una altura de tres metros o así, y algo más de ancho. Tenía ruedas grandes y negras, más altas que yo, y además, entre las ruedas, había patas de metal, ganchos, garfios y un sinfín de cosas. Por todas partes tenía bultos, como si no hubieran podido hacerlo liso, y unas cosas como pilas de discos atravesados por un eje... En la parte delantera había unas ventanas redondas, pequeñas, y un parabrisas más grande. No hacía ruido, ni echaba humo, ni nada de eso.

Pasó una estudiante un poco robusta, pero de buen ver, con minifalda roja, y me entretuve tratando de adivinar de qué color llevaba las bragas.

Mientras tanto, el pez gordo galoneado seguía hablando. Decía que era admirable la fama del doctor y que estaban muy orgullosos de que un geólogo de tal fama hubiera venido a Golconda para realizar estudios. Que aun cuando no hubiera depositado la fianza, seguramente la Universidad le habría prestado igualmente el vehículo automotor de influjo magnético; que era digno de ejemplo el que tal expedición la realizase juntamente con su hijo, tierno infante cuyo espíritu se vería templado en las aventuras del porvenir y cuyo aprendizaje sería sabiamente dirigido por un padre digno de un monumento. Me pregunté cuánto dinero habría aflojado el doc Garuslap para merecer tal bombo. El pez gordo concluyó con cien gramos de amor filial, medio kilo de Universidad honrada, unas gotas de ofrecimiento incondicional y un chorrito de posible placa homenaje; revuélvase bien todo, y tírese a la basura después.

—Vamos, hijo —dijo el doc Garuslap, dándome una palmada en el hombro.

No intentó cogermelo de la mano, ni llevarme las maletas, y eso me gustó. Aquel tipo y yo nos íbamos a entender bien.

El pez gordo se retiró después de sobarme los bastes de nuevo.

Subimos al coche de imanes por una escalerilla que había en un costado, y el doc Garuslap me indicó un lugar donde poner mis maletas. Cogió una de ellas, la de los explosivos, y casi se le cae.

—¿Qué demonios llevas ahí?

Me dio un ramalazo el estómago. A ver si el viaje terminaba antes de empezar...

—Libros, doctor. Libros para estudiar.

Soltó un gruñido, y no dijo nada.

Por dentro, el coche de imanes tenía menos sitio que un salón de strip-tease de entrada gratuita. Resultaba que sólo el primer vagón articulado era para vivir y conducir; todo lo demás, según dijo el doc, eran imanes, electroimanes, baterías y una máquina de vapor auxiliar, y yo qué sé cuántas cosas más. Allí, en el primer vagón, había dos habitaciones pequeñas, con una litera, una despensa grande llena de latas,



un depósito de agua, un armero con dos rifles y unas pocas cajas de munición. Todo el espacio estaba muy aprovechado, lleno de cajones y cajoncitos, con todas las cosas metidas unas dentro de otras, y el techo tan bajo que el pobre doc tenía que andar encorvado. También había un servicio y una ducha de ultrasonidos.

Lo que no he logrado comprender es cómo el doc conseguía que aquel aparato se moviese. El cuadro de mandos era la cosa más condenadamente liosa que he visto en mi vida. Había como mil interruptores de distintos colores que, según dijo el doc, manejaban los imanes de que se componía el vehículo automotor, etc., etc. Había además mandos para las ruedas, los garfios, la máquina de vapor, y todo eso. Una silla con cinturón de seguridad estaba bien enclavada en el suelo de aluminio, frente a los mandos, y detrás de ella, otras dos. Yo ocupé una de éstas y el doc la primera.

Comenzó a darle a los interruptores, consultando continuamente una pantalla donde aparecían flechas de distintos colores; y de pronto me di cuenta de que, sin un ruido, el chisme aquél estaba andando muy despacio. Poco a poco, comenzó a correr más y, a través del patio de la Universidad, salió al astropuerto, lo pasó de lado a lado, y se metió en plena Golconda salvaje. Todo ello con el doc Garuslap pendiente de la pantalla de las flechas. Me di cuenta de que, en cuanto una de éstas cambiaba en algo, se hacía más corta o más larga, o giraba, el doc le metía mano a los interruptores hasta que las cosas se ponían en orden. El condenado coche aquel no hacía un movimiento brusco, no giraba violentamente, ni se inclinaba. Parecía que flotase en el aire. En cierta ocasión, se fue hacia un poste de hormigón con una tranquilidad pasmosa, y al doc le costó un triunfo desviarlo de allí. Pero cuando salimos a desierto libre, el doc descansó, dejando que el coche fuera por donde le diera la gana; o por lo menos, eso me pareció a mí.

Atado a mi asiento con el cinturón de seguridad, cosa que no me explicaba, porque aquello iba suave como jabón, miraba yo por la ventanita redonda las huellas de las caravanas, los agujeros como cáscaras rotas de los pozos de agua ya agotados y, a lo lejos, las grandes ruedas y maquinarias de la mina Comalzi y Douro, que explotaba el legendario filón Preslov. El terreno, aquí, no era tan liso como en Golconda Central, y pronto el coche de imanes comenzó a dar botes a un lado y a otro, sin dejar de avanzar cascando rocas bajo sus grandes ruedas. Así que comprendí la utilidad de los cinturones.

Los colores eran muy llamativos: el verde y negro de aquella roca con que estaba hecha la casa de Francesca, el rojo de otras rocas, y el amarillo de otras. Yo no sabía el nombre de ninguna, palabra. Aquí no había yacimientos. Los habían agotado en los primeros tiempos, o eran propiedad de alguien. Los mineros tenían que marchar cada vez más lejos para encontrar algo bueno. Aquí sólo había pozos vacíos. Les habían roto la burbuja superior, habían sacado el agua y se la habían bebido. Más lejos, a medida que te metías dentro de Golconda salvaje, los pozos eran una cosa rara, y sólo

encontrabas uno por chamba. Hablo de oídas, que yo no había salido de Golconda nunca, salvo los cuatro pasos que había hasta el refugio.

No he dicho que el refugio es una mina abandonada que hemos arreglado, tabicado y preparado bien. Por eso allí no puede encontrarnos nadie. Tenemos ventiladores, un grupo electrógeno de aluminio, frigorífico, luz eléctrica, biblioteca, despensa, bodega y arsenal. Es cómodo y seguro, y con una salida para caso de apuro mediante un túnel estrecho que va a parar a tres millas de la entrada.

Pensaba yo en los amigos, cuando el doc Garuslap me habló.

—¿Tranquilo, Víctor?

—¿Por qué no? —contesté.

—Claro —dijo él—. ¿Por qué no?

Y durante un rato, no habló más.

Cuando habló otra vez, dijo:

—¿Quién eres, realmente?

—Soy un huérfanito —contesté—. Mi padre y mi madre murieron hace dos años, en el hundimiento de la mina Gran Cañón; la mina de jaspe, usted sabe. Estuve en el hospicio y me escapé. El Baratijas cuidó de mí.

—Claro que sí —dijo el doc, con un gesto tal que estaba dando a entender claramente que no me creía una maldita palabra.

—Yo aún salí bien —continué, muy animado y contento por soltarle todas esas bolas—. Peor fue para Mary Lou y para Juanito...

—¿Tus hermanos?

—Sí, doctor. Mis pobres hermanitos pequeños. Desaparecieron y nunca más he vuelto a saber de ellos.

—Es una pena —dijo, con el mismo sentimiento que si hubiera dicho que no tenía lumbre.

El coche continuaba dando tumbos, cada vez mayores, sobre el terreno lleno de pedruscos sueltos. En una ocasión, las ruedas cogieron una cáscara de pozo y se atascaron. El doc hizo algo con las palancas y el coche se levantó en el aire, supongo que sobre las patas y garfios que había visto... y siguió adelante, después de casi caerse de lado. Gracias al cinturón de seguridad no me escuerné la cabeza.

—Necesito mucho esos dos mil pavos —dije, cuando hubo pasado el incidente—. Un detective privado me ha dicho que puede encontrar a mis hermanos.

—Eres un mentiroso —dijo él—. Lo haces bastante bien, pero se te nota. A otro que no fuera yo, lo habrías engañado.

Las clases prácticas siempre me han interesado.

—¿En qué se me nota?

—No sé decirte. En la expresión, quizá. Parece como si te estuvieras riendo en el fondo, amigo. Tienes que dominar eso; si no, nunca podrás mentir bien.

—Sí, doctor.

—No me llames doctor, amigo. Acuérdate, dime siempre papá. Es preciso que te acostumbres por si encontramos a alguien.

—Sí, papá. Pero tú eres tan geólogo y tan doctor como yo.

—Naturalmente.

Aquel día no hablamos más. Continuamos el viaje hasta que hicimos noche a más de trescientos kilómetros de Golconda Central, en un valle lleno de enormes cristales de color morado, altos como torres y terminados en punta. Entre los cristales había, a veces, masas de una cosa blanca como harina, durísima. Le pregunté al doctor Garuslap qué era aquello y dijo, con una voz tal que no parecía demasiado seguro, que creía que era cuarzo. No se veía un alma ni se escuchaba ningún ruido, de manera que cenamos un par de latas, con buenos tragos de agua filtrada, y nos dormimos dentro del maldito coche, con la puerta bien cerrada.

La verdad es que durante la semana siguiente no hubo más novedad. El coche de imanes corría por las quebradas y los valles, saltando espantosamente, trepaba por paredes casi verticales, gracias a los garfios, y se detenía de noche. El doc iba trazando el rumbo en un plano que había en la consola de mandos, y así sabía yo que nos dirigíamos más o menos hacia el Mutzbunk, que era lo único que me interesaba. Por otra parte, el doc no hablaba apenas. Sólo algunas palabras para darme los buenos días, decirme que tuviera cuidado, o cosas así. No pretendía nunca que yo le hiciera las cosas, Mortimer. Ya sabéis que los prohibidos son barsania chupones en el asunto. Vamos, quiero decir que, cuando hay un niño a mano, las órdenes van que vuelan. Que si tráeme el periódico, que si tráeme agua, que no hagas ruido, que te calles, que no te metas los dedos en la nariz, no te comas las uñas, tráeme las zapatillas, enciende la cocina... etcétera. El doc Garuslap, no. Si quería una cosa, la cogía él. Si había que cocinar, lo hacía él, aunque casi siempre comíamos de lata fría. De alcohol nada, y de fumar, menos. La primera vez que me vio con un cigarrillo en el hocico, hizo un gesto de extrañeza. Un gesto de extrañeza pequeño, ¡eh! Y no dijo ni una sola palabra, de manera que fumé lo que quise. A cambio, él leía libros a montones, porque se había traído un fajo, y además oía música, una música rara que no había quien la aguantase. Cuando le pregunté qué era eso dijo:

—Música clásica, Víctor.

Pues qué bien. El planeta seguía desfilando bajo nuestras ruedas, con rocas de todos los colores, y me maldije por no saber cómo llamarlas. Por cierto que el doc no me ayudaba en eso; si yo no sabía una cosa, no me la explicaba. Dejaba que la aprendiera yo. Aunque me fijé mucho en la manera en que manejaba el coche de imanes, no logré comprender cómo aquello tiraba para adelante. Se lo dije y me contestó:

—En Golconda hay un magnetismo intenso y variable, como debes saber, hasta el

punto de que los vehículos de hierro no pueden desplazarse. Incluso conseguir que una astronave aterrice es un triunfo técnico y una complicación terrible para el personal del astropuerto. ¡Malditos tapones! Pues bien, el coche de imanes es un experimento hecho para tratar de conseguir un móvil adecuado. Es de aluminio, no susceptible al magnetismo, con imanes distribuidos en toda su estructura. El flujo magnético del planeta, que es variable, ejerce unas fuerzas que yo controlo con los mandos. La pantalla me muestra las fuerzas en acción; yo me limito a conseguir la resultante variando los flujos de los imanes y electroimanes, y su orientación. En el fondo es bastante sencillo. Lo único malo es que resulta brutalmente caro; es más barato usar mulas o caballos. Ya ves, yo no sé manejar una mula.

Esto me extrañó porque hasta los muertos del cementerio saben manejar una mula, y no creo que un coche de imanes les hiciese apaño. Además de que, igual que yo, no hubieran entendido una palabra.

Hasta entonces no habíamos encontrado a casi nadie, salvo alguna caravana de mineros, arreando sus mulas, con el gran vagón Conestoga detrás, con las ruedas de tres metros de anchas, el depósito de agua, y toda la historia. También algún campamento o alguna explotación de minerales raros, y hasta pasamos cerca de la mina Comers y Black, la que domina el filón aurífero... No nos acercamos, ni mucho menos, sino que pasamos de noche, viendo las luces a lo lejos. Al doc Garuslap, como a mí, no le gustaba la gente. De vez en cuando, decía:

—¡Malditos tapones!

Y yo no lo entendía, hasta que me di cuenta de que los tapones que llevamos en la nariz para respirar y que ni siquiera pensamos que están ahí, a él debían de hacerle daño. Esto me encendió una luz en la cabeza. El doctor Atience Garuslap no era de Golconda... ¡era de otro planeta! Desde que llegué a esta conclusión, me prometí a mí mismo sacarle de dónde venía y cómo era su mundo. Éstos eran pensamientos que me venían a la cabeza así como así, y que a veces daban buenos resultados. Pues eso.

Yo le notaba al doc unas ganas cada vez mayores de hablar conmigo, como si la soledad hubiera empezado a hacerle efecto, que es lo que le pasa a la gente que está acostumbrada a menearse en medio de una mara, y que si la sacas de allí, mochales perdida. Iba el hombre puramente encostiñado en sus pensamientos, como quien dice. Yo lo había diquelado bien estos días, y hasta en plena faena de coche de imanes y todo el asunto, iba bien fardado, con chupa de piel con buenos bolsillos (filis, técnicamente hablando) y un revólver al cinto que era para tenerle canguelo, tal era su calibre, no más abajo de un buen cuarenta y cinco centésimas de pulgada.

Yo le sorprendía a veces. Le dije, en una ocasión:

—Tranquilo, papi, que aunque te estén encerrando los dobles, con esa pinta de farfaró, créete que no se enamoran de ti.

No entendió una palabra, el pobriño. ¡No chamullaba la parla del duy, por muy

doc que fuera y todo eso! Pues bueno. Viva la tierra de la alegría.

—¿Quién te ha enseñado a hablar así, amado hijo Víctor? —me preguntó.

¡Encima se me cachondeaba el tío, y quería quedarse conmigo!

—La vida, venerable padre —dije—. En las undosas ondas de la... de la eso... se aprende de todo.

—Me parece bien, porque el saber no ocupa lugar —a veces hablaba como los libros de cincuenta créditos encuadernados en piel y firmados por el autor—, pero eso que me has dicho, dilo en interlingua a ver si puedo entenderte.

—Que tranquilo, padre del alma, que aunque te sigan los inspectores de vigilancia, con ese aspecto de clérigo que tienes no se fijarán en ti.

—Okapa, okapa —contestóme—, Roger, Roger. Copiado al ciento por aquí, mi hermano. Santiago nueve más veinte, radio cinco supertotal.

Ahora me había basureado a modo, me había tirado al suelo y había bailado encima de mi cadáver. Hasta que me explicó que eso era la jerga que se utilizaba en las comunicaciones por radio y que si no la entendía, peor para mí, porque así, cada vez que le hablase en caló él me contestaría en aquello. De manera que aprendí la lección de una vez por todas y decidí chamullarle en cristiano de allí en adelante.

Atravesamos un lugar espantoso, donde arcos de roca viva se cruzaban sobre grandes lagos de lava hirviente. Teníamos que llevar el coche totalmente cerrado, por la cantidad de gases que había fuera. Pasábamos sobre los arcos, que a veces hasta se cimbreaban bajo nuestro peso. De algo debía de andar huyendo mi papá cuando tomaba tantas revueltas para ir al Mutzbunk, en lugar de encaminarse en línea recta. A veces, eran tan complicadas las maniobras que había que hacer, que al pobre hombre le faltaban manos y tenía yo que ayudarle tirando de una palanca o moviendo un mando, mientras él se despepitaba sobre el cuadro de dirección. Si hubiera de contar aquello, necesitaría días enteros, y por eso no lo cuento.

La cuestión es que llegamos a una llanura completamente lisa, y fabricada exclusivamente con arena gorda de la mejor calidad. El color era amarillo, y la arena resistía muy bien las ruedotas del coche de imanes, que corría que se las pelaba, con todas las flechitas de la consola de mandos transformadas en una sola flecha azul grandota que apuntaba hacia adelante. De vez en cuando, una flechita amarilla o verde surgía a un costado, y el doc, digo, mi papá, movía una palanca del mismo color que la flechita (véase cómo iba comprendiendo el truco) hasta que desaparecía y la flechota azul recobraba su inicial estado de fuerza. No habíamos hablado nada mientras atravesábamos los arcos y la lava ardiente, pero después a mi papi Garuslap le dio por hacerlo.

Esto sucedió porque en cierto momento apareció una flecha blanca a la derecha de la azul, y yo, decidido a jugarme el todo por el todo, zampé los bastes en una palanqueta blanca y, antes de que papá dijera pío, la moví hasta que la maldita flecha

blanca desapareció. Papá Atience Garuslap se volvió hacia mí y me miró muy fijamente a través de las gafas.

—Desde luego —dijo—, eres algo distinto. No sé cómo calificarte bien, pero te comportas con una seguridad y una firmeza que no es nada normal a tu edad. Tienes nueve años, ¿no es así?

—Sí, señor padre. Nueve añitos enteros y verdaderos.

—No te va bien ese tono de burla, hijo mío, y mucho menos hablando con tu padre —dijo, con cierto tono de amenaza—. Pero dejémoslo. Estoy seguro de que cuando haya alguien delante vas a saberlo hacer muy bien. Estamos muy cerca del Mutzbunk, y aunque creo que las cosas se desenvolverán adecuadamente, no estará de más tomar precauciones.

—¿Qué vamos a hacer allí, papá?

Calló durante unos segundos, mientras el coche corría en silencio sobre la arena.

—Voy a recuperar una cosa que se perdió, y para eso te necesitaré. Hay sitios por los que se debe pasar, que son demasiado estrechos para un hombre. Sólo un niño puede hacerlo, y creo que mejor que tú no lo haría ninguno. Nunca he conocido a un niño como tú.

—Supongo —contesté— que se refiere usted, padre, a los de su planeta... ¿Cuál es?

—La Tierra —dijo—. Aunque no lo creas, soy de la Tierra misma. Nací allí, y viví unos cuantos años en ella. He visitado casi todos los planetas del Imperio. Pero el que mejor conozco es la Tierra.

—¿Dónde vive el Emperador? ¿En la Tierra mismamente?

—Justo, Víctor, en la Tierra. Yo he estado en la capital imperial, Teherán, donde vive el Emperador, Su Alteza *Ciro Sha Quajar*, con su corte de ladrones.

—No le aprecias mucho, ¿verdad, papá?

—Puedes creer que no. Y él a mí tampoco. Me conoce bien, por lo menos de oídas, aunque no por el nombre que llevo ahora. Para decirte la verdad, sé que dos doctores pertenecientes al Instituto Imperial de Investigación me siguen... Todas estas vueltas y revueltas que hemos dado tienen por objeto despistarlos, suponiendo que hayan averiguado lo del coche de imanes y que me dirijo al Mutzbunk. No lo creo, pero he de tomar precauciones y ahora dime, ¿qué sabes tú del Emperador y del Imperio?

Puse un hocico muy largo, porque la verdad es que no sabía nada, ni de una cosa ni de la otra. Mis conocimientos se limitaban a Golconda Central, y nada más.

—Bueno —dijo—. Eso es porque no lees. Siempre te he visto pensando en las musarañas, mientras yo me dedico a leer. Los libros te lo enseñarán todo, Víctor; no los desprecies.

Y tuve que reconocer que tenía razón.

—Supongo —continuó— que no sabes nada de Golconda. Mira, se colonizó hace unos treinta años solamente. Una nave exploradora lo descubrió y tomó muestras. Comprobaron que era un planeta de una riqueza mineral enorme; una gran mina, hijo mío. Sin mares. Completamente sólido. Con pozos de agua escondidos en el terreno, bajo cáscaras de lava. Dotado de una atmósfera difícilmente respirable que obliga a usar filtros en la nariz: estos tapones que tanto me molestan. Pero el Imperio no podía prescindir de un tesoro como éste y decidió colonizarlo. Aquí nadie hubiera venido voluntariamente, como fueron los colonos a Gander, el planeta agrícola, o a Nílfide, el planeta de las pesquerías, o a Samar, llamado la segunda Tierra, por la variedad de sus recursos. Pero había que poblar el nuevo planeta, Víctor, y para ello hubo que recurrir a la gente que se hallaba en las cárceles de nuestro glorioso Imperio. Siempre que se presenta un caso semejante, nuestro magnánimo Emperador libera a todos los presos... a condición de que vayan a habitar el planeta en cuestión. Si alguno se niega a ir, puedes creer que su salud se resiente y su vida se acorta... Todos los presos están sujetos a esa servidumbre cualquiera que sea el delito que los ha llevado a la cárcel, tanto si han asesinado como si no están de acuerdo con la política imperial. Se les suministra alimentos y filtros, viviendas y agua, herramientas y maquinaria, y se les dice: «Aquí hay minerales y si no los explotáis os abandonaremos». Se establece un retén de la Guardia Imperial, un almacén de suministros básicos, y ¡adelante! Hace treinta años que eso pasó en Golconda...

—No sabía... —dije, con un hilo de voz.

—¡Claro! No lees... ¿qué vas a saber? Aunque eso no viene en los libros; o si viene, se le llama «Colonización acelerada mediante reducción de pena», o algo semejante.

»Al principio se produjeron verdaderas batallas, hasta que la Guardia Imperial, atrincherada en sus dominios, empezó a escatimar los alimentos y los filtros atmosféricos. Luego, al no tener otra opción, los “colonos” aprendieron minería y comenzaron a trabajar. El Emperador, como siempre, fue magnánimo. Algunos sobrevivieron y vosotros sois sus descendientes, descendientes de criminales o descendientes de hombres justos que fueron a la cárcel por no someterse a la arbitrariedad. Mucha gente está descontenta de la forma en que gobierna *Ciro Sha Quajar*, y aquellos que lo manifiesten acabarán en sus mazmorras.

Yo iba a lo mío.

—¿Por eso salen tantas naves todos los días?

—Por eso. Son envíos de minerales refinados, de piedras preciosas, de metales raros. Lo curioso es que todavía no ha llegado ninguna a su planeta de destino. Ni siquiera las que salieron hace veinticinco o treinta años.

Esta vez me dejó turulado. ¿Cómo era posible semejante barbaridad? El coche daba pequeños tumbos sobre la arena, y yo miraba al doc... a papá, con tal expresión

de sorpresa que condescendió a explicármelo.

—Hay dos clases de naves estelares o, por mejor decir, tres. La primera, que es la de menor costo, sólo alcanza una velocidad de dos tercios de *ce*... Bueno, hombre, de la velocidad de la luz... unos doscientos mil kilómetros por segundo. Éstas se utilizan para la carga normal. En el Imperio, las cosas se planifican a muchos años vista, eso es lo que dicen. Las cargas de lingotes de hierro, níquel, cromo y vanadio del planeta Golconda resultarían a un precio prohibitivo si se utilizase otro sistema. Golconda ha estado enviando ese tipo de naves a todos los planetas del Imperio desde que empezó a extraer minerales. Pero la primera llegará a Barlión, el más próximo, dentro de unos siete años.

Suponiendo que hoy se hubiera enviado una nave con cien toneladas de hierro, y una tonelada de metales raros, a la Tierra, tardaría cerca de ciento veinte años en llegar. Son cáscaras de metal, con motor y sin tripulantes, ¿entiendes?

—Sí... Pero ¿la comida?, ¿lo que comemos aquí? ¿La gente que viaja?

—Van en naves capaces de trasladarse por el hiperespacio, de gran costo y difícilmente controlables. Se sabe la fecha de salida, pero no con exactitud la de llegada. En el hiperespacio existen cosas desconocidas aún. Las variaciones no son grandes, pero una nave puede llegar un mes antes o un mes después de lo previsto, como máximo. Ahora, Víctor, te aseguro que sólo se usan para casos imprescindibles, como transportar pasajeros o correo... y este último, escrito en hojas tan finas que mil cartas no pesan ni un kilo. Cada palabra vale una fortuna. Por eso no llegan muchos viajeros a Golconda... ni a ningún otro sitio.

—Pero dijiste, papá, que había tres clases de naves.

—Bueno, sí. Dale a la palanca violeta... un poco más arriba, eso es. Te las arreglas bien, Víctor. Las terceras naves son las de guerra. Propiedad exclusiva de Su Majestad Imperial. Armadas con láseres, cañones atómicos, mondaplanetas, cargas de gravitación profunda y todo lo que puedas imaginar. Tienen compensadores de hiperespacio, y logran que el momento de llegada sea el previsto, con toda precisión. Hay gran variedad de clases de transportes, desembarco, carriers, cruceros, avisos, todo lo que te imagines.

—Sería difícil competir con esas naves, ¿verdad, papá?

—Desde luego, hijo. Pero aunque alguien tuviera una flota semejante, la batalla estelar resultaría una función de circo. En el hiperespacio no se puede combatir, porque los instrumentos de detección no funcionan. Para que entiendas un poco el hiperespacio te diré que es como si te tiras a una piscina y buceas con los ojos cerrados. Calculas que vas a salir al otro lado, más o menos, pero no sabes dónde estás ni puedes defenderte ni atacar.

—¿Qué es una piscina? ¿Qué es bucear?

—Perdona, Víctor... no recordaba... No hay piscinas aquí. Bueno, no tiene



importancia. Lo cierto es que cuando vuelven al espacio normal, sólo pueden alcanzar lo mismo que las demás, dos tercios de ce. ¿Qué batalla se puede entablar si todas las naves tienen el mismo armamento y la misma velocidad? Sólo cabe escalonar naves y lanzarlas contra el enemigo. Disparar sólo una vez cuando se cruzan entre sí. Luego, dar la vuelta y volver a empezar. Si escalonas mil naves que se cruzan con diez, es posible que las mil acaben con las diez, o con algunas de ellas. Pero si enfrentas mil naves con otras mil, las pérdidas serán similares. ¿Lo entiendes ahora?

Lo entendía perfectamente, y me hubiera dado mil patadas por creer que sólo con la experiencia del hampa de Golconda iba yo a poder... Seguramente tenía razón mi papá, necesitaba leer mucho. Y enterarme de todo.

—Ya ves —continuó él, con los ojos perdidos en la distancia—. La colonización no siempre es una hazaña gloriosa. Muchas veces encierra una historia sórdida, llena de muertes y traiciones. El hombre no espera para colonizar a tener esas naves hiperlumínicas, que van de aquí a la Tierra en una hora. No, tan pronto como tiene una carraca que saca tres millas al minuto, se lanza al espacio. Son cosas que pasan. En fin, hijo, sabes que no bebo alcohol, pero creo que hoy nos merecemos una copa de brandy. —Paró el coche.

Sacó una botella y sirvió dos copas, poniendo un poco menos en la mía. Hice un gesto con el morro y, con una sonrisa, me la llenó hasta su mismo nivel. Después, salimos del coche para andar un poco.

—Bustrofedón era como una gran espiral. Las mujeres, al amanecer, cavaban en las playas en busca de micrófonos. Te sonará extraño, pero les llaman así. Son unas conchas exactamente iguales que los micros de radio, hasta con unas hendiduras que imitan perfectamente la rejilla para hablar. El que tiene posibles va a Nílfide sólo por poder comerlas recién pescadas. ¿Qué puedo decirte del sabor? Divino, incomparable... todas las palabras se quedan cortas. Esa carne rosada que se saca con un tenedor de dos puntas, aún viva, y que no necesita ningún jugo o condimento... ¡Maravilloso! También estuve en el planeta Quajardasht (el campo de Quajar, significa, en la vieja lengua), donde fabrican armamento y maquinaria pesada. Está estrechamente controlado por las tropas de Su Majestad, y sobre todo por el Cuerpo Especial de Policía Secreta del Imperio, la NIRAM.

De estos bofias no había oído yo nunca chamullar nada. Debían de ser muy especiales, en efecto.

—Fabrican allí láseres de todo tipo, proyectiles nucleares, cargas de gravitación, rayos de luz sólida, y también esa compleja maquinaria que son los mondaplanetas. Apenas estuve quince días estándar, y sólo pude salir gracias a buenos amigos y correligionarios. Sé que algunos de ellos murieron después a manos de la NIRAM... Pero como puedes ver, Víctor, no se han permitido planetas que pudieran subsistir

con sus propios recursos. En Stolen IV se produce madera y grano, pero necesita carne y maquinaria de otros sitios. En Uoeno se dedican a la maquinaria de precisión: electrónica, microfusión, computadoras, relojería y demás. Pero los alimentos han de venir, en su mayor parte, de planetas agrícolas como Punto 5, Gander, o Samar. En Lexter, el mundo cruce (está situado casi en el centro de los demás), la principal actividad es el transporte y el servicio general. Necesita casi todo de otros planetas. No hay uno solo que pueda vivir sin ayuda, salvo la Tierra, y quizá Samar, la segunda Tierra. Como puedes comprender, esto es un sistema organizado perfectamente por *Ciro Sha* Quajar. Ningún planeta puede sobrevivir por sí mismo; necesita a los demás, y solamente la mano de hierro del Emperador puede distribuir entre todos los productos necesarios.

—¿Y es que habría otra manera? —dije yo.

—La habría. Un gobierno compuesto por representantes de todos los planetas, con sede en la Tierra y un justo intercambio de materiales. Una mejor distribución de las inversiones públicas. Un nivel de vida similar para todos. El cese de las colonizaciones forzosas. La libertad de información. La empresa sometida a la Ley. Sólo así seremos hombres algún día, hijo mío. Ya te contaré alguna vez la irresistible ascensión al poder de *Ciro Sha*... y sabrás cómo ese pretendido Imperio estelar no es más que un amasijo de corrupción y sufrimiento... como los Imperios históricos.

—Enhorabuena —dijo una voz grave, a nuestras espaldas—. Eso es lo que llamaríamos una confesión completa.

La sorpresa no nos impidió esbozar un movimiento para volvernos. Pero otra voz, un poco más aguda que la anterior, nos cortó en seco.

—¡Quietos ahí! ¡Ni un movimiento!

Vi con el rabillo del ojo cómo unas manos peludas registraban rápidamente a mi padre. Le quitaron el pesado revólver y un cuchillo que llevaba escondido en una bota. Esperé mi turno, para ver cómo desaparecía mi preciosa *Alakrán*, pero a mí no me registraron. Se limitaron a quitarme el cuchillo de monte que llevaba en la cintura, y que, al ser adecuado a mi tamaño, tenía la longitud aproximada de un mondadientes.

—Volveos los dos, despacio y con las manos en alto.

Lo hicimos. Eran dos hombres altos, muy bien fardados con guerreras de lona verde, pantalones de montar y botas lustrosas. No daba la impresión de que hubieran atravesado el desierto a pie, ni mucho menos. De forma que debían de tener algo escondido por allí, porque parecían los dos recién salidos de la sastrería. Uno de ellos, el de las manos peludas, tenía barba espesa, negra, y el rostro de rasgos afilados, con nariz larga y ojos muy hundidos, que por cierto brillaban como brasas. El otro era más bajo y gordo, afeitado hasta hacerse sangre, con los ojos grises y redondos como huevos duros, y la boca entreabierta, mostrando unos dientes amarillos. Los dos

tenían en las manos grandes pistolas láser, del mismo modelo que las que usa la pasma imperial.

—Aunque ya nos conoces —dijo el alto—, tendremos el honor de presentarnos. Soy el doctor Pahlrod, y mi compañero es el doctor Reza Hossein. Como es lógico, somos miembros de la NIRAM, lo que constituye un honor para nosotros, sobre todo cuando ayudamos a eliminar a los traidores a la Primera Persona del Imperio.

Mi padre guardó silencio, y yo decidí lloriquear un poco para cubrir las apariencias.

—¿Qué... qué quieren estos hombres, papá? —hipé, soltando lagrimones como garbanzos—. ¡Me dan miedo!

Tengo la facultad de llorar cuando me da la gana. Pero si esperaba conmovérmelos, estaba tan equivocado como el mulo que quiso estudiar para juez.

—No les he visto a ustedes nunca —dijo mi padre, serenamente—. Soy el profesor Garuslap, geólogo de la Universidad Central de Cántor, y éste es mi hijo Víctor.

—¿Garuslap? ¿Es ése el nombre que usas ahora? A nosotros nos parece que, cuando te hacías llamar «el Dios Telefónico» en la Tierra tenías el mismo aspecto que ahora.

Lloriqué otro poco, algo así como una dosis media, adecuada para policías duros pero humanos. Comprobé que éstos eran duros. Me dieron un tirón de orejas de lo más fuerte que he sentido... Me temblaron los bastes, que aún tenía bien levantados en el aire, y juré que...

—Soy el profesor Atience Garuslap —insistió mi padre—. No sé lo que quieren ustedes, pero, por favor, no le hagan daño a Víctor...

—También tienes cara al venir aquí con tu hijo —dijo el doctor Pahlrod—. En el supuesto de que lo sea... ¡Tírate al suelo, Garuslap!

Mi padre lo hizo inmediatamente, mientras yo continuaba con mis lloros, calculados esta vez con el nivel justo para que correspondiesen a un niño asustadito, pero que no hace mucho ruido. No me apetecía otro tirón de orejas. Sólo quería que se distrajeran un momento, un momentín de nada, un pelito de tiempo...

Pero no se distrajeron. Pahlrod se sentó a mi lado y arrastró consigo una mochila de cuero que llevaban. Me indicó que me sentase, y lo hice, aprovechando para bajar los brazos como quien no quiere la cosa. Reza Hossein continuaba apuntando a mi padre, tumbado en el suelo boca abajo; después, le puso unas esposas gordas de buen acero. Pero ¡cómo se las puso!

Le subió un brazo por encima de la cabeza, y el otro se lo dobló a la espalda. Así, le colocó las esposas, y el pobre papi se vio obligado a enarcar el pecho para poder dominar algo la tensión. Aquello debía de doler como un sifonazo o quién sabe si más, porque tenía los brazos tensos como la cuerda de un arco. ¡La pucha! Aquello se

presentaba rematadamente mal...

—Vamos a ver —dijo el doctor Pahlrod, cogiéndome de un bracito y apretando—. Vamos a ver. Saque usted el material, doctor Reza Hossein.

Se trataban con tal ceremonia, ni más ni menos. El Reza Hossein abrió la mochila y sacó un látigo de alambre, una batería pequeña conectada a una picana eléctrica, un gran paño de manta, muy seboso y sucio, y una colección de alicates brillantes (o eso me parecieron) en un estuche de terciopelo verde.

—Escucha, Garuslap —dijo Pahlrod, apretándome más el brazo, hasta que me di cuenta de que mi obligación era chillar durante media cuarta de tiempo. Y lo hice—. Vamos a empezar contigo y si no conseguimos nada, tu hijito pagará el gasto. Empiece por un par de latigazos, doctor, si le place.

Reza Hossein atizó media docena de golpes en la espalda de mi padre. La cazadora se rajó como una granada, y se manchó de sangre.

—¡Papá! —aullé—. ¿Qué te hacen? ¡Llama a la policía!

Pahlrod se echó a reír.

—Nosotros somos la policía, niño imbécil.

Reza Hossein esperaba, con el látigo de alambre en la mano. Mi padre gemía sordamente, revolcándose en la arena, no por los latigazos, sino por la espeluznante tensión de las esposas.

—Este éxito es sólo nuestro —continuó Pahlrod—. Te seguimos la pista hasta Golconda Central, y nos enteramos de lo del coche de imanes. De dónde has sacado a este niño repugnante no lo sabemos, pero verdaderamente espero que sea tu hijo. Así nos divertiremos más. El mérito entero será nuestro, hijo de la gran cabra. Ni siquiera la general Hokusallmi sabe que estamos aquí... La Primera Persona, Luz de los Hombres, nos premiará a nosotros solos cuando tengamos tu confesión. Veamos.

Sin soltar la pesada láser (Reza Hossein sí que la había guardado en la funda), encendió con la otra mano un cigarrillo. Vi de inmediato que no estaba preparado para el aire de Golconda. No tiraba, y lo tuvo que arrojar al suelo.

—Hace dos años estándar, en la Tierra, mi amado Garuslap, pusiste un servicio telefónico de información. Conectaste a tu teléfono un aparato, no sabemos cuál, que emitía ondas. Encontramos los restos fundidos en tu oficina. Nadie pudo sacar gran cosa de aquello. Pero sabemos que, cuando hablabas con alguien, esas ondas actuaban sobre su cerebro, causando un efecto semejante a la hipnosis profunda. Convencías a la gente para que conspirasen contra Su Majestad Imperial... A veces, cuando se trataba de persona de fidelidad acreditada, tu aparato fallaba. Pero en los tibios, los descontentos, los que en el fondo de su negro corazón odiaban a la Luz de los Hombres, tu mecanismo maldito actuaba. Hemos ejecutado a bastantes de esos malnacidos, traidores al *Sha* y al Imperio. Pero necesitamos ese aparato... puesto que puede sernos muy útil, en el sentido contrario. Parece que eres un mago de la

electrónica, Garuslap, si es que ése es el nombre que usas ahora. Así que sé bueno y explica detalladamente cómo se monta esa maravilla.

—No sé de qué me hablan —dijo mi padre, trabajosamente—. Soy Atience Garuslap, geólogo. No sé nada de electrónica ni de teléfonos...

La respuesta fue una nueva tanda de latigazos, administrados por Reza Hossein. Mi padre, sin poder contener el dolor, aulló, se revolcó sobre la arena, manchándola de sangre, y por fin se quedó inmóvil. Creo que se había desmayado. Y yo rabiando, sin poder hacer nada, con mi débil brazo infantil sujeto por el bestia de Pahlrod.

—Quítele las esposas, doctor Hossein. Tendrán agua en el coche de imanes; échele un buen jarro encima. Luego quítele las botas; trabajaremos un poco las uñas de sus pies.

Yo tenía la cabeza clara y serena como madrugada de farfaró... y aunque el barbas me tenía sujeto un brazo, el otro estaba libre. Acinaba la Alakrán en una fili doble, especialmente hecha para mí, que me había fabricado en el sitio menos pensado; o sea, en la parte interna del muslo, bastante alta. A veces me molestaba, pero ahora me alegré de que estuviera allí y no en otro lugar más notorio.

El jarro de agua se despedazó encima de la cabeza de mi padre. Bueno, me parece que el agua no se despedaza. Eso no está bien dicho; se espurrea, o se cae, o lo que sea... Le quitaron las botas, y el gordo, muy tranquilamente, cogió una pareja de alicates. Mi padre estaba comenzando a moverse, y yo seguía rabiando pensando que tenía que aguantar y aguantar, cuando Pahlrod tuvo una mejor idea. Vamos, digo yo.

—Doctor Hossein... ¿está despierto el tipo?

—A medias.

—Bueno. Ahora va a saber lo que es la tortura psicológica. Deme el paño de interrogatorios, doctor Hossein, por favor.

El gordo le tendió la manta sebosa y, rápidamente, Pahlrod la echó encima de él y de mí, como si fuera una tienda de campaña, cubriéndonos a los dos con ella. Al principio no vi ni torta, pero después se hizo algo de luz y pude ver los ojos de brasa del barbas, fijos en mí. Seguía agarrándome el brazo derecho... pero... ¡oh, sí que era así, sí que era! Yo tenía libre el izquierdo en medio de esta oscuridad. Y comencé a moverlo lentamente hacia su destino.

—Cuando te diga que grites, gritarás —susurró el barbas—. Y fuerte, niño repulsivo. Si no, te haré mucho daño, te cortaré la nariz con esta navaja —la sacó; estaba bien, era una churi de casi cinco dedos, pero una birria macabea al lado de mi faca de un palmo que tan buenos servicios me había prestado—. Y las orejas. Grita o te haré gritar yo. ¿Está despierto, doctor Hossein?

—Del todo, doctor Pahlrod.

A mí no me parecía bien que aquellos dos gangsters obligasen a la gente honrada (como Garuslap y yo) a hacer cosas que no querían hacer. No señor, eso estaba muy

mal.

—¡Escúchame, Garuslap! ¡Estoy con tu hijo bajo el paño de los interrogatorios! Si no hablas, lo despedazaré...

—No te atreverás... —dijo una voz muy débil, que a duras penas reconocí como la de mi amado papi—. Es sólo un niño... no tiene la culpa de ser mi hijo... Soy un pobre profesor de geología... ¿qué quieren ustedes de mí?

¡Vaya si tenía aguante el tío!

—Queremos que diseñes el aparato con el cual convencías a la gente para que traicionase a Su Majestad Imperial, Luz de los Hombres, Sombra de Dios... ¡Habla, Dios Telefónico, o tu hijo sufrirá las torturas del infierno!

Y entonces, en voz baja, me dijo:

—Grita.

¡Qué remedio! Grité un poco, a estilo gato... pero mi mano izquierda estaba abriendo ya el fili doble...

—¡Al niño no! —gritó Garuslap, con una fuerza que me sorprendió—. ¡Al niño no!

—Grita más fuerte —bisbiseó el puerco de Pahlrod. Y lo hice. Tenía ya la mano en la culata, y mi dedo pulgar, con suavidad, levantaba la leva del seguro. Grité y grité, con la navaja de Pahlrod en la barriga...

—Lo diré todo —dijo Garuslap, así como llorando—. Dejad al niño en paz.

En ese mismo, mismísimo instante, el cañón de la Alakrán estaba apuntando directamente al negro corazón de Pahlrod. No esperé más. Le di gusto al dedo y, en silencio, la pistolita lanzó su carga sobre el coraje del barbas. Las Alakrán no hacen ruido; ésa es la buena cosa que tienen. Así que Pahlrod, con un gesto espantoso en el rostro, se cayó al suelo como un saco de cuarzo. Se cayó con manta y todo, descubriéndome a mí a medias... En un segundito muy pequeño, vi todo lo que había y actué a la velocidad tan veloz que me caracteriza. Hossein miraba hacia mí, con la boca abierta; mi padre en el suelo, tratando de incorporarse y con los ojos desorbitados, mirando también hacia mí. La Alakrán disparó nuevamente, y no le di bien del todo al gordo; sólo le alcancé en el hombro derecho...

Los ultrasonidos, los ultravioletas, los infrarrojos o los demonios electrónicos que la Alakrán tuviera dentro transformaron el hombro derecho de Reza Hossein en carne picada. Cayó al suelo, aullando como balicho al que degüellan. No estaban las cosas para contemplaciones. Me acerqué, mientras Pahlrod pataleaba aún, y volví a apretar el gatillo.

Había sangre por todas partes. Yo no sé qué es lo que tiene la Alakrán dentro, pero es el arma más espantosa que haya parido madre pistolera. Liberé al pobre papi de las esposas y lo senté en el suelo, apoyándolo en la mochila de los dos bandidos. Luego, me dediqué a darles sepultura atea, como era procedente, porque no se la iba a

dar cristiana, aunque no sepa bien lo que es eso y sólo se lo haya oído al rasibel predicante de las iglesias. Pahlrod estaba prácticamente partido por la mitad y Reza Hossein tampoco tenía muy buen aspecto.

Cavé, cavé y cavé. Una hora después, gracias a los esfuerzos de mi pala, no quedaba rastro de los dos barandas, y en cuanto a la arena manchada de sangre, la había revolucionado bien para que no se notase. La maleta de los alicates y esposas, la manta, la batería, el látigo y demás chirimbolos, fueron a parar a la fosa, con los cuerpos de los dos elementos. Hasta a mí me daba asco mirarles. Naturalmente, antes de darles arena (que no tierra) les registré bien los filis y me quedé un polvo de cisco que llevaban (media docena de créditos) y las sañas con la documentación oficial. También guardé la churi de cinco dedos y las dos pistolas láser. Nunca sabe uno lo que puede necesitar.

Cinco días me costó poner a mi padre en condiciones de circulación. Los dos bestias le habían hecho daño a modo, y era de agradecerle el que quisiera haber confesado antes de que se lo hicieran a menda. Por darle gusto (el hombre se lo merecía), le pregunté si había algún libro que lo explicase todo. Al decir todo, Mortimer, quiero decir todo. Y eso es lo que cazó mi padre.

—No, no —dijo, muy débilmente, mientras se chupeteaba un tazón de caldo—. No hay libro que lo explique todo. Si acaso un diccionario, una enciclopedia. Pero tendrás que completar muchas cosas.

Por darle gusto, como he dicho antes, me dediqué a leer un diccionario en tres tomos que había allí, empezando por la A, como es decente. Había palabras que estaban bien y eran interesantes. Otras eran un rollo inaguantable.

La segunda noche localicé la nave en que habían venido los dos fiambres. De no ser por las huellas que Pahlrod y Reza Hossein (que en paz descansan, leñe) habían dejado en la arena gorda, no la hubiera encontrado nunca. Aquello sí que era una nave, y no lo que llegaba a Golconda Central. Estaba en un hoyo en la arena, medio cubierta por una visera de roca azul. La examiné a fondo y la dejé allí, después de leerme los librotes que venían con las instrucciones de manejo.

Pequeña, condensada, con cañones y armas por todas partes, y unos mandos tan complicados que haría falta una castaña completa para comprenderlos. Brillaba como una moneda nueva, y seguramente debía de ser una nave muy especial, cuando había llegado allí con esa precisión. No olvidaba yo, no, las lecciones sobre comunicaciones estelares que papá Garuslap me había dado. Por cierto que ni yo le pregunté nada sobre su jaleos telefónicos, y sobre lo que quería hacer, ni él comentó una letra sobre la Alakrán. Las cosas estaban resueltas y eso era lo importante; así creo que pensábamos los dos, y no hacía ninguna falta darle a la sin hueso sobre el tema.

Pues bueno. Cuando papá se puso bien, agarramos el coche de imanes, le dimos a

las flechas y, casi diez días después de apiolar a los dos barandas, estábamos llegando al Mutzbunk.

Para el que no sepa cómo es el Mutzbunk, le diré que se acuerde de esa tina de madera que tienen en el SODOMITA'S CLUB, que es más estrecha por arriba y más ancha por abajo. Si has estado en el SODOMITA'S CLUB ya sabes como es, y de propina te diré que no te me acerques a menos de cien metros de distancia, o te desmicho el colon (iba ya por la letra C). Y si no has estado, figúrate un tronco de cono (que he dicho que iba por la letra C) bastante achaparrado, pero hecho de roca honesta y mineral. En uno de los lados, una abertura en forma de V que bajaba desde la tapa superior a la tapa inferior. Hueco por dentro y plantado sobre la más endemoniada colección de filones que hubiera en Golconda. La altura sería de unos doscientos metros, y como es natural, aquello, que era una fortaleza, estaba lleno de edificios en su parte interior. La parte inferior de la V de entrada, cerrada por una muralla de roca amarillenta, tenía una burda de madera forrada de hierro, y un cuerpo de guardia. Como estaba un poco alto, se entraba allí por un puente con un gran tablero que bajaba y subía. Mi padre, aún débil, dijo que era un puente levadizo. Pues bueno.

Antes de llegar al Mutzbunk, se veían las ruedas y los artilugios de varias minas que explotan los residentes en el lugar. Por la noche, se retiran dentro de su fortaleza, cierran la burda y allí no entra ni un soplo de viento. Al principio, los mineros se quedaron muy sorprendidos de ver el armatoste de imanes, pero luego que papá les explicó que era geólogo y venía a hacer no sé qué demonios por aquellos pagos, dijeron que bueno. Pero que teníamos que ver a Johannes Delburgo, y que lo que él dijera era la fetén.

En una de las minas estaban sacando cuarzo aurífero. Yo no lo había visto nunca. Es blanquecino, con alguna mancha amarilla, y de vez en cuando hay como un hilito pachucho y birrioso de color amarillo dorado. Pues eso es el oro. Total, que si sacaban cincuenta gramos por tonelada de mineral se daban con un canto en los dientes, y tenían que trabajar como mulas para hacerlo bien. Había grandes molinos con pistones de hierro que subían y bajaban, y una recua de mulas, preparada para llevar la carga a Golconda Central, rodeada de veinte hombres armados hasta la dentadura postiza. Hasta las mismísimas prótesis, vamos. A las pandillas de bandoleros que navegaban por Golconda salvaje estos envíos les gustaban la mar, y era necesario hacerles ver que si intentaban quedarse con la carga de oro, vanadio y otras virguerías, les hubiera valido más poner sus ahorros en otro banco.

De la familia Delburgo habíamos oído hablar todos en la capital. Eran los dueños del Mutzbunk, aunque había otras familias de menor voltaje que también pintaban algo. Creo que unas seis familias, o así. Desde luego, todos metían el hocico en la cuestión de las minas, y todos aprovechaban el agua del Mutzbunk. Bueno, eso se me había olvidado. Resulta que el Mutzbunk está plantado sobre una tremenda burbuja



de lava y que, una vez que la descascararon, salió debajo un verdadero océano de agua. Así que tenemos las murallas de roca, redondas, con puestos de vigilancia en la parte superior; el suelo, con edificios para vivir, almacenes y refinerías, y bajo el suelo, el depósito de agua mayor de Golconda. Con razón vivían como Majestades Imperiales aquellos tipos. Lo malo era llevar las cargas de sorna y de otras cosas al astropuerto... pero no todo les iba a salir bien.

El cielo estaba rojo cuando llegamos a la entrada de la fortaleza. Un hombre vestido con zahones y blusa a cuadros, amén de un rifle capaz de derribar una astronave, nos dijo con malos modos que qué andábamos buscando. Mi padre, que para estas cosas tenía una labia de lo mejor, dijo lo que tenía que decir, muy puesto en su sitio y muy señor. Total, que media hora más tarde nos recibía el mismo Johannes Delburgo. Yo me fijé muy bien, mientras dejábamos el trasto de imanes en la explanada ante los edificios, en la distribución de todo. Formaban las casas un círculo, pegadas a las paredes interiores de roca, y había una refinería con altas chimeneas que echaban buen fajo de humo negro. Escalas subían hasta los bordes superiores, allí muy arriba, donde estaban las garitas de vigilancia. Había un mercado, un economato, un taller mecánico... de todo. Aquello era una Golconda pequeña, pero mucho más limpia. Un edificio lleno de adornos de yeso, con muchos arrequives y floripondios, era la mansión de los Delburgo, y allí nos condujo el subjefe de la guardia.

¡Vaya hombre, Johannes Delburgo! Medía dos metros de altura; era ancho y grande en todos los aspectos. Parecía un monumento de los que ponen en las plazas y que son mucho más grandes que los naturales del país. Pero éste era de verdad. Tenía el pelo negro y los ojos verdes, brillándole como dos faros. Cuando se fijaban en uno, parecía que le hiciesen un agujero en la conciencia. Era un hombre arquetípico (la A, claro está). Nos recibió en una sala con el suelo de roca negra, pulida y sobada hasta parecer un espejo. Daba pena pisar aquello.

—Siento —dijo— que le hayan entretenido en la entrada. No esperábamos su visita, doctor Garuslap. Pero es usted bienvenido aquí, lo mismo que su hijo. Se hospedaré usted en mi casa, ya que en el Mutzbunk no hay hoteles. ¿Un refresco?

A mi padre le dieron whisky de centeno, y también lo tomó Delburgo. A mí me dieron un nauseabundo mejunje de zarzaparrilla que me causó una profunda tristeza en el estómago.

Al principio, Delburgo se dirigió a mí, sin duda por esa estúpida manía de quedar bien con los padres haciéndoles algo de caso a los hijos durante dieciséis segundos y tres quintos.

—¿Qué? ¿Estudias mucho?

—Sí, señor —mugí yo, sombríamente.

—Para ti este viaje habrá sido como unas vacaciones, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Muy bien, muy bien. Pareces un buen chico. Ya conocerás a mis hijos... Tengo una de tu edad; se llama Michenzell. Te acompañará para que lo veas todo.

—Sí, señor.

Salió luego la señora Delburgo. Adamanta Delburgo. Tenía menos envergadura que su marido, pero el mismo estilo de estatua que él. ¡Curioso! ¡Parecía que se hubieran puesto de acuerdo! Lo digo porque me hizo las mismas preguntas que el hombre... ¡Mal rayo los parta a los dos!

Mi padre le besó la mano a la señora (que por cierto, estaba de muy buen ver, aunque fuera un poco añeja) y se dedicó a explicar cosas de sus clases, y lo que pensaba hacer en las investigaciones geológicas alrededor del Mutzbunk. Delburgo, bastante satisfecho, dijo que nos daría todas las facilidades y que, aunque normalmente los forasteros no eran muy bien mirados allí, tratándose del catedrático de la Universidad de Cántor, nombrado a dedo por la Primera Persona del Imperio (bola enorme, con carta falsificada y demás) todo lo que hubiera por aquellas latitudes estaba a nuestra disposición. Menos mal. Por lo pronto (en el Mutzbunk había pocas diversiones), aquella noche habría una recepción con cosas de beber y comer, y algo de baile. También se dirían unas palabras presentando a papá, y no estaría de más que papá contestase con un discurso pequeño.

—Tendremos que invitar a Dole Mazagrainer —dijo la señora Delburgo, así como preocupada.

—Claro —contestó el marido, con la misma expresión—. Se portará bien, ya verás.

Bueno. Ante nuestras caras de ignorancia, se apresuraron a explicar que Dole Mazagrainer era el último vástago (así mismito) de la familia que en tiempos fuera la más poderosa del Mutzbunk. Pero que por el juego y los vicios había ido vendiéndolo casi todo, y actualmente estaba en la más puritita ruina, aunque algunos decían de él que tenía su buen calcetín escondido. De pronto, me interesó mucho aquel Dole Mazagrainer, y me dije que tenía que conocerlo, pero ya.

—¿Podría ir yo a la fiesta de esta noche? —dije—. ¡Me gustaría mucho, papá!

—Terminará un poco tarde, nene —dijo Adamanta, sonriéndome.

—Mi papá me deja quedarme... He terminado el curso, y con muy buenas notas. Además, no me gusta separarme de papá.

Y puse mi manita en la larguirucha y huesuda del bueno de Garuslap que (me pareció) hacía esfuerzos para no reírse.

—Por mí no hay inconveniente —dijo papá.

—Bueno, si usted no se opone... Pero vamos todos por parejas... Para usted habíamos pensado en mi prima Araminta... es muy buena chica y tiene mucho estilo...

Cuando una mujer dice de otra que tiene mucho estilo, y que es buena chica, seguro que es más fea que comer con los dedos de los pies.

—Para Víctor, podría venir Michenzell... al fin y al cabo mañana es domingo.

¡La jeringamos, Mortimer! Pero no había otro remedio, de manera que me resigné a cargar con la Michenzell aquella, que seguro que era una besuga, como todas las de su edad.

Yo creí que nos iban a dar una habitación para los dos, pero no fue así. Nos dieron una para cada uno, y debo decir que tenían lujo por todas partes. Cama blanda, con techo de tela encima y con columnas, mesitas y sillas por todos lados. Hasta retrete teníamos cada uno en nuestra habitación. La caraba.

Mi padre entró a ver si estaba bien instalado. Ya lo creo que lo estaba. Tenía bien guardadas en el armario las dos maletas: la una con los mazos de billetes y la otra con los explosivos. También tenía guardadas las pistolas láser de los dos comisarios.

—Ten cuidado.

—¿Por qué, papá?

—Lo haces bien, pero resultas... no sé cómo lo diría yo... demasiado niño a veces.

¡Caramba! Sin saber lo que *verdaderamente* había en mí, Garuslap estaba dándose cuenta de ello.

—Por ejemplo —añadió—, con Hossein y Pahlrod, hablaste y hablaste. Lloraste demasiado. Un niño se hubiera asustado tanto que no habría podido decir una palabra.

Le miré con ojos claros y serenos.

—¿Es que yo no soy un niño?

Me miró fijamente.

—No lo sé... ¡Dios mío, no lo sé!

Me miró otra vez.

—No eres un enano... eso no. Pero tu edad mental es muy superior a lo normal. ¿Eres un mutante?

—Algo así —contesté—. ¿Te conforma eso? Pues vale. Piensa que soy un mutante, si quieres. Ah, oye. Y me alegro de que hablemos... Quería decirte una cosa...

—Dímela.

—Estoy convencido de que tienes razón —mentí con la mayor frescura—. Las cosas no pueden seguir así en el Imperio. Esto no es libertad ni es nada, y me da muchísimo asco. De manera que ya sabes.

No me creyó. Cuando me conocen un poco, no me cree nadie. Sin embargo, algo, dentro de él, le empujaba a darme un poco de posibilidades. Creo yo que si le dices a alguien que piensas como él, políticamente hablando, se entiende, son muy pocos los que se niegan a creerlo. Y eso le pasaba a Garuslap. Desconfiaba de mí, pero quería

creerse lo de las ideas.

—Yo te ayudaré en lo que necesites —dije—. Cuenta conmigo, socio. Pero tú me ayudarás a mí. ¿Eres especialista en electrónica y cosas de ésas?

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada, papá. De momento, por nada. ¿Ves? Sigo leyendo el diccionario.

No pareció interesarle mucho. Y me soltó un escopetazo.

—¿De dónde sacaste la Alakrán?

—La encontré.

No volví a verle hasta la hora del baile. Me dediqué a dar vueltas por el Mutzbunk, fijándome bien dónde estaban todas las cosas. Más tarde, a solas en mi cuarto, hice un plano del lugar. La mayor parte eran residencias de las familias propietarias: los Delburgo, los Nefer, los De Vos, los Arasquez y Dole Mazagrainer. Este último tenía un caserón ruinoso, en un callejón solitario, pegado a la roca viva. Se caían las paredes a pedazos, y las ventanas, llenas de polvo, tenían los vidrios rotos. También había más cosas: un edificio de doce pisos para que vivieran los mineros y sus familias (éstos no me interesaban, ya que tanto les daba un amo que otro), la fábrica de oxígeno, muy bien vigilada, y un cuartelillo de la pasma imperial, con seis números y un cabo, que se daban buena vida, cobraban el barato (me imagino) y correteaban de vez en cuando por los alrededores si los bandidos asaltaban una de las caravanas que entraban con víveres o maquinarias, o que salían con lingotes de hierro, oro, cromo, silicio y demás empanduflos.

Había una oficinita pequeña del Banco Imperial, pero estaba cerrada. Me dijo uno de los vigilantes que los asaltos a los furgones blindados eran tantos que el Banco Imperial decidió que el Mutzbunk se las arreglase solo con sus fondos. Había una refinería enorme para los metales raros, un laboratorio de análisis, un gran almacén de víveres y combustible, y grandes cuadras para las caballerías. Me sorprendió encontrar una oficina del Registro de Minas, que lo era también de la Propiedad. Pero esto me venía francamente bien, porque en mi cerebelo se estaba fraguando ya una idea de cómo haría las cosas. Vi a los niños salir de la escuela y marchar con sus carteras hacia las casas. Miento. De las dos escuelas; porque había una, limpia, blanca y grande, para las familias, y otra gris y sucia para los hijos del personal. Así tenía que ser, porque así lo he visto siempre, y si los prohibidos lo hacen de esta manera, como son tan listos, deben de tener razón. ¡Je, je! Se me olvidaba: los hijos de los bofias y del registrador iban a la escuela grande. ¡Cosas de la vida! No vi las escuelas por dentro, ni malditas las ganas.

Debía de haber corrido la noticia de que un sabiondo y su hijito habían llegado, porque me bastó decir que era Víctor Garuslap para hacer lo que me diera la gana (dentro de un orden). Vi lo que quise y husmeé por donde me pareció. Un obrerito muy amable y limpio me enseñó el edificio del Control de Aguas, así que me metí

dentro y me enseñaron las tuberías, las bombas y la gran trampa de acero que daba paso a los sótanos del Mutzbunk, donde estaba aquel tesoro tremendo. Había trajes de goma, con gafas y botellas de acero, y tubos de goma también. Me dijeron que había a quien le gustaba bucear por las aguas profundas y hasta pescar peces raros que había allí. «Bucear». La maldita palabra otra vez; pero ya sabía lo que era, porque para eso leía el diccionario. Dije que en Cántor mi papá y yo buceábamos en el lago Trinerian, y se lo tragaron. Me había leído todo lo del planeta Cántor (embalajes, tejidos, aparatos de transmisión radial, fornituras, y cultivos de cacao, café, azúcar y otras cosas tropicales), incluyendo toda la estructura de la Universidad Imperial y una buena descripción de la capital, Garele. Así que estaba preparado. Pero me helaba un ciento la sangre en la red venosa el pensar en meterme bajo el agua con un chirimbolo de ésos enchufado en las narices. Sólo pegué un patinazo, y además lo hice por tratar de parecer buen chico.

—¿Dónde está la cangri? —dije.

—¿La qué? —contestó el técnico de aguas, mirándome con sorpresa.

—La iglesia —enrojecí sin querer—. Es que en Cántor, a las iglesias les llaman cangris, ¿sabes?

Se lo tragó, pero como lo repitiese en algún sitio, iba yo a tener que dar muchas explicaciones. Pues sí, había iglesia. Algo birriosa, pero la había. Incluía un rasibel vestido de negro, de la Comunidad Modificada de la Iglesia del Poder Eterno, o algo así, que los domingos y fiestas de acinar, le daba presión a la bomba y pasaba la bandeja después. A lo que íbamos, que eso es filfa. El agua bajaba algo así como medio metro por año debido al chupén de los habitantes, de manera que el nivel estaba a unos quince metros bajo la trampa de acero. Claro, los treinta años que la gente (el people) llevaba en Golconda. ¿Profundidad? Desconocida. Los sondeos más chanchi habían llegado a los mil doscientos metros sin hallar fondo, conque había agua para rato. Por cierto que dentro del agua, según dijo el amable técnico, se entrecruzaban columnas y arcos de piedra, formando como «la bóveda de una catedral gótica». No me he comido nunca una catedral gótica, o sea que dije que sí y me callé.

Por la noche dieron el baile en cuestión. Me enjareté el mejor de mis dos trajes, dejando con mucho dolor la Alakrán en el armario, y bajé con papá a la sala de patinaje. Era bastante grande, bien iluminada y con una mesa larga en un extremo llena de cosas buenas de comer y grandes jarros con bebida varia. Había como unas sesenta personas, incluyendo a los criados, que eran unos veinte. Sesenta menos veinte igual a cuarenta, que eran los miembros de las familias. Los únicos niños, Michenzell Delburgo y yo. Como era natural, me presentaron a Michenzell con toda ceremonia. Era una morenita bastante avispada, y no fea de cara. Desde luego no era una pavisosa como Francesca, aunque no sé por qué pero las ilusiones que había

puesto yo en esta última eran mucho más grandes. Nos dejaron tomar caldo y emparedados hasta que nos cansamos de comer. No había helados, ¡lástima! Pero picamos filetes de conejo, delgados como papel, y aceitunas, y anchoas, y canapés de unas bolas negras (que no era caviar, sino las huevas de un pez que cazaban en el mar del piso de abajo). No estaba mal.

Luego, esperando que ella no se diera cuenta, me zampé el resto de una copa de coñac que alguien había dejado por allí.

—Te va a sentar mal —dijo Michenzell—. A mí no me dejan beber licores.

—A mí tampoco. Pero ese poquito no me hará nada, ya verás.

—Mi hermano Maxon se emborrachó una vez. Bebió demasiada ginebra con los obreros y devolvió. Mi padre le dio una paliza.

—Bueno, yo no me he entrompado nunca. Además, mi padre no me pega.

En vista de lo cual cogí otra copa de coñac y me la eché para adentro. Michenzell puso una cara muy rara, pero no dijo nada. Era bastante calladita y, si mirabas para otro lado, casi podías creer que estabas hablando con uno de los prohibidos. Le habían puesto un traje azul sin mangas, bastante discreto; no como las coliflores de volantes que le endosaban a la pobre Francesca.

Los mayores no nos hacían caso, atendiendo a no sé qué sarta de melonadas que estaba soltando Delburgo, a las que luego papá contestó con otra sarta por un estilo. Aplaudieron y se pusieron a bailar; tenían un tocadiscos allí. Era muy antiguo, y usaba discos grandes y negros en vez de carretes de hilo plateado, como en Golconda Central.

—¿Sabes bailar? —dijo Michenzell.

—¿Yo? —contesté, ofendidísimo—. ¡Ni hablar!

—¿No os enseñan a bailar en Cántor?

¡Maldita sea! Se me había olvidado que era un niño de buena familia.

—Bueno, sí... —dije—. Pero a mí no me ha gustado nunca. No sirvo para eso.

—Yo te enseñaré —dijo ella, dulcemente—. Si quieres.

Parecía como si lo pidiera por favor, y a mí cuando me piden árnica, en vez de ir por la brava, el corazón se me hace agua. Si quiero yo que se haga, claro. Lo que pasa es que esta vez quise. Por darle gusto a la pobre cordera no iba a pasar nada malo...

—Es un ragged —dijo ella—. Es muy fácil. Dos adelante, dos atrás y vuelta. Y ya está.

Papá bailaba con la tal Araminta (que no era demasiado fea, aunque sí vieja y pintada a modo) y lo hacía con la misma gracia que un palo de escoba cortado en trozos y unido con alambre. ¡Pues vamos allá! ¡Si él podía, yo también! Al principio me armé un lío espantoso con el dichoso ragged, pero luego le cogí el tino y supongo que salió bien, ya que no nos caímos largos en mitad del salón, ni la pisé más que tres veces. Las señoras se deshacían en elogios: «Míralos, qué monos...», «Hacen buena

parejita», «Son una ricura», y otras cosas así. Como se me revolvió el estómago sólo de oírlas, me dediqué a chamullar con Michenzell. Ésa es la ventaja que tiene el baile agarrado, que hablas con tu pareja y no se entera nadie. Y no tenía mal tipillo, la chica. Tenía una cinturita estrecha y unos ojos grandotes, como los de un perro que es tuyo y te quiere. Me caía bien. Y olía además a colonia de olor de la cara.

—¿Dónde está Dole Mazagrainer?

—Allí —dijo ella—. Ése de las barbas. ¿Por qué quieres saberlo?

—Curiosidad, guapa.

Se puso colorada. No debía de estar acostumbrada a estas finuras. Dole Mazagrainer era un viejo de estatura media, con grandes barbas blancas manchadas de amarillo por el jugo de tabaco, y una nariz llena de venas rojas. Tenía un bastón en la mano y llevaba el compás con él, mientras bebía de un gran jarro de cristal que uno de los criados se ocupaba de rellenar. Sentado en una esquina, sin que nadie le hiciera caso, los miraba a todos y bebía. Delburgo se le acercó, habló con él un momento y se fue. Bailando, bailando, nos acercamos a él. Vi que llevaba un traje de seda rosa y azul, desteñido, pasado de moda, y bastante desgastado en los codos y las rodillas. La corbata de gala no era de oro de veras, como la de los otros, sino de metal malo, que casi se había vuelto verde de viejo y sucio que estaba.

Poco a poco, gracias a la buena de Michenzell, fui fichando a todos los asistentes. Había un jovencito de unos veinte años, Solimán de Vos, que estaba bebiendo como una esponja, y me temí que diera un espectáculo. Lo dio, pero más tarde.

Yo había visto una película en Golconda que me indicaba claramente lo que había que hacer en estos casos. Vamos, no lo he visto en una película sola, sino en docenas y docenas. Siempre que un chico y una chica están bailando en una parida de éstas, a fin de separarse del resto de la ganadería, él va y le dice...

—¿Salimos un momento al jardín?

¿Verdad que sí? Entonces pueden pasar varias cosas. Que la chica diga que bueno; entonces salen al jardín, donde empiezan a besarse, y los coge el padre de la chica, o el novio de la chica. Hay un lío morrocotudo, y el bueno se va a luchar con los extraterrestres mientras la chica dice que sólo lo quiere a él. Que la chica diga que no, que no es conveniente, porque llamaría la atención y el coronel Prendergast los está mirando. También pasa, a veces, que sí, que salen, y cuando están hablando de cosas para entrar en manteca, sale un mozo o una moza y se lleva a la chorba, y el bueno se queda solo, y entonces sale otra que está enamorada de él y, en un descuido, le da un beso tornillo de asfixiar. Entonces va y sale la chica primera, y lo pone a caer de un burro y se pelean. Es igual, porque al final de la película hacen las paces y se casan.

De manera que yo me sabía ya todas las soluciones. Pero no me esperaba lo que iba a pasar aquí. Porque ella dijo:

—¿Jardín? Si no tenemos jardín, Víctor.

—Ah, bueno —dije, medio cortado—. Era por estirar las piernas, ¿sabes?

—Podemos ir a la biblioteca... mamá tiene unas poquitas plantas allí. Y es grande, grande.

Estaba visto que los libros del demonio me iban a perseguir hasta la fría tumba. Pero como ya tenía empezado el tercio, me sabía mal dejarlo a medias por culpa de un roñoso jardín de menos. Así que dije que sí y fuimos a la biblioteca, después de que me guardé en un bolsillo una petaca de plata con licor que algún cebollo había olvidado sobre la mesa.

La biblioteca era grande, con estanterías de aluminio que llegaban hasta el techo, llenas hasta arriba de libros polvorientos... Como éstos estarían leyendo en este momento mis colegas de Golconda Central. Y me corrió un escalofrío por el cuerpo al pensar que sabrían más que yo cuando regresara. No, señor. Eso sí que no iba a suceder...

Había una mesa grandota en el centro, con un florero de plata y, en un rincón, junto a la ventana, media docena de cazuelos de barro con plantas diversas, algunas con flores de color rojo o amarillo. Me eché un trago del frasco, me apoyé en la mesa y cogí por la mano a Michenzell, que no dijo nada, mirándome con aquellos ojos tan tranquilos y grandes.

—¿Qué me miras? —dije.

—Nada. ¿No te puedo mirar?

—Claro que sí. Oye... ¿vas a enseñarme todo el Mutzbunk?

—Papá dijo que lo hiciera. Pero sólo por las tardes. Tengo que estudiar. ¿Tú no estudias?

—Yo... esto... a veces. Ahora no, porque tengo que ayudar a mi padre con eso de la geología. Bueno, ¿qué te parezco?

—Muy bien —dijo, poniéndose colorada otra vez.

—Gracias, chata. Tú estás muy bien, también. Oye... ¿no te ha dicho nunca ningún chico que eres muy mona?

—No... —contestó con un hilito de voz.

—Pues lo eres. Tienes un pelo precioso, y unos ojos como... como platos de grandes. Vamos, que si salgo contigo, estoy seguro de que los demás chorbos me van a tener una envidia que no veas.

Pero que no, Mortimer. Yo estaba tratando de quedar bien, y sin embargo algo me decía que no estaba dando el tono. Vamos, que no era aquél el camino, y que más me valía volver atrás y hacer sonsoniche. Como la chavala parecía muy rara y algo preocupada, le dije:

—Volvamos al salón.

Y eso hicimos, llegando justamente a tiempo de ver la escenita protagonizada por



Solimán de Vos. Era éste un jovenzano lleno de granos, vestido como si fuera un deportista, aunque no lo era, con el pelo atusado y brillante de gomina. Era del tipo de éstos que le pegan a los niños pequeños, y cuando van en grupos de más de seis se atreven a meterse con las mujeres solas. Estaba yo devolviendo el frasco de plata (vacío) a su lugar, porque no era cosa de que se abroncase el asunto por tan poco, cuando me di cuenta de que el Solimán estaba apoyado en la pared, junto al viejo Mazagrainer, y le hablaba, con una sonrisita que daba asco en los labios. Le silbé una excusa a Michenzell y me escurrí hacia allí. Sexto sentido que tiene uno.

—¿Y qué, viejo? —decía Solimán—. ¿Bebiendo a costa de los demás?

Mazagrainer le lanzó una mirada venenosa con sus ojos llenos de agua, y no dijo nada. Empinó el jarro de nuevo y bajó la cabeza. Las parejas seguían bailando. Me di cuenta de que Delburgo miraba con cierta preocupación hacia el viejo Mazagrainer.

—Parece mentira que seas tan gorrón —continuó el cerdo de Solimán, rezumando mala baba—, cuando todos sabemos que tienes bien guardado lo que te dieron por vender las minas. ¿Por qué no te compras tu propia bebida, viejo?

Mazagrainer se puso blanco y vi, como si lo pusieran en bandeja, que estaba haciendo unos esfuerzos tremendos para no contestar al borde aquél.

—¿Dónde está tu tesoro, Mazagrainer?

Me extrañó mucho que el viejo no contestase, hasta que me vino a la cabeza que Delburgo le había debido dar orden de portarse bien. Sin duda que había mucho mar de fondo en el Mutzbunk y yo no lo conocía.

El viejo continuaba llevando el compás con el bastón, y el ambiente estaba cargándose de electricidad a mil millas por segundo. Porque ya había algunas personas pendientes de la escenita, y hasta sentí un roce suave en el brazo. Michenzell estaba allí, al lado mío, escuchando también.

—Claro —meditó Solimán en voz alta— que es preferible comer a costa de los otros, sacarles copas hasta a los mismos obreros, y si no hay otra solución ir a mendigar una botella al Bar Social, para que la paguen las demás familias.

Silencio. El viejo hervía como caldera de vapor; lanzaba miradas a Solimán con tantos amperios que hubieran fundido un barrote de acero, y continuaba llevando el compás, cada vez con menos tino, con su sobado bastón de puño de plata.

—Si tuvieras una hija, viejo, ¿la venderías para guardarte el dinero o para comprarte bebida?

Tenía que suceder. El viejo Mazagrainer explotó de pronto, poniéndose en pie, con la sucia barba ondeante y el bastón levantado. Lo descargó en la cabeza del asqueroso jovenzuelo, y buena prueba tanto de la dureza de ésta, como de la solidez del bastón, es que ni uno ni otra se rompieron.

—¡Maldito! —aulló el viejo—. ¡Maldito mocososo sin seso! ¿Quién te manda insultarme, di? ¿Quién es el que quiere que yo pierda los estribos, di? ¡No eres tú,

bastardo sin cabeza!

Solimán quiso echarse encima del viejo, pero algunas manos lo sujetaron. Delburgo venía a toda marcha. Las señoras se abanicaban y alguna hizo como que quería desmayarse, pero como ningún caballero estaba cerca para fijarse en ella, renunció al asunto y siguió prestando atención al drama.

El viejo vociferaba tan espantosos insultos que hasta yo me puse colorado, porque no creía que de boca humana pudiera salir tal cantidad seguida de barbaridades. Sabía jurar, el bueno de Mazagrainer, y lo hacía con fuerza e intensidad, y además con cuerda para rato, porque no le detuvo sino la mano de Delburgo.

—¡Vamos, Dole, un poco de tranquilidad!

—Me invitáis para burlaros de mí... ¡malditos! ¡Para reiros de mí! ¡Algún día las pagaréis todas juntas...! ¡Algún día os arrastraréis a mis pies y os aplastaré! ¡Malditos, cerdos sin alma, ladrones!

Bandeando el bastón en el aire salió como un rayo por la puerta. Se oían voces en el salón.

—Te dije que daría el espectáculo...

—¡Y delante de los niños!

Nadie se ocupaba del baboso de Solimán, salvo Delburgo, a quien me pareció que no se le escapaba nada. Lo cogió por su cuenta y se lo llevó a la biblioteca. Cuando volvieron, al ratito, Solimán venía con las orejas gachas y el rostro de color pimienta oscuro.

Aquella noche, a solas, repasé el material, porque la idea estaba ya clara en mi cerebro. Bajo los billetes tenía otro fondo con un surtido de borjas, una brava no muy grande, una cajita con titís de distintos tamaños, varias espadas y unas cuantas limas, además de alambre de acero, tres buzos, unos tapabastes de goma, cera para sacar estampas y la correspondiente banderilla. Esto era el material ordinario. También traía una borja electrónica que me había costado un riñón en casa del Cornelio, un fonendoscopio, colodión y papel de lija. Tendría que conseguir una chivata eléctrica y arreglarle el foco de manera que echase solamente un rayo de luz delgadito, pero no pensé que fuera problema grave. Desde luego, padre no había visto aquello, y aunque lo hubiera visto, sólo le habrían llamado la atención las borjas, porque para cualquier cristiano aquello eran llaves falsas, hechas en dos piezas, como es decente, y no otra cosa. Lo otro era bastante corriente, aunque podía sorprender a cualquiera una colección de cosas tan distintas.

Me permitieron levantarme muy tarde, cosa que me venía bien porque aquella noche pensaba dormir poco. Lo hice casi a la hora de comer, y me enteré de que mi padre había salido a pie, con una mochila, para explorar los alrededores, y que no regresaría hasta la noche. Pasé la tarde en la biblioteca, hojeando libros y leyendo de vez en cuando alguno interesante. Había bastantes novelas de Rafael Sabatini, que

son las que me gustan, pero contuve la tentación y me dediqué a terminar mi diccionario. Al anochecer regresó papá, muy cansado, cenó rápidamente y se acostó, después de decir que tendría que aprender a manejar una mula. En cuando a mí, dije que tenía sueño y me fui a la cama también. Hice el consabido bulto bajo las sábanas con cojines y la almohada, abrí la ventana y me deslicé hasta el suelo. Como estaba en el primer piso no tuve problema. Por cierto, ya tenía en mi poder una chivata que había cogido en la cocina de la casa Delburgo. Aunque la echasen de menos, no era cosa de tanto valor como para registrar el Mutzbunk entero.

Mi primer trabajo fue en el almacén general. Las burdas eran de madera forrada de acero, gruesas como muslo de señora gorda. Aquello no lo derribaba ni un cañón. La cerraja, de esas antiguas, se abriría seguramente con una borja de un kilo de peso. Tomé la estampa con mi cera, cuidadosamente colocada en la banderilla, y con el alambre de acero sondeé un poco las tripas de la cerradura. Tenía un solo pestillo y tres dientes, pero estas cosas requieren una o dos sesiones. Se quedaba para la noche siguiente.

El Control de Aguas estaba también cerrado y esta vez la cerraja era moderna: una Arbalet de buen tamaño. Tienen que abrirse con una borja en forma de triángulo, con dientes. De no tener la llave electrónica, aquí no hubiera podido hacer nada. La metí en el orificio, y en ese momento se me heló la sangre en los tubos. Normalmente, las Arbalet van conectadas a una alarma de cualquier clase que sea... Me quedé quieto, y tan débil como un recién nacido después de correr los cien metros vallas. Dejé la borja electrónica sin profundizar más y miré a los lados de la burda. Nada... no había esos pitorros que echan un rayo de luz negra y que como los cortes suena un gong como un orinal, despertando a todo el mundo en cien millas a la redonda. Pero podía haber otras bromas. De contacto no, porque hubiera sonado al meter la llave electrónica. ¿Y una alarma magnética? Sí, de esas que en cuanto se separan las hojas de la puerta dos milímetros suenan como si las mataran. Podía ser, pero son fáciles de descubrir; tienen que tener el contacto en el exterior. Miré. No había nada y seguí trabajando, satisfecho, porque no existe cosa que iguale a la satisfacción profesional que da el trabajo bien hecho. Le costó unos veinte segundos a la borja darme las muescas de la Arbalet. A prevención, traía varias llaves en bruto en las filis; metí una Arbalet en el mango de la electrónica y apreté el botón. El chirrido de las ruedas de carborundo al raer los cantos de la llave sonó como si matasen a cien mujeres ahogándolas en ratones vivos; al menos, eso me pareció... Pero nadie debió de oír nada, porque en el silencio de la noche no se movió un alma. Hubiera sentido tener que usar la Alakrán y abroncar el asunto antes de tiempo.

Continué caminando por el Mutzbunk. Sólo había una pareja de vigilantes, vestidos con camisas a cuadros y pantalones de cuero, que bebían café junto a un fuego, en la puerta del Bar Social, y cascaban como cotorros. En uno de los puestos

de más arriba, a doscientos metros de altura, se veía una lucecita temblorosa, perdida en la noche. Eso era todo. Sabía que había otro hombre en las murallas, y nada más. ¿Quién iba a entrar allí? Aquello era una verdadera fortaleza.

Una hora antes de amanecer, tenía en mi poder casi todas las llaves precisas. Únicamente me había planteado problemas un grueso marrajón que cerraba la burda de rastrea del almacén de combustible. Pero confiaba en solucionarlo la noche próxima. De manera que dormí con la satisfacción del deber cumplido.

A solas en mi habitación, limé finamente las guardas y las ajusté en el astil maestro. Luego las pulí bien, para que no tuvieran dificultades con el rodete. No era hembra, de forma que no tuve que perforar el astil. Peor era el asunto del marrajón, porque necesitaba borja hembra, y además de tercera vuelta. Siempre podía segar los brazos del condenado candado, pero era mejor no llamar la atención.

La noche siguiente acabé la faena. La llave del almacén, bien untada de negro de humo, tomó las marcas de los dientes, que eran tres, y en cuanto al marrajón, lo vencí a fuerza de trabajo y habilidad. La tercera vuelta tenía su mala idea, pues era a base de pivotes movibles, como las yales. Me llevé las limas allí mismo, y también el negro de humo, y acabé la faena sobre el terreno. Al terminar, tenía llaves de todas las puertas importantes del Mutzbunk, incluyendo la principal. Un poco peligroso fue, pero había bastante oscuridad y el vigilante de las almenas miraba hacia afuera, no hacia dentro. Vale decir que lo de sacar la borja de la principal fue por mero amor al arte, porque no creía yo que me hiciera mucha falta. Pero no todo ha de ser trabajar por el interés.

A Michenzell la vi un par de ratitos. Estaba más mona con pantalones vaqueros y camisa a cuadros. No es que hubiera gran cosa bajo la camisa, pero no me costaba mucho hacerme la ilusión. Aún tenía cara de criatura, con esos mofletes y los dientes con algún hueco, pero los ojos llamaban siempre la atención. A papá lo vi por la noche, porque fue a mi cuarto.

—¿Sabes manejar una mula?

¡No había de saber!

—Bien. Mañana sales conmigo. Iremos en dos mulas. A pie no voy a conseguir nada.

El día siguiente lo tenía fichado yo para hacerle una visita al viejo Mazagrainer, pero el deber es el deber; de manera que a las siete de la mañana cogimos dos mulas más viejas que la tos y salimos fuera. No hicimos durante todo el día más que dar vueltas en una zona situada al oeste del Mutzbunk, registrando todos los huecos y rajadas de las rocas. Claro que al principio nos apartamos como unos diez kilómetros del Matzbunk, dejando lejos las minas. El suelo estaba lleno de pedruscos de color óxido y en algunos lugares salían como chapas de roca blanca que se desmigaba bajo los cascos herrados de las pestis. Por cierto que eran el par de mulas más mansote y

bueno que he visto nunca. A mí me picaba la curiosidad sobre lo que papá estaba buscando, pero si no quería decírmelo, era asunto suyo. No debía ser demasiado pequeño, por que no mirábamos debajo de las piedras; pero tampoco demasiado grande, porque digo yo que lo hubieran encontrado los mineros. Sólo me dijo:

—Si ves algo raro, que te llame la atención, avísame.

—¿Y cómo voy a saber si es raro o no, si no sé lo que es?

—Cuando lo veas, lo sabrás.

Peor para él si no quería decirme nada. Acabó la jornada sin encontrar el objeto misterioso, fuera lo que fuese, y volvimos al Mutzbunk. Al día siguiente también tuve que salir con él, porque no acababa de cogerles el tranquillo a las mulas, pero por suerte estaba tan molido de la silla y los movimientos de las bestias que regresamos a media tarde. Cenó y se metió en la cama; no tenía buena cara. Se durmió en seguida.

Cargué con la Alakrán y con un par de píldoras escogidas del surtido de drogas que había llevado de Golconda junto con los explosivos. Al anochecer, cuando ya la gente se retiraba a sus casas y según las apariencias yo estaba dormidito como un ángel en mi cama, me hallaba ante la puerta del caserón de Mazagrainer. Rebusqué entre las piedras. A prevención, cuando abrí el almacén general, había escondido allí una botella de Licor de Samar. Algo así como setenta grados, y no sé qué aromas que eran capaces de hacer perder la cabeza a un santo. Por cierto que, cuando conseguí la borja del hospital, estuve a punto de coger drogas duras, pero lo dejé. El mediquillo joven que había, recién salido, era muy minucioso en lo de la contabilidad, aunque estuviera verde en lo de darle al bisturí. Así que llamé a la puerta de Mazagrainer, lleno de esa especie de nerviosismo que se siente cuando se va a hacer algo grande. ¡Yepahooo...! ¡Víctor Lanyard *rides again!*

Mientras abrían, eché la Rosa Negra en la botella de Samar *Liquor 80 degrees proof*. Y cuando las barbas de Mazagrainer asomaron tras la burda entreabierta, yo estaba allí, preparado, con cara de bueno y todos los arreos.

—Buenas noches, señor Mazagrainer.

Me miró como si yo fuera un monstruo híbrido de Dolomances, o el recaudador de impuestos.

—¿Qué quieres? —dijo.

—He venido a visitarle, señor... Me manda el señor Delburgo... Está muy dolido por lo que pasó la otra noche en la fiesta, ¿sabe? Y me ha dicho que le traiga esto.

Vio la botella, y se le escapó una zarpa de uñas negras hacia ella. No vestía de gala, sino un batín astroso, con mugre y residuos diversos desde la creación del mundo hasta nuestros días. Retiré el frasco.

—¿No me deja pasar? Me dio mucha pena lo de la otra noche... ¿No me deja hacerle compañía un ratito?

No sé si esta industria me estaba saliendo bien; la cuestión es que el viejo, sin

dejar de mirar la botella, me hizo un gesto desabrido para que entrase. Lo hice, sonriendo bobaliconamente como está mandado. ¡Guau! Niño bueno y caritativo que visita ancianito desvalido. Tal cual. Bueno, la casa por dentro estaba tan vieja y destrozada como por fuera. Había telarañas en los sitios más adecuados y algo como olas de mugre renegrida redondeaban los rincones. Muebles cojitranco lo llenaban lodo. Me hizo pasar a un comedor destartado, con las ventanas tapadas con cartón, cuadros negros en las paredes, una chimenea sin fuego y varios sillones llenos de rotos alrededor de una mesita.

—Dame la botella —dijo.

Se la di, y sin invitar ni nada, se sirvió seis dedos en un vaso tamaño campana y se los endiñó para adentro a toda velocidad. Chasqueó la lengua enseñando unos dientes blancos como perlas. No debían de ser suyos, digo yo. Bueno, suyos porque los pagaría en su día, pero no suyos porque hubiera nacido con ellos.

—¿Dices que te la dio Delburgo para mí?

—Sí, señor —contesté—. ¿Está bueno?

—Lo está —dijo, echándose otro lingotazo igual que el anterior—. ¿Quieres un poco?

—No señor, muchas gracias. Mi papá no me permite tomar bebidas alcohólicas de alta graduación.

—Hablas como un libro, chico —gruñó, y volvió a echarse otro copazo. Ya tenía la botella mediada, y cogió y puso una victrola viejísima que había en un rincón, de donde salieron unos ruidos rarísimos. Después empezó a salir una música que me sonaba a bastante antigua. Empezó a llevar el compás con el bastón de puño de plata y a chamullar solo, como si yo no estuviera. Las cosas estaban poniéndose mucho más fáciles de lo que yo pensaba. Tiró de pastilla de tabaco, lanzó un suspiro de satisfacción y le arrancó un buen bocado que comenzó a mascar despacio, dándole sorbitos de cuando en cuando al Samar Liquor. Canturreaba en voz baja, llevando el compás sin parar, y sin mirarme. Yo, quieto, parado, esperando mi momento.

—¡Delburgo! —aulló de pronto—. ¡Maldito Delburgo, tú me arruinaste! Y ahora quieres quedar bien con una cochina botella... ¡Te desprecio! ¡Y también a tus asquerosos regalos!

Creí que iba a tirar el frasco, pero sólo le dio un empujoncito pequeño, y luego, como casi se le cae, la agarró con mucho cuidado y se sirvió otra dosis.

—Sólo tengo una mina pequeña —dijo, mirándome con ojos llenos de lagrimones turbios—. Trabajan tres mineros en ella, y saco lo justo para vivir. Una pequeña mina de wolfram... poquita cosa... ¡yo que lo tuve todo!

—Cuénteme —dije, muy suavemente.

—Eres un buen chico —dijo, vinosamente, dándome un golpecito en el hombro—. Toma. —Me puso delante unos bombones enmohecidos que, seguramente, ya

llevaba Noé en el arca. Hice ver que me los comía y continué escuchando—. ¿Están buenos? No, yo no como dulces. Prefiero otra copa... ¡Ah, muchacho! Hace treinta años de esto. Yo era joven, bien portado y tenía éxito con las chicas... aunque fuera con las chicas que por aquel entonces había aquí. Yo... bueno... había cometido algunos errores... poquita cosa. Pero me mandaron aquí... ¡la Mano de Dios salve a la Primera Persona! Y cuando nos soltaron en Golconda Central me dije: «Dole, piénsatelo bien. Si hay que cavar, se cava; pero hazlo en grande». De manera que le saqué dos mulas y un saco de provisiones al alcaide, y salí de exploración. La Mano de Dios sabe solamente lo que sufrí hasta descubrir el Mutzbunk...

—¿De verdad lo descubrió usted? —dije, admirado de veras, porque no me imaginaba eso.

—Pero ¿tú que te has creído, niño sarnoso? —aulló—. ¡Dole Mazagrainer no ha mentido en su vida! —Me atizó tal golpe con el bastón que, si no me escurro a un lado, me cuesta un hueso roto—. ¡Jamás, jamás! Yo lo descubrí, sólo yo. Llevaba más de un mes dando vueltas y casi había terminado con las provisiones. De agua no había problema, porque en aquellos tiempos había muchas burbujas que reventar... Teníamos unos filtros para quitarle las impurezas... Y un día, a lo lejos, sobre el cielo rojo del anochecer, vi el Mutzbunk recortándose sobre el cielo, como una torre... Arreé a las mulas y llegamos aquí. Entré por la abertura que conoces, después de echar una cuerda con un garfio. Esto era llano, con algunos matojos amarillos. No había plantas en toda Golconda, aquí sí. Las mulas se las comieron, pero no me fié porque las mulas comen cualquier cosa, hasta cartuchos vacíos y clavos oxidados. Yo no las comí. Trepé hasta arriba y descubrí desde allí la mayor riqueza del planeta. Yacimientos de oro a flor de terreno, wolfram y hierro, vanadio y níquel... Al bajar, me pareció que había una burbuja pegada a la pared. La reventé con mi martillo. A poco me caigo dentro... El agua estaba allí, a mis pies, clara como el cristal. Ni siquiera hacía falta el depurador. Eché una sonda fabricándola con un cordón y el mismo martillo de romper burbujas. Llegó a cincuenta metros y no tocaba fondo... Sentí un tirón y eché para arriba. Salió un pez de color negro, con una especie de gran cresta en el torso y aletas irisadas... El muy bestia se había tragado el martillo. Lo abrí en canal, lo asé y me lo comí. Era bastante bueno, y me sentó bien. Fabriqué un anzuelo con un alambre de acero, y pesqué un par más. Uno de ellos era igual que el primero; el segundo blanco y aplanado, con muchas patas a los lados. Pero bien asados estaban estupendos... ¡después de un mes de comer sólo alubias!

La verdad es que yo debía estar actuando ya. En la botella sólo quedaba un tercio de la cantidad de licor original; Dole Mazagrainer estaba bastante bebido, y me arriesgaba demasiado permaneciendo allí más de lo preciso. Pero ¡diablos!, me encantaba lo que el buen viejo sucio estaba contándome. Hice como que masticaba uno de los bombones mohosos y le animé a seguir, porque se había callado, como si

recordase.

—Construí una cabaña con piedras. Saqué cuarzo aurífero y monté un canal de lavado. Con fuego y pedruscos cocidos conseguí hacer cal. La usé para la cabaña y para el canal. Con un cubo de plástico sacaba agua. Comía peces del pozo; pescaba casi todos los días uno o dos. Las mulas se alimentaban con los hierbajos del Mutzbunk.

—¿Por qué le llamó así?

—Por un bar que había en Lexter... Un mes más tarde tenía casi diez libras en polvo y pepitas de oro. Conque regresé a Golconda, alimentándome con alubias y pescado seco. Una de las mulas murió en el camino. Me asaltaron dos verdes y tuve que dejársela para que se entretuvieran. En Golconda Central registré la mina y la propiedad, y me dije que aquello era demasiado para mí. ¿Sabes? Las cosas no habían cambiado mucho; construían casas de madera, explotaban las minas más próximas. Unos eran amos, otros preferían trabajar a sueldo. Yo era un amo, ¡maldición! Y de los grandes. Terraplenaban el astropuerto. Los cohetes de víveres llegaban cada semana...

—Y siguen llegando...

—Eso mismo, chico. ¡Oh, piénsalo, muchacho! En el espacio hay una interminable procesión de cohetes cargados de alubias que vienen hacia Golconda, y otra interminable procesión de astronaves cargadas de hierro, oro, plata, brillantes, metales raros, rubíes, topacios, jade blanco, titanio, aluminio, wolfram, que van, desde aquí, hacia todos los mundos del Imperio. Pero ninguno de estos últimos ha llegado aún a su destino... Y los de víveres hace cien años que comenzaron a salir, cuando se planeó la colonización de Golconda. Y esos cohetes llenos de oro, ¡los mandaba yo!, ¿entiendes?, ¡los mandaba yo, Dole Mazagrainer! ¡El dueño supremo del Mutzbunk!

Eructó ruidosamente y bebió otro trago. Intentó asesinar uno de los bombones pétreos con su dentadura nueva y no pudo. Juró en doce idiomas diferentes, con una variedad de palabrotas y conceptos que casi no me podía imaginar.

—En mala hora contraté a delincuentes juveniles. Me dije: «Esto es demasiado para ti, Dole. Lleva trabajadores a sueldo y explótalo. Pero no hombres hechos y derechos, no. Mozalbetes a quienes puedas dominar». ¡Ya, ya! Hubiera debido asociarme con dos o tres hombres de pelo en pecho, y aún lo tendría todo... Seis meses llevábamos trabajando cuando me llegaron noticias de que en Golconda Central las cosas estaban cambiando. Habían venido astronaves de línea con mujeres y espectáculos; había comida de precio, traída a gran costo por hiperlumínica, ¡nada de alubias en naves de dos tercios ce! Y bebida y juego, y buenos hoteles. La riqueza de Golconda daba para eso y más... Me dije: «Dole, tú no has gozado en tu vida. Tienes casi cien libras de oro, un cargamento de hierro en lingotes, otro de wolfram...



¡disfruta de ello!». Dejé a los jovencitos en la explotación y confié en el que me pareció más fiel. ¿Sabes cómo se llamaba?

—Johannes Delburgo.

—Eres listo, chico. Sigue así y tendrás un buen futuro. Bueno... la juerga que me corrí en Golconda hizo levantar nubes de niebla... No me quedó un crédito, pero me llevé a la cama a las mejores chicas, comí de lo mejor y me emborraché todos los días... Cuando volví, los pequeños diablos lo habían preparado todo. Tenían más de dieciocho años, o sea que eran mayores de edad y podían tener propiedades a su nombre. Me desperté con el cuchillo de Delburgo en el cuello. Detrás de él estaban Simeón Nefer, Abilán de Vos y Morin Arasquez. Les costó mucho, créeme... mucho. Cuando cedí, estaban tan agotados como yo, aunque menos heridos. Me empeñé en conservar algo porque, de no ser así, hubiera muerto de inanición... La mina de wolfram fue lo único que pude conservar. Todo lo demás quedó en su poder. Firmé lo que quisieron, porque ya no podía más... ¡Y los muy cerdos aún se ríen de mí! ¡Aún se burlan y dicen que tengo un calcetín bien escondido! ¡Malditos! Algún día... algún día...

—Ese día ha llegado, Dole Mazagrainer —dije yo, muy en mi papel, y sin tratar de disimular mi verdadera voz, la voz casi grave de prohibido que tenía desde que...

Se quedó seco. Después, apuré, a gollete, las últimas gotas de Samar Liquor. Me miraba con ojos desorbitados, el jugo de tabaco y el licor chorreándole sobre la sucia barba.

—¿Qué dices... qué es lo que...?

—Quiero que compre el Mutzbunk para mí.

Y puse sobre la mesa un tarugo de cien billetes de cinco mil créditos. Sería viejo, Dole Mazagrainer, y borracho, pero le echó la zarpa encima al fajo tan rápido como el mejor tomador del dos.

—¿Estás loco? —gruñó—. ¿De dónde has sacado ese dinero? Por lo pronto... por lo pronto, yo te lo decomiso... no puede ser que un niño vaya con eso por ahí. Es peligroso.

—Tan peligroso como la Rosa Negra que llevaba dentro la botella que acabas de beberte, viejo sucio.

Alzó el bastón sobre la cabeza, con los ojos echando chispas y la barba amarillenta ondeando. En una mano el tarugo de créditos, en la otra el bastón, la boca abierta y babeante. Pero no le tenía miedo. Antes de que bajase el bastón saqué la Alakrán y disparé. Hubo un silbido y el aire se llenó de chispas rojas y blancas, el bastón se partió en trozos, volatilizado, y un gran pedazo de la techumbre cayó al suelo, llenándolo todo de polvo. El viejo, amedrentado, retrocedió hasta el fondo de la habitación, pero sin soltar el mazo de billetes.

—¿Qué... qué eres?

Yo ya tenía la respuesta.

—Soy un mutante. Aunque parezca un niño, soy un mutante. Puedo hacerte pedazos con las manos, y no necesito la pistola para eso.

Necesitaba domarlo... necesitaba aterrarlo de tal forma que sólo con verme se orinase en los pantalones. Pero aún faltaba algo. Me acerqué y le pegué. Intentó defenderse, cogirme los brazos, darme patadas. Inútil. Diez minutos después lo tenía en el suelo, con la dentadura postiza a tres metros de distancia y echando sangre por la boca.

Pero yo estaba perdiendo la cabeza. Me pasa a veces. Disparé sobre la victrola, que se deshizo en un montón de ruedas dentadas, tambores negros, altavoces y fragmentos de cristal. Cogí la pata de una silla y le aticé dos o tres estacazos al viejo en las costillas, hasta que se echó a llorar, como un crío de verdad, y pidió árnica.

—No me pegues más... por favor... no me pegues más...

—¿Comprarás el Mutzbunk para mí?

—Lo que tú quieras... pero no me pegues.

Alcé la estaca. Se encogió como un chusquel ante un amo bestia. Eso quería yo. He leído que se llama acto reflejo. Eso mismo quería yo.

—Lo compraré, lo compraré... Pero ¿y si no quieren venderlo?

Me reí.

—Querrán.

—Si tú lo dices...

Estaba recuperándose. Esto era normal. La paliza que le había dado y la visión de la Alakrán disparando le habían sorbido el seso durante unos minutos, pero ahora pensaba que, al fin y al cabo, delante sólo tenía un niño, un pobrecito niño fácil de engañar. Lo de mutante no había calado muy hondo en su cerebro duro y pilongo. Ya me ocuparía yo de que...

—Lo haré —dijo, con una luz tortuosa en las pupilas—. Lo que quieras.

Entonces, sentándome frente a él, le expliqué mi plan. No me encontraba bien, tenía la cabeza poco clara y algo en mi interior me pedía que hiciese más burradas, destrozase la habitación a tiros y le diera al viejo una paliza de muerte. Sólo porque sí... Pero me dominé. El viejo, a medida que yo iba explicando cosas, olvidaba el dolor de sus heridas, se reía a carcajadas y se revolcaba por el suelo. Acabó sentándose en un sillón y sacando una botella de vino barato, medio llena. Quiso darme un refresco, pero yo no podía ya fiarme de él. Lo que me extrañaba era que se hubiera quedado tan tranquilo al oír lo de la Rosa Negra...

—¿Eso quieres hacer? —dijo, hipando y casi sin poder hablar, de puras carcajadas de demonio que le salían de entre las barbas—. ¡Eso quieres hacer! ¿Y yo tengo que ayudarte?

—No te queda otro remedio, viejo marrano.

—¡No me insultes, niño maldito!

No entendía este viejo las cosas, no. Volví a utilizar la estaca con él, dándole buenos porrazos en la cara. Intentó agarrarme, pero yo tenía mucha más fuerza que él. Fue bastante horrible y duró lo suyo, pero al final lo tenía de nuevo en el suelo, sangrando y gimiendo como la cría recién nacida de una pesti. Le achuché con la estaca en las narices... ¡el muy borde no había soltado el dinero, a pesar de todo!

Eché un caño de sangre que le manchó las barbas y la camisa. Quizá le había atizado demasiado fuerte en las napias. Pero no le vino mal. Se asustó de veras, esta vez...

Entonces le expliqué lo que era la Rosa Negra de Dolomances. Le dije que los nativos cultivaban un rosal que daba una flor negra de cinco hojas. El cocimiento de la flor era un veneno lento; las raíces eran el contraveneno... ¡espera, Mortimer...!, el emético (la E, diablos). Y ninguna otra cosa servía, nada de nada. Cada rosal tenía sus propios jugos, o como se diga, y las raíces de uno no actuaban sobre el veneno de la flor de otro. Eso mismo. Eché sobre la mesa un par de píldoras blancas, hechas con extracto de raíz de aquel rosal que la comadre Haralda cultivaba en Golconda Central, y que era mío, porque yo se lo había comprado.

—Tendrás que tomar una cada dos días... o si no, morirás. Sólo yo puedo dártelas, viejo Mazagrainer. Sólo yo, Víctor el mutante.

Podía no haberme creído, pero hubiera sido un experimento peligroso. La Rosa Negra no perdona. Lo creyó y se desmoronó del todo. Me suplicó, arrastrándose por el suelo; me devolvió el mazo de billetes. No lo quise. Volví a repetirle mi plan, mientras subrayaba cada punto importante con un buen estacazo en las piernas. Al final, lloraba y reía a la vez, como si se hubiera vuelto loco.

—¡Ah, maravilloso! —aullaba, sorbiendo la sangre de las narices—. ¡Hacerles eso a los demás, a esos malditos ladrones! Sí, sí, cuenta conmigo, Víctor el mutante... haré todo lo que me digas... pero ¡por la Mano de Dios, dame esas píldoras!

—Ahí las tienes, sobre la mesa. Una cada dos días, viejo feo... Y no lo olvides... compra. Yo no puedo hacerlo porque sólo soy un niño indefenso y débil... —Hizo un ruido similar al de un borracho metido en agua—... pero tú lo comprarás para mí. Vivirás bien, Dole Mazagrainer; tendrás mujeres, vino y buena comida. Pero no le desmandes, o la Rosa Negra que llevas dentro se encargará de ti...

Aquello estaba terminado. Me preparé para marcharme, cuando el viejo se incorporó, hecho unos zorros, pero con los ojos brillando como bocas de horno.

—Quiero algo más.

—¿Qué es lo que quieres, esclavo Mazagrainer?

—Quiero la cabeza de Solimán de Vos. Si no la tengo, prefiero morir.

Había simpatía mutua, entre Solimán de Vos y el viejo, al parecer. Y yo me di

cuenta de que hablaba en serio. De manera que no me quedó más remedio que acceder. Salí de allí, en medio de las sombras de la noche, y lo dejé con los dos comprimidos de raíz de Rosa Negra y los quinientos mil créditos. Y con unos cuantos cardenales encima. Desde luego, en este aspecto no estaba domado del todo; pero lo estaría pronto... ¡palabra de Víctor Lanyard!

Me despertó el profesor Garuslap, vamos, mi papá, que quería que saliera de nuevo de excursión por las planicies más cercanas. Me jibó un poco, porque llevaba unos días sin ver a Michenzell, y la chica me había prometido enseñarme el lago subterráneo, y hasta nadar en él. Esto me daba calofrío, pero no iba a rajarme delante de una chorba. A pesar de eso, no quedaba más remedio que salir con padre para ver si encontrábamos el objeto misterioso y, de paso, plantearle la cuestión de confianza.

Así que cogimos las dos pestis y comenzamos a explorar otro sector. Debo decir, y lo digo, que mi padre había trazado un plano de los alrededores del Mutzbunk, y que en él iba anotando dónde íbamos cada día. No hubo nada nuevo. Miramos las quebradas y los agujeros, pero no encontramos ninguna cosa. Nos paramos para comer, y cuando estábamos tragelando el condumio, que era de lata, como siempre (alubias de astronave), me lancé al ataque.

—Papá —dije—, tengo que hablar contigo muy seriamente.

Garuslap sonrió, aunque se le cortó un poco la sonrisa al ver mi expresión. Aparte de que se me había olvidado la voz de niño y había sacado la otra.

—Dime —contestó, en plan como seco.

—Mira... —dije yo—. Mira. Si seguimos en este plan de desconfianza, no vamos a vender una escoba. Yo estoy dispuesto a hacer lo que sea. Para eso me contrataste, leñe, y ya te lo demostré cuando apiolé a los dos bofias.

—Me hiela la sangre en las venas la tranquilidad con que dices eso, Víctor. Aún no comprendo como...

—Ta, ta, ta. Menos historias, papi. Lo pasado, pasado. Oye. Si sigo buscando sin saber qué busco, a lo mejor lo encuentro y no sé que lo es. Eso por un lado. Y por otro, que tú no eres ningún campeón montando mulas. Yo solo puedo ir tres veces más deprisa. Si salimos para hacer noche fuera, y me dejas recorrer a mí la zona con mi mula, me hago más millas en un día que los dos juntos en una semana. Pero para eso tengo que saber lo que hay que buscar. ¿Vale, papá?

Se enchufó siete cucharadas de frijoles quemados a la lámpara de alcohol antes de contestar. Yo ya había terminado de comer, de manera que encendí un cigarrillo para darle tiempo.

—Es lógico —dijo, por fin—. Y creo que puedo confiar en ti.

—No sabes tú cuánto.

—Está bien. Está bien. Escúchame. Hace veinticinco años, más o menos, una

nave de caza salió de Golconda con destino a la Tierra... dirigida directamente al palacio del Emperador. En ella había cosas extremadamente valiosas; no hace falta decir cuáles. Esa nave sufrió una avería y se perdió... Nunca más se supo de ella.

De pronto, los nervios se me pusieron de punta. Estas historias de naves perdidas y de tesoros fenomenales siempre me habían gustado.

—Y está por estos pagos.

—Justamente, hijo. Cuando, ¡ejem!, me llamaban el Dios Telefónico pude averiguar que un mensaje de la nave fue captado por otra de carga... El telegrafista se guardó la información con vistas al futuro. Gracias a la influencia que ejercí sobre él, me dio esa información... Sé que cayó por aquí... cerca del Mutzbunk, pero no el lugar exacto. Lo que buscamos es eso... los restos de una nave de caza. No más grande que la que trajo a los dos hombres de la NIRAM, y probablemente hecha pedazos, o sepultada en el terreno...

—Pero lo que haya en ella estará destrozado.

—Te aseguro que no. Llevaba una caja fuerte superblindada, y aunque la nave se hubiera desintegrado, la caja estaría completamente entera.

—¿Y no puedes inventar nada electrónico que la busque?

—¿Un detector de metales? ¿En Golconda? Imposible. Con el campo magnético de este planeta, imposible. Parece mentira que digas eso.

—Todo el mundo tiene fallos, padre mío. Bueno, ahora está todo claro. Pues haremos lo dicho. Dos días para mí en el Mutzbunk, libres de cargas, y dos días para salir a buscar la nave. Tú buscas por un sitio y yo por otro... Además, ahora que pienso, cuando recorramos todos los alrededores, nos tendremos que alejar más cada día, ¿no?

—Naturalmente.

—Está bien. Y ahora otra cosa. Como tú eres técnico en electrónica, quiero que me construyas unos aparatos. He leído en el diccionario sobre ellos y creo que se llaman relés. Cuando yo apriete un botón en un sitio, una palanca debe moverse en otro sitio. ¿Es así?

—Eso no es un relé; es un impulso transmitido a distancia, un telemando. No es difícil de construir, pero no tengo materiales.

—Yo puedo suministrar todo lo que haga falta —pensaba al decir esto en los almacenes del Mutzbunk—. Tú dame la lista y tendrás lo que sea.

—¿Y si no quiero hacerlos?

Por su cara estaba claro como el cristal que no le apetecía mucho invertir en aquel negocio, que no se fiaba de mí y que temía que utilizase los telemandos para cualquier barbaridad. No pensé en tranquilizarle, porque, efectivamente, era para eso.

—Si no los haces, no cuentes con que te ayude.

—Puedo encontrar la nave perdida yo solo.

—Papá, que no soy tonto. No nací ayer. Para venir aquí y para buscar la nave, yo no te hacía ninguna falta. Luego en la nave, o en la caja fuerte, hay algo que sólo puede hacer uno como yo. No enredemos más, hombre.

Se puso blanco. Había dado en el blanco, propiamente.

—Está bien... los haré, y que Dios me perdone, porque no sé para qué vas a usarlos. Pero lo que hay en la nave es vital para mí y para otras personas. Por tanto, no puedo negarme. No puedo, no, y que Dios no haga caer sobre mí la culpa de lo que tú hagas.

Una vez que se hubo justificado y perdonado a sí mismo de esa forma, me pidió explicaciones. Se las di, y me correspondió escribiendo en un papel la lista del material. Yo creía que iba a ser larga como mi brazo, pero no. Media docena de cosas, nada más. Le hice dibujar cómo eran, para no confundirme cuando las repasase en el almacén.

Naturalmente, el muy bestia de Dole Mazagrainer, que debía de tener cabeza de chorlito, me tenía preparada una encerrona. Caminaba yo aquella noche hacia su casa cuando me eché a pensar...

Por cierto, Solimán de Vos iba todas las noches al Bar Social, bebía un par de copas de brandy y jugaba una partida de Astronave Perdida con dos capataces.

No me hizo falta pensar mucho. Llevaba una barra de acero de unos sesenta centímetros de larga y un dedo de gruesa; lo suficiente. También la Alakrán, pero no pensaba utilizarla. Llamé a la puerta, y oí cómo crujía una ventana en el piso de arriba. Pasó un rato, la puerta se abrió y giró hasta quedar abierta del todo, pero el viejo no apareció. Lo mismo que si estuviera manejada por control remota o fuera automática. ¡Valiente imbécil!

Di un paso hacia adentro y, tan pronto lo hube dado, di velozmente otro hacia atrás. El notario cayó en el cepo. Estaba escondido a la derecha, con un saco en las manos y con la santa intención de capuzármelo en la cabeza y meterme dentro. Se cayó contra la puerta, con saco y todo, y se hizo una brecha en la frente. Tal impulso llevaba y tales ganas de cogermelo. Entré, cerré la puerta y comencé a arrearle a modo con la barra de acero. Chillaba bastante, hasta que le llené la boca con el mismo saco. Como me era útil no lo maté, aunque tenía ganas de hacerlo. Estuve a punto de perder el control, cosa que me hubiera molestado mucho. Al fin, le saqué el saco de la boca y le eché un jarro de agua en la carota llena de lagrimones. Boqueaba como si se asfixiase... Me senté en una silla y esperé.

—Eres tonto —dije—. Todavía no te has dado cuenta de que, sin las pastillas, te morirás en dos días. Y te aseguro que la muerte por la Rosa Negra no es nada agradable. Pero vas a tener ocasión de comprobarlo... ¿Te has tomado una pastilla?

Hizo que sí con la cabezota. No podía ni hablar, el tío.

—Te iba a dar dos más, pero no te las doy. Parte en dos trozos la que te queda;

tómate uno mañana y el otro dentro de tres días. Te va a doler lo suyo, pero no te morirás.

Le di un lingotazo en la nagri, para que se fijara bien.

—Pero, Mazagrainer, no seas tonto, mi alma. No hay químico capaz de imitar estas pastillas... Ya se ha intentado. Yo no sé química, pero he oído decir que es tan complicada que una milésima de gramo de diferencia basta para que la cosa se estropicie. No te molestes, hombre... Ni con los quinientos mil créditos conseguirás nada. Confórmate con lo que tienes...

—¡La cabeza de Solimán! —aulló.

—Bueno, sí. Cada cosa a su tiempo. La tendrás. Y ahora, necesito unas explicaciones.

Me las dio. Tuve que traerle una botella de su despensa para que cogiese fuerzas, pero me las dio. Vi que tenía la alacena llena de frascos de precio, y también de buenos alimentos. Estaba claro que el muy sinvergüenza se había gastado parte del dinero en prepararse repuestos de andorga. Eso no me importó; a un colega hay que dejarle algo de libertad, que coma bien y que esté contento de la vida. Si no, no funciona.

Recordaba yo ahora que los viejos del lugar, o sea, Delburgo, De Vos (padre), Arasquez y Nefer, se dirigían a mi amigo Dole con cierta corrección. Los peores eran los hijos y, en especial, Solimán.

Me dio informes sobre todo lo necesario, derramándose el licor por la barba. Delburgo y los demás habían formado una banda juvenil. En el planeta Troboa habían asaltado la pagaduría de una empresa, se les había abroncado el asunto y se habían hecho fuertes en el edificio de oficinas. Tomaron rehenes, la directora de la pagaduría, dos empleadas y tres empleados. También a un viejecito y a su nieto, que estaban cobrando no sé qué. La pasma los había sitiado allí y hubo su buen intercambio de tiros. La cosa duró dos días; y en ese tiempo, para divertirse, violaron a la directora, a las empleadas y a los empleados. Al viejecito y al nieto los dejaron tranquilos, pero amenazaron con matarlos si la pasma no les suministraba un transporte y una nave estelar con piloto y combustible. ¡Idiotas! La bofia no ha cedido nunca a esas pretensiones; si no, sería bien fácil asaltar lo que fuera. A la mañana siguiente le cortaron el cuello al viejecito y, como todo seguía tal cual, al nieto también. La bofia asaltó el edificio, los trincó y consiguió que no muriera ninguno de los empleados. Los condenaron a pena de muerte conmutada; o sea, a cuarenta años. Vino el asunto de la colonización de Golconda y aceptaron. ¿Cómo no iban a hacerlo? El paso siguiente fue unirse para quitarle las minas a Mazagrainer; y si no lo mataron, fue porque en los planetas en colonización la bofia no se anda con bromas. No hay pena de muerte conmutada ni nada de eso, los apiolan y se acabó.

Bueno. Al saber aquello mi conciencia se sintió más tranquila. ¡Buena se les

venía encima! Justo castigo a su perversidad.

Y ahora estaban todos tan dignos, besando la mano a las señoras, dando recepciones, vistiéndose de fiesta y de gala, y muy contentos porque un profesor de Universidad y su hijito les honrasen con su presencia. ¡Punta de cortafilis! Ni siquiera la señora Delburgo era trigo limpio. Se llamaba Odalia Langenove, y la habían mandado a Golconda por ejercer la prostitución. El puterío, vamos. Pero no de cualquier clase. Cosa fina, Mortimer. Se embadurnaba con un producto misterioso e imperceptible, de forma que el que se acercaba a ella agarraba un paquetazo tan impresionante que no había médico que lo curase. Ella estaba inmunizada, claro. Cuando el desgraciado Julay pedía clemencia, ella le suministraba el remedio a cambio de un buen tarugo. Algo así como la Rosa Negra, vamos. Total que, ya en Golconda, se unió a Delburgo y cambió de vida. Ahora usaba jabón de olor, se daba aires de dama noble y me acariciaba la cabecita cada vez que me veía. ¡Valiente pájara!

Me imagino que las demás serían por un estilo, porque en Golconda no debía de haber mucho donde elegir.

Solimán de Vos salía por las mañanas, recorría las minas y las refinerías y comía en una cocina de campaña. Le gustaban las chicas, y decían que tenía que ver con dos o tres picadoras. Les llaman así a las mozas que dan con el pico dentro de la mina, o que guían la máquina de picar.

Los hijos de Delburgo eran, aparte de Michenzell, Maxon, de dieciséis años, y Mercantor, de dieciocho. El primero era moreno, bajo, sucio, lleno de granos y rijoso. El segundo, rubio, con rasgos finos y le gustaba la poesía. Johannes Delburgo decía que no era hombre y lo trataba a patadas.

Entre palo y palo, entre trago y trago, acabé de sacarle cosas a Mazagrainer y le di nuevas instrucciones. Lo dejé riendo como un loco, borracho perdido y casi completamente domado. Pero los informes que me había dado sobre los asaltos sufridos por el Mutzbunk cinco años antes valían su peso en oro.

Tuve dos días para corretear por los alrededores, mientras papá construía cosas con lo que yo había sacado del almacén. Hicimos noche en mitad del desierto, en un refugio entre rocas. No encontré nada, y eso que busqué con todas mis fuerzas.

En las murallas del Mutzbunk, tanto por fuera como por dentro, había pequeñas cavernas, más o menos profundas, que podían ser utilizadas para cosas diversas. Solimán de Vos usaba una de las de fuera para sus citas con una picadora llamada Dabnisol. Vi a la moza; estaba bien. Era delgada y morena, con una gran mata de pelo. Aquella tarde, Mitchenzell me llevó a ver el mar interior. Yo había trabajado mucho y necesitaba un poco de descanso, así que dije que bueno y fui con ella. Como apunté antes, estaba mucho mejor con vaqueros y camisa a cuadros, aun cuando la camisa no escondiese «todavía» ningún secreto. Pero de caderas sí que estaba bien; se



le ceñían los vaqueros como una segunda piel. Daba gusto verla caminar cuando se acercó a mí.

A aquellas horas todo era actividad en el Mutzbunk. Entraban carros de vapor cargados con mineral, corrían los hombres con palas y picos, echaba humo la gran chimenea de la central eléctrica, y se oían gritos, voces, ruido de maquinaria y relinchos de mulas. Daba una sensación rara ver aquella maravilla de sitio y pensar que iba a ser mío.

Después de que Dabnisol y Solimán habían hecho lo que fuera, ella se marchaba y él se quedaba solo un rato, para que no los vieran salir juntos. Esto era una imbecilidad, porque hasta las ruedas dentadas de la pila atómica y las mulas de carga sabían que los dos se encontraban allí.

Caminamos hacia el Control de Aguas.

—¿Sabes que Dole Mazagrainer está muy malo?

—¡Ah, vaya! —dije yo, muy interesado por la salud del pobre anciano—. ¿Qué le pasa?

—No lo sé... Mi padre fue a verlo y tuvo que marcharse... Le duele todo y grita sin parar. El médico ha dicho que era... espera, lo llevo apuntado... Polineuritis.

Aquello me sorprendió. Lo de apuntar las cosas, digo.

—¿Por qué lo apuntaste, Michenzell?

—Me gustan esos nombres... querría ser médico, de mayor.

—Lo serás.

Se me quedó mirando, con los ojos muy abiertos y admirados. Repetí:

—Te he dicho que lo serás, y mucho antes de lo que crees.

Se echó a reír.

—¡Qué cosas más raras dices!

—Porque soy raro, yo. Oye... ¿por qué fue tu padre a verlo?

—No lo sé. Una vez dijo que le había hecho una cosa mala a Mazagrainer y que lo sentía.

Al lado del Control de Aguas estaba la emisora de radio. Por lo que había oído yo, casi nunca podían hablar con Golconda Central, el magnetismo, los minerales, y todo eso. Alcanzaba normalmente unos diez o doce kilómetros. Cogí de la mano a Michenzell para entrar en el Control; tenía los dedos finos y secos, y mucho más calientes que los míos. Bueno, pues el técnico de aguas nos enseñó otra vez las tuberías, las bombas y los grifos, y por fin, nos abrió la gran compuerta de acero.

—Tened cuidado.

—¿No viene más gente? —pregunté yo.

—No —dijo Michenzell—. Sólo podemos entrar los de las familias. A los trabajadores y a todos los demás no les dejamos.

Creo que eso se llama democracia electiva o algo por el estilo, por lo menos eso

decía el diccionario.

Vamos a ver si explico bien lo que se veía en los sótanos del Mutzbunk. Nada más abrir la tapa de acero, había una escalera de hierro, chorreando agua. Todo estaba oscuro. Oí un «click, click» y se encendieron media docena de lámparas como soles pequeños. Bajamos por la escalera; ella delante. Vi entonces la gran extensión de agua negra, iluminada por las lámparas, y me entró algo frío por dentro. A pesar de todo, nunca pude imaginar tal cantidad de agua junta.

A uno de los lados, junto a la pared de roca rojiza, había unas casitas de ladrillo, y sobre el agua se extendía una especie de llanura de aluminio que oscilaba ligeramente. Según dijo Michenzell, era un gran flotador que se apoyaba sobre el agua y que iba descendiendo con ella. Claro, como que para subir a las casitas de ladrillo había una escala de madera o de silosim, no lo sé, que salvaba la diferencia de altura. Al fondo, pegadas a la pared, grandes cañerías de metal subían y se hundían en el techo. Se oía, muy lejano, el rumor de las bombas del Control de Aguas. En uno de los lados del gran flotador de aluminio, había unos pértigas con grandes roscas de color blanco. Michenzell dijo que eran salvavidas, y yo no pregunté nada para no mostrar mi ignorancia. Aquello resultaba bastante húmedo y nada de alegre.

Antes de que me diera cuenta, Michenzell estaba quitándose la camisa; llevaba debajo un pequeño sujetador (por llamarle algo) de color verde. Con la misma rapidez se quitó los pantalones y los zapatos: debajo llevaba el triángulo de color verde correspondiente. Me dio un vuelco el corazón. Aunque era más plana que una tabla, tenía las piernas redondas y firmes como vigas de carro, que brillaban y relucían bajo la luz de las lámparas. Si entornabas los ojos, bizqueabas un poco y desenfocabas la vista, te parecía estar viendo una mujer de veras a través de un vidrio de esos raspados.

—Puedes cambiarte en una cabina —dijo—. Hay trajes de baño y máscaras.

Estaba nerviosa, se veía. ¡Pero si era una cría! ¿Cómo podía ella...? Dejando esto para más tarde, grazné algo en respuesta (tenía el fuelle cortado) y moví una pata hacia las cabinas. Entonces me acordé de algo que había leído, algo que... ¡Maldita sea! Si Michenzell lo veía le llamaría la atención, y si lo comentaba con alguien...

—No puedo —gruñí—. No quiero bañarme.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Porque... me da miedo el agua... nunca he visto tanta agua... Me da miedo, Michenzell.

Un color se me iba y otro se me venía al pensar en el ridículo tan morrocotudo que estaba haciendo, con la chica allí, con un bikini que había que mirarlo con lupa para verlo, y yo abrochado y encorsetado hasta la misma nuez.

—Si no pasa nada... —dijo ella, muy dulcemente.

—Que no.

—Bueno, si no quieres... Pero puedes ponerte en traje de baño, aunque no te metas en el agua.

—No —mugí, sin saber por dónde salir.

—Hay trajes de goma para bucear profundo... de éstos que cubren todo; hay máscaras y botellas de aire... ¿De verdad que no quieres?

Miré la cestita de la merienda que ella había dejado al lado de sus ropas. ¿Trajes de goma enteros?

—Bueno; probaré. Espérame ahí, guapa, no te marches.

Puso ojos de conejo recién muerto.

—¡Oh, no, Víctor! No me marcharé, claro que no.

La cabina olía también a humedad. Había trajes de goma colgados de las paredes, botellas de metal, máscaras con tubos y gafas gordas, arpones y una especie de rifles raros que tenían un cargador con cinco flechas de acero. Oí zancochar en la cabina de al lado, y pensé que sería ella. Me quité la ropa, me endosé un traje que era más o menos de mi tamaño y salí fuera; hecho una pena, me imagino, con todos aquellos artularios. Michenzell estaba al borde del agua negra, con dos máscaras de aquéllas en las manos.

—Así —dijo—. Póntela así.

Me la puse, y ella la conectó a una botella que colocó a mi espalda.

—Respira.

Lo hice, sintiéndome con ganas de emprenderla a bocados con todo el mundo. Me pasa siempre que estoy en un ambiente que no puedo dominar. Respiré y respiré, y a cada vez, la botella me daba un soplido en los pulmones, haciendo un ruido como si aporreasen tapas de caldero.

—Aspiras por la nariz y expulsas el aire por la boca. ¿A ver?

Lo hice, entremetiendo unos juramentos escogidos.

—¿Qué dices?

—Nada.

—Bueno, vamos. Cógete a mí...

Caímos los dos en el agua con un chapuzón enorme, manoteé por todas partes sin ver nada y sintiendo que me hundía. Creo que grité. No había más que follón de espumas a mi alrededor, y el agua cubriéndome por todos lados. De pronto, me di cuenta de que estaba en la superficie, braceando como un loco y con la chica a un par de metros, riéndose de mí.

—¡No sabes nadar!

—¿Qué es nadar? —aullé. Y manoteé hacia la escalerilla.

Le costó un poco, pero me enseñó. El traje tenía flotadores y la botella también tiraba para arriba. Media hora más tarde, me las apañaba bastante bien. Incluso me hundí a casi cinco metros, y pude ver arcos de roca que se cruzaban en el interior del

agua; eran parecidos a los que atravesamos con el coche de imanes por encima de la lava ardiente. Algo blando y blanco me rozó las manos; vi un rostro de perro con grandes ojos amarillos. Un pez del Mutzbunk.

Por fin, nos sentamos en el flotador y ella abrió la cestita de la merienda. Tenía el pelo chorreando, pegado a las sienes, y el traje verde empapado. Sacó bocadillos y una botella de refresco, de a litro. Luego, con una sonrisita, me tendió una petaca de plata con licor. ¡Vaya con la niña!

—Puedes quitarte el traje ya.

—No. Estoy bien así.

Me endiñé la petaca de licor casi de un trago. Era brandy barato, pero calentaba. Calentaba mucho, diablos. Me acordaba del pez blanco y blando, y quise verlo de nuevo. Me acerqué al borde.

—Ven, pez, ven —dije—. Ven con Víctor. Estoy solo. No soy más que un niño. No te haré daño, pez.

Pero no me hizo caso. Michenzell estaba muy seria.

—Yo también estoy sola —dijo—. Como el pez.

—Pues... ¿qué te pasa? —pregunté.

—Mi padre no me hace caso; las niñas no le gustan. Sólo se preocupa de Maxon. Dice que es el único hombre de la familia.

—¿Y tu madre?

—Sólo piensa en Mercantor. Dice, dice que es delicado... eso mismo, delicado. Mercantor es idiota; hace poesías por las noches y sale a ver la luna grande y la luna pequeña. Por eso estoy bien contigo —dijo, después de beber refresco. A mí no me quedaba ni una gota de brandy—. No tenía ningún amigo.

—Yo sí lo soy —la consolé. Y me corrí un poco más hasta que estuve a su lado del todo, aunque el traje de goma era un maldito estorbo. La cogí por la cintura y la hice acercarse más. Ella no dijo nada, ni bueno ni malo, pero ayudó en el movimiento. Comencé a acariciarla lentamente; era suave como la seda. Luego me incliné un poco y le di un beso en la mejilla, a ver qué pasaba. No pasó nada. Ella hizo lo mismo: me dio otro a mí.

—Los chicos de la escuela se ríen de mí. Me llaman tonta y cosas así.

—Son unos imbéciles —dije. Y le di otro beso, también en la cara, pero derivando tres grados a estribor de forma que caía cerca de la boca.

—Como en las películas —dijo ella. Y me plantó un beso en los mismos labios, sin apretar y sin malicia, pero beso al fin y al cabo. Después largó una risita de lo más bobo y volvió la cara a otro lado. Desde luego, de la forma más idiota, aquella chica me estaba gustando lo suyo. Le pasé los brazos por los hombros, le hice volver la cara y le plantifiqué un besazo por todo lo alto. Al principio, no quería colaborar, pero después se dio cuenta del juego y lo hizo, con un poco de timidez. Era una cría,

solamente una cría, y yo un imbécil de marca mayor.

—Bueno —dije, mientras me ponía de pie—. Más vale que no le digas nada a tus padres.

—Claro que no —dijo ella, volviendo a colocarse la camisa a cuadros—. Pero ahora somos novios, ¿no?

—¿Y eso?

—Una chica mayor dijo, bueno, lo oí en el colegio. Dijo que cuando un chico te besa en la boca es que es tu novio. ¿No es verdad?

—Claro que sí —grazné—. Eso mismo.

—Entonces puedo ir a tu cuarto por las noches...

—¿Quién te ha contado eso?

—Lo he visto. La novia de Maxon entra en su habitación por las noches. Es una de las sirvientas, y mi padre no lo sabe.

—Más vale que no lo sepa. Oye, Michenzell, escucha una cosa. Que sí, que somos novios. Pero no vengas por las noches a mi cuarto; no se te ocurra. Eso está mal.

—Si tú lo dices... Pero ¿cuándo nos vemos?

Me costó un triunfo sacudírmela, y más aún convencerla de que debido a mi trabajo nos veríamos poco. Alguna vez sí, pero poco. Porque las cosas no estaban para experimentos.

Al amanecer, cuando salí con mi padre para cubrir otro sector de búsqueda, un criado de los De Vos estaba en la puerta de la mansión Delburgo preguntando si habían visto a Solimán. Al parecer, aquella noche no había regresado a su casa. No sabían dónde estaba.

Tres días pasamos entre las arenas y las rocas. Mi padre continuó construyendo una serie de aparatos, según las instrucciones que yo le daba. Busqué y busqué, y no encontré nada. Miento. Miento por partida doble: primero, porque el primer día no busqué en realidad, sino que regresé al Mutzbunk sin que nadie me viera... y segundo, porque al tercer día, cuando ya la cosa estaba de cierra y vámonos, encontré un tomillo.

Así, Mortimer. Un tomillo gordo y ennegrecido. Se lo enseñé a mi padre y se puso nerviosísimo. Daba botes y quería ir corriendo al lugar donde lo había encontrado. Podía ser, decía él, podía ser una pieza desprendida de la nave del tesoro, y eso nos daría una pista. Seguro que nos la daba. Pero aunque yo no lo hubiera convencido, el hecho de que llevábamos alimentos y agua justos para tres días nos hizo volver. Además del tornillo le traje una colección de piedras de colorines, como en todas las excursiones. Luego las ponía en su alcoba con unos letreros que decían lo que eran. Una vez, Delburgo le vio rotular una de ellas y le corrigió: se había

equivocado. A mí estas cosas me helaban la sangre en las venas. La verdad es que yo hubiera hecho de geólogo mejor que él.

Cuando llegamos al Mutzbunk nos encontramos una patrulla armada hasta los caninos, con rifles pesados y pistolas. Iban en ella dos números de la pasma imperial. Nos dieron el alto, apuntándonos todos a la vez, y menos mal que ninguno perdió la cabeza y se puso a disparar hacia todas partes.

Mi padre, en cuanto nos reconocieron y desviaron el arsenal hacia otro lado, preguntó qué pasaba. El cabo le explicó que Valtour había vuelto. ¿Y quién es Valtour? Pues un forajido sin entrañas. Todo el mundo creía que había muerto en la batalla de la quebrada del Buitre, cinco años antes, pero por lo visto no había sido así. El cadáver quemado que encontraron al pie de la columna de pórfido no debía ser el de Valtour... Bueno, ¿qué ha pasado? Pues que Solimán de Vos ha desaparecido y las patrullas de búsqueda no han podido encontrarlo. Lo que habían encontrado era una carta en la parte exterior de la muralla pidiendo un millón de créditos y amenazando con borrar el Mutzbunk del mapa si no era entregado.

—Pero, es absurdo —dijo mi padre—. Ni Golconda entera vale un millón de créditos.

Estaba exagerando, pero el Mutzbunk, desde luego, no los valía. Mientras volvíamos hacia el hogar, el cabo seguía dándole a la sin hueso, muy satisfecho de escoltarnos y de abandonar el campo abierto, donde Valtour podía aparecer en cualquier instante.

—Además, voló por los aires la bocamina número 3. El pozo está cegado. Alguien echó arena en el analizador de masa de la Mina Victoria, y no funciona. Han cortado los cables de casi todas las vagonetas, echado azúcar en los depósitos de combustible de las bombas y han asesinado a uno de los hombres que se quedaban de guardia por las noches. Era sobrino del señor Arasquez, que está desolado. Lo cosieron a puñaladas. Quizá lleguemos al entierro.

Llegamos. El cementerio estaba fuera del Mutzbunk, a un kilómetro o así. Parecía que todos estaban muy nerviosos mientras metían el cuerpo en el horno crematorio y le daban a la palanca. Arasquez cerraba los puños y juraba. Era un hombre bajito, con gran bigote negro y una cicatriz en la mejilla. Desde luego yo miraba hacia otro lado, sin dejar de sentir fija en mí la mirada de mi padre. Garuslap lo sabía, claro está que lo sabía. Pero yo tenía la seguridad de que no iba a decir nada; le iba mucho en el asunto.

Fui a visitar al pobre abuelo Mazagrainer. Estaba en un grito, desencajado y sudoroso. No tenía fuerzas ni para fumar. Pero aquella misma noche comenzó a ponerse bueno otra vez. Me alegré mucho por el pobrecito anciano.

También aquella noche hubo una reunión de los jefes de las familias con el sargento jefe de la guarnición. No hubo más que mucha palabrería y pocas cosas en

claro. Nadie sabía dónde andaba el malvado Valtour. Hubo quien juró que la letra de la carta era idéntica a la de Valtour, y hubo quien se despepitó gritando que aquello no tenía nada que ver con el malevo, y que era otro el que usaba su nombre. Total, nada entre dos platos. Reforzaron las guardias y nos recomendaron que no saliéramos a buscar minerales. Intentaron comunicar con Golconda Central pero, como de costumbre, la radio sólo hacía ruidos. Enviaron un mensaje con una de las caravanas, que tardaría, como poco, dos semanas en llegar. Salió de madrugada, con una buena escolta. Llevaban todos más miedo que alma. De todos formas, aun cuando la guarnición de Golconda Central recibiese el mensaje (no tenía por qué no recibirlo), ¿qué podían hacer?

Como me aburría horrores sin poder salir a la cosa de la geología, me dediqué a vagar por la mansión Delburgo. Michenzell y yo nos encontramos en la cocina, que era igual que todas las de casa bien: un armatoste cuadrado, con un depósito para el agua y otro para el salvado. Ya sé que el nombre técnico no es «salvado», ni tampoco sé muy bien lo que es el «salvado», quitando lo que el diccionario dice, pero todo el mundo llama así a esa especie de hojitas amarillas que se echan en las cocinas.

Nos dejaron apretar los botones, y la cocina nos fabricó un plato de carne en salsa y unos espeluznantes refrescos de fresa. El salvado costaba a dieciséis créditos el kilogramo y con él, metido en una cocina automática, se podía hacer casi cualquier cosa. Por cierto que la cocinera jefe (señora gorda horripilante) era la mar de amable; nos abrió una lata de alubias de astronave y les echó no sé qué cosas que estaban riquísimas. No como las alubias medio carbonizadas que papá Garuslap cocinaba. A mí, como revolvedor que soy, la cocina automática, aunque la había visto un montón de veces, me interesó un ciento, y me dediqué a preguntar cómo funcionaba y eso. También me enteré de lo que comía cada uno, y así supe que el plato predilecto de Johannes Delburgo eran filetes de pescado hervidos. Son una sosada y no los comía nadie más que él. Incluso tenía una salsa picante especial (la probé; era fuego líquido) para adobarlos, que sólo él era capaz de soportar. De comidas naturales sólo había peces Mutzbunk, y no siempre, porque los racionaban, y algún laterío fino traído por hiperlumínica. Desde luego en aquella casa se comía bien; no tenía comparación con los restaurantes caros como el de Amalong Busilong u otros parecidos, pero se comía mucho mejor que en casa del cerdo Obadiah, o en la del maldito viejo Lanyard. Cuando salí de la cocina me sabía todo, con pelos y señales.

Cayó la noche, y papá Garuslap entró en mi habitación. Durante un cuarto de hora me atosigó queriendo saber qué diablos estaba haciendo y si «verdaderamente» había apiolado yo al desgraciado sobrino de Arasquez. ¿Pero es que no estaba contigo, papi? No señor, «decías» que estabas buscando el pecio. ¿Qué es un pecio? Los restos de una nave. ¡Ah, eso! Pues no. Acabamos de mala manera, pero convencidos los dos de que lo mejor era que cada uno se metiera en sus propios asuntos y no en los del

otro. A pesar de que papá me caía muy bien, tenía no sé qué manías raras con no matar gente y no hacer daño a nadie, que no creo que le sirvieran más que de estorbo. Mira que si yo pienso eso cuando estábamos de farra con Pahlrod y Reza Hossein, nos va bien a todos. Seguía obsesionado con el tornillo, y me costó un horror convencerlo de que acabarían dejándonos salir, porque el malvado Valtour no iba a meterse con un pobre científico y un tierno infante.

El tierno infante soy yo, Mortimer.

Si a altas horas de la madrugada yo hubiera estado dormido, una gigantesca explosión, que hizo temblar todo el Mutzbunk, me habría despertado. ¡Allá iba uno de mis telecontroles y sesenta gramos de atomita pura! Comenzaron a encenderse luces por todas partes y a sonar follón de corridas. Me asomé a la ventana, aunque ya sabía lo que iba a ver. Los grandes focos iluminaban la muralla de entrada al Mutzbunk, de donde salía una enorme columna de humo. Tanto humo había que llegaba en ondas y olas hasta mi ventana y me hacía toser. Los restos de las explosiones de atomita son ácidos y huelen fatal. Salí corriendo, en pijama, y me encontré con Michenzell, con un camisón de seda rosa largo hasta los pies. Estaba hecha una facha, la pobriña.

—¿Qué pasa? —grité en distintos tonos de voz. Pero nadie me hacía caso. Todos corrían y el nombre de Valtour estaba en todas las bocas. De forma que me vestí y salí de estampía hacia la muralla, arrastrando conmigo a Michenzell, consorte inconsciente de mis delirios, para que me sirviese de tapadera.

La explosión había hundido, derrumbado y escabechado la mitad de la muralla. Dos muertos; uno de ellos, el mismo Simeón Nefer; el otro, uno de los números de la pasma imperial. La viuda de Nefer estaba allí también, dando gritos. Por lo visto, el bueno de Nefer, como hombre cumplidor, había ido a dar una vuelta por las rondas y, ¡qué casualidad!, en ese mismo momento había estallado la carga colocada, no se había aún cómo, por el nefasto Valtour.

Quedaban tres. Vamos, es un decir.

Como Garuslap rabiaba con lo del tornillo siempre presente, no me costó mucho darle a entender que habíamos de salir, a pesar de todo, pero que lo mejor era que lo hiciéramos con el coche de imanes, y no con mulas. Siempre era más protección ante los posibles ataques de Valtour (¡había que ver qué cara ponía papá cuando yo decía estas cosas!) y nos daba más autonomía de ésa. A pesar de que Johannes Delburgo no se encontraba muy bien (estaba pálido y ojeroso y con algo de fiebre), acabó concediéndonos el permiso bajo nuestra responsabilidad. Ni siquiera quisimos llevarnos dos hombres como protección. Éramos lo suficientemente valerosos como para salir solos. Y así, durante todo el recorrido, papá no hizo más que renegar, gruñir y echar discursos sobre la violencia y otras cosas. Yo, callado. Yo, a lo mío. Y además, esperando a ver qué pasaba con lo del tornillo.



Bueno, pues no tardó mucho. El coche de imanes corría más que las mulas y era más manejero. Una vez situados en el lugar donde había encontrado yo el tornillo, nos dedicamos a buscar por todas partes y a sondear el terreno con unas a modo de varas largas que traía papá. Aquel terreno era francamente malo. Cumbres de óxido de hierro surgían como bollos de leche muy grandes hacia todas partes; una cáscara rota dejaba deslizar hilos de agua rojiza hacia un valle; grandes peñascos amarillos, llenos de filos, se cruzaban en nuestro camino. Sobre nosotros relumbraba el cielo rojo de Golconda, y pequeñas humaredas salían de grietas entre las rocas...

Pero a media tarde, una de las varas con que topábamos en las profundidades lanzó un chirrido. La cosa estaba allí. No explico cómo eran las varas, ni el aparato que llevaban, ni por qué chirriaban, porque no da tiempo. Pero papá sacó entonces una especie de mecanismo con una rueda llena de cucharas, lo plantó en el suelo y lo conectó a las baterías del coche de imanes. El chisme se puso a dar vueltas como si le pagasen y a escupir tierra y pedruscos por todas partes. De vez en cuando, con dos palas de mango corto, quitábamos los montones de escombros. Y por fin salió aquello.

En el fondo de la excavación había una cosa parecida a un gran tubo de acero, con muchos codos. Tenía un metro de grueso, o cosa así. Al final, había una gran caja cuadrada, de unos tres metros de lado; aquello era la caja fuerte. Alrededor salieron trozos de aluminio, pedazos de varilla y otros restos. En algún sitio, hasta encontramos huesos humanos. Todo estaba mezclado y revuelto con tierra ennegrecida, cenizas y manchas de grasa. Había también cristales, restos de cuadros de mandos, palancas y pedazos de plástico quemado. Gracias a la rueda de las cucharas, y al trabajo que hacían nuestras palas, limpiamos y escoscamos bien aquello, hasta que el tubo de acero y la caja cuadrada quedaron al descubierto, limpios y en forma. Entonces, nos acercamos allí. El tubo de acero tenía una abertura por la que no hubiera cabido ningún hombre; todo lo más, y con estrechuras, un niño como yo. Me entró frío de pensar en que hubiera que deslizarse por aquel sitio hasta llegar a la caja cuadrada, pero las promesas son las promesas, y yo había quedado con papá en ayudarlo. Estaba él en pie, mirándome a mí y mirando a la caja fuerte, y parecía como si no supiera qué decir.

—Víctor, hijo —murmuró al fin—. Me sabe mal pedirte esto. Si no quieres, no lo hagas.

—¿Qué pasa? —contesté yo, mirando aquel tubo. Tenía algo de malo que no me gustaba nada.

—He pecado —dijo—. He pecado de egoísmo. Escúchame. Escúchame, Víctor. Te he tomado cariño. No sé qué es lo que estás haciendo con esa pobre gente del Mutzbunk, pero aun así... No, no quiero que te arriesgues sin necesidad. Mira, en esa caja está lo que yo necesito; pero para llegar a ella hay que meterse por ese tubo y

manejar los controles exactos. El tubo tiene cuchillas montadas que se dispararán si no se manejan con exactitud. ¡Malditos imperiales, usar niños para esto...! Sólo una criatura puede entrar, no un hombre. Es demasiado estrecho. Si me equivoco, si fallo, las cuchillas se dispararán y te harán pedazos. También hay trampas eléctricas; no sé si las baterías estarán aún en condiciones de funcionar... ¿Lo comprendes?

Demasiado bien lo comprendía yo ahora. Dos mil créditos por alquiler de niño en buen uso no era demasiado si el niño podía convertirse en picadillo en el camino hasta la caja fuerte. ¡Malditos imperiales!, como papá había dicho. También era mala idea usar cajas fuertes que sólo pudieran ser operadas por uno de mi tamaño. Pero la palabra es la palabra.

—Bueno, papá —dije—. Lo haremos, pero no ahora.

—¿Qué dices?

—Digo que de acuerdo. Que lo prometí, y lo que se promete hay que cumplirlo. Pero no dije cuándo, de manera que primero colabora conmigo en lo que llevo entre manos y luego me meteré ahí dentro.

Yo esperaba que protestase, pero me equivoqué de medio a medio. Murmuró unas cosas en voz baja, diciendo algo así como que no quedaba otra solución, que era demasiado importante y que esperaba que sus pecados le fueran perdonados. Por lo menos, eso me pareció entender. Luego se puso en pie, largo, delgado y alto como un hilo de acero, se limpió las manos en los pantalones de daim y me dio un cogotazo, así en plan cariñoso. También me pareció que decía: «¡Pobre chico!», lo que no me expliqué, porque no iba a decirlo por mí. No tenía ningún motivo para compadecerme; vamos, digo yo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

—Unos diez días, a lo más, papá.

—Está bien. Cubramos esto.

Cuando estábamos cubriéndolo con tierra y pedruscos, resbalé y me hice un feo escorchón en la frente. Sangré como trozo de carne al descongelarse. Iba papi a curarme, cuando se me ocurrió una idea luminosa.

—Déjalo —dije—. Déjalo y volvamos al Mutzbunk.

—¿Qué dices?

—Acabo de encontrarme con Valtour, ¿sabes? Un hombre bajo y muy fuerte, con barba negra y dientes todos desiguales y revueltos, uno para cada lado. He salido a dar un paseo y me he encontrado con él a solas. Me ha dicho que le diga a Delburgo y demás gentuza que o pagan o lo destrozará todo.

—¡Dios me libre! —dijo papá, consternado—. ¡Eres dañino... eres...!

—Lo que soy. Un niño llamado Víctor.

Esto sonaba a título de novela, y me lo dije a mí mismo varias veces mientras

volvíamos a casa, a todo lo que el trasto de imanes daba de sí. Yo podría escribir novelas. Por ejemplo, una en la que la protagonista fuera Odalia Langenove y sus envenenamientos. La conocía un capitán de astronave, un piloto INC, y se enamoraba de ella, y ella lo envenenaba, pero después se enamoraba de él también, y entonces no sabía cómo curarlo. Él, al saber lo que pasaba, la mataba y se iba con su chica, una rubia tontaina de ojos azules, del planeta Stolen IV. Entonces un sabio terrestre lo curaba del todo y eran felices. Después de pensarlo bien, no me pareció un buen argumento. Además, no iba a escribirlo, conque para qué darle vueltas al caletre.

—¡Es el mismo Valtour! —gritó Delburgo, después de que hubiese explicado mi encuentro.

—Desde luego, coincide —dijo Arasquez.

Me miraban los cuatro muy fijamente. Al decir los cuatro me refiero a Delburgo, De Vos, Arasquez y Mazagrainer. Este último había comprado el día antes las minas de Nefer en diecinueve mil quinientos créditos, que había pagado religiosamente a la viuda.

—Os digo de nuevo —dijo Mazagrainer, sorbiendo de un licor rosado que tenía en la copa— que os compro vuestras minas. Yo me enfrentaré con Valtour.

—No sé de dónde has sacado ese dinero, Dole —contestó Delburgo, mirándolo como si quisiera hacerle un agujero—. Pero no venderé jamás. Nunca me iré de aquí. He construido esto trabajando honradamente y sin reservas, y jamás lo dejaré.

—Digo lo mismo.

Era Arasquez el que hablaba. De Vos guardó silencio y miró de reojo al viejo Mazagrainer, que daba golpecitos en el suelo con la contera del bastón. De vez en cuando miraba a Delburgo, que, ojeroso y febril, estaba sentado en un sillón envuelto en una manta.

—Un millón de créditos... —siseó Delburgo, entre dos toses—. Está loco... Por un millón de créditos nos iríamos todos de aquí...

—Cuarenta mil créditos por tus minas, Johannes —dijo Mazagrainer—. Al contado.

—¡Nunca!

—Treinta mil por las tuyas, Arasquez.

—No vendo.

—Veinticinco mil por las tuyas. De Vos.

El viejo De Vos no dijo nada. Miraba de reojo a todas partes, como si buscara algo.

—¿Dónde está Solimán? —preguntó de pronto, con voz que parecía estar llorando—. ¿Dónde está Solimán? ¿Dónde está mi hijo?

Los demás se callaron. ¿Qué le iban a decir al pobre? Mazagrainer volvió a insistir, mirándome de reojo para ver si lo hacía bien. Incliné la cabeza para darle a

entender que sí, que no estaba mal del todo.

—Compro —graznó, y se le quebró la voz. Los demás ni contestaron—. Compro —repitió, jadeando, y se endiñó un trago de licor—. ¡Mi calcetín! Os reíais de mi calcetín, y aquí lo tenéis. ¡Compro!

Silencio. Le miraban todos, mientras yo era puro oídos, sentadito en una sillita baja. Me habían dado un refresco y un emparedado de pez, para que se me pasase el susto del encuentro con Valtour.

—¡Mi hijo! —repitió De Vos—. ¿Dónde está mi hijo?

—¿Por qué no contrata un detective privado, señor? —dije yo—. Son muy caros, pero lo encuentran todo.

Delburgo, sudoroso y pálido, me miró con ojos de fuego. Arasquez pensaba, sin atender a los demás. Pero Dole Mazagrainer cogió la idea al vuelo; a base de golpes le había enseñado yo a hacerlo así.

—Tiene razón el niño, Abilán de Vos. ¡Veintiséis mil por lo tuyo, Abilán! ¡Podrás contratar el mejor detective del Imperio!

Hice un gesto con la cabeza, levantando las narices hacia arriba.

—Treinta mil, Abilán. Es una buena oferta...

—No vendas... —gruñó Delburgo, pasándose la mano por la cabeza. Se le desprendieron unos mechones de pelo, que cayeron al suelo. Los miró, como idiotizado, y se miró las manos luego. ¡Pobre Delburgo! No estaba nada bien.

—Es mi hijo, Johannes... ¿Qué crees tú, Morin? ¿Qué hago? Quiero encontrar a Solimán... Un muchacho maravilloso, educado, bueno, y desaparecer así... ¡Maldito Valtour! ¿Qué hago, Morin? ¡Es mi único hijo!

Morin Arasquez movió la cabeza a los lados una, dos, tres veces; pero no para decir que no, sino como diciendo que no sabía qué aconsejar. De Vos se decidió de pronto.

—De acuerdo, Dole. Treinta mil y son tuyas.

—¡Estúpido! —mugió Delburgo.

Aquella noche hubo una explosión en una de las minas más lejanas: la Sorbitor 26, propiedad de Arasquez, de lo que extraían tierras raras. Treinta gramos de atomita, con un pincel de tetralita para las barbas, y la mecha consiguiente.

A eso de las tres de la mañana se oyó un zumbar sordo y luego un estampido seco. Pero nadie se atrevió a salir: estaban aterrados, o sea, en plan miedoso. Los obreros, a la mañana siguiente, se hallaban un poco revueltos. A ellos ni les iban ni les venían los dineros de los amos, y el terrible Valtour les tenía verdaderamente aguripados. La Sorbitor 26 no podría funcionar en dos semanas. El malvado Valtour sabía hacer las cosas; había volado el volante de bajar vagonetas y el entibado de las primeras galerías. ¡Lástima grande!

Lo curioso era que los amos del Mutzbunk habíanse organizado las cosas de tal

manera que se hallaban ahora completamente indefensos e inermes. ¡Olé, qué vocabulario tengo! Como quiera que toda la mara se retiraba por las noches al amparo de la tina rocosa y dejaban las minas solas, no había alma viviente que controlase nada. Intentaron establecer patrullas nocturnas, pero el comisionado de la fuerza laboral, un tal Rope Basildón, dijo que nasti. Vamos, que no. Que por las noches no salía nadie, porque no era cosa de jugarse la pelleja; que había trabajo en todas partes, y que si allí no seguían, encontrarían plazas en el filón Preslov o en cualquier otro agujero decente. A la mañana, De Vos y el abuelito Mazagrainer firmaron el contrato, lo inscribieron en el Registro de Minas, y Abilán de Vos recibió seis billetes de cinco mil créditos cada uno, limpios, bellos y crujientes como pan recién salido del horno. El bueno de Dole tenía ya el 46 por ciento del Mutzbunk y minas limítrofes. Para celebrarlo, le dejé roer a gusto la cabeza de Solimán y le di píldoras raíz de Rosa Negra para tres semanas más. Estaba hecho un flan el bueno de Mazagrainer, y no alentaba ni tanto así en mi presencia. Eso, según decía el diccionario, se llaman reflejos Pavlov. Cuando me veía, se ensuciaba los pantalones, sin más.

Aquella noche, o no sé si era otra noche cualquiera, Michenzell reventó y vino a verme a mi alcoba. ¡Maldita sea, y yo que le había dicho que no! Estaba preocupada por su padre, al que se le caía el pelo a manojos, se le hinchaban los dedos, y perdía conocimiento poco a poco. La Odalia (actualmente Adamanta) no sabía por dónde tirar. Mercantor seguía haciendo poemas; Maxon juraba en mil idiomas que acabaría con Valtour, y todos estaban llenos de miedo negro. ¿Para qué quiero explicar nada? Michenzell durmió conmigo, llorosa y gimoteante, y no pude evitarlo, pero me abracé a ella y pasamos la noche juntos. Nada de nada, ¿eh? La chica era una criatura indefensa y yo soy un caballero. Además, la buena de Mich no me inspiraba nada. Palabra.

Nos besamos un poco, de la forma pavisosa que habíamos aprendido en el Control de Aguas, nos dimos un pequeño lote de ternura y, al amanecer, se me fue, dejándome peor, pero que muchísimo peor de lo que estaba antes. Pero ¿qué iba a hacer yo con aquella infeliz? Tenía buenas piernas y no mal cuerpo, pero carecía de lo que tenemos los que hemos tomado las píldoras Taberner: la conciencia, la sabiduría, la inteligencia, o lo que se quiera. Y sin eso, no hay nada. Tanto da una muñeca de goma, de esas inflables. Y aún no he caído tan bajo, aún tengo suficiente dureza dentro para saber lo que hay que hacer y cómo portarse. ¡Desgraciada Michenzell, incapaz de sentir y de hablar! Rabiaba yo por tomar de nuevo contacto con Taberner y saber si había resuelto todos los problemas sexuales, niñosos, de píldoras y demás que tenía planteados. Pero el deber es el deber, y el Mutzbunk estaba antes que nada. Noche delirante ésta en que me quedaba quieto, con Mich al lado, y soñaba en el futuro y en el día en que las cosas fueran como es debido.

—¿Me quieres, Víctor?

—Claro que sí, pesada.

Y con eso se sentía feliz, la pobrecilla. Pero no podía imaginar la brutal fuerza que había dentro de mí, el deseo de vengarme de los viejos Lanyard, de los prohibidos malditos y otras cosas así. Se dejaba acariciar, aunque yo casi no sentía nada al hacerlo, y ella lo tomó como expresión de cariño, o como amor, cuando sólo era necesidad física. ¡Judalong, dónde estarás ahora! ¡Buena chica, Michenzell! ¡Buena chica, sin sentimientos, sin sensibilidad física alguna, sólo con necesidad de cariño, de amor y de compañía! Se lo di, se los di, porque soy un hombre entero, con nueve años, pero lo soy. Y no le di más, porque nada más podía darle. ¡Buena chica, Michenzell!

—Estoy preocupada, Víctor. Muy preocupada. Oye, tú que eres tan listo... ¿no podrías encontrar al asesino?

—¿Qué asesino, cariño?

—Al que hace estas cosas malas... al que nos hace daño a todos...

—No te fastidia, Michenzell. ¡Si sólo tengo nueve años!

—Es verdad —dijo, llorosa—. Sólo somos niños.

—Sólo eso —dije yo, pasándole la mano por el pelo—. Sólo eso... Y estate quieta ahora. No te muevas.

Había humaredas en el Mutzbunk al amanecer. Había líos obreriles y nervios, y nadie trabajaba, y las cosas estaban poniéndose muy mal para algunos y muy bien para otros. Garuslap estaba más largo y más feo, y tenía una cara que no hubiera yo querido ver nunca. Gritos en todas partes. Follones. Cañerías rotas en el control de aguas; obreros negándose a trabajar y, cuando a media mañana saltó por los aires uno de los puestos de vigilancia al quebrarse las patas de madera, arrastrando a tres personas y un pasma, las cosas se pusieron muy tensas. ¡Francesca, amor mío, qué será de ti ahora!

Estos días yo, para no llamar la atención, me encerraba en la biblioteca y leía como un descosido. Había acabado tomándole gusto al asunto de la lectura; la verdad era que había cosas muy interesantes, aunque viejas, en aquel cementerio de libros. Así, por ejemplo, encontré un tratado completo sobre la rebelión de Gander que me interesó un ciento. También encontré un viejo libro de texto sobre cosmografía galáctica. Era el mismo que utilizan los críos en la escuela para estudiar, y claro que no decía gran cosa, pero resultaba endemoniadamente interesante. Con lo que me armé un lío fue con las coordenadas galácticas, es decir, con esos numerajos que te sitúan dónde está cada planeta. Acabé haciéndome una idea yo solo, por las buenas. Realmente, lo único que me interesaba era el tiempo por hiperlumínica y el tiempo por dos tercios ce. Eso sí que venía claro, así como una explicación de lo que era cada mundo habitado, lo que producía y lo que había en él. Voy a copiar un par, quitando

numeritos y otras inutilidades, para recordar bien como era. Véase:

*BARLIÓN: Venían ahora números a tutiplén: coordenadas, tamaño de verdad, tamaño relativo comparado con la Tierra, temperatura media, inclinación de la eclíptica y de su padre, superficie marina y terrestre y otras memeces. Dos meses por hiperlumínica a Golconda; treinta y siete años por dos tercios ce. Población, unos mil millones de habitantes. Supongo que también de habitantes. Colonizado el año 2659, o sea que nos llevaba casi dos siglos y medio de ventaja. Uno de los primeros en colonizarse, a pesar de estar cerca de Golconda, que había sido de los últimos, pero el libro lo explicaba diciendo que los primeros descubrimientos no obedecían a un orden, sino que salían por donde podían. Fundiciones, fábricas de astronaves e industria pesada. Tornos, excavadoras y mondaplanetas. Concentración de gente en seis ciudades principales: Barlión Central (la capital), Enero, Salvimast, Yunion, Calbestán y Stellarmore. Tres continentes: Cloto (donde estaba Barlión), Láquesis y Átropos. Decía el libro que eran nombres mitológicos, con lo cual me quedé como estaba. Océano de las Lluvias, Océano Torquedara, Océano Rojo, y varios mares: del Cieno, Noriático, Landsend, Giovinella, Alterador y de Donau. Raza aria en su mayoría, con elementos negros en ciertas zonas. Costumbres sociales extremadamente sofisticadas: mano de duelo (no sé lo que es esto), defensa personal, grandes fiestas, competencia económica fuerte. Exportación programada por dos tercios ce a todos los mundos conocidos. Balanza de pagos favorable. Guarnición del Ejército Imperial en los grandes fortines de Vanator, Punta Gruesa y Honor de NIRAM. Recibía alimentos de Gander, Pharonteón y Nílfide. Escasos cultivos en algunas islillas sueltas. Algunas pesquerías, insuficientes para el consumo. Grandes astropuertos en Barlión Central y Stellarmore, ciudades rivales. Laboratorios de investigación sobre maquinaria en Yunion. Barlión se preciaba de estar a la cabeza de los demás mundos en descubrimientos sobre máquinas pesadas.*

Bueno, así venía todo. No hablaba el libro de mundos que yo sabía que existían, como Troboa, Stolen IV o Dolomances, lo que demostraba que era un tanto antiguo. Pero todo andaba en este plan, y era muy bueno para enterarme de lo que había más allá del cielo rojo de Golconda.

El tratado sobre la rebelión de Gander no era de lo mejor del mundo, precisamente. Hablaba mucho sobre vinculaciones agrícolas, sobre la necesidad del «encuadramiento galáctico de producción» y sobre que no se podían romper moldes. ¿Lo entiendes, Mortimer? Pues yo tampoco. Ponía verde al jefe de la rebelión, el capitán Scraggs, como traidor al Imperio, a la Primera Persona y a todo lo que

hubiese. Tengo que explicar que papá me había dicho que en los libros se podía hacer una cosa que él llamaba «leer entre líneas». Palabra que yo no supe nunca lo que era eso; ¿cómo se puede leer entre líneas, si entre líneas sólo hay un pedazo en blanco? Pues bueno, leyendo «La sublevación del planeta Gander», de Nicolás Varenkor, editorial Fawci, llegué a saber lo que era. El libro no decía nada, pero se echaba de ver que a los de Gander no les gustaba niente el ser sólo un planeta agrícola, y que los niños o los hombres no pudieran estudiar y sólo les quedase el recurso de ser destripaterrones toda la santa vida. Querían universidades, escuelas especiales, posibilidad de salir al exterior y demás. La general Hokusallmi (gran héroe del Imperio, según el bastardo de Nicolás Varenkor) había acabado con esas ideas perversas. También había números a capazos.

Otro libro que encontré, y que era una maravilla con pastas, trataba de uniformes. Cogía desde que sólo existía la Tierra como planeta único, con naciones dispersas (me acordaba yo de los monos cultivando habas, como decía papá) y concluía unos cien años antes de que yo naciera. Me gustaron mucho los uniformes de los nazis alemanes; eran bonitos y con colores serios y muy bien combinados. El libro era a todo color y tridimensional, así que todo se percibía la mar de bien. Pensé que algún día me fabricaría un uniforme de Hitler. Era esto muy curioso. Hitler y Napoleón, que vivieron aproximadamente en la misma época, no llevaban más cintajos, dorados y galones que los demás, sino muchos menos. Los dos llevaban sólo una especie de abrigo gris, sin insignia ninguna. Eso me pareció estupendo, y muy acertado. Me avergonzó bastante pensar que había querido hacerme un uniforme con más medallas y galones que nadie; pero esta nueva idea era mucho mejor. Yo no necesitaba tantos adornos, porque era más que nadie yo solo, o sea que los demás necesitaban cintas y entorchados, cordones y agremanes, pero yo no. Yo liso y laso, y así me hacía notar más.

Oí corridas y pasos apresurados en el pasillo. Dejé sobre la mesa todos los libros que tenía abiertos, consultando y pasando de unos a otros, y salí a ver qué se cocía.

Me dijo la cocinera que, de pronto, Delburgo se había puesto muy mal y que habían corrido a llamar al matasanos.

Como me gusta meterme en todos los caldos y enterarme bien de lo que pasa (la información es la base del triunfo, como decía Rommel), me fui detrás de Odalia y Mercantor, que iban muy cogidos del brazo, Mercantor sollozando (¡con lo grandote que era!) y Odalia consolándole. Maxon estaba tratando de suplir a su padre en las fundiciones. Michenzell también estaba allí, en la alcoba, muy pequeña y triste. Me dio mucha pena y le pasé el brazo por la cintura. Apoyó la carita en mi hombro y se echó a llorar.

Estaban levantando a Delburgo entre dos criados. La cama estaba llena de manojos de pelo; tenía la cara roja como un filete y muy hinchada. Trataba de hablar,



pero no podía. A través de los labios se le veía una lengua negra, también hinchada. Las sábanas estaban manchadas de pus amarillo; mientras lo movían y daba boqueadas, se le desprendió parte de la piel de los brazos, como si se hubiera deslizado encima de una capa de agua de jabón. A toda prisa sacaron a Michenzell de allí; a mí me sacaron también, pero en cuanto se descuidaron tres segundos, ya estaba yo asomando el hocico nuevamente por la puerta.

—Hace mucho tiempo... —rugió Delburgo, entre dos boqueadas—. Hace mucho tiempo... Yo no sabía... no sabía... Llamad a Dole... Perdón...

Seguramente no lo entendía nadie, digo yo. Cuando quitaron las sábanas pudo verse que la planta de los pies se le había desprendido también. Todo él era un mar purulento flotando en el lecho. Gemía y graznaba frases sin sentido. El médico entró corriendo, con un maletín negro con los trastos de matar en la mano; me echaron de una vez por todas y cerraron la puerta a piedra y lodo, a cal y canto y, además, con cerrojo.

Me metí en la biblioteca de nuevo, para continuar con los libros que tenía entre manos: *La dinastía de los Quajar*, *Estructura económica del Imperio Galáctico*, *Cuerpos Imperiales, Militares y Paramilitares*, e *Hiperlumínico e hipolumínico: dos medios de transporte*. Todo era muy interesante, aunque tenía que abreviar en el diccionario para comprender algún palabro extraño. Por cierto que aquel diccionario era bastante malo; no venían muchas palabras. Por ejemplo, abroncar, brava, binelar o borja. Tampoco hablaba de los bolsillos como es debido. Nada de mencionar los filis, que es su verdadero nombre, ni la hermosa clasificación que tienen: fili de la buena, fili buhardilla, fili del foso, fili de la cula, fili doble y demás clases. Ya digo, una pena en ciertos aspectos. En cambio, venían palabros como asintótico, endecasílabo y esclerodermia, que maldito para lo que sirven. Creo yo que la gente inventa palabras por el gusto de oír lo bien que suenan, y no para usarlas, porque ¿cuándo he oído yo decir a nadie deshonestarse o melancolizar? La gente bien no hablamos de esa forma, leñe.

Pero no tenía ganas de leer. Me había impresionado lo del pobre Delburgo. Sin saber cómo, me encontré con el lápiz, poniendo letras en un papel... y como sonaba bien, seguí poniendo lo que se me ocurrió. Puse:

*Pasó hace mucho tiempo.*

*Pero yo no lo sé...*

*Las rocas y los planetas no cambian,*

*ni tampoco los soles o las lunas.*

*Entonces, ¿qué más da?*

*Si pasó hace mucho tiempo,*

*ni las rocas, ni los mundos, ni yo lo sabemos.*

*¿Y es que eso me importa aquí y ahora, hoy mismo?*

*Sólo soy un niño que necesita aún bastantes años*

*para poder decir:*

*Pasó hace mucho tiempo.*

Encontré a Garuslap en la cangri del Amor Eterno, hablando con el farfaró, que le confortaba y le daba ánimos. Vestía el farfaró hábito negro con una placa blanca bajo la nuez. Cuando pude, le enseñé a papá lo que había escrito. Dijo:

—Esto casi es poesía, Víctor. Eres el ser más inesperado e inexplicable que conozco.

El rasibel abundó en lo mismo, diciendo que se veía que yo era un niño sensible y educado, y que sacaba gran aprovechamiento de mis estudios. Me dio un barquillo, que no estaba malo del todo, y un cariñoso cosque en la cabeza. Se lo perdoné porque era más infeliz que el que quiso hacer croquetas de agua. Por cierto que en el diccionario no venía ni rasibel ni farfaró; les llamaba curas, por las buenas. Aquél era un cura de cuello rojo, que debe ser más cura que los demás.

Aquella noche estaba yo leyendo un libro de matemáticas y tratando de comprender qué diablos era una integral, cuando se oyó un estampido sordo, justo después de que yo apretase el botón de uno de los telemandos de papá. Más tarde supimos que el molino de martillos de la Morin 231 (mina del perverso Arasquez) había volado por los aires, así como también los depósitos de mercurio para amalgamar el oro.

Transcurrió otro día nervioso y triste. Nadie trabajó en las minas. Se quedaron todos dentro del Mutzbunk como barbalotes asustados. Rope Basildón volvió a visitar a Dole Mazagrainer y a Arasquez (Delburgo no estaba para líos, y la viuda Nefer, con Abilán de Vos, habían salido muy de mañana hacia Golconda Central) para decirles que había que buscar algún remedio a aquello, pagándole a Valtour o lo que fuera. Arasquez organizó un cirio diciendo que él no cedía ante nadie, mientras abuelito Mazagrainer se callaba como un zorro.

Durante todo el día, Arasquez estuvo revolviendo a la gente, hablando con ellos en el Bar Social, metiéndose en los grupitos que formaban y, lo que era más curioso, mirando de muy mala manera a papá Garuslap cuando pasaba por las calles del Mutzbunk. A media tarde, Arasquez estaba pagando copas en el bar a todos los obreros y capataces en paro y diciendo a voz en grito que todos aquellos líos no venían de fuera, que Valtour había muerto cinco años antes en la quebrada del Buitre, y que tenía muy buenas razones para pensar que el que estaba organizando aquellas historias era alguien de dentro del Mutzbunk. Esto me daba muy mala espina, pero yo no podía hacer nada hasta que el asunto no se abroncase por algún lado.

Paseé por allí, y estuve bastante rato hablando con algunos chicos que salían de la escuelita sucia y desvencijada. Fiché a varios de ellos para suministrarles la píldora antes de irme, porque me parecieron chavales despejados y que prometían. Había también dos o tres zagalas muy despabiladas, de unos diez u once años, capaces de sacarle los ojos a cualquiera. Verdad de la buena que sentí que el mendrugo de Taberner no hubiera puesto a punto la cosa de las chicas, porque las tres la merecían.

Tenían los labios gruesos y rojos, ojos brillantes, y estaban bastante desarrolladas. Estaban adelantadas, la barbi. Además, con aquel aspecto de sanotas, eran lo que les convendría a mis muchachos cuando la cosa comenzase a organizarse.

Ya era casi de noche cuando oí gritos cerca de casa Delburgo y divisé una procesión de hombres con canecos de licor y antorchas que venían vociferando desde allá. Horrorizado, vi que dos de ellos sujetaban a papá, mientras otro hacía girar en el aire una cuerda de cáñamo con su buen nudo corredizo en un extremo. Me agazapé entre las sombras mientras pasaban, encaminándose hacia la emisora de radio.

—¡Él es el espía!

—¡Él trajo a Valtour!

—¡A la horca con él!

Papá se debatía y luchaba entre los brazos de los que le sujetaban, mientras Rope Basildón trataba de contener a la turba, por un lado, y Arasquez les azuzaba por otro. Era preciso obrar deprisa... Salí corriendo de allí, y en dos segundos me planté en casa del abuelo Mazagrainer, le di unas instrucciones rápidas (yo me oía ya algo de esto) y un par de vergajazos para que avisase. Después salí zumbando hacia el cuartelillo de la pasma. Nunca pensé que tendría que ir a llorarle a un sardo, pero así lo hice porque convenía salvar al bueno de Garuslap... ¡Le había tomado cariño, diablos! Si hubiera sido otro, habría dejado que le ahorcasen, pero a Garuslap, no. La verdad era que sentía miedo por él, de veras, como si fuera un padre de verdad y no de pega. Entre lloros y gritos no me costó nada convencer al sardo, que cogió a los tres números que quedaban, con sus buenos rifles láser, y salieron echando humo hacia la emisora.

Para cuando llegué yo, palpando nerviosamente en el fili los telemandos que tenía prevenidos para el fin de fiesta, habían echado ya el lazo por encima del soporte de la antena y estaban intentando metérselo por la cabeza a papá. Tal y como convenía, me eché encima de mi padre, me abracé a él, y me dediqué a dar espantosos alaridos y a berrear de lo lindo. Esto detuvo un poco a los obreros, que no eran malos chicos, pero no sirvió de nada frente al borde de Arasquez. Me apartó de un manotón, sin respeto a mi edad y sexo, y continuó enzurizando a los pobres productores que, cargados de alcohol y quién sabe si de otras cosas, lo único que necesitaban era una víctima. Un bicho expiatorio, como dicen los libros.

—Y si no es él, ¿quién va a ser? —aulló Arasquez, con los ojos echando llamas y los pelos revueltos—. ¡Las cañerías rotas las han estropeado desde dentro...!

Gran error por mi parte, lo reconozco. Grité, lloré y babeé un poco más, viendo cómo abuelo Mazagrainer, el sardo y los tres números trataban de abrirse paso entre esta mara abroncada y gritona, que olía a sudor y a pies.

—¿Ha visto alguien a Valtour? ¿Ha visto alguien a un solo hombre de su banda?

—¡Noooo...! —berreó el coro de borregos, como si les pagasen.

¡Que no me fallase el magnetofón chorado en el almacén, las cargas de atomita y las dos pistolas láser de los doctores de la NIRAM! Estaba todo instalado muy deprisa, y como fallase algo...

—¡Alto ahí! —gritó el sardo.

Era un hombre corpulento y fuerte, y tenía una voz como la sirena de una fábrica. Al mismo tiempo, de su pistola salió un rayo rojo que se estrelló en la pared un metro por encima de la soga. Saltaron cascotes hacia todas partes, y la mara se amansó como por encanto. No hay como un disparo para tranquilizar los ánimos, cuando la gente se insubordina. Y si es a dar, mejor.

Arasquez trató de sacar la cara.

—¡Es un criminal, sargento! ¡Es el culpable!

—Eso habrá que demostrarlo, señor —dijo el sargento, sin bajar la pistola. Hablaba con el respeto debido al propietario de varias minas, pero con toda la firmeza posible. Empezó a caerme bien—. Debiera darles vergüenza a todos... ¡linchar a un hombre, a un sabio de otro planeta! ¡Y delante de su hijo, además!

Lloré como si me mataran y me abracé a la cintura de papá, que me puso una mano en el pelo y susurró:

—Tranquilo, Víctor. No pasará nada.

¡Naturalmente que no! ¿Habrás visto tonto? ¡Claro que no pasaría nada! Pero ¿gracias a quién?

La mara se había desinflado bastante. Como dije, en el fondo eran buenos chicos, y puede que ni siquiera hubieran llegado al final. Más valió no probar, por si acaso. Mientras tanto, Dole Mazagrainer se mantenía en reserva, sin decir una palabra, esperando mi señal. La hice, moviendo las napias hacia arriba.

—Vaya, Arasquez —dijo el abuelo, sin dejar de mirarme—. Te dije que convenía pagarle algo a Valtour; no lo que pide, pero sí algo. No quisiste, y ahora tratas de echarle la culpa a otro. Escuchad, muchachos, dejádmelo a mí. Yo creo que si le damos cincuenta mil créditos a Valtour nos dejará tranquilos. Yo pongo mi parte; si Delburgo y Arasquez ponen la suya... ¿creéis que Valtour va a seguir pidiendo un millón de créditos? ¡Eso no lo creéis ninguno! Pidió eso como podía pedir las nubes de Magallanes... ¡Siempre hará una rebajita! ¿Qué decís?

Todos gruñeron en distintos tonos de voz que sí, que bueno, y Rope Basildón estrechó la mano del abuelo Mazagrainer. En el fondo, los obreros estaban muy satisfechos de que los dueños del Mutzbunk tuvieran que rascarse el bolsillo y aflojar la mosca. No en balde habían muerto tres de ellos. O cuatro, no me acuerdo bien.

—No puedo aconsejarle que haga eso, señor Mazagrainer —dijo el sargento—. Siempre es mal sistema ceder a esas presiones.

—No pienso permitir que muera más gente mientras nosotros ganamos dinero con la sangre de los demás —dijo el abuelo, pomposamente—. He ahorrado durante toda

mi vida para poder comprar estas minas que yo descubrí cuando muchos de los que hay aquí no habían nacido aún. Pero no me quedaré con ellas a costa de la vida de unos trabajadores honrados y humildes.

Hubo una explosión de aplausos, de «¡Bien!», de «¡Bravo!», de «¡Viva el viejo Bazagrainer!» y de «¡Tiene razón!». Casi me dio vergüenza pensar que la gente pudiera ser tan idiota y tragarse semejantes bolas con esa facilidad. Mientras tanto, le habían quitado la cuerda a papá y lo habían soltado. También habían hecho un corro, dejando a Arasquez en medio. Estaba ceñudo y callado.

Mazagrainer, tal como le había ordenado yo, dio un paso y me cogió de la mano.

—Si Delburgo y Arasquez no me ayudan, los daré yo solo. La inocencia debe ser protegida; soy viejo y no espero de la vida más que morir felizmente en este lugar tan amado por mí. Debemos salvar a los inocentes, tal como a este niño que cojo de mi mano en este instante, y a quien elijo por ser de fuera, para que no haya favoritismo con nadie. ¡Acusáis al profesor Garuslap injustamente!

—Eso no —dijo Arasquez—. No creo que sea profesor. Creo que tiene que ver con el asunto de ese Valtour... y creo que no es quien dice.

Hubo murmullos de incredulidad. La mano se me crispó sobre los telemandos.

—Es bien fácil de comprobar —dijo el sardo—. El profesor tendrá su documentación; la examinaremos en el cuartelillo.

Tan pronto como oí esto, apreté el primero de los botones. Una explosión retumbó a lo lejos. Aún no lo sabían, pero esta vez sólo habían volado cuatro peñascos de bajo precio; no me interesaba ya destrozar lo que era prácticamente mío. Pero como no lo sabían, comenzaron a gritar y a correr hacia todas partes, se olvidaron de papá y de mí y acabaron saliendo como flechas hacia lo que quedaba de la muralla. Como es natural, papá, abuelito, el sardo y sus números, y el que suscribe, salimos también en esa dirección al trote largo.

Los vigilantes que estaban en la muralla chillaban que había sido por allí, y de las casetas de vigilancia que había a doscientos metros de altura decían que por allá. No conseguían identificar la explosión con ninguna mina o instalación, como era natural. Y mientras estaban dando vueltas como atontados, apreté el segundo botón. Un rayo láser surgió de la noche, cruzó la oscuridad con un silbido y se estrelló en la base de la muralla, salpicando fragmentos de obra hacia todos lados y dejando un agujero humeante. Insistí, y el rayo se repitió media docena de veces. Los números contestaron al fuego con sus rifles y, en poco tiempo, sobre todo después de que puse en función la segunda pistola, había una barahúnda infernal de rayos que se cruzaban por todas partes, gritos de mujeres aterrorizadas, juramentos de hombres tirados al suelo... y ni una sola baja.

Cesé el fuego. Poco a poco la cosa se fue calmando, y el sardo ordenó a sus hombres que dejasen de disparar. Toqué otro botón, pidiendo al dios del farfaró que el

magnetofón funcionase. Funcionó. Se escuchó una voz (mi voz), completamente deformada por la distancia y la amplificación, que decía:

—¡Hombres del Mutzbunk! ¡Os habla Cruzarelli, el lugarteniente de Valtour! ¡Es inútil que resistáis! Pagad o seréis destrozados. Contamos hasta con un lanzagranadas. ¡Mirad!

Se oyó como un soplido sordo a lo lejos y, un par de segundos después, una explosión horrísona lanzó por los aires una esquina del Bar Social. Pedazos de mampostería, vidrios rotos, trozos de ventana y mobiliario destrozado saltaron por los aires en medio de una enorme humareda negra. Hubo quien afirmó que llovieron ladrillos durante una semana, pero no fue verdad.

De todas maneras, aquello dio la puntilla. Abuelo Mazagrainer saltó sobre la destrozada muralla, agitando un pañuelo blanco, y vociferó:

—¡Cincuenta mil, Cruzarelli! ¡Cincuenta mil y que nos deje Valtour tranquilos! ¡Cruzarelli! ¿Me oyes?

Cruzarelli no contestó. Sólo se escucharon dos o tres explosiones más, con las cuales volaban el magnetofón y las pistolas láser, borrando así todo rastro del montaje. Luego hubo un silencio total. Dos docenas de hombres se apresuraban a apagar los fuegos del Bar Social. Aún surgían nubes de humo negro. La atomita tiene eso: diez gramos bastan para volar un torpedero, pero la humareda es enorme. Claro que así hacía más efecto.

—No es verdad... —dijo Arasquez, débilmente.

—¡Cállese! —contestó Rope Basildón groseramente, sin respeto ninguno a un propietario de minas—. ¡Nadie va a trabajar con usted después de esto! Ha engañado a mis hombres, ¿o querrá hacerles creer que quien estaba ahí fuera era el profesor Garuslap?

Un rugir sordo contestó a esto. La fortuna es así. Media hora antes, Arasquez era el amo; ahora, los tenía a todos en contra. «Nadie va a trabajar con usted». ¡Buena idea acababa de darme Basildón!

—Señor —continuó Rope Basildón, dirigiéndose al abuelo—. ¿Mantiene usted su oferta?

Estaba yo al lado de Mazagrainer y le susurré algo.

—La mantengo —dijo el abuelo orgullosamente—. Y mil créditos para cada una de las viudas. ¡Que no hayan muerto en vano esos bravos hombres y sepan que Dole Mazagrainer no los olvida!

Arasquez estaba planchado, deshecho y laminado. No sé cómo pero se fue; ya no estaba allí. Y el griterío de los productores era tal, que si Valtour hubiera existido habría podido entrar en el Mutzbunk con una banda de música a la cabeza sin que se enterase nadie. Debo reconocer que abuelo Dole ponía su alma en el asunto; daba forma a mis ideas y casi las mejoraba en ocasiones. El muy condenado se estaba

divirtiéndolo. Creo que a veces incluso pensaba que era él quien verdaderamente estaba comprando el Mutzbunk. Fue entonces cuando papá metió la pata hasta el corvejón.

—¿Cuándo debo llevarle mis documentos, sargento?

Me pareció como si me estrujasen el corazón con una prensa hidráulica. ¡Los documentos de papá tenían que ser falsos! Y no hay quien pueda falsificar el papel Stone. Es lavable, incombustible, no se puede cortar en trozos más que con una cizalla con muchas atmósferas de presión, lleva los números, las letras y los colores metidos en su propia estructura y, en definitiva, puede imitarse su aspecto, pero no sus condiciones. Sólo una oficina en cada planeta puede fabricarlo, y esa oficina está custodiada como una fortaleza. En Golconda era la general Hokusallmi, naturalmente, quien manejaba las existencias del papel Stone.

—No es preciso, profesor —dijo el sardo, con una son-risita de circunstancias—. No es preciso...

Respiré. Más tarde le eché en cara a papá esta imbecilidad, y me dijo que si no hubiera hecho la oferta, el sargento no se hubiera quedado tranquilo y quizá se los hubiera pedido por iniciativa propia. Pero que así, las probabilidades eran de cien contra una de que contestase como contestó. Tuve que darle la razón, un poco a disgusto. Pero cuando quise ver sus documentos me di cuenta de que la falsificación era de lo mejor. Probé a cortarlos con tijera y no pude (lo mismo que sucedía con el dinero) pero papá me dijo que hubieran ardidado con una simple cerilla. En fin, la cosa salió bien; no se hable más.

Al anoecer siguiente, el abuelo Mazagrainer salió a campo abierto con un paquete de cincuenta mil créditos que fueron contados religiosamente en presencia de casi cien productores, con Rope Basildón a la cabeza. Pidió que le acompañasen dos niños, y fuimos Michenzell y yo los escogidos. Dejó el paquetito en la punta de un palo, junto a la bocamina de la National 13. A la mañana siguiente el paquete continuaba allí con una nota de Valtour en la que pedía cien mil créditos. Esto era un buen golpe de efecto, y la gente se deshizo cuando Mazagrainer los dio. Por cierto que todos los obreros se habían ido a trabajar con el abuelo Dole; nadie quiso volver con Arasquez. Entre lo que había organizado y las buenas primas que prometió el abuelo, las minas de Arasquez quedaron completamente abandonadas.

Aquella noche murió Delburgo. Y también aquella noche desapareció el paquete con los cien mil credos, dejando a cambio una nota, firmada por Valtour, en la que ponía «De acuerdo». Se reanudó el trabajo a toda prisa, y durante una semana se recuperó y reconstruyó lo destrozado. A pesar de la oposición de Maxon, la viuda Delburgo vendió su parte en cuarenta y dos mil quinientos, y en cuanto a Arasquez, lo dejamos en paz. Ya éramos mayoritarios, y el bueno de Morin no aguantaría mucho sin nadie que le trabajase las explotaciones. Tardó bastante, aguantó lo que pudo, y cuando yo me fui de allí continuaba sin ceder aún. Pero un par de meses más

tarde tuvo que vender a Mazagrainer por lo que éste quiso dar, que era bastante menos que lo ofrecido al principio. En resumen, compré el Mutzbunk por algo más de cien mil credos, porque, como es natural, no voy a ser tan lila de contabilizar en la compra los cien mil de Valtour, que aquella misma noche volvieron a mi maleta. El resto se lo dejé a Mazagrainer para que pusiera en marcha ciertas ideas que yo tenía.

Y ahora quedaba lo más serio: la caja fuerte de papá Garuslap. Por mí estaba todo terminado; les había dado a los mozos escogidos las píldoras Taberner, y tomado buena nota de sus nombres para poder localizarlos más tarde. Había empaquetado todas mis pertenencias, y en los ratos libres me dedicaba a pasar el tiempo en la fábrica de leer. Me cuidaba de no mencionarlo, lo que era una tontería porque papá Garuslap no iba a olvidarse. Y no se olvidó. Salimos con el coche de imanes al amanecer, y a media tarde estábamos en la excavación, y por la noche habíamos descubierto aquel espantoso tubo, y a la mañana siguiente, después de dormir, mal e inquietamente, estaba yo preparado para entrar allí.

Nos sentamos en la boca del tubo, que habíamos limpiado bien de tierra y despojos. Yo estaba nervioso, no hacía más que encender cigarrillo tras cigarrillo. Papá había sacado del coche de imanes varias cajas de distintos tamaños y me miraba sin decir nada. Palabra que si hubiera podido darle esquinazo sin riesgo, se lo habría dado. Pero había riesgo: desde que me pegase un tiro (esta gente idealista son capaces de matar niños si hace falta, los muy salvajes), hasta que se fuese de la mui con todo mi montaje del Mutzbunk y demás; y eso que sólo podía olerse la mitad, porque no le había dicho nada más que lo de los telemandos. Pero tonto sería si no imaginase todo lo que faltaba, abuelo Mazagrainer incluido.

Abrió las primeras cajas y sacó un teléfono con hilos y dos aparatos; un trasto cuadrado con un tubo, que se parecía algo a mi borja electrónica (luego supe que era eso mismo, pero en más fino); otro como un fonendoscopio, con más cosas en los tubos de las orejas (cajitas con mandos y así); una especie de tenaza grande, pero que no era tenaza porque las ramas, en forma de U, no podían cerrarse; y por fin, de la caja más grande y última que faltaba, una armadura de metal negro. Una armadura de mi tamaño, más o menos; o sea, que era para ponérmela yo.

—Es acero templado y cementado al tungsteno —dijo papá—. Uno de los metales más duros que se pueden fabricar. Está aislada contra descargas eléctricas, contra rayos láser y contra el calor. Aguanta hasta veinte mil voltios; también protege hasta dos mil grados centígrados durante unos quince minutos. En cuanto al láser, no es fácil que lo usen, y si lo hay será de pocos rayos, seis u ocho a lo más. De todas maneras, si lo hubiera, la coraza tiene un campo capaz de desviar la cápsula de deuterio, o sea que la explosión no se produciría, y los rayos solos son incapaces de perforarla. Si es de doble cápsula, si es de doble cápsula, Víctor...

Yo no sabía muy bien lo que decía. Pero «leí entre líneas».



—Entonces, la fría fosa —dije yo.

—Eso. Puede soportar treinta y dos toneladas de presión, por si hay alguna cuchilla o un descenso de compuerta. En resumen, hijo: es el mismo que llevan los niños del Banco Imperial cuando entran a vaciar cajas fuertes. Ellos saben las combinaciones, pero lo llevan por si acaso. Y ahora, cuando quieras. Pruébate la armadura.

Como soy pequeño para mi edad, me venía un poco grande, pero con algunos ajustes me la enjareté lo mejor que pude. Me cubría todo, en piezas sueltas, como si fuera una gamba o una langosta, o un melanocangrejo de Dolomances. Cabeza, cuerpo y extremidades. Pero era flexible: se podía uno mover bien con ella. Papá conectó uno de los terminales del teléfono, y después gateé dentro del tubo.

—Bien. Párate ahí en la entrada. Toca el botón del pecho.

Lo hice. En la bola de acero que cubría mi cabeza se encendió un faro; a pesar de los cristales de plomo, la luz casi cegaba. Se veía el interior del tubo, pulido como un diamante y, al final, el primer recodo. Empujé un poco, delante de mí, una carretillita chica, como un juguete, donde iban las herramientas diversas.

—La primera trampa, Víctor, acostumbra a estar al principio. Mira bien a ver si ves algún orificio, o alguna línea en el metal, o cualquier cosa que no sea metal liso.

Miré como si me pagasen. Menos mal que mi vista es estupenda; dicen que puedo contarle los pelos a un conejo en lo alto de un campanario. Pero no veía nada. No era cosa de fiarse, de forma que, con el alma en un hilo, repasé el tubo acercando los ojos a cinco centímetros del metal. Allí parecía que... ¡Sí!

—Papá. Hay cinco orificios como la punta de una aguja, aquí, al lado izquierdo.

—Tranquilo, hijo mío. En el cajoncito de las herramientas hay una especie de peine con cinco alambres; encajan justamente ahí. Mételo, pero sin apretar ni forzar. No te muevas ni un milímetro hacia adelante.

Tragué saliva, y me di cuenta de que tenía la boca seca como la suela de un zapato viejo. La saliva me hizo «gloup» al pasarme por la garganta. Metí el peine y esperé. No pasó nada.

—Coge el medidor de campo... eso que parece una tenaza, y colócalo sobre el peine, con una punta de la tenaza en cada extremo.

—Lo haré, jolín —dije yo, nervioso perdido.

Puse el trasto allí. Hizo un ruido como un motor de cuerda y vi que algunos alambres se hundían y otros salían más.

—Quítalo, y hunde el peine hasta el fondo.

Tal cual. No pasó nada.

—Puedes seguir adelante, Víctor. Pero muy despacio y mirando a todas partes; en cuanto veas cualquier desigualdad o cualquier diferencia en el metal, te paras y me lo dices.

—Okey, papá.

Cerca del primer recodo, vi como una línea más clara en el interior del tubo. Se lo dije a papá y me pidió que le explicase detalladamente cómo era de gruesa (la medí con una regla que había en el cajoncito), y si cubría todo el tubo o había alguna parte en que no. Pues no, hay dos partes, una arriba y otra abajo, en las que el color es normal, como si la línea no siguiera. Tiene tres centímetros, seis milímetros de ancha.

—¿No hay ningún agujerito como los de antes?

—¡No lo veo! —chillé, hecho un mar de nervios.

Aquel tubo me oprimía y me pesaba encima; parecía como si no fuera a salir nunca de allí. Tenía el sitio justo para arrastrarme, pero para volver tendría que hacerlo reculando. Era imposible darse la vuelta.

—Por favor, tranquilízate —dijo papá, con voz muy dulce—. Tranquilízate, Víctor.

—Estoy tranquilo —dije, y en ese momento vi los agujeritos. Estaba en el sitio menos visible, justo en la parte superior, encima de mi cabeza forrada de acero. Donde más difícil era mirar. Volvimos a realizar la misma operación, con la tenaza y otro peine. Pero no sé qué notaba yo en la voz de papá que no me tranquilizaba mucho, parecía como si esta vez no se hubiera quedado convencido del asunto. Esperé en silencio, a ver por dónde reventaba. Reventó.

—Mira, Víctor —dijo, y su voz sonaba metálica y temblona a través de los auriculares—. No estoy seguro de haberlo sacado bien esta vez. No... no sé qué hacer...

—Pues si no lo sabes tú, papá, a mí que me registren.

Hubo otro momento de silencio.

—Mira —dijo, al final—, hay dos soluciones. Una es que metas la mano, y si ves que unas láminas salen de las paredes la retires en seguida. También, ¡estoy tonto, hijo mío!, puedes meter la tenaza o el fonendo. Ésa es una solución. La otra es que enrolles hilo telefónico suficiente y te metas tú a toda prisa. Aunque se cierre, si conseguimos abrir la caja volverá a abrirse.

—¿Y si no lo conseguimos?

Más momentos de silencio en plan tenso.

—No se abrirá. Te quedarás ahí para siempre. Ni siquiera con un soplete de oxiacetileno, ni con un láser, ni con una sierra de alta velocidad, podríamos cortar el metal. Ni aunque pidiese auxilio a los del Mutzbunk.

«¡Gloup!», de nuevo. Sudor que me corría por la frente, cosquilleo en las manos, deseo enorme de orinar... La pucha. Aquello no tenía remedio...

—Papá —dije—, ¿me quieres?

—Sí —contestó rápidamente—. Sal de ahí, Víctor, hijo mío. Sal de ahí y dejémoslo. Te quiero como... como si fueras hijo mío de verdad. ¡Sal de ahí

inmediatamente!

—Y yo —contesté, sintiendo, ¡imbécil de mí!, que los ojos se me ponían húmedos... Pero era por el calor y la opresión, no porque fuera a llorar; nada de eso —. Y yo. No sé por qué, pero te quiero también. Nunca he tenido un padre de verdad...

—¡Sal de ahí!

—Nasti. Soy un niño criminal y perverso, no se perderá mucho. Recojo hilo y salto dentro. Allá vamos.

Yo creo que en este momento estábamos los dos más desganguillados y desinflados por nuestra mutua declaración de amor que por los peligros tubosos, o sea, del tubo. Salté al otro lado. Hubo un chasquido seco, dos láminas de metal surgieron de las paredes del tubo y con un sonido raro, igual al de un violín que se rompe mientras está tocando, se detuvieron. Cosa de dos dedos de puro acero salían de las paredes, sin interrumpir la ida ni la vuelta.

—Ya he pasado, papá...

En ese momento un silbido me ensordeció. Hubo un resplandor como de relámpago eléctrico, que dejó pálida la luz de mi gorro; varios rayos rojos se cruzaron ante mi vista. Grité. No veía nada. Algo había chocado contra la coraza, con un golpe bastante fuerte...

—¿Qué pasa? —aullaba Garuslap.

Cuando recuperé el respiro y la vista, se lo expliqué. Hasta me pareció oír la respiración fuerte de papá en el teléfono.

—Menos mal... no es nada... es un láser. Pero la coraza ha aguantado, Víctor. Déjalo si quieres, hijo mío.

—Que no.

—Yo no soy un desalmado como los imperiales... no puedo arriesgar la vida de un niño. Víctor, por amor de Dios...

—¿Qué dios? ¿El del Amor Eterno? ¿El de la Mano Abierta? ¿El de la Salvación Secundaria? ¡Hay tantos, papá!

—¡Hay un solo Dios, Víctor! ¡No blasfemes!

—Sigo, padre amado, bien de mis días jóvenes. Cuidaré de ti en tu vejez y te daré sopas calientes.

—¡Deja de burlarte de todo!

—Si no me burlase de todo, papá... ¿estaría aquí dentro?

Se calló como si le hubieran cortado la sin hueso. Y seguí, reptando como una culebra de las minas, sudando por todos los poros y desojándome continuamente para ver si había algo irregular en el condenado tubo. Me picaba todo y, entre las estrechuras y la coraza, no podía rascarme. Me parecía como si tuviera mil bichos metidos entre la armadura y la piel... ¡Maldita sea! Había cinco puntos claros en el

tubo, dispuestos en círculo. Se lo dije a papá. Eran fuentes de calor que podían cocerme en tres segundos, caso de que no hubiera llevado aquel forro de acero. Les metimos otro peine y pasé. Pasé también dos recodos más, y conseguí ver ya al fondo la puerta de la caja, con cuatro discos de combinación y una cerradura. Adelanté la carretilla, y un relámpago azulado vibró ante mis ojos. Me quedé quieto, y tiré un poco de la carretilla hacia atrás. El juego delantero de ruedas se quedó en el suelo, cortado limpiamente, como si el carrito hubiera sido de queso.

—Es una cuchilla de alta velocidad —dijo papá, tembloroso—. Tienen un solo muelle, de manera que no es fácil que se dispare otra vez. Coge una vara de aluminio que hay en el carrito y métela delante.

Lo hice. Tres cuchillas más se dispararon como rayos, cortando la vara de aluminio en rodajas, como un salami. Al tercer corte sólo me quedaban tres dedos de vara... ¡y no tenía otra! Pero ya había logrado localizar la línea un poco más profunda que identificaba las cuchillas, y vi que no había ninguna más.

Otra franja clara en las paredes. Estaba ya a un metro y medio escaso de la puerta. Tenía tres centímetros y continuaba a lo largo de todo el tubo.

—Es otra compuerta de presión —dijo papá—. Busca los agujeritos.

¡Maldición! Había agujeritos en tres sitios diferentes, y sólo quedaban dos peines. Hubo un silencio tan largo al otro lado del teléfono que pensé que papá se había muerto.

—¿Estás ahí? —dije, sintiendo como el sudor me resbalaba por la frente. ¡Pensar que a treinta centímetros de mí estaba el campo abierto, el aire, las rocas de Golconda! Y yo allí metido, en aquella tumba de acero.

—Sí, estoy aquí. Ve metiendo un peine en cada uno de los juegos de agujeros. Luego pon el medidor de campo.

Lo hice así, esperando que por un milagro las cosas estuvieran tan mal hechas que papá pudiera saber cuál era el agujero bueno. No hubo esa suerte. Me encontraba débil como un enfermo de ciento veinte años cuando papá dijo:

—Lo siento, Víctor. Habrá que dejarlo. No puedo identificar cuál es el contacto verdadero. Vuelve aquí. Hemos perdido.

—Papá —dije—. Si meto los dos peines, son dos probabilidades contra una, ¿no es así?

—Eso es. Pero, Víctor, no puedo pedirte...

Creo que en el fondo estaba deseándolo. Que siguiera, quiero decir.

—Papá... ¿qué hay en la caja?

Se calló. No dijo nada. Ni siquiera le oí respirar.

—¿Hay dinero? ¿Joyas? ¿Algo mejor que dinero? Lo que sea... ¿te hace mucha falta?

Habló con voz ronca, como si no supiera qué contestar. Este hombre, a veces, me

parecía demasiado blando como para llevar aquellos asuntos tan complicados que llevaba.

—Hay dinero, sí. Y también cristales de praseodinio... Se utilizan en las armas láser. Esto es lo que ando buscando.

—¿Cuánto dinero?

—No lo sé.

—Si sigo... ¿me lo das a mí y te quedas tú con los cristales ésos?

Lanzó una especie de rugido.

—¡Eres... eres...! ¿Es que tienes que aprovecharte de todo? ¡Ese dinero es vital para la causa... nos hace falta!

—Tómalo o déjalo, papi.

Se me hacía la boca agua pensando en cuánto habría allí. ¿Un millón de créditos? ¿Dos millones? ¿Quizá más? Desde luego aquello permitiría acelerar mis planes una barbaridad. Lo sentía un horror, palabra, pero no estaba dispuesto a ceder.

—Un veinticinco por ciento para ti, Víctor.

—No. Todo. Tú te quedas los cristales ésos.

—¡La mitad!

Chalaneó como un desesperado, y como yo sabía que no era hombre de esa clase, estaba claro que la causa en cuestión debía de ser muy importante y decisiva como para que se comportase así en esas circunstancias, habiendo dicho que me quería mucho y teniéndome allí expuesto a una muerte horrible. Pero yo no estaba dispuesto a ceder, y no cedí. Tuvo que hacerlo él. Me lo imaginé sudoroso y con los rasgos desencajados y un fajo de mal genio dentro. Pero ¿qué podía hacer yo? ¡El negocio es el negocio!

—Está bien —dijo él—. Mete dos peines. Pon el medidor de campo. Después recoge hilo y salta dentro. Si hemos acertado, no creo que quede nada antes de la caja; si no es así, te quedarás aislado. Espero que la compuerta no corte el hilo del teléfono. Pero, por si es así, te explicaré cómo has de hacer para abrir la caja.

Me explicó cómo funcionaba el fonendo y la llave electrónica. Eran lo mismo que yo estaba acostumbrado a usar, pero mucho más perfeccionado. Con aquellos chirimbolos, abrir la burda de la maría sería coser y cantar. Dije que sí, enrollé hilo suficiente para tener libre juego si me quedaba encerrado, y entonces vino lo malo: ¿dónde metía los dos peines?

Era absurdo creer que un sitio era mejor que otro, de manera que los metí donde me dio la gana, sin pensar más y confiando en que siempre he sido un niño de suerte. Luego apliqué el medidor de campo, esperé a que hubiera hecho ruido, hundí los peines profundamente, y cogí aire. Salté, con un impulso, arrastrando del empujón la carretilla y las demás herramientas. Fui rodando como una bola hasta la puerta de la caja, donde me di un topetazo que me produjo un escorchón en la frente, del rebote

del casco. Detrás de mí oí un estampido seco. Con el alma en un hilo retorcí la cabeza para ver algo. Contemplé una pared de acero negro y el hilo del teléfono cortado.

—¡Papá!

Nada, era inútil. Estaba encerrado allí para toda la eternidad. ¿Suerte? ¡Maldita sea mi suerte, si es que era eso! ¡Había dejado sin meter el único peine que hacía falta! ¡También es mala pata!

—Papá, ¿me oyes?

Esto era una estupidez. Tiré del hilo, que se arrastró hacia mí. El final estaba cortado a cuchillo, mostrando el cobre brillante. Me imaginé a Garuslap arrastrando su trozo de cable y tirándose de los pelos. Bueno. Calma, Víctor, calma. No te pongas nervivivio-o-so-o-o-so. Si te mueres será de asfixia, que debe de doler bastante poco. Pero ¿qué sería de los muchachos y de Taberner? ¿Qué harían aquella pandilla de besugos?

Coloqué el fonendo en la plancha frontal de la maría y comencé a girar muy despacio las ruedas. Media hora después había localizado tres de los cuatro pestillos, pero estaba comenzando a sentir un calor agobiante y me parecía haber perdido sensibilidad en la punta de los dedos. Clic. ¡El cuarto pestillo entró en su lugar! Ya tenía las cuatro ruedas a punto. Ahora la llave electrónica. Aquello era casi automático, Mortimer. Meter la tija dentro y dejar que las pilas y las ruedas de la borja actuaran por sí solas. Hubo chasquidos, crujidos y gañidos a montón. Luego la borja se quedó quieta. La giré, y lo hizo suavemente; sentí perfectamente cómo las guardas se movían bajo la plancha de acero. Agarré el asa y tiré.

La puerta no se abrió.

¡Maldita sea, aquello era imposible! Empecé a sentir un ahogo en el pecho, mientras repasaba otra vez los pestillos. Nada. Aquello estaba perfecto. El amplificador del fonendo marcaba perfectamente el roce del diente vivo, en contraste con el giro en vacío de las ruedas. La borja giró una y otra vez, con un ruido engrasado, moviendo claramente todo el mecanismo interior de la puerta. ¡Maldición! ¡Pero si podía oír hasta los cerrojos al entrar y salir...! Tiré con rabia una vez más.

La puerta no se abrió.

Llevaba la Alakrán bajo la armadura, y por un momento se me ocurrió usarla contra aquella maldita burda que no quería abrirse. Hubiera sido una estupidez, porque no hubiera conseguido nada y, seguramente, el disparo habría rebotado contra mí. El tubo me oprimía como si toneladas de acero pesasen por todas partes sobre mi cuerpo. ¿Estaba haciéndose más pequeño, o es que me parecía a mí? Di un bote brutal y me aticé un coscorrón en la cabeza, que de no ser por la armadura, me la abre en cuartos. ¿Quién me mandaba a mí meterme allí? Grité, llamando a Garuslap, aullando que me sacasen de allí, que sería bueno, que no lo haría más... Si hubiera podido darle el dinero a Garuslap para que me sacase (bueno, no todo) se lo habría dado. Me

prensaban las paredes y los pulmones me quemaban. Sentía como un cuchillo en el pecho cada vez que respiraba.

Y de pronto, en uno de los saltos que daba, caí sobre la puerta. Se abrió suavemente, *hacia dentro*. No me detuve a pensar: empujé con todas mis fuerzas, en vez de tirar. Oí cómo el muro de acero, detrás de mí, se deslizaba hacia dentro, movido por ocultas palancas. Los gritos de Garuslap llegaron hasta mí, aunque con la reverberación del tubo casi no se le entendía.

—¡Víctor, Víctor!

No me detuve a mirar lo que había en la caja. Salí a reculones de allí y no me paré hasta que vi de nuevo el aire y el sol de Golconda. Me quedé sentado como un pánfilo, mirando a papá, que estaba arrodillado ante la boca del tubo, mirándome a mí. No nos dijimos nada. Encendí un cigarrillo, que lo estaba deseando con furia tremenda, y pregunté:

—¿Qué pasa con las trampas ahora?

—Están desactivadas.

Así que entré y saqué seis cajas esmaltadas en negro, del tamaño de una caja de zapatos. No había más en el interior de las paredes de acero. Puede decirse que aquello estaba casi vacío.

Una de las cajas contenía el dinero: ¡ciento veintiséis mil créditos en total! A papá Garuslap le dio un ataque de risa, y yo me puse rojo de rabia. Las otras cinco cajas contenían los cristales en cuestión, pequeños como granitos de arroz y con forma de U. Según dijo papá, cada una de las ramas de la U lanzaba un rayo, que pegaba en una bola de plástico con deuterio que salía por el cañón del arma. Entonces el deuterio estallaba, armando la gorda. Había veces que las armas echaban dos cápsulas de ésas, y sobre la primera explosión se producía otra, liándola más todavía. Los rifles o pistolas corrientes llevaban unos veinte cristales; los láser de las astronaves de guerra podían llevar hasta dos mil. Habría en aquellas cajitas... ¡qué sé yo! Miles o centenares de miles de cristalitos de aquéllos.

Papá hablaba mientras yo cogía con una mano los ciento veintiséis mil créditos y con la otra la Alakrán, por si acaso. Pero no era ése el estilo de papá; además, aquello, bien mirado, aunque fuese dinero, no era para tanto. ¡Yo que había pensado en millones de créditos!

—Hace treinta años se descubrió en Golconda un yacimiento de praseodinio. Se refino a toda prisa y se enviaron los cristales a Quajardasht. Pero no llegaron, ya ves...

Volvimos al Mutzbunk, hicimos las maletas, le dejé a Mazagrainer las últimas instrucciones y píldoras para un mes, prometiéndole mandar más por caravana, así como también dos muchachos, que podían pasar por nietos suyos o así, para que controlasen mis asuntos. Me despedí de Michenzell y también de Odalia. Ellas se

preparaban también para marchar, pero con menos prisa.

La última noche que pasé en el Mutzbunk no pude dormir. Daba vueltas en la cama pensando que todo aquello era mío y en lo que yo iba a sacar de allí. También pensaba en los recursos que no había tenido que utilizar:

a) Destrozar la central atómica, de manera que se quedasen sin energía. Peligroso, porque hubieran pensado que algún enano infiltrado estaba operando desde dentro. ¡Demasiado metí la pata con las cañerías del Control de Aguas!

b) Colocar una droga atontante que tenía yo en los filtros del agua y dejarlos a todos medio lelos. Hubieran firmado lo que fuera preciso, aunque después el asunto se hubiera estropeado.

c) Hacer recaer sobre Arasquez sospechas de estar confabulado con Valtour mediante una carta falsificada y una suma de dinero estratégicamente colocada.

d) Lo más gordo. Buscar la nave de los dos doctores, aprender su funcionamiento y freír parte del Mutzbunk por la noche mediante un ataque aéreo.

Pero nada de eso hizo falta. Al día siguiente, de mañana, emprendimos el regreso. Durante la vuelta, papá se refirió varias veces a Valtour y habló de él como si existiese verdaderamente. ¡No podía ser tan tonto! Llegué a la conclusión de que no lo era. Sencillamente, no quería saber que yo había hecho todo aquello; no quería. Su mente lo rechazaba y prefería creer en la existencia de Valtour. ¡Pues bueno, si era su gusto! También me endilgó un discurso muy raro sobre descubrimientos anticipados por escritores y lo que había sucedido en realidad. No me interesó. Dos meses después de abandonar Golconda Central estábamos de nuevo en ella. Y así, compañeros, fue como compré el Mutzbunk.



## 4. LA PRINCESA

### *Segunda parte*

Golconda Central me pareció una cosa completamente distinta. Con razón dicen los prohibidos que el viajar ilustra. Sabía yo ahora tantas cosas sobre el Imperio Galáctico, la cosmografía, las astronaves y la organización de todo, que no podía comprender cómo había sido tan bestia antes, y me había podido mover por Golconda Central sin saber una palabra de dónde habían salido las cosas y por qué eran así.

Por ejemplo, yo ahora sabía que la población total de Golconda era de unos diez millones de habitantes, y de ellos casi cinco vivían en Golconda Central. Sabía que en otros lugares había rascacielos y edificios enormes, pero que aquí no. Sabía también por qué se había construido desordenadamente, y por qué Golconda Central era tan grande que podías andar y andar durante horas y días sin salir de ella. Me daba cuenta también de las barbaridades que había hecho en mi juventud obrando a tontas y a locas, y exponiéndome a que se supiera que un niño mutante andaba suelto por el universo. Por cierto que poco antes de separarme de Garuslap, habiéndome él oído decir eso de «niño» alguna vez, me contestó:

—Eres un caso tan especial que a ti no se te puede llamar niño. Veamos... Yo te llamaría «paidos».

—¿Huh, papá?

—Paidos, del griego. Significa niño también, pero parece más clásico. El paidos Víctor Lanyard.

Me gustó la cosa y se lo dije a los muchachos cuando tomé contacto con ellos a la vuelta. Bueno, ¿para qué voy a decir la recepción que los chicos me hicieron? Había gente nueva que ya había alcanzado toda la sabiduría precisa. Vamos, los chicos de buena familia a quienes les había dado yo la píldora. Disko, que tenía las direcciones, los había fichado en el momento en que llegaron al final. Y ahora estaban con los demás, preparados para todo. Escogí dos buenos paidos, Fortie, un excelente experto en contabilidad, abogado en nuestra facultad privada y con conocimientos de cuentas y eso, hasta el final; y, ¡qué remedio!, pero no me quedó más solución que prescindir de Tatum. A los dos los adoctriné bien y los mandé en la primera caravana hacia el Mutzbunk con dotación de píldoras e instrucciones suficientes. Así, uno llevaría todo el manejo legal y contable, y el otro controlaría cualquier repente que le diera al abuelo Mazagrainer. Yo hubiera querido ir a ver a Francesca de momento (claro que de eso no le había explicado nada a Disko Tolliver, ¡faltaría más!), pero las obligaciones del cargo son eso, obligaciones, y aún quedaba por resolver lo del túnel del asesino Cavanaugh y alguna cosa más.

No se había hecho ningún asalto, siria ni chore mientras yo estuve fuera. Disko, cuando fue preciso, había comprado, ¡qué horror!, libros de texto, y tenía ahora a mis

órdenes una excelente compañía, con tres médicos, dos pilotos INC, un ingeniero, dos expertos militares y en armamento, táctica y demás, el abogado Fortie y otras profesiones sueltas como un arquitecto, un químico y un biólogo. No tenemos ningún geólogo, ni físico-matemático, astrónomo, físico atómico, ni muchas otras cosas más. Pero todo llegaría. En resumen, un equipo de chicos estupendos, deseando trabajar y hacer cosas, y con una preparación maravillosa, en mi opinión. Los nuevos estaban estudiando también, pero los pobres ya no sabían nada de churis, borjas, ni del mundo del bronce en general. Claro, eran la segunda generación.

Hubiera tenido que visitar al profe Taberner, pero había otra cosa que me estaba picando mucho más por dentro: Francesca, naturalmente. Así que, después de dos días de poner cosas en orden, organizar la contabilidad con ayuda de Fortie (antes de que marchase al Mutzbunk) y formarme una especie de *staff* o estado mayor para comentar mis planes, me preparaba a salir de excursión cuando Disko va y me dice:

—Tengo una sorpresa para ti, jefe.

A mí las sorpresas de Disko me dan mala espina, más que nada porque saca ideas que yo no he tenido. No es que quiera pisarme el puesto; no, nada de eso. Es demasiado noble o así como para atreverse a tal cosa, ¡pobrecillo!, pero no puede evitar que se le ocurran cosas y, con toda su buena intención, las zampa sin pensar que con eso me perjudica porque, si soy el jefe, todas las buenas ideas deben venir de mí. Yo estaba preocupado porque papá no había podido marchar de Golconda aún, con su cargamento de cristales. Había perdido la última astronave y tardaría aún dos meses en haber otra. Durante estos dos meses podía servirlo la bofia y, como se enamorasen de él, seguro que lo harían. De momento, estaba hospedado en LAS ARMAS DE GOLCONDA, sin salir y muy preocupado. Yo lo llamaba por teléfono alguna vez, pero no iba a verlo, por si acaso. Bueno, pues como estaba preocupado con eso, le contesté de mal talante a Disko:

—¿Y qué diablos se te ha ocurrido ahora?

¡Pobre Disko! ¡Se quedó blanco! En cuanto lo vi me arrepentí un ciento, y le hubiera pedido árnica a gusto, pero eso no lo podía hacer. El mando está en el mando y no caben debilidades. De manera que insistí, más suavemente:

—Venga, Disko. Dime lo que sea. Tengo muchas cosas que hacer.

—Hay... hay alguien más que no he podido presentarte aún, jefe. Sólo viene a vernos un par de veces a la semana, cuando puede. Está en la antesala, esperándote.

Debo decir que también habían comprado madera y barnices y habían hecho unos estupendos muebles de nuestro tamaño, de manera que teníamos la vieja mina arreglada y limpia como la lengua de un fakir. A mí me habían instalado un despacho con una gran mesa, varios sillones de mullido, lámparas, una alfombra, cuadros en las paredes y un pequeño bar. Habían trabajado todos en ello, pero la dirección correspondió al bueno de Tatum, que se había revelado como un ebanista fenomenal.

¿Quién iba a decirlo? El ingeniero Colomer había tendido una línea eléctrica hasta un poste de alta tensión, colocando unos transformadores y unos interruptores de seguridad, y teníamos kilovatios a manta. Decía Colomer que eran tan poca cosa que lo achacarían a pérdidas atmosféricas de alto voltaje o algo por el estilo. Pero a lo que íbamos, era una maravilla, quitando que si un prohibido hubiera visto nuestras instalaciones, le habrían parecido casa de muñecas. ¡Casa de paidos!

—Que pase —dije, arrellanándome en mi sillón, encendiendo un cigarrillo, y echando una ojeada a las listas que tenía sobre la mesa: balances de dinero, listas de almacén, planificación del Mutzbunk y planos de Golconda Central con todas las indicaciones. Me hice el ocupado mientras la puerta se abría y se cerraba. No levanté la vista, como si aquellos documentos me absorbieran hasta el tuétano. Luego, así como con displicencia, lo hice. A ver quién era.

—Buenas tardes, jefe —dijo Gustavo de Hokusallmi.

Me levanté de un salto.

—¡Tú! ¿Qué haces tú aquí?

Disko Tolliver se había eclipsado discretamente, muy escocido por el sofión que había caído sobre él en forma de brusca contestación. Estábamos solos Gustavo y yo; él sonriendo muy amablemente y yo con una sorpresa de dos toneladas dentro. Pero disimulé.

—Siéntate —dije—. ¿Una copa?

—Lo que tú quieras, jefe.

—Ahí está el bar. Ponme un dedo de Samar, sin hielo. Tú, sírvete lo que quieras.

Éste es uno de mis muchos trucos para que, sin darse cuenta, vayan acostumbrándose a obedecer mis órdenes. Gustavo lo hizo, y colocó el vaso ante mí.

—Bueno —dije—, esperaba contarte entre los nuestros, pero creí que tendría que ir yo a buscarte. ¿Cómo nos encontraste?

—Hace tres semanas noté... bueno, lo que todos vosotros habéis debido notar —dijo—. Pero yo no estaba solo. Estaba con Francesca.

Me miraba fijamente, como esperando que preguntase algo. Naturalmente, no lo hice. No caigo yo en esos cepos.

—Sigue.

—Me di cuenta de que no podías ser el único. Tenía que haber más gente contigo. Entonces, me dije que el mejor sistema era salir por Golconda Central para encontrarte.

—Pero tu hermana me dijo que te habían mandado a otro planeta.

—No. A otro planeta no, jefe. Solamente a una escuela, interno. Vaya. Qué mala idea tenía Francesca en aquellos tiempos, ¿verdad?

No le contesté. Me limité a mirarle fijamente.

—Mamá me sacó en seguida. Y no porque me quiera mucho. Siempre ha

preferido a Francesca. Pero lloré y supliqué. Me perdonó y volví a casa. El cambio se completó allí, junto a Francesca. Hemos hablado mucho, ¿sabes?

—Sigue.

—Di vueltas por Golconda siempre que pude, tratando de encontrarte. Un día, en una librería, vi a Disko comprando unos libros. No era difícil para mí darme cuenta de que era distinto. Hablé con él, le expliqué cómo me diste la píldora... y aquí estoy. Cuenta conmigo para todo, Víctor...

—¡Jefe!

—Perdón. Jefe. Cuenta conmigo para todo, jefe. He estudiado diplomacia y propaganda de masas, medios de comunicación, periodismo y radio. Espero que te sea útil.

—Todos sois útiles.

Quería hablarle de ella pero ¿cómo hacerlo? Es muy molesto pedir esa clase de explicaciones a un inferior. De todas maneras, era preciso.

—¿Y tu hermana?

—Ella también ha concluido el cambio. Te espera.

—¿Has hablado de ella con los demás chicos?

—No. No me pareció oportuno. Tanto hombre y una sola mujer... no es conveniente. Además, ella te espera a ti sólo. A nadie más.

—¿Estás de acuerdo con eso?

—Es un honor para mí, jefe. El más grande honor en que yo pueda pensar.

—Grount —dije yo, gruñendo en voz baja. No acababa de gustarme Gustavo de Hokusallmi. Lo veía hipócrita, adulator. Pero todo elemento humano es útil si se sabe emplear—. Bueno —seguí—. Bueno, bueno, bueno. Has hecho bien. No es conveniente que sepan lo de Francesca, por ahora.

—Gracias, jefe. ¿En qué puedo ser útil? Ardo en deseos de servir a la causa.

Otra causa. ¡Mientras no fuese una causa sosa y blandengue como la de Garuslap! Yo sabía cuál era «mi» causa pero ¿cuál era la de este sujeto? ¡Qué más daba!

—Lo harás, Gustavo. Pero no es el momento aún. Continúa dándole a los estudios. Y otra cosa: necesito toda la información posible sobre los efectivos militares de Golconda, astronaves de guerra, polvorines, planos de acuartelamientos. Todo eso. ¿Puedes conseguirlo?

—No me será difícil —dijo, con una sonrisa torcida—. Lo tendrás, jefe. Todo lo que tú quieras.

—Está bien. ¿Cuándo puedo ver a tu hermana?

—Te espera. Todas las tardes, a la misma hora, está en el lugar en que nos conocimos. Quiere verte, Vic... perdón, jefe. Quiere verte. ¿Vas a ir hoy?

—Sí.

—Yo me quedaré aquí. Estaréis solos.

Resultaba baboso y algo repugnante ese ofrecimiento. Pero mi carne es débil cuando yo quiero que lo sea, y en esta ocasión era total y absolutamente débil. Me quemaba el cuerpo por dentro en deseos de ver a Francesca. Le hubiera preguntado a Gustavo si era hermosa, si era una mujer... ¡una mujer paidos! Pero hasta ahí podíamos llegar. ¡Faltaría más!

—De acuerdo. Puedes retirarte.

Toqué el timbre. Entró Disko Tolliver, muy mohíno.

—Sitúa a Gustavo de Hokusallmi en una buena habitación, Disko. Se encargará de propaganda y espionaje. Que conozca a los dos militares, Stroud y Dugansailer. Más tarde discutiremos la partida de presupuestos que puede endiñársele.

—Lo que tú ordenes. ¿Alguna cosa más?

—¿Mandas algo, jefe? —dijo Gustavo.

—Nada más. Podéis marchar... ¡Hale!

Acabé el Samar sin hielo a solas, con los pensamientos girando alocadamente en mi cabeza. Tenía en el fili aquel absurdo colgante, falsa joya de un recuerdo muy viejo, que Francesca me había regalado... ¿meses antes? ¡Parecían años, por todos los diablos! ¡Años, sí! Antes robábamos y gastábamos sin medida, hacíamos lo que nos salía de las narices y no nos dábamos mal por nada. Ahora, las cosas estaban cambiando. Partida de presupuesto para espionaje... ¡y había tenido que mandar a Fortie al Mutzbunk! Sería preciso estudiarla con Disko, que era una especie de comodín para todo. Tenía ante mí el balance, con nuestra disponibilidad total de créditos y los gastos presupuestos para un año. La última obra de Fortie antes de marchar, junto con Tatum, al Mutzbunk. Sería preciso organizar alguna siria discreta para allegar más fondos. Pero antes podía ponerlos a todos al laboro, porque eran colegas: Mano Roja, Corazón de Hiena, Terror de los Mares... ¡Leñe! Ahora eran el ingeniero Colomer, el doctor Basenger, el general Dugansailer, el piloto INC Tsuyami... ¿cómo podía pedirles que fueran a asaltar una panadería, una tienda de electros, una armería, o un stadium con julays solitarios? ¡Maldita sea; esto era imposible! Pero todo se resolvería... todo tendría su solución.

Me vestí a solas en mi alcoba, enchufándome una chaqueta azul marino y una corbata negra con dibujo de pavo real auténtico cuyas plumas en miniatura salían de la corbata. También un pincho con un hielo de dos kilates (ocho coma dos milímetros de diámetro), pantalones largos, grises con rayas negras muy finitas, camisa azul Cielo de la Tierra, pañuelo de seda, pitillera de plata con doce Rose Flavour Medium Size Extra Filter, y un pequeño estuche con una sortija de sorna con un diminuto rubí engastado. Me perfumé, me despedí de los chicos y salí a la calle, pisando con mis botas altas de ofidiopiteco de Mendel. ¡Toma ya! Y no olvidé la Alakrán, claro está. Me hubiera sentido desnudo sin ella... en el buen sentido de la palabra desnudo. ¡Qué pensamientos tenía yo cuando caminaba por las calles de Golconda! Hacía... no sé

bien cómo decirlo... palpaba ambiente.

Golconda Central crecía a ojos vistas. En una calle estaban edificando una casa de cuatro plantas, y no era un edificio oficial. En otra, abrían una oficina de despacho de billetes para las líneas regulares, que se iban a incrementar, según decía el anuncio, en «no menos de tres astronaves mensuales». Decía también: Líneas directas a Barlión (dos viajes mensuales), Lexter (un viaje mensual, con enlace a todos los mundos conocidos), Nílfide (un viaje bimestral), Punto Cinco y Mendel (un viaje trimestral), Gander (un viaje bimestral), Quajardasht y la Tierra (un viaje semestral a cada uno de los dos planetas). De los demás no decía nada; había que enlazarlos desde Lexter, normalmente, o desde la Tierra, también. Los precios estaban por las nubes, y subiendo. Cada vez eran más caros los viajes hiperespaciales, y eso que el generador Gadow, según había leído yo, no resultaba demasiado gravoso.

Estaban montando una nueva fábrica de oxígeno, postes de telégrafo, con esos gordos cables recubiertos de mil aislantes (el magnetismo cabra de Golconda, como es lógico), había en las calles movimiento de vendedores, pobres hídricos con su recipiente de hojalata, parejas de pasma, caravanas de mulas, carretas cargadas de lingotes camino del astropuerto, chicas del barrio del buen vivir, Ejército de Salvación, espaciales de la guarnición con un uniforme de paseo, azul oscuro con bandas de plata, comerciantes en gemas, administrativos, familias con sus niños más queridos, carromatos con pesada maquinaria dirigiéndose hacia la zona salvaje, y otros con grandes depósitos de plástico llenos de agua. Por todas partes se oían músicas, surgían humaredas, se escuchaban mil voces... ¡Diablos, Golconda era hermosa, si se sabía cómo mirarla! Con ese cielo casi siempre rojo, a veces azul rojizo, verde al amanecer, sin nubes, salvo en rarísimas ocasiones. Aún no sabía yo lo que era llover... ni me lo podía imaginar siquiera. ¿Agua cayendo del cielo? ¿Desde dónde?

—Niño, ten cuidado —me dijo un hombrón malencarado—. A ver si miras por dónde andas.

—La que no sabía por dónde andaba era tu madre —dije yo, automáticamente. Para evitar líos, y por si le sabía mal, me escurrí entre la multitud. ¡Odiosos prohibidos, siempre imponiéndose a las personas de bien!—. ¡Por eso naciste tú, mal parido! —le grité aún desde una esquina.

Salió zumbando detrás de mí. Le eché la zancadilla, se cayó al suelo largo, dándose una costalada de tamaño natural, y me creo yo que para cuando se levantó a mí no se me veía ni con telescopio electrónico. Me supo mal hacerle esto porque tenía cara de poco inteligente, pero ¿por qué me insultaba, si sólo le había rozado una manga?

Vi el trazo plateado de una astronave al dirigirse al astropuerto, chafarrinando el cielo rojo como una espada que estuviese rodeada de sangre, como un lingote de plata

recién fundido sobre un lecho de brasas. ¡Maldita sea! Estaba volviéndome romántico, el corazón me latía aprisa y todo yo era pura jalea. ¡Francesca! Ya no me faltaba mucho para llegar a la fortaleza de «la Apisonadora». Como sucede siempre en los barrios ricos, la gente disminuía, no había pobres hídricos, ni espaciales, ni chicas de alterne. Sólo algún tío vestido de marrón oscuro, de azul o de escarlata con vivos verdes; tíos serios y zangolotinos, con pinta crediticia y adinerada. Tampoco había mineros, mulas, caballos, curas, ni otras personas semejantes. En cambio, había más parejas de la carga que nunca, pero como yo iba bien fardado y con pinta de chorbo rico, no me dijeron ni plus. Vi algún jovencito con marchosa de color rojo, una mesuna de lujo con letrero de neón y gachó con parpusa de cordones en mitad de la burda, y tales eran mis nervios que se me olvidaban las palabras bonitas que había aprendido en los libros y me venía a la sin hueso el chamulle de mi niñez. ¿Y por qué no? Yo había salido de la mugre y hablaba como ellos, que traición sería no hacerlo. La pringue me crió y de ella soy. Conozco (de lejos) a los saqueros, me expuse a una buena sapla, y si no he ido al saco ha sido por pura suerte. Mejores días me esperan, no sejonía, pero sí sigó. Ni he caído tan bajo para ser soplón, soñarrera ni quinaor. Más lejos que eso miro yo, por el Dios de la Mano Abierta. Un pasma mirándome, leñe. Preparado para dar peta, Víctor mío...

Pero no hizo falta. El buen farde protege, desde luego, y mis pintas de niño rico y de buena familia eran tales que el cargueño casi me saluda. Mi chava me estaba esperando, y el hilillo de agua, sin que nadie hubiera arreglado nada, continuaba escurriéndose a través de la piedra cuadrada, removida y esperante. Del verbo esperar, uno de los verbos más bonitos que vienen en los libros.

Deslíceme, pues, en silencio y sin que nadie me guipase, a través de la piedra. Quiero decir del hueco de la piedra. Los mismos matojos, más crecidos; el barro y la tierra del jardín de la general; mi corazón (mi rosco) latiendo y farfullando extrasístoles como loco sin atar; y a través de las hojas, a través de la eternidad, ella...

Tenía unos juguetes alrededor: muñecas tiradas en el suelo, cazuelitas de aluminio, una cocinita pequeña, un aro... Pero no les hacía caso. No jugaba con ellos. Estaba sentada en una piedra cuadrada, no muy alta, con la barbilla apoyada en un puño y la mirada perdida a lo lejos. No canturreaba tontamente, no trazaba rayas con los pies en el suelo, no se metía los dedos en las narices, y en sus manos, ¡oh Dios de la Paciencia!, en sus manos surgían unas largas uñas pintadas de verde dorado, tal como el tono que estaba de moda en plena Golconda...

Creo que hice ruido al atravesar la cortina de hojas, o tal vez fuera el latir de mi corazón, que debía de escandalizar en unos veinticinco kilómetros a la redonda. Se alzó, ¡qué hermosa estaba a pesar del ridículo traje de organdí rosa hasta media pantorrilla!, y clavó en mí unos ojos azules como los buenos minerales de cobre.

—Víctor —dijo—. ¡Víctor! ¡Por fin!

Bueno, yo no sé cómo, pero en dos décimas de segundo estábamos abrazados los dos y besándonos como si no hubiéramos hecho otra cosa en nuestras puñeteras vidas. Era fuerte. Era fuerte ella. Tenía los hombros anchos, las caderas robustas, los brazos llenos de pasión, el rostro frío y como cubierto de los licores más dulces del mundo o del universo entero. Sus labios eran algo que no me gusta decir: indescriptibles. Y digo que no me gusta decirlo porque no hay nada que no pueda describirse. Pero creo que los dos estábamos completamente destrozados por los nervios y por el deseo de encontrarnos; si uno hubiera sido azúcar y el otro agua, allí no queda más que un charquito de jarabe.

—¡Oh, no! —dijo ella, cuando nos serenamos un poco—. ¡Oh, Víctor, no! —jadeó—. No quiero que me veas así...

—¿Por qué?

—Así no, Víctor; así, vestida de niña pequeña, no, Víctor...

Me cogió de ambas manos y se separó un poco de mí, como para contemplarme mejor.

—¿Ves? —dijo—. Tú vienes vestido de hombre...

—De paidos, Francesca. De paidos.

Giró un poco la cabeza, moviendo la gran melena rubia y fijando en mí aquellos ojos traviosos. Vi que tenía ojeras y parecía desmejorada, como si estuviera enferma. Quise preguntarle, pero no me dio tiempo.

—¿Qué es un paidos?

Hice que se sentase en la piedra cuadrada, y yo a sus pies, como un esclavo, y así le expliqué lo que era un paidos, de dónde salía el nombre, quién lo había inventado, de dónde venía yo, por qué ella era distinta ahora, y muchas otras cosas. Resumidas, claro está. Porque no era cosa de meterse en libros de óperas espaciales cuando teníamos ante nosotros muchas cosas que hacer, y posiblemente toda la vida para hacerlas.

—Pero dime cómo, dime cómo... Por favor, Víctor, ¿es verdad lo que me ha contado Gustavo? ¿Es verdad que ahora somos otra cosa, no niños, algo distinto?

—Claro que sí, Francesca —contesté yo, sin soltarle la mano y mirándola intensamente a los ojos—. ¿Es que tú misma no te has dado cuenta?

Afirmó, muy seriamente, sin decir una palabra. Y permanecimos así un buen rato, como tontos, o como paidos, o como un hombre y una mujer, mirándonos los dos con toda la fuerza de nuestra vista, como si aquellos segundos fueran los últimos del universo y aquel maravilloso tiempo no pudiera repetirse jamás.

—Te he esperado tanto... —dijo ella, por fin. Tenía la voz sensual, ligeramente ronca; justo ese tono de voz que tanto me gusta en las chicas; incluso se parecía un poco a la de Judalong... Pero, vamos, Judalong no le llegaba ni a la suela del zapato.



Francesca era otra cosa; no sólo era mía porque yo viese ahora que así era, era mía porque yo la había hecho.

—Te he esperado tanto... ¡Oh, Dios! Aquellos primeros días en que notaba que iba cambiando, que no sabía quién era ni por qué estaba aquí... Incluso llegué a decírselo a mamá.

—Fue un error.

—Bueno, no tanto, cariño. Ellos no se fijan en lo que les explicamos. «Son cosas de niños», dicen.

—Los prohibidos son mucho más tontos de lo que ellos creen.

—¿Los prohibidos? ¡Buen nombre! ¿A quién se le ocurrió?

—A mí mismito.

—Tienes que contarme tantas cosas... Gustavo ha estado con tus compañeros. Me ha hablado de lo que hacían, cómo estudiaban, cómo se preparaban y todo eso. Yo también lo hice; sabía que ibas a volver, y no quería que encontrases una mujer inculta. ¡No sabes tú cómo se puso mamá cuando me cogió con un libro de educación sexual en las manos! «¿Qué haces con eso?, ¿a qué lees ese libro? ¡No es para tu edad!, cuando seas mayor...».

—Cuando seas mayor... —repetí yo, como un eco, porque aquella frase me traía muchos recuerdos.

—Tanto tiempo esperando aquí, tantos meses jugando con las cacerolitas y las muñecas... —se echó a reír, con una risa grave que me penetraba hasta los mismos huesos. Todo mi cuerpo temblaba como si me hubieran conectado el reostato de un grupo electrógeno; me di cuenta de que dos lágrimas (una de cada ojo) me resbalaban por las mejillas. Ella lo vio y se puso seria; colocó su dedo índice, coronado por aquella esplendente uña, sobre mi rostro—. Pero ¡estás llorando, amor mío! ¿Qué te pasa?

—Dices que qué me pasa —contesté en voz muy baja. Apenas tenía fuerzas para hablar—. Que qué me pasa, Francesca, mi amor, corazón... No sé qué decirte... palabra que no lo sé... Pero yo también he esperado. He sufrido deseando otras mujeres, he pasado unos ratos horribles esperando poder hablar contigo. ¡No sabes tú el miedo que tenía de volver y que el cambio no se hubiera producido...! Bueno —añadí, estúpidamente..., aún tengo el talismán que me regalaste.

Mostré la figurita de marfil (imitación) con la cadena de metal barato que había ido conmigo a todas partes. Ella rió y lloró a la vez, acercándose más a mí y apoyando la cabeza en mi hombro... Olía maravillosamente bien, mejor que ninguna otra chica-mujer que hubiera conocido. La rodeé con mis brazos (he leído esta frase cien veces en novelas de medio crédito, pero hasta ahora no comprendí la importancia que tenía) y ella levantó la cara para que la besase. Tenía la boca entreabierta, con los labios rojos como el cielo, los dientes blancos relumbrando

debajo y los ojos pícaramente entornados. La besé y ella respondió a mi beso apasionadamente... poco a poco mis manos empezaron a acariciarla con suavidad, constatando que en los meses que yo había pasado fuera se había convertido en una mujer.

—¿Me quieres, amor mío? —preguntó.

—¡No sabes tú cómo! ¡Tanto que me estoy volviendo loco!

—¡Oh, no te burles de mí! Estas cosas sólo las sé por lo que he leído... no tengo tu experiencia... —¿Qué tenía yo?—. Has de ser mío. Y yo toda tuya... —prosiguió—. Soy virgen. Me he... he guardado para ti.

También en eso estaba yo de un pez subido. Sabía lo que era la virginidad y lo que había que hacer... pero sólo por lecturas; nada de práctica, nada, nada, nada...

—Francesca —murmuré—, yo soy virgen también... vamos, quiero decir que con una mujer, nunca...

—¿Me has echado mucho de menos?

—Muchísimo, amor mío. Pero pensé que sería mejor apartarme de ti hasta que las píldoras hicieran su efecto.

Cerró los ojos, y cuando bajaron aquellas pestañas espesas y negras me pareció que el sol de Golconda se iba a freír verdes. ¡Cursi, idiota de mí por pensar eso!

—Eres tan delicado, tan comprensivo... —murmuró—. Eres tal como yo pensaba.

—Y tu también, Francesca... tú también. Pero la verdad, llevas un traje que ya, ya...

—No, si lo sé. Tengo preparado algo mejor. ¿Qué hora es?

—La de merendar, supongo.

—Entonces, ven.

Se puso en pie, tirando de mi mano. Estábamos los dos algo desmelenados, sudorosos y con los trajes un tanto revueltos. Si nos hubieran tomado la tensión en aquellos momentos, creo que reventamos el reloj ése que miran los médicos para decir «Doce-ocho», o «Treinta-veinte; está usted cascándola». Sí, seguro; igual damos un millón o dos. Pero eso no me nublabla la cabeza; hice un gesto expresivo señalando hacia la casa.

—¡No pasa nada, Víctor! ¡Verás como no! ¡Ven conmigo y compórtate como un niño! ¿O tienes prisa en marcharte?

—¿Estando contigo? —aullé—. ¡Ni aunque me arrastrasen con cien pares de mulas!

Se echó a reír otra vez, muy roja y halagada por mis palabras. Caminamos hacia la casa cogidos de la mano, mirándonos de reojo, y con los nervios como tirantes de pala mecánica.

Había un espacial de gala en la puerta. Francesca ni se molestó en mirarlo.

Comenzó a hablar tres segundos antes de llegar, justo a tiempo para que pareciese una conversación interrumpida:

—... y entonces Gustavito dijo que tu vendrías a jugar conmigo —le salía una voz finita, mala imitación de la de niña pequeña, pero hacía falta ser un experto para distinguir, y no creo que el espacial lo fuese— y que como eras hijo del rector de la Universidad que podías venir, y yo dije que sí... ¿Te gusta el jardín? Esto es un guardia —señalando al espacial, que puso una cara de circunstancias y una de las sonrisas más imbéciles que he visto en mi vida—. Nos vigila para que no nos hagan daño. Buenas tardes, señor. Mi amiguito y yo vamos a merendar.

El espacial bajó la cabeza, emitió una especie de rugido condescendiente y, ¡cómo no!, nos dejó pasar.

—Hablas como los críos de las novelas —dije.

—Es que se me ha olvidado hablar como los críos de verdad. ¿Se me nota mucho?

Me acordé de Pahlrod y Reza Hossein.

—Aunque se te notase a cien leguas, los muy bestias no se darían cuenta.

—Desde luego —contestó ella—, son un rato bestias. No se han dado cuenta de nada, Víctor. Ni la más ligera idea.

—Vaya, vaya.

Entramos en un gran patio enlosado de mármol, con mesas a los lados ocupadas por escribientes. Guardias armados y civiles, con carteras, iban y venían. Al fondo, una gran escalera que ascendía, iluminada por una vidriera con el emblema del Imperio: el león armado con un alfanje cabalgando sobre una astronave estilizada, todo ello sobre el fondo de un gran sol amarillo de rayos tipo sacacorchos.

Francesca me llevó a una pequeña puerta lateral; era un ascensor diminuto. Nos besamos mientras subía. El parón nos sorprendió en lo mejor del asunto.

—Espera —dijo ella—. Un momento.

Asomó la cabeza, salió y me hizo seña de que la siguiese. No había nadie en el corredor. Las ventanas, cubiertas de cortinas rojas, daban a un patio interior de losas levantadas y rotas. Un solitario espacial, con el rifle cruzado sobre el pecho, hacía guardia en aquel patio ante un garita de madera.

—Aquí.

Debía de ser su habitación, grande como un almacén, con una pequeña cama de color crema en una esquina, una gran cristalera sobre la calle estrechita, alfombras cubriéndose unas a otras, un pupitre para estudiar, libros en una estantería, juguetes por los suelos, un televisor de sesenta pulgadas ocupando una de las paredes. En el techo, uno de los plafones estaba estropeado y la luz parpadeaba sin cesar. La cama tenía mecanismos en la cabecera. Yo había oído hablar de ellos: eran cosas para dormir, para el dolor de cabeza, para que los niños no se orinasen en la cama, para dar

masaje y para despertar a la gente. Eran muy caros aquellos chismes.

Apresuradamente, Francesca encendió el televisor, colocó unos libros abiertos sobre la mesa y deshizo un poco el embozo de la cama.

—No nos vamos a quedar aquí —dijo, poniéndome la mano en el pecho al ver que yo me acercaba de nuevo—. He buscado otra cosa mejor. Aquí pueden entrar, ¿sabes? Si ven las cosas así pensarán que acabo de salir. Dejaré el televisor encendido y alguien me reñirá por ello.

—¿Por qué dejarlo encendido?

—Si te cogen en una cosa mala pequeña nadie piensa que hayas hecho una grande. ¡Eh, Víctor! Mírame a mí, no a la tele.

Era el canal 11, y ponían una película del espacio. Los buenos luchaban con unos monstruos de no sé qué planeta, seres con cara de rana y brazos de gorila.

—Bueno, bueno. ¿Qué canales tenéis?

—El 10 y el 11. También el 19, pero no ponen más que cosas técnicas. Gus, quiero decir Gustavo, y yo, tratamos de arreglarlo para ver el 26, pero no pudimos.

El 10 y el 11 daban noticias generales, películas, dibujos animados, reportajes y cosas de ésas. Todo venía enlatado de la Tierra. En Golconda sólo había emisora, pero no estudios que hicieran programas. El 19 eran cosas técnicas: cómo cultivar el varbrán en las vegas de Gander, cómo manejar una pala excavadora o un horno atómico; también enseñaban idiomas y lecciones de cosmografía. El 26 sólo podían verlo los prohibidos; ponían películas pornográficas y de sadismo, masoquismo, bestialidades, perversiones y fetichismos. En Golconda no había más que esos cuatro canales. Decían que en Barlión, la Tierra, Lexter, Uoen y otros mundos más adelantados había veinte o más.

—Vamos —dijo—. Si oyes a alguien, nos metemos detrás de una cortina.

Caminamos por el pasillo, subimos un tramo de escaleras, recorrimos otro corredor. Todo el tiempo cogidos de la mano y mirándonos a los ojos muchas veces. Yo me iba fijando bien en el recorrido para no confundirme, por si otra vez tenía que hacerlo solo. Ante una ventana, el sol rojo de Golconda iluminó el rostro de mi amada; parecía casi transparente y muy pálido, con profundas ojeras oscuras. Aquella chica no se encontraba bien. En una ocasión, tropezó y tuve que sostenerla.

—Me mareo un poco a veces, ¿sabes?

Oímos un ruido de pasos; como rayos, nos metimos detrás de una espesa cortina azul de tela de esa gorda y peluda. A través de una rendija, por entre los flecos dorados, vi un par de botas brillantes y, al lado, unos pantalones verdes con galón de oro. ¡Maldita sea! Se pararon allí, justo a nuestro lado. «Mamá», susurró Francesca en mi oído, muy suavemente.

—Si esos idiotas creen que es útil al Imperio descubrir más planetas colonizables, están en el error más grande del universo —dijo una voz ronca, procedente de las

botas brillantes—. Tenemos clasificados más de veinte que no pueden colonizarse por falta de gente y de programación.

—Mi general —dijeron los pantalones verdes—. Mi general... Vucencia sabe que no hay manera de parar a los exploradores. Ellos creen, o quieren creer, que hacen un servicio al Imperio descubriendo nuevos mundos... Marsilame volvió a Lexter hace un año con tres nuevos planetas clasificados.

—¿Y para qué sirve eso? La Primera Persona les deja hacer porque su corazón es bondadoso y su espíritu está lleno de amor, pero Marsilame y los demás sólo se dedican a gastar radiactivo y exponer vidas sin necesidad.

No pude evitarlo. Asomé un ojo, porque aunque mi roscó estaba lleno de terror ante la proximidad de «la Apisonadora» no quería privarme del placer de verla. La vi. Era una mujer baja, un poco gruesa, con el cutis muy blanco y unos ojos en los que parecía flotar la muerte. El pelo era blanquecino, muy corto y erizado como un cepillo de púas. Sus manos, ¡vaya manos!, pequeñas, de dedos gruesos, con uñas grandes y cortadas al ras, jugaban con los botones de oro de su guerrera.

—Su Majestad, Luz de los Arios —dijeron los pantalones verdes—, es comprensivo y paciente.

—Vamos —contestó la general Hokusallmi—. Continúe informándome sobre esos mineros de Nábica.

—Envié una compañía de espaciales, mi general. El caso no volverá a repetirse.

Mientras tanto, mi princesa estaba mordiéndome el lóbulo de la oreja. Me puse tan nervioso que la agarré del cabello, planté los labios en los suyos, y para cuando volvimos a tener la cabeza clara, la general y los pantalones verdes habían desaparecido.

Subimos por una escalera de hierro, polvoriento y oxidada, que desembocaba en unas habitaciones cuadradas llenas de estantes con latas de vídeo, otras latas de microfilm, expedientes y legajos que arrastraban polvo de varios años. Con cierto esfuerzo, ayudé a Francesca (¿Fran, quizá?) a mover uno de aquellos estantes y, después, a cerrarlo detrás de nosotros.

La luz del sol me dio en los ojos. Estábamos, sin duda, en una de las cuatro torres que coronaban el palacio de «la Apisonadora». Las había visto de lejos, con sus tejados picudos, sobremontados de un tubo desde donde un escondido centinela vigilaba y apuntaba sobre Golconda quién sabe qué potentes armas. Francesca había construido un nido de amor, que, si no era perfecto, para chicos ya valía. Entre las paredes de obra por un lado, y la estantería de los legajos por otro, había una cama de ésas que usan los militares en campaña, aspas de silosim abiertas sobre el suelo, lona tirante sobre ellas, dos mantas ásperas, una almohada algo más gruesa que una galleta... También unos pocos libros en un armarito hecho de tablas, unas botellas de espumoso de Pharonteón, latas de alubias, jamón, verduras y picadillo de ragnastor;

copas y vasos, toallas, un magnetofón con media docena de carretes (música para un año), velas en candelabros de hojalata, unos almohadones deshilachados, reventados y soltando guata por el suelo, dos latas de galletas, otra de confitura de aguacate, un farol de batería y, en la pared, cuatro trajes colgados de un gancho.

—No es mucho, ¿verdad? —dijo ella.

—¡Vamos! —contesté yo—. ¡Lo es todo, cariño!

Intenté besarla, pero ella no se dejó.

—Te he dicho que así no... Vuélvete de espaldas. O no, no te vuelvas. Dime cuál te gusta más.

Señalaba los trajes.

—¿De dónde los has sacado?

—De todas partes. Los he hecho yo misma, cogiendo tela y viendo figurines. Me los he probado; me van bien, creo. ¿Cuál prefieres?

Había también unos pequeños zapatos de tacón muy alto, de su medida.

—Los pedí para una fiesta. Lloré, grité y pataleé hasta que me los compraron. Me los compró Farah; es mi doncella. Mamá apenas me ve...

—Oye, tú —dije yo, con la duda en el corazón—, ¿y tu padre?

—No hay. Mamá hizo traer esperma de la Tierra, hace diez años. Se la mandaron con el inyector y todo. De ahí salimos Gus y yo.

Menos mal. Cuantos menos parientes políticos, mejor. Ya era malo tener por suegra a «la Apisonadora» para tener que cargar encima con un barbián de su mismo estilo como padre político... ¡Demasiado, vaya!

—¿Cuál te gusta?

—A mí, ninguno. Quítate el que llevas ahora, y vale.

—Ni hablar. Tú vas de prohibido... ¿se dice así? Pues yo me pongo de prohibida también. Luego, lo que quieras, pero antes...

—Lo de antes es lo mejor, según dicen.

—Claro. ¿Éste?

Era una especie de monstruo de plumas plateadas con un cinturón de pelos rojos y una raja a estribor. No dije nada, pero mi expresión debió de ser lo suficientemente clara porque Francesca se echó a reír y sacó otro. Era algo mejor, o sea, verde con hombreras azules y unas tiras fluorescentes. Pero tampoco me gustó.

—Éste es el primero que hice.

Negro, con gran escote y tirantes finitos, largo y sin un solo adorno.

—Ése, Francesca.

—Me llaman Fran. Es más corto.

—Vale. ¡Ponte ése, ahora mismo! ¡Y los zapatos de tacón!

—De ropa interior no tengo nada muy sexy. También me la tuve que hacer yo... Vuélvete.

—No quiero.

—Vuélvete o no me lo pongo.

Saqué la pitillera y encendí un cigarrillo, después de ofrecer otro a Fran.

—Por favor —dijo ella—. Por favor —jadeó—. No quiero seguir ante ti vestida de niña. Tenemos tres horas hasta la cena. Todo lo que me hagas perder de tiempo nos retrasa a los dos... Vuélvete de una vez.

—Está bien. Me vuelvo. Pero no tardes.

—¡Vuélvete de una vez!

Lo hice a medias, chupando del cigarrillo como si me pagasen. Oí ruido de ropas, un ruido crujiente y sedoso que aumentó mi excitación. Algo cayó al suelo con ruido de tacón. Un zapato, claro.

—Por lo menos podías haberme dado una copa, Fran, para entretener la espera.

—También tienes... razón —dijo, con la voz ahogada por quién sabe qué ropajes—. Pero ten en cuenta que es la primera vez que recibo a un hombre...

—¡Un paidos!

—Un paidos. En mis habitaciones privadas. ¡Quieto ahí!

Bueno, yo soy un caballero, pero no más de diez minutos cada día. Me volví un poco, a la disimulada, y la vi. Estaba metiéndose el traje negro por la cabeza, y no me veía a mí. Llevaba un sujetador negro, cosido con hilo blanco, un poco torpemente construido, pero muy interesante. Y unas bragas grandes y anchas, hechas con tela gruesa de vela de barco... Claro que si la pobre no había podido encontrar otra cosa, ¡qué se le iba a hacer! Pero su cuerpo era delgado, esbelto, con unas caderas torneadas como curvas de astronave y unas piernas largas y bien formadas. Como había visto lo que quería ver —el tono satinado pálido de su piel, el ligero vello de las axilas, la grácil pantorrilla sobre el alto tacón—, me volví caballero otra vez y me puse de espaldas de nuevo.

—Ahora, Víctor.

Comenzó a sonar una música muy suave en el magneto, una música que apenas se oía, hecha de susurros roncros y sensuales. Bueno, no era exactamente música. Y ella... Ella era mi sueño hecho realidad. Con el traje negro, largo hasta los pies, un gran escote, unas pulseras de plata en los brazos desnudos, una botella de espumoso de Pharonteón en las manos, y el rostro maquillado y pintado... Los ojos subrayados por sombras azules, los labios rojos, las mejillas relumbrando así como una aurora de Golconda, cuando el cielo comienza a volverse rosado...

—Víctor mío —dijo—. Mi amor.

—¡Francesca! ¡Maldita sea mi alma!

Aquellos ojos intensamente azules me taladraban de lado a lado mientras la gran cabellera rubia se derramaba como espuma sobre sus hombros perfectos. Todo me parecía maravilloso, todo, todo. Dejó la botella de espumoso etcétera en el suelo y

nos echamos uno sobre otro. La besé y me besó. Y tenía en mis brazos a una verdadera paidos, la primera. Nos sentamos los dos en el catre y ella abrió la botella. La espuma se derramó sobre sus hombros y, a besos, la quité de allí. Se reía, me cogía el rostro con las manos mirándome con fijeza, como algo muy deseado que por fin ha llegado a ti. Bebimos los dos y abrimos una lata de dulce.

—¿Te gustan los postres?

—¡Más que nada en el mundo, Fran! Pero la sopa, no.

—A mí tampoco.

Tenía calor. Me quité la chaqueta y la corbata pavo real. Dejé la Alakrán sobre ellas. Francesca la vio, pero no dijo nada. Ella misma desabrochó los botones de mi camisa.

—¡Oh, eres peludo!

Ella podía verlo; Michenzell (pobre tonta), no. Seguro que le hubiera extrañado mucho aquello... y menos mal que nadie se había dado cuenta nunca de los ímprobos y ocultos esfuerzos que hacía yo para afeitarme. Ahora fui yo quien la miró cogiéndole el rostro entre las manos. Aquellos ojos azules sonreían y los gruesos labios, rojos como el sol, estaban húmedos y llenos de deseo. Pasé mis dedos por su sedoso cabello. El traje se abrió por un lado descubriendo parte de sus piernas...

—¡Vaya! —dije—. Esto está bien.

—Pensé que una raja ahí te gustaría.

Caímos los dos sobre el catre mientras el magneto continuaba sonando.

Soñé luego que ella y yo estábamos en la cumbre del mundo, coronados los dos de oro y pedrería. Sabía, no sé cómo, pero sabía con absoluta seguridad que algún día la vería así. Pero no ahora, ni en este momento, cuando nos esforzábamos los dos mutuamente en demostrarnos nuestro amor.

Luego, cuando nos quedamos tranquilos (por unos momentos tan sólo), supimos los dos que habíamos encontrado a la persona a quien siempre habíamos buscado, y que ya nunca, así el Imperio durase mil siglos y nosotros con él, podríamos separarnos jamás.

Más tarde, después del último beso, poco a poco, ella tuvo que volverse a poner su espeluznante traje de organdí y bajar para hacer como que cenaba.

—Diré que no tengo ganas, cariño... Farah no insistirá mucho. Diré que estoy cansada y que subo a acostarme... Lo creerán; últimamente no me he encontrado nada bien.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Estás enferma?

—Oh, no, nada, amor. No es nada, no te preocupes.

Pero se tambaleaba un poco al salir, y yo me hubiera desgarrado el pecho con las uñas por poder ayudarla, acompañarla y ceñir su cintura con mi brazo, organdí incluido. Pero no podía, no podía, maldición. Era preciso esperar allí, sintiendo pasar



las horas y los minutos...

Pero no fueron interminables horas las que pasaron, porque me dormí como un ceporro, y me despertó un roce suave. Ella estaba de nuevo conmigo, a mi lado. Y yo, que no había comprendido nunca lo vendidos que los prohibidos y las prohibidas estaban con su otra u otras parejas, lo comprendía ahora demasiado bien. Porque, por no dejarla, pasaban por mi caletre pensamientos horripilantes: revelarle la verdad a la general Hokusallmi, pedirle que dejase a Fran vivir para siempre conmigo, sacar al berzotas de Taberner de su refugio lleno de mugre y mestizas de Mendel, reivindicar un estatus para los paidos y demás ganado y, en suma, seguir con esto como fuera.

—No te separes, Fran, no te alejes de mí.

—Nunca lo haré, cariño... nunca.

Tenía la voz muy bajita y temblaba en mis brazos. Me pareció que su piel ardía y que, a la luz de las velas, su rostro se afilaba y crecían aquellas sensuales ojeras. ¡Tonterías! El mundo era distinto para mí desde que la había visto esta tarde por primera vez... ¿Esta tarde? ¿O hacía cien tardes que estábamos los dos juntos?

¿Llevármela al refugio? ¡Eso se podía hacer con la hija de unos padres empleaduchos del gobierno o de una compañía minera! Pero no con la hija de la general Hokusallmi. ¡Habría despedazado Golconda para encontrarla!

—¿Tendremos hijos, Víctor?

—¡Ojalá los tuviéramos! Uno, dos, cinco... los que quieras...

—¿Te importaría que se llamasen Hokusallmi?

—Claro que sí. Se llamarán Lanyard.

—No.

—Sí.

—Hokusallmi es apellido finlandés, según dice mamá. Muy antiguo.

—¡Cállate ya, estalentada!

A ver si nos peleábamos ahora. Y para evitarlo no dije nada más, sino que la abracé; y ella se olvidó y se rindió, y no volvió a decir nada sobre aquel asunto. Pero se llamarían Lanyard, vaya que sí. Para distraerla, le conté con más detalle toda la historia de Taberner y las píldoras, y le hablé de Judalong (le cogió algo de celos) y del Mutzbunk, el profesor Garuslap y Dole Mazagrainer. Pareció horrorizada ante las muertes y los incendios, y no tuve más remedio que hacer el amor con ella de nuevo para que se le olvidase el asunto. Las luces de Golconda relumbraban en la noche y se reflejaban en sus ojos, haciéndolos aún más bellos y misteriosos. La amaba y parecía que aquello no iba a tener fin.

Se asustó un ciento cuando le revelé mis verdaderos planes, los que no había confiado absolutamente a nadie y que incluso a mí mismo me aterraba pensar en ellos, de lo atrevidos y salvajes que eran. Pero dijo que si lo hacía yo, bien hecho estaba, y que ella estaría a mi lado y me ayudaría, y que nuestros hijos, los

Hokusallmi, ganarían con ello. Lanyard. Hokusallmi. Casi discutimos. Pero nuestro amor estaba por encima de las discusiones. Le gustaba que la besase, y hacérmelo ella a mí; le gustaba que la mordiese en el cuello, y hacérmelo ella a mí; gustaba que la abrazara con fuerza, y hacérmelo ella a mí; lo cual me hacía olvidar el mundo y tener aún más ansias de vivir, de estar junto a ella. Nos habíamos bebido ya tres botellas de Pharonteón, habíamos hablado de nuestro hogar, habíamos calculado nuestro futuro hasta el momento en que los dos fuésemos coronados con oro y pedrería, cuando ella sufrió como una especie de desmayo, justo en el momento en que el sol comenzaba a asomar tras las rocas del horizonte...

—¿Qué te pasa, Fran?

Hizo un gesto raro con su boca maravillosa y enarcó un poco el cuerpo hacia arriba... Pero no contestó. Parecía como si sus ojos estuvieran velados por la niebla. Y su boca se movía suavemente, marcando palabras que yo no oía.

—¡Dime, Francesca! ¿Qué te pasa?

Hizo un gesto muy dulce pidiéndome que pusiera mi oreja junto a sus labios. Oí, muy bajito:

—No puedo hablar.

Y luego rozó mi mejilla con sus labios, muy débilmente, como si no tuviera fuerzas. Traté de levantarla, pero se desmadejó en mis brazos.

—¡Fran, cariño! ¿Qué tienes? —No contestó; sólo hizo unos dulces movimientos con la boca y abrió mucho los ojos fijándolos intensamente en mí—. ¡Fran!

Quise ponerla en pie y resbalé; caímos los dos sobre las espesas alfombras desgastadas que cubrían el suelo, y supe hacer con mi cuerpo un colchón para que el suyo no sufriese daño alguno... Creí que susurraba; en efecto, susurraba. Acerqué de nuevo mi oído a sus labios y escuché:

—Abrázame otra vez, Víctor... la última.

Y así, sobre las alfombras, con ella sobre mí, desmadejada y lánguida, sirviendo mi carne y mis huesos de almohada, yunque y base, nos unimos de nuevo en un abrazo... Entró el primer rayo de sol por la cristalera, y ella estaba blanca como la muerte, insensible y pálida. Apenas respiraba. No cabía hacer más que una sola cosa, y la hice. La vestí con el funesto traje rosa; me vestí yo a mi vez; la cogí en mis brazos y la saqué de allí. A cualquier precio, tenía que pedir ayuda a quien fuese, incluso a la misma general Hokusallmi, si fuera preciso.

Recorrí apresuradamente los corredores, las escaleras, y llegué a su alcoba. Alguien había apagado la tele y recogido los libros, ordenado el lecho y colocado un vaso de leche en la cabecera. La dejé sobre la cama y traté, acongojado, rabiando, de reanimarla. Y entonces me di cuenta de la horrible, espantosa verdad. Francesca de Hokusallmi, mi amor, la única persona con quien yo me había entendido en todo y por todo, no respiraba ya.

Ignoro el tiempo que permanecí allí, a su lado, a aquella horrenda hora de la madrugada, con su mano cogida en la mía e intentando en vano sorprender un latido en su muerto corazón. Fue inútil que besase de nuevo sus labios fríos o acariciase su cuerpo yerto, vestido ahora con aquel traje impropio y espantoso. Poco a poco, se filtró en mi alma la tremenda certeza de que era inútil todo lo que yo quisiera hacer. Mi amada había muerto y nada ni nadie podía volverla a la vida.

Fue entonces cuando sentí una oleada de sangre hirviendo subir a mi cerebro y cuando, como en alguna ocasión anterior, perdí por completo el control de mis actos. Supongo que como una fiera salvaje, arrastrándome por estancias y corredores, ocultándome tras muebles y cortinas, llorando, aullando sordamente, conseguí esquivar las guardias y salir de allí, abandonándola para toda la eternidad. No sé si me descolgué por alguna ventana o si salí a través de la tapia siguiendo el camino del hilillo de agua o si pasé por la puerta principal con la suficiente seguridad como para que no se atreviesen a decirme nada. No lo sé, la verdad es que no lo sé. Pero lo cierto es que más tarde, horas o minutos más tarde, mientras el sol naciente comenzaba a iluminar Golconda Central, y nadie había en las calles, y a lo lejos se escuchaban las primeras sirenas de las fábricas, reptaba yo, con la Alakrán en la mano, por el túnel que conducía a la celda del asesino Cavanaugh, de aquel asesino que meses antes acabase con la vida, torturándolos bestialmente, de los dos hijitos pequeños del subjefe de Medidas del astropuerto. La losa saltó sobre sus quicios, impulsada por mis brazos a los que la furia dotaba de una fuerza centuplicada.

—¡Maldito! —aullé—. ¡Aquí está tu destino!

Un viejo espeluznado, con grandes ojos amarillos bajo cejas blancas me miraba aterrado desde el fondo de la celda blindada.

—Mataste a esos pobres niños, ¿verdad? Les cortaste la lengua, quemaste sus manos y pies, echaste ácido nítrico en sus oídos... Esto que voy a hacer es demasiado poco para lo que mereces...

La Alakrán zumbó tres veces. Cuando me retiré de nuevo por el túnel nadie hubiera reconocido al asesino. De aquel rostro espantado no quedaba nada. Aquello desahogó en parte mi furia, pero no la calmó... Continuaba ardiendo en odio feroz hacia los prohibidos; necesitaba matarlos, triturarlos, hacerlos pedazos...

Cosas raras venían a mi cerebro mientras corría, cubierto por el barro del túnel, con el traje hecho jirones.

Sobre la luz rojiza del alba naciente distinguí a Madero.

—¡Corre, Madero! —dije—. ¡Corre al refugio! Tráeme un cartucho de papel pardo que hay en mi escritorio, maldito de Dios, y no lo abras. Tráeme mi churi de un palmo, mi buena churi de hace tiempo, y búscame cerca del stadium del profe Taberner. ¡Vuela, Madero!

Mientras Madero regresaba, para que mis negros pensamientos no me destrozasen el cerebro, me encerré en un pequeño callejón sin salida, me di golpes contra las paredes, me tiré al suelo y, en el colmo del dolor, desgarré mis vestiduras con las uñas. Creo que eché espuma por la boca y, a ratos, perdí el conocimiento, y después no me acordaba de lo que había pasado. Sólo sentía que el sol estaba un poco más alto en el cielo y que los ruidos de las fábricas eran más fuertes.

Corrí, seguido por Madero, hacia el chamizo del profesor Taberner. Continuaba igual la cosa, aunque ya no estaba tan en las afueras. Habían edificado dos depósitos de agua, una tienda de alimentación y un pequeño bloque de viviendas en las proximidades. Pero el chozo seguía igual, con Amalteria sacudiendo una alfombra en la puerta y (supongo yo) el profesor atareado en su laboratorio.

No le di tiempo a la mestiza para discutir. La aparté de un empujón y entré, rugiendo en voz baja, seguido del fiel Madero. Taberner estaba sentado beatíficamente en su laboratorio, en un sillón de plástico duro, con un vaso de licor en la mano, donde flotaba una yema de huevo. Había algún aparato más, de aspecto muy complicado y con pinta de ser de precio. Parecía claro que Taberner había invertido bien nuestros fondos. La otra mestiza, Filoneble, asomó las patillas por la puerta, pero se retiró muy asustada cuando le tiré una botella vacía.

—¡Víctor! —dijo el profesor, levantándose a medias—. ¿Dónde has andado?

—Por todas partes... ¡por todas partes, profesor! Y he venido a ver si ajustamos cuentas...

—¿Qué cuentas tenemos que ajustar?

—¡Éstas...!

Tiré el cartucho de papel con las píldoras rojas sobre la sucia mesa del labo. Taberner se lanzó sobre ellas como un verde furioso y comenzó a contarlas.

—¿Ha mejorado usted la droga? —gruñí yo, palpando la navaja en el fili. Me contenía a duras penas, viéndolo a él tan tranquilo y pensando que tenía la culpa de la muerte de Fran. Madero, con sus ojos achinados, el cutis pardo y los gruesos músculos de bronce saliendo de las mangas cortas, parecía un poco sorprendido. Me miraba a mí, no al profesor. Esperaba órdenes.

—Sí... —dijo Taberner, lanzándome una mirada de preocupación—. La he mejorado... Dieciséis, diecisiete... Ya tengo una píldora para las chicas, como tú querías... y de una sola dosis. También he mejorado el acelerador general. Ahora actúa solo en quince días... He hecho lo que me pediste. Veinte, veintiuna...

Una tercera mestiza, que yo no conocía, entró al labo.

—¿Quién es ésta?

—Arcoiris. La traje hace poco. Veinticuatro...

—Lárgate, Arcoiris, que tenemos que hablar. Y no asomes la jeta por aquí o te la chino.

Saqué la navaja, la abrí y la empalmé, apuntando hacia ella.

—Vete, Arcoiris —dijo Taberner—. Dile a Amalteria y a Filoneble que estén tranquilas... esto es cosa mía. Cierra la puerta.

Me miraba con ojos muy serios, alineando y desalineando las píldoras rojas con los dedos.

—Guarda eso —por la faca, pero no le hice caso—. Faltan dos, Víctor... ¿qué has hecho con ellas?

—Las perdí.

—Sabía que no podía tener confianza en ti... lo sabía. He creado un monstruo, Dios mío.

Se levantó muy deprisa, tirando el vaso de coñac y huevo, y se lanzó sobre mí antes de que pudiera hacer nada. Nada salvo apartar la filosa para no hacerle daño. Eso no entraba en mis cálculos. Pero mientras la apartaba, el profe me abrió la andrajosa camisa con las manos y me tocó la barbilla.

—¡Tienes vello! ¡Tienes barba; estás sin afeitarse! ¡Tú has tomado una de las píldoras rojas! ¿Y la otra, maldito, dónde está la otra?

—Le digo que la perdí —contesté, apartándole las zarpas de un manotazo—. ¡Suélteme o lo mato!

Se derrumbó sobre el sillón, cogiéndose la cara con las manos.

—Te dije que no estaban terminadas, que eran muy peligrosas. Para un niño, muy peligrosas; para una chica, probablemente mortales... ¿Qué has hecho?

—¡No he hecho nada! ¡Tenga!

Le metí mi navaja en la mano. Me abrí la camisa, mostrando el pecho desnudo.

—¡Máteme, si quiere! ¡Máteme ahora mismo! ¡Le advierto que es su última oportunidad!

Detrás de mí, Madero lanzó un rugido y fue a interponerse entre la navaja, que pendía blandamente de la mano débil de Taberner, y mi cuerpo indefenso. Con un alarido le hice apartarse de la línea de clave de filosa, encogido y temeroso como un perrito apaleado. ¡Así me gustaba que me obedecieran! ¡Fiel Madero, excelente Madero! Pero la mano de Taberner dejó la navaja, que cayó al suelo. Madero la recogió y me la dio, humildemente. ¡Qué muestra de bondad!

—No... —gimió Taberner—. ¿Cómo puedo hacerte daño yo, si te he creado? ¿Cómo puedo matarte...? Quizá debería hacerlo, pero no puedo... no puedo... Eres como mi hijo...

Aquello sonaba a Garuslap, en ciertos aspectos, aunque papá tenía mucho más carácter que este borracho, mujeriego, vago y abúlico. De elegir papá, prefería al bueno de Garuslap, con todas sus manías, que este despojo humano, que sólo había tenido un descubrimiento en su vida (la droga aceleradora) y, por pura torpeza, no había sabido usarlo para él, dejándose caer en el alcohol y en manos de las mestizas.

¡Tres tenía ya, el barbián!

Me lancé sobre él, que aún farfullaba frases sin sentido, y lo derribé en el suelo.

—Beba.

Puse en su boca un vaso alto, lleno de coñac hasta el borde. Lo apuré febrilmente, chorreándole el líquido por el mentón.

—¿Quiere usted otro, profesor Taberner?

Hizo que sí con la cabeza. Entre Madero y yo le pusimos la botella a gollete en los labios y apuré un dilatado sorbo, aún tumbado en el suelo.

Desde luego, era mucho más fácil que con Dole Mazagrainer... El abuelo aún tenía reaños; Taberner, ni siquiera eso. Había decaído mucho en los dos últimos años, no era más que una piltrafa embebida en licor.

—Le voy a mandar una cosa —y esto diciendo, le coloqué la punta de la filosa en el gaznate—. Una cosa muy importante. Ha tenido usted la ocasión de matarme, y eso es algo que no le he dado a nadie, pero la ha desaprovechado...

—¿Cómo podía hacer eso, Víctor?

—Bueno. Ya sabía yo que no... No tiene usted arrestos. En caso contrario, no le hubiera dado la posibilidad, caray. Aún sé lo que hago. ¡Basta! ¡Sujétale las manos, Madero!

—Sí, jefe.

—Mire usted, Taberner.

Me quité la camisa y le mostré mi torso cubierto de abundante pelo negro. Miré a Madero.

—Enséñale el tuyo... ¡Rápido!

Madero lo hizo. No tenía ni un solo pelo y su aspecto era infantil y triste.

—Si alguien tenía que hacer la prueba —inventé—, ése era yo... No iba a arriesgar a ninguno de mis muchachos. ¿Oyes, Madero?

—Sí, jefe. Muchas gracias. Los otros chicos y yo no sabíamos...

—¡Cállate ahora mismo!

Rocé un poco la garganta de Taberner con la punta de la churi, mientras Madero volvía a sujetarle las manos. En vano fueron los intentos del profesor; Madero tenía mucha más fuerza que él.

—Taberner —dije, irguiéndome—. Taberner, fabricará usted las nuevas píldoras, para chicos y chicas, en cantidades industriales. Le suministraré una fábrica suficiente. Incorporará usted un componente anticonceptivo... no quiero nacimientos por ahora. ¿Me entiende?

De pronto, Taberner se echó a reír como si se hubiera vuelto loco. Babeaba. Me dio miedo de que semejantes carcajadas se oyeran en la calle y le golpeé los labios con el canto de la mano. Pero aún siguió riendo un poco, mientras un hilo de sangre corría por su mejilla.

—¡Industriales! —aulló, retorciéndose, entre risas—. ¡Grandes cantidades! —más risas—. ¡Con anticonceptivo! —nuevas risas, tan locas como las anteriores—. ¡Sí, Víctor! Lo haré, lo haré por ti... Pero no te pongas violento.

La muerte de la infeliz Francesca flotaba en mi mente torturada. Necesitaba a Taberner; si no, lo hubiera matado allí mismo. Aún se reía cuando Madero y yo lo dejamos. Desde luego, Madero estaría ya siempre cerca de él, por si acaso. Nos llevamos una gruesa de la nueva droga, para empezar su administración de inmediato a los niños y niñas con buenas posibilidades de llegar a ser paidos; o sea, a todos.

—Y... ¿sabe usted? —dije, como despedida—. Había una cosa que le preocupaba: mi sentido de la moral. Pues sépalo, profesor, ya tengo sentido de la moral, y bien bueno.

El desgraciado aún se rió más.

Aquella noche, circuló por Golconda Central el rumor de que la hija de la general Hokusallmi había muerto. Fue difundido por gentes sombrías que ocultaban su rostro. Más tarde, hombres y mujeres cuyo aliento olía mal, difundieron el rumor de que la muerte no había sido natural, que no era una insuficiencia de suprarrenales, como se dijo, sino algo más serio. Y que la general había prohibido terminantemente que a su hija se le hiciera la autopsia... El cuerpo fue incinerado al amanecer del siguiente día.

Aquella noche, a solas, medité sobre mi verdadero sentido de la moral, que era muy sencillo. Mis amigos eran mis amigos y tenían razón siempre. Y mis enemigos, por serlo, no la tenían nunca. Por tanto, mi obligación era ayudar a mis amigos, en cualquier caso, y apiolar a mis enemigos. Y mis enemigos, de antes, de ahora y de siempre, eran los odiosos prohibidos, los responsables de la muerte de mi adorada Fran. Si eso no es sentido de la moral, que me lo demuestren.

Aquella noche, cuando en el refugio habían cenado ya, después de trabajar intensamente en las normas de actuación sobre el acelerador Taberner y después de llorar sobre el hombro de Gustavo la muerte de su hermana (el pobre muchacho estaba deshecho, por él y por mí), salí y me encaminé al barrio del astropuerto. Busqué a Borjana, una prostituta de unos dieciséis años, rubia y viciosa, y tras un poco de trabajo logré convencerla para que me llevase a su habitación. A base de espumoso y créditos, hice con ella lo que quise, y después, asqueado, la abofeteé.

Aquella noche, al volver al refugio, arrojé a un pozo sin fondo el talismán de mi princesa, aquel conejito de marfil de imitación que me había dado mucho tiempo antes cuando aún no era más que una niña sin sentido. Lloré, a solas, para que mis paidos no me vieran, y velé ante aquel pozo como si hubiera sido su tumba, la tumba de aquella maravillosa chica paidos que nunca volvería a ver.

Pero eso no me consoló entonces, ni me ha consolado nunca.

## 5. UN ATARDECER CON VÍCTOR

*Contado por Disko Tolliver*

Aquella tarde él nos permitió descansar un poco. Habíamos recibido la primera remesa de nuevas píldoras Taberner, y la plana mayor discutía, en su presencia, cómo era conveniente administrarlas. Estaban allí el jefe de Vuelos, Tsuyami; el de Propaganda, ese Hokusallmi, adulador y falso; el jefe médico, doctor Florián; el general Dugansailer y el jefe de la Sección Industrial, ingeniero Colomer. Nos habíamos reunido en la sala de mandos, al lado del despacho personal del jefe, y uno de los recién llegados (creo recordar que era Blake) nos había servido unas copas con algo para picar.

Acabamos de examinar los planos suministrados por Hokusallmi que, he de reconocerlo, eran de lo más completo que pudiera pedirse. Teníamos a nuestra disposición las listas completas de efectivos de espaciales, Guardia Imperial, Guardia Territorial de Golconda y Tropas de Asalto. Conocíamos la situación de los arsenales, de las astronaves de combate y de los pesados disruptores del astropuerto. Creo que sabíamos hasta el último cartucho, el más insignificante cargador de batería para ultrasonidos y el más perdido puesto de vigilancia. Faltaba nuestro jefe de Presupuestos, Fortie Orellana, y yo trataba de suplirle lo mejor posible. El bueno de Fortie, que piensa como yo, estaba aún en aquel condenado Mutzbunk, organizando las fábricas MAZ.

—Naturalmente —dijo el general Dugansailer—, lo que más necesitamos son soldados. Propongo que esta primera remesa se administre a los chicos y chicas de mayor fortaleza física y mejores dotes intelectuales.

—Por favor... —interrumpió, tímidamente, el doctor Florián—. Un porcentaje debiera dedicarse a la plana científica: médicos, ingenieros, químicos y físicos.

—No olvidemos la sección de astronaves y vuelo —comentó Tsuyami, lanzando una bocanada de humo—. Sin eso, no podremos hacer casi nada.

Víctor callaba, mirándonos a todos con esa sonrisa tan suya que yo sé perfectamente lo que significa. Estaba dejándonos hablar; al final, como siempre, se haría lo que él ordenase.

—Son cuatrocientas dosis —dije yo—. Mitad y mitad, para hombres y mujeres. Creo que podemos cubrir todos los objetivos propuestos: soldados, científicos, pilotos...

—E información —dijo Hokusallmi, suavemente—. La información es la base de todo.

—Puede ser —continué yo—. Pero ¿qué haremos después? ¿Seguir administrando dosis y dosis...? ¿Hasta cuándo?

Por primera vez, Víctor fijó en mí una mirada de fuego. Yo creo que leía mis



pensamientos.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno... —contesté—. Creo que está claro para todos que no podemos seguir así. Bueno está que el Mutzbunk sea nuestro, que estemos haciendo una carretera hasta él, que se esté construyendo una fábrica MAZ en Golconda Central y otra en el Mutzbunk... Pero ¿cuándo vamos a revelar lo que somos?

Hubo un silencio general. No sé si alguien había pensado en esto; Fortie y yo sí que habíamos hablado mucho, y sentí, verdaderamente, que no estuviera allí en aquel momento.

—¿Revelar a quién? —dijo Víctor, con frialdad.

—A ellos... —contesté, con la voz un poco temblorosa—. A los... los prohibidos. No es por mí. Mis padres hace ya un año que marcharon a Gander, sin esperanzas de encontrarme. Pero yo no les odio... no quiero hacerles daño.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí.

Víctor me envolvió con una mirada llena de desprecio.

—Supongo que el «señor» Tolliver quiere referirse a manifestarnos ante los prohibidos, y tomar nuestro puesto en la sociedad. ¿Lo crees posible, doctor Florián?

—De ninguna manera, señor.

—¿Y tú, general?

—No, señor. Creo firmemente que por las buenas es imposible. No haremos más que perder el tiempo.

—¿Qué dices tú, Hokusallmi?

—Lo mismo, señor. Mi madre está aquí, y no siento ningún aprecio por ella, a pesar de que desde que murió mi desgraciada hermana... Lo siento, señor, no quería traerte tristes recuerdos. Desde que murió, sólo piensa en mí... No hay nada que hacer por las buenas.

—Lo mismo creo yo —dijo Tsuyami.

Colomer pareció dudar; yo pienso que estaba de mi lado, pero que Víctor y los demás, Víctor sobre todo, le daban miedo.

—Sí, claro —dijo, débilmente, bajando la vista—. Es muy difícil. Quizá se pudiera...

—¿El qué? —preguntó él, amenazadoramente.

—No, nada. Nada, señor.

Me habían derrotado.

—Algún día os contaré algo —dijo él—. Algo que sólo sabemos Gus y yo. Pero no es el momento ahora... En cuanto a la administración de las dosis, no debéis preocuparos. La nave laboratorio está a punto de terminarse y, cuando Taberner maneje el asunto en plan industrial, tendremos miles de dosis. ¿Cuántas hacen falta?

Saqué las notas que Fortie me había dejado. Comprendían un gráfico de los promedios de edades entre la población de Golconda.

—Si suponemos efectividad entre los siete y los doce años, unas doscientas mil.

—Eso lo tendremos en un mes, como máximo. No pierdas el tiempo, Disko Tolliver. No actuaremos como tú quieres. Escuchadme todos. Yo sé bien cómo usaremos estas primeras dosis. Hay muy diversas clases de estilos niñosos. El colaboracionista, que ayuda a sus padres en el trabajo, de grado o por fuerza, como sucede en los planetas pobres o en los planetas campesinos. Aquí hay de éstos. El esclavo, como sucedía hace mucho tiempo, en otros lugares. No tienen derechos, no pintan nada, y sólo se piensa en sacarles el jugo. En Golconda hay de éstos. El niño trauma, que es el consentido, el que lleva a los padres a mal traer, le compran todo lo que quiere y se porta como un borracho furioso. También tenemos de esa clase. Y los marginados, los que están en orfanatos y asilos, en hospicios y casas de crianza, solos, abandonados y a veces maltratados. Eso lo conocéis bien. Y éstos son los que tomarán las dosis, porque con ellos formaremos una excelente escuadra especial. De paidos, claro está. Y lo que haremos, lo sabréis en su día. Terminó la sesión. Podéis marchar.

Debo decir que convenció a todos, y casi a mí. Cuando en los ojos de Víctor brillaba esa luz maligna, cuando torcía los labios y su voz se volvía amenazadora, no había ser humano, paidos o no, capaz de discutir sus órdenes. Diríase que ejercía un efecto hipnótico sobre los demás, y que era capaz de privarles de sus opiniones personales para sustituirlas por la suya propia. Aquellos ataques de furia insana que a veces le he visto sufrir eran también la cosa más espantosa y amedrentadora que imaginarse pueda. Pero por mí lo siento, porque soy débil ante él, y temo que jamás reuniré el valor preciso para hacerle frente.

*¿Es verdad o no  
que esto sucedió?*

## 6. DE LA LUZ A LA OSCURIDAD

*Contado por el aspirante a piloto INC Isaías Mitsouda*

No hacen apenas al caso las circunstancias que me llevaron ante nuestro jefe. Tan pronto como se empezó a utilizar la mina abandonada a seis millas del Mutzbunk, él mandó allí al coronel Tsuyami, al comandante Vertramer y a una docena de paidos. Localizamos fácilmente la nave oculta y, aunque no comprendimos de dónde había salido, estaba claro que nos iba a ser muy útil. Durante dos semanas estudiamos apresuradamente los manuales de instrucciones y colocamos en pedales, asientos y palancas los acopladores construidos para que aquellos mandos que antes eran manejados por un prohibido pudieran serlo por nosotros. El doctor Basenger estuvo también en aquella mina, a la que se bautizó pomposamente como Base Aérea, y durante todas las noches nos dio sesiones de hipnosis para que aprendiésemos más rápidamente y para que consiguiéramos un vocabulario que ninguno de nosotros tenía.

Más tarde, hicimos las primeras experiencias con la astronave de caza. La primera vez teníamos un miedo espantoso, pero luego nos dimos cuenta de que aquello era casi automático y más fácil de manejar de lo que pudiera pensarse al principio. Lo difícil era coger habilidad y experiencia para disparar y acertar, para hacer aterrizajes suaves y para maniobrar velozmente. Algo así como el billar; darle a las bolas con el taco es sencillo; hacer carambolas, no tanto, y hacerlas a tres bandas muy difícil. En este aspecto, nosotros hacíamos alguna carambola, sin más.

Parecía que todo iba bien, cuando llegó la primera remesa de la nueva generación y, entre ellos, la mitad de chicas paidos. Eran unos cincuenta, en total, e iban a utilizar el sitio para prácticas de armamento y técnica militar. Me cegué un poco por una de las chicas, Messa Tonhina. Esto era natural. A pesar de que la sexualidad había despertado en nosotros con pleno conocimiento (sobre todo en los que veníamos de más antiguo) y que habíamos sido ayudados médicamente, una cosa es la teoría y otra enfrentarse a la realidad en forma de morenita impresionante y provocativa.

Tsuyami y Vertramer parecían dominarse un poco más, a pesar de que estaban en las mismas condiciones que los otros. Y como las chicas no eran (en las horas libres) nada tacañas con sus encantos, y sentían lo mismo que nosotros, los problemas surgieron. Lo malo fue que la peor parte me la llevé yo. Me cogieron con Messa Tonhina mientras estaba de guardia. Mala nota y castigo a servicio nocturno. Después, una pelea con el aspirante San Traf Mahar. En pleno comedor, con rotura de cristales. A estas alturas, los demás se habían acostumbrado, se habían tranquilizado, o la disciplina podía más en ellos que el instinto. En mí, no. Estaba necesitado de cariño. Cuando Messa Tonhina me dejó por otro, organicé un escándalo mucho mayor.

Consecuencia: me cesaron en el servicio activo y me mandaron a la Base de Golconda. Hice el recorrido en una caravana de las que llevaban metal refinado, disfrazado de sobrino-que-va-a-visitar-a-un-tío-viejecito. Casi no reconocí la base. Estaban concluyendo la fábrica MAZ que ocultaba la vieja mina, y aquello tenía un aspecto impresionante, lleno de talleres de sastrería y juguetería donde docenas de prohibidos, ignorantes de lo que había a cien metros de profundidad, trabajaban felizmente, supongo yo. Uno de los prohibidos, al ver una carta que llevaba, me dejó pasar; una vez hecho esto, localicé inmediatamente la entrada de los subterráneos. ¡Cuántas veces habíamos hablado los compañeros y yo del genio de nuestro jefe que había logrado, por sus solas fuerzas, que todo esto fuera posible! Lo que ninguno comprendía es cómo aquel viejo del Mutzbunk, Dole nosécuantos, colaboraba de buen grado con nosotros. Pero eso eran cosas del alto mando en las que yo no tenía por qué meterme.

Me llevaron a un antedespacho con las paredes de silosim teñido en rojo; un ordenanza examinó el fondo de mi retina, para identificarme; un paidos vestido de negro, después de presentarse secamente como Gustavo de Hokusallmi, jefe de Información, me hizo sentar. Pensé en Tom Kaposi, que había sido destinado a esa rama. Y en Blake Palmer, que dado su escaso coeficiente mental, sólo sirvió para camarero. ¿Dónde estarían ahora? ¿Qué iban a hacer conmigo?

—Pase —dijo el jefe de Información—. El comandante en Jefe le espera.

Se me heló la sangre en las venas. No suponía que mi asunto fuera tan serio como para ser recibido por él en persona.

—Pase de una vez Mitsouda. No se siente hasta que él se lo diga. Trátelo de «señor». ¿Está claro?

Supongo que dije que sí, aunque no lo recuerdo. Sin saber cómo, me introdujeron en el despacho de «él». Parecía exactamente lo mismo que cuando nos dio la orden de matar a Obadiah. Estaba sentado tras una gran mesa de plástico naranja, con dos lámparas a cada lado iluminando el centro, donde había un gran rimerero de papeles.

—¿Mitsouda? Siéntate.

Lo hice, ocupando un gran sillón mullido con un grabador de luz en uno de los brazos.

—Buen trabajo, Gustavo —dijo él—. Pero no me gustan las frases publicitarias; tienen poca garra. Busca otras mejores. En cambio, los uniformes están muy logrados.

—Muchas gracias —dijo Hokusallmi, untuosamente.

—Puedes retirarte.

Hokusallmi lo hizo, caminando hacia atrás para no darle la espalda. El jefe me lanzó una mirada fugaz; tenía unos ojos que taladraban. Me encogí en el asiento y, si hubiera podido esconderme dentro del suelo de plástico, lo hubiera hecho.

Alzó el rostro y me miró de nuevo. No pude soportar su mirada; parecía una tobera al rojo vivo, la llama de un soplete atómico.

—Estás interfiriendo mis planes —dijo, con frialdad—. ¡Estás desmoralizando a los muchachos de la Base Aérea! —Se me secó la boca. No pude decir nada. Se levantó y dio un puñetazo en la mesa—. Sólo tengo dos razones para no ejecutarte de inmediato, dos razones para tratar de salvarte. Una: todavía cuento con poca gente. Otra: eres el primero en vuelo, el primero en tiro de precisión, uno de los mejores en goniometría, y uno de los pocos que comprende... ¿cómo se llama eso?

—El impulso hiperlumínico Gadow, señor.

—Eso mismo. Ni puedo prescindir de ti como paidos, ni tampoco como piloto. Pero has de ser castigado; sígueme.

Lo seguí. Hubiera dado mi vida por él. Cualquier cosa que viniera de él era buena, por ser suya. Me hizo ponerme un traje de mensajero; él se colocó uno de botones, sin letrero alguno en el gorro. No pedí explicaciones; me sentía tan avergonzado que casi no me atrevía a decir nada. Encendió un cigarrillo mientras se quitaba el traje gris, de corte militar, sin una sola insignia, que había llevado hasta ahora. Era un poco más bajo que yo y muy delgado, con el pelo negro cerdoso y arremolinado sobre el cráneo. Pero lo más obsesionante de él eran los ojos; taladraban, hipnotizaban y eran imposibles de soportar.

Caminamos por calles en las que al principio no había nadie, y en las que después, a medida que nos acercábamos al barrio del astropuerto, iba creciendo el número de viandantes y, con él, las luces de las tabernas, casas de juego, bares y servicios de toda clase. Pasamos ante un restaurante, con grandes luces zigzagueantes que decían DERBYS. El jefe me apretó el brazo, mientras contemplábamos las máquinas automáticas de la entrada que servían comidas sintéticas desde veinticinco centavos a dos créditos; al fondo, bajo un arco de plástico transparente por el que pasaban peces vivos, crustáceos rarísimos y grandes moluscos, se divisaba un gran comedor donde servían manjares de precio, condimentados a mano. Mientras estábamos allí, una buceadora en bikini pasó por dentro del arco, atrapó un gran pez a rayas rojas y negras, y se marchó con él.

—Antes venía yo a comer aquí —dijo el jefe—. Cuando aún no me daba cuenta de que era muy peligroso llamar la atención.

Entramos en el NATTOO STAR por la puerta del escenario, en un descuido del vigilante. Vimos a las coristas subir las escaleras de los camerinos, mientras en el escenario funcionaban los juegos de agua electrizada. Todos aquellos cuerpos comenzaron a excitarme bastante. El jefe lo notaba y se reía, mirándome con suficiencia. Lo que no comprendía yo aún era el porqué de aquel paseo nocturno por Golconda.

—Mira bien, Mitsouda, aunque sólo sean prohibidas. Mira bien porque no vas a

ver gran cosa durante mucho tiempo.

—Sí, señor.

Me sentía algo preocupado ante lo que el jefe Lanyard estuviese reservándome. Sabía que era frío como la muerte, que no tenía corazón y que llevaba auestas una docena o más de vidas de prohibidos. ¿Sería yo el primer paidos que...? No, eso no podía ser... no pensaría matarme... no haría eso.

¿O sí? Sí que lo haría; ya lo creo que sí, si con ello hubiera conseguido acelerar más aquellos misteriosos planes que nadie conocía. En la Base Aérea se hablaba a veces de lo que íbamos a hacer, y del porqué de toda aquella preparación. Generalmente, estas conversaciones las terminaba el coronel Tsuyami con un seco:

—Son cosas del jefe, y a nosotros no nos importan. Retírense, señores.

Eso bastaba. La admiración que sentíamos por «él» era tal, que la sola mención de su nombre bastaba para hacernos callar. Además, Tsuyami pertenecía a la primera generación y, por ello, merecía cierto respeto.

Pero ahora estaba al lado de «él» viendo cómo se contoneaban las coristas. Hasta que una de ellas, que debía de ser más importante que las otras, porque llevaba botas doradas de muy alto tacón, un plumero electrónico en la cabeza que soltaba chispas azules de treinta centímetros y se apoyaba en el brazo de un prohibido con músculos como maromas y una gran ajorca de bronce en la punta de la nariz, se acercó a nosotros.

—¿No sois muy pequeños para estar aquí?

—Sí, señora —dijo el jefe—. Hemos traído un mensaje, pero ya nos vamos.

Entramos en el SODOMITA'S CLUB, donde bajo chorros de luz negra, dos hombres semidesnudos luchaban con cuchillos. El jefe utilizó en la entrada el mismo pretexto de tener que dar un recado a uno de los clientes y, después de una pequeña propina al portero, nos permitieron pasar. Había cadenas colgando de las paredes, ruedas con pinchos y unas extrañas máquinas en forma de cabina, donde una pantalla exponía imágenes indecentes. De seis altavoces enormes salían unos zumbidos sordos y variables (música moderna, dijo él) mientras los dos hombres del centro se acuchillaban ligeramente, echando sangre de una forma tan exagerada que se veía que todo era mentira. Pero el montón de invertidos e invertidas que había alrededor del ring gritaba y daba alaridos. Al fondo había una barra de bar, con tres camareras vestidas con arneses de cuero, cadenas y collares con clavos de bronce. Pedimos un refresco, y nos lo sirvieron sin hacernos caso alguno. Había grandes hileras de botellas tras la barra, y una torre de madera, más ancha en la base, hecha con tablas muy bien unidas, con un grifo de metal dorado de donde sacaban a veces una especie de licor rosa espumoso.

—La tina de madera —dijo el jefe, muy sereno en medio de aquel ambiente un poco aterrador—. Me trae buenos recuerdos.

Mientras estábamos allí, se acercó un prohibido alto y muy delgado. Llevaba el pecho desnudo, con unas cicatrices teñidas en añil que decían «Tómame». Tenía el pelo rubio, hinchado hasta formar una bola de casi medio metro de diámetro, y vestía calzones ajustadísimos de cuero negro con aberturas en las rodillas. Olía espantosamente a perfume.

—Necesito un niño para esta noche —dijo, con voz azucarada, mirándome a mí sobre todo—. ¿Quieres venir conmigo, guapo?

Mis enseñanzas callejeras de pedir limosna me habían enseñado bastantes cosas, muy olvidadas gracias a las sesiones hipnóticas y a los tratamientos subliminales, y si no hubiera estado el jefe allí, le habría contestado con gracia. Pero el jefe se adelantó.

—No podemos —dijo—. Corazón. Encanto. —Había que ver la sorna y la mala intención de estas pretendidas alabanzas—. Estamos citados con el peso pesado Herkimer, el campeón de boxeo armado. Nos quiere para esta noche a los dos. Pero quédate, guapo, y discute con él... ¿Te parece?

—¡Qué monos! —dijo el otro, poniéndose blanco. Echó dos créditos sobre el mostrador—. Ponles una gaseosa a estas ricuras, Jamie. Ya volveré luego, ya volveré.

Y se fue, fingiendo que la cosa no le importaba. Marchamos de allí mientras los dos luchadores, arrojando litros de sangre por sus heridas, salían tan tranquilos y eran sustituidos por dos lesbianas que, como primer número, se dedicaron a insultarse groseramente y a arrancarse las ropas a puñados. Pero no nos dio tiempo a ver lo que hacían después.

Entramos en muchos más sitios, y como resulta que mi vida se había desenvuelto siempre en las calles, mendigando, para pasar después, sin solución de continuidad, a la base secreta cercana al Mutzbunk, me asombraba yo normalmente ante los espectáculos que contemplaba.

—Fíjate bien, Mitsouda —decía el comandante en Jefe—. Fíjate bien en todo. ¿Por qué?, ¿por qué hacía esto?

En el teatro NAJAR DE DONAI vimos un espectáculo de híbridos de Dolomances, que las autoridades toleraban aunque aquellas monstruosidades estaban prohibidas por el Imperio. Había mujeres de cerca de tres metros, con seis pechos y los acostumbrados colmillos de fiera que esos híbridos tienen. Hombres, o prohibidos, según se quiera, de cuarenta centímetros de altura, con una cabeza tan grande casi como ellos mismos. Mis sesiones hipnóticas me habían enseñado que todo esto eran los resultados de cruces hechos por los nativos de Dolomances, que vendían a buen precio a otros planetas. Generalmente, les salían verdaderas monstruosidades, aptas sólo para escenarios, o para guardaespaldas, en los casos en que el error sufrido en el tratamiento originaba una masa de músculos cercana al delirio. A veces, cuando sus toscos instrumentos atinan por casualidad, ayudados o no por las intensas radiaciones cósmicas de Dolomances, obtienen algo fuera de serie, y entonces...

En el NAJAR DE DONAI vi que, por una vez, habían acertado. Eso que salió al escenario no tenía el color violáceo normal en los híbridos, ni era enana, ni gigante... Era el ser (femenino) más seductor que imaginarse pueda. Incluso creo recordar que el jefe Lanyard se fijó en ella... Pero él no podía estar sometido a las mismas debilidades que otros, conque debieron ser imaginaciones mías.

—¡Bárbara! —aullaron los altavoces, mientras las mesas de los clientes, al extremo de los largos brazos de acero, giraban en el aire y la fuente central lanzaba chorros dorados—. ¡Bárbara Bárbara, de Dolomances!

No sé cómo, pero el jefe había conseguido un pequeño botellín de schlitzs, que nos bebimos a medias, sintiéndome yo muy honrado por el hecho de compartirlo con él. Y mientras tanto, Bárbara Bárbara evolucionaba en el enorme escenario, seguida por media docena de prohibidas, vulgares y grotescas a su lado, que sostenían sus cabellos. Tenía los ojos grandes, más que un ser humano normal, y brillantes como estrellas...

—Mira bien, Mitsouda. Mira bien todo lo que estás viendo...

—Eso hago, señor.

Y sus cabellos, de metros y metros de largo, no rubios, ni morenos, ni pelirrojos, sino una mezcla de todo ello, iridiscentes y brillantes como copos de seda del espacio, de ésa que los astronautas recogen a veces y que vale mil veces más que el platino y cien mil veces más que el oro... Sus cabellos, digo, se extendían sobre todo el escenario, sostenidos por las burdas imitaciones de mujer que eran las seis prohibidas. Éstas, ataviadas de malla negra y plumeros electrónicos cambiantes y colorinescos en el pelo, no eran nada a su lado. Porque Bárbara era una estatua viviente, la imagen de la feminidad más absoluta, con un cuerpo que era una canción y unas formas que sólo en medio de sueños de drogadicto podía imaginarse. Llevaba un caftán molecular, de ésos color violeta, que las luces de los focos mostraban a veces y no mostraban otras, apareciendo o desapareciendo según los angstroms de longitud de onda... Era la quintaesencia de la forma, la cosa más delicada y deseable que imaginarse pueda. Oscilaba en el escenario, de un lado a otro, sin hablar, sin cantar, sólo mostrándose, seguida por la burda cohorte de las seis prohibidas. Y eso era bastante, porque las mesas que se columpiaban de suelo a techo, las mesas fijas (más baratas), los clientes de pie al fondo de la sala (entre los que nos hallábamos nosotros dos), en suma, todos, incluso acomodadoras, camareros y agentes de la autoridad...

—¡Mira bien, Mitsouda!

... todos, todos, todos, hubiéramos dado lo que fuese con tal de tenerla sólo para nosotros. Creo que ése era el deseo general de los hombres de la sala y, mientras tanto, las mujeres rabiaban.

—Como para comer cerillas, ¿verdad? —dijo el comandante, y no pude por



menos de extrañarme ante esa frase tan vulgar frente a un espectáculo semejante.

Trajeron más tarde un micrófono con una base de color gris, como un cajón, y Bárbara Bárbara cantó ante él. No pronunciaba palabras; sólo emitía sonidos. Los más melódicos y penetrantes que imaginarse pueda... Algo entre el canto de la más maravillosa ave y de la voz humana más rica en tonalidades... La sala estaba completamente silenciosa, e incluso pararon los brazos mecánicos de las mesas oscilantes para que su leve chirriar no interfiriera el canto de la muchacha... El caftán se transparentó una vez más, y el telón cayó lentamente. Un silencio sepulcral siguió a su actuación; el público no fue capaz ni siquiera de aplaudir...

—¿Te ha gustado, verdad? —dijo una mujer ajada, vestida con uniforme de acomodadora. El jefe se volvió hacia ella, con desconfianza.

—¿Me conoces?

—Soy Leonor... trabajaba en EL DORADO. ¿No te acuerdas de mí?

—¡Ah, sí! Me alegro de verte, Leonor.

La prohibida se quedó muy parada y, al parecer, dolida de que el jefe no le hubiera hecho mucho caso. Salimos a la avenida. Entre los grandes árboles artificiales de plástico verde, anaranjado y azul, colocados poco antes por el Consistorio de Golconda para dar más vida a las calles, se movía una densa masa de gente: pilotos de guerra, prostitutas, negociantes con buenos fajos en el bolsillo, mineros enriquecidos, viciosos y viciosas... Incluso alguno de los carísimos automóviles de aluminio y titanio, de los que sólo había una docena en la ciudad, circulaba lentamente entre las multitudes ansiosas de placer. No estaban ya muy lejos las luces y las balizas del astropuerto, y seguíamos caminando hacia él...

Había un edificio abandonado con una alta torre casi derruida; según dijo el jefe, era un resto de los primeros tiempos del planeta, una construcción auxiliar del astropuerto que llevaba muchos años sin usarse. Refugio de vagabundos y de mendigos hidráulicos, no servía ya para nada y pronto sería derribada. Me hizo subir a la torre para ver desde allí las grandes plataformas antimagnéticas del astropuerto, las enormes naves almacén, el complejo sistema de señales por sirgas, banderines y faroles, y más a lo lejos, casi perdido en la distancia, un recinto vallado donde estaban encerradas las naves de guerra. Una aguja de metal y plástico, de casi cien metros de altura, se alzaba en el centro del astropuerto militar, emborronada por las nieblas del amanecer.

El jefe sonreía con gesto de perro rabioso cuando me hizo bajar de allí y seguirle a través de los últimos edificios destinados al placer. Me imaginé que lo que fuera se venía encima ya, y desapareció toda la excitación que las prohibidas me habían causado. Sólo tenía espíritu para pensar en qué castigo me reservaba él.

Estábamos junto al último tugurio, una choza infecta de dos pisos, llamada LA ESPADA Y EL LEÓN, en cuya puerta se arremolinaba una confusa turbamulta de

borrachines, jugadores de poca monta, gente del hampa y prohibidorzuelas, cuando una de éstas, una moza muy joven, de quince o dieciséis años, con gran cabellera rubia, ojos verdes velados por el vicio, vestida con un traje negro y lentejuelas plateadas, se acercó a nosotros. Se dirigió al jefe:

—No te he visto desde hace tiempo —dijo, con una vocecilla enronquecida por el alcohol—. ¿Vienes a verme?

El jefe estuvo callado durante cinco segundos, por lo menos.

—Ésta es Borjana —dijo al fin, como a la fuerza—. A veces me cuenta cosas interesantes... ¿Tienes algo para mí?

La prohibida esbozó una sonrisa estúpida. Sus formas se transparentaban bajo la gasa negra del traje, recosida en algunos sitios; estaba bien hecha y era deseable. Yo...

—Eres tan raro —dijo ella, con voz pastosa—. Tan raro... Pero no me importa. ¿Quieres? ¡Tengo tiempo!

El jefe dudaba. Poco a poco, comenzó a filtrarse en mi mente la idea de que el jefe y ella... Pero eso era imposible, ¡con una prohibida como aquélla! Yo hubiera ido, pero ¿cómo podía ir «él»?

—Me esperarás un momento —ordenó el jefe, con sequedad—. Refúgiate en aquella burda de allá... aquella puerta. Volveré en diez minutos... son informes precisos que yo... ¡Ve allí ahora mismo!

Permanecí a solas, en medio del tibio amanecer, mientras creía que mi universo se desmoronaba. Mi cerebro ardía. Durante unos minutos, pensé que todo fallaba a mi alrededor. Los borrachines bailoteaban al son de una música lóbrega, mientras él estaba allí dentro con esa... esa prohibida. Durante unos instantes, sólo sentí como un gran foco blanco dentro de mí; luego, todo se tranquilizó. Él era un paidos, como yo, ¿por qué no había de sentir las mismas necesidades? Todos creíamos que él no tenía ninguna chica, porque el trabajo de su cargo se lo impedía. Pero lo lógico era esto: algo oculto de lo que yo me había enterado por casualidad, algo sin importancia ninguna, como aquella prohibida, que se pudiera abandonar en cualquier momento...

Sí, el jefe tenía razón. Desde luego, el jefe siempre tenía razón. Incluso en esto. Mientras pasaban los minutos, me prometí no decir nada a nadie para no enturbiar la imagen que nos habíamos forjado de su personalidad paidos.

Cuando salió (tardó muy poco) su rostro no había cambiado. No hizo ningún comentario, sólo un gesto brusco para que le siguiera. Rodeamos las vallas y contrafuertes de hormigón del astropuerto civil; los lejanos fogonazos de los generadores antigravedad se cuajaban en medio del amanecer como grandes flores anaranjadas. Grupos de prohibidos, cabalgando infortunadas máquinas esclavas, rondaban junto a los grandes cohetes prestos a partir.

Llegamos al vallado metálico («Precaución, minas») que rodeaba el astropuerto

militar. No se veía un solo caza, ni un crucero, sino solamente los enormes hangares en que se cobijaban. Tras la primera valla metálica, había otra («Precaución, 10.000 voltios»), separada de la primera por el campo minado. Nos agazapábamos en los resquicios de las rocas, y éramos tan pequeños que no creo que la vista de los guardianes pudiera descubrirnos. Nos alejamos poco a poco de las plataformas de lanzamiento (los cazas no las necesitaban, los cruceros y los cañoneros, sí) y descendimos al fondo de una quebrada, entre pozos con la burbuja rota y pequeñas calicatas cuadradas de una docena de metros de profundidad. En el fondo de algunas de ellas brillaba la luz rojiza de un fuego interior, y surgían vapores amarillentos. Comprendí la razón de ir por allí: con esas fuentes de calor, tampoco los infrarrojos podían descubrirnos...

Nos detuvimos ante un pozo y, durante cinco minutos, el jefe me miró.

—Baja —dijo después—. Hay unos huecos tallados en la roca. En el fondo hay un pasadizo... camina por él hasta que llegues al final. Te costará bastante; tiene casi un kilómetro de largo. Al final hay un hueco con aparatos de transmisión justo debajo de aquello... —Señaló la alta aguja que rompía las brumas a un kilómetro de distancia, en el centro del astropuerto militar—. Había pensado —continuó, como si dudase— tenerte allí tres meses... Cada semana recogerías la comida... Y después de ver los placeres de Golconda, tendrías la oscuridad para ti solo. Pero estoy pensándolo mejor... Dime, ¿qué has visto en el barrio del placer?

—Casas de juego, restaurantes, teatros... luz por todas partes.

—¿Nada más?

—Nada más, señor. Aunque me sacasen el pellejo a tiras no podría decir más que la verdad. Sólo he visto eso, señor. Lo que usted me enseñó.

—¿Nada más? —repitió, amenazadoramente.

—Nada más, señor.

Por primera vez le miré directamente a los ojos. Quería que leyera en los míos que yo jamás diría nada que pudiera hacerle daño, que era suyo en cuerpo y alma, y que si mi vida hubiera sido necesaria para tranquilizarle, la habría dado con gusto.

—Nada más —afirmó, como para sí mismo.

Saqué la pequeña navaja de doce centímetros que todos llevábamos, como dotación normal cuando íbamos de misión entre los prohibidos. No se podía llevar otra cosa más seria. La abrí, la cogí por la hoja y tendí el mango hacia él.

—Máteme, señor —dije—. Aunque lo haga, mis labios no estarán más cerrados por eso que si continuase vivo.

—No —sonrió, bondadosamente—. Guarda eso, Mitsouda. Guárdalo y entra ahí. Mañana volveré por ti. Tengo una peligrosa misión que encargarte... será tu premio y tu castigo.

Obedecí, y al día siguiente, después de muchas horas de infierno en aquella cueva

de más de mil metros de larga, él regresó por mí. A solas, en la oscuridad de la caverna, comprendí, como nunca lo había hecho, lo grande que él era.

## 7. UN GOLPE DE SUERTE

*Contado a G. de Hokusallmi por el director Lanyard*

Te digo, Gus, que ha sido la cosa más inesperada que pudiera pensarse. Tú sabes que solamente en ti y en Disko tengo la suficiente confianza como para contaros cosas. Un poco más, sí. Al fin y al cabo, es la primera copa que tomo hoy, ¿sabes? Esta hora del anochecer es la mejor; cuando hemos despachado todo el laboro, facturado fuera a los subordinados, y nos quedamos solos ante la mesa, con un buen Maguar tres estrellas y un par de buenos cigarros. No me gusta que los chicos beban... no deben acostumbrarse. Yo lo hice en tiempos, y fumé porros, y asesiné, e hice tonterías como exhibirme en público y no tener ningún cuidado. Eran los primeros tiempos, ¿sabes?

—...

Bueno, no es necesario que seas tan fino. A veces pienso que eres un adulator. Hay quien dice de ti que eres un falso y un mentirosillo... Vamos, no te enfades, barbián. Si tú y yo somos casi de la familia, como quien dice. Créeme, tengo en ti mucha más confianza que en Disko Tolliver; es buen muchacho, pero me parece un beatillo y un poco estrecho. ¿Te acuerdas de aquella sesión de plana mayor? ¡Vamos! ¡Decírselo a «ellos»! ¿A quién se le ocurre?

—...

No, no me lo recuerdes. Por eso decía que como familia. Me vienen las lágrimas a los ojos cuando la recuerdo. Bueno, a lo que íbamos. Ya sabes todo lo que pasó en el Mutzbunk, y el asunto de papá Garuslap. El pobre barbo estaba frito porque la nave a Lexter tardaba un ciento; por fin, esta mañana salió una. Lo sabíamos los dos desde hace días. Por eso, yo, que al fin y al cabo soy un sentimental, fui al astropuerto a despedirle. Me acompañó Colomer; así el chico podía ver bien de cerca las instalaciones. Bueno, tú has estado allá. Sabes cómo son esos edificios grandotes donde se hacina el ganado que va a marchar de viaje. Aunque hay pocos viajeros, hay mucha gente para despedirse, vender recuerdos, dar recados, mandar paquetitos y todo eso. A un lado está el mostrador de control de la bofia; frente a él, ese tablero grande donde están los sólidos en tres dimensiones de los enemigos del Imperio. Nunca me habían llamado la atención, a pesar de que el peor enemigo del Imperio no está allí...

—...

Muchas gracias; eres un rato amable conmigo, la verdad. Me malcrías, Gus. No, no quiero más Maguar. Tómallo tú, si te hace. Como te digo, había seis sólidos con imágenes. Y eran de Rabinal Solen, un chavo de Mendel; Troe Van Horst, de la Tierra; Salimar Koriasky, de Gander, el único rebelde vivo, debe de ser; Marhana Tiran Almir, una chica de Stolen IV, con la misma ideología que los de Gander; y

Jhon Garff Ralis, de Barlión. ¿Que quién más? Dinovie Pilongrath, de la Tierra... y ahora viene lo bueno... alias «el Dios Telefónico». ¿Te suena?

—...

Eres muy listo. Sí, no podía ser otro. Tenía que ser, necesariamente, el bueno de Garuslap. Hasta suena con la misma música: Pilongrath, Garuslap. Incluso Atience y Dinovie se parecen, no sé en qué, pero se parecen. ¡Diablos! No, no me he quemado; sólo ha sido la brasa en el suelo... Estos cochinos cigarros cada día son peores. Pero no se parecía en nada. Papá tiene el rostro chupado, lleva gafas, no tiene barba y parece que los huesos le vayan a saltar bajo la piel. Pelo negro. El tal Pilongrath tenía la nagri gorda y con una bola en la punta, los acais azules, el pelo rubio, no llevaba gafas y la filisa llena de grasa con mejillas como sacos de pienso que le colgasen encima del cuello.

—...

Naturalmente. Cualquier matasanos de cualquier podrido mundo puede hacer una operación como ésa y cambiarle la filisa al más pintado. Bueno, a mí me pareció bien; eso, después de todo, era una prueba de lo listo que era el gachó. Así que, mientras Colomer iba por un lado y por otro, metiéndose en los cuartitos ésos donde dice «Prohibido el paso», olisqueando en el interior de la astronave a Lexter y comprobando como un dago todo lo posible, yo me coloqué al lado de papá, en el mostrador de la pasma, esperando que le comprobasen la documentación. La papirada, le he llamado yo siempre, pero vosotros no entendéis ya la parla del duy. No, ni hablar. Los aprendizajes hipnóticos para los demás. No me fío de nadie como para dejarle la caja de los sesos a su cuidado. Aprenderé a hablar bien por mis propias fuerzas y, si hablo así, es porque me da la real gana.

—...

¡Si no estoy enfadado contigo, Gus! Si sólo era una observación amigable. No seas tan susceptible, vaya. Que no, que no quiero más Maguar. ¿Es que quieres entromparme?

—...

¡Otra vez! ¡Eres de lo que no hay, Gus! Si no tuviera confianza en ti, no te contaría todo. Como te pongas en ese plan, te doy dos tortas de cuello vuelto que te salen los diquindois por el trasero.

—...

Estás perdonado, macho. No se hable más. Así que estábamos con la documentación...

—...

Sí, hombre. La papirada; eres un tío salao, cuando quieres. Él llevaba dos maletas: una grande con ropas y cosas de ésas, y otra más pequeña, negra, donde estaban los cristalillos de praseodimio. Y mientras estaba el jerré mirando los papeles, y los dos

(papá y yo) rogando al espíritu del universo que no se le ocurriera acercarnos un encendedor, un sonido como de una campana grande se oyó en toda la sala de espera del astropuerto. Bien, hay que decir que el mostrador es tan alto que me tapaba, de manera que el bofia no podía enamorarse de mí...

—...

Fijarse en mí; no me interrumpas más. Además de eso, yo estaba un tanto separado de papá, como si no fuera con él. Todas las precauciones son pocas. Como te digo, se oyó ese sonido de campana, y toda la mara se volvió para todas partes a ver qué pasaba. Debía de ser cosa poco corriente, porque nadie sabía muy bien a dónde mirar. Pero el bofia, sí. Sabía que aquello significaba que estaban cambiando uno de los sólidos, y miró directamente hacia allí. Yo hice lo mismo, porque si miraba él, por algo debía de ser. Y en ese maldito momento, ¡también es mala pata!, el sólido del «Dios Telefónico» estaba disolviéndose como un caramelo en agua... así como te digo, disolviéndose, y formando una masa de colorines... Luego, poco a poco, los colorines fueron tomando forma y, ¡malditos sean los perros!, cogiendo los mismísimos rasgos que tenía en este momento papá Garuslap... y con un letrero abajo: «Falso Profesor».

—...

¡Reaccioné a velocidad de vértigo! Sin darle un mal beso en la jeta a papi Garuslap, enganché la maletita con el praseodimio, di un salto y me escurrí hacia la derecha del mostrador. Papá Garuslap, muy sorprendido, se volvió como un rayo hacia mí. Preocupado con los papeles, no se había dado cuenta del cambio del sólido. Pero el bofia sí. Saltó sobre el mostrador y le enganchó por el cuello con una mano, al tiempo que con otra le ponía la pistola en el pecho, y con otra tocaba el timbre de alarma...

—...

Humano; como tú y como yo. Bueno, he debido confundirme en algo, porque sólo tenía dos manos. Pero sé una cosa: sonaban pitos por todas partes, manadas de ceras y bofias armados hasta los caninos corrían hacia el control de pasaportes; papá luchaba como un energúmeno de éstos contra los que se le echaban encima, dando manotones y patadas... Y mientras tanto, yo, en el silencio más disimulado, me escurría hacia la salida llevando conmigo el precioso maletín. De paso, capturé a Colomer, que estaba embobado viendo el sistema de señalización y una maqueta del distorsionador Gadow... Cuando salimos, sólo se veía una masa de color negro (los espaciales de guardia), verde (los ceras del Consistorio) y azul oscuro (los bofias de la pasma Imperial) arremolinados donde había estado (y debía de estar aún) el bueno de Garuslap. Se oían gritos: «¡Entrégate, Pilongrath!», y cosas así. Y ahí la tienes, junto a ese sillón.

—...

¡Ya lo creo que va a ser útil...! ¡No lo sabes tú bien, Gus, lo útil que va a ser!

*¿Es verdad o no  
que esto así pasó?*

—Claro que pasó así —dijo Gustavo de Hokusallmi—. Tan cierto como que cuando nuestro amado jefe estaba con el profesor Garuslap, éste disertaba sobre el tiempo estándar de los distintos planetas y decía que era un atraso la división en horas y minutos... Veintisiete horas diarias en Golconda, veintidós y media en Gander, doscientas quince en Barlión... Decía que la división debía de ser estrictamente decimal, cuando el sólido cambió... Pero yo diría que el profesor Garuslap tuvo un golpe de suerte, precisamente...

NOTA de Víctor Lanyard: «Tan listo que es Gus para algunas cosas y tan torpe para otras. ¡La suerte fue para nosotros, no para el pobre Garuslap!».

NOTA de Gustavo de Hokusallmi: «Aun cuando el profesor lleve un bloque mental que impide el uso de drogas de la verdad, será conveniente cambiar la Base Aérea de sitio, extremar las precauciones, vigilar al llamado Baratijas y, por mi parte, observar cuidadosamente si mamá menciona algo sobre un niño extraño».



## 8. LA PELIGROSA MISIÓN DE I. MITSOU DA

*Contada por Michenzell Delburgo, Primera Dama, poco antes del Día de la Verdad*

Trataré de contarlo tal como lo vi entonces, aun cuando ya ha llegado la luz a mí y, como es natural, apenas puedo recordar cómo pensaba hace unos días.

Después de la muerte de mi padre, nos fuimos a vivir a Golconda Central. Mamá consiguió una casita muy linda, de un solo piso, en el Barrio Pahlevi, cerca de una escuela y de un molino de martillos. Al principio, los ruidos no nos dejaban dormir, pero después nos acostumbramos. La casita tenía un pozo en el que aún quedaba una reserva de agua suficiente para un par de años. Maxon comenzó a estudiar en el Instituto Industrial, y Mercantor fue a la Escuela de Artes de la Universidad. El dinero obtenido por la mina, según decía mamá, era suficiente para vivir sin lujos hasta que todosuviésemos una carrera.

Hice nuevos amiguitos y a veces me acordaba de Víctor, aquel niño raro que no quería bañarse. La policía nos preguntó por él, porque decían que el profesor (¡parecía tan bueno!) era en realidad un bandido. Creo que buscaron a Víctor, pero no pudieron encontrarlo.

Una tarde, mientras estaba sentada en un pequeño banco a la puerta de la casa, viendo las humaredas que salían del molino de martillos, un niño se paró cerca de mí. Me miraba fijamente desde la valla de basalto, como si esperase algo. Recuerdo que yo lo miré también y que después no le hice caso. Pensaba, de una forma confusa y lejana, en los problemas de matemáticas y en la película de amor que había visto el día antes en el canal 11...

—¿Eres Michenzell Delburgo?

Lo había dicho el niño de la valla de basalto, que me miraba aún. Dije que sí con la cabeza, y él, entonces, entró al jardín de arena y piedra (Mercantor lo cuidaba mucho y lo tenía muy bien arreglado, con surcos paralelos en la arena roja y franjas de piedras amarillas o verdes) y se quedó en pie a mi lado. Dijo que vivía por allí cerca, que no tenía amigos y que me había visto alguna vez; que yo le gustaba y que, si no me importaba, podríamos jugar juntos. Yo, no sé por qué, estaba triste. Dije que bueno, pero que yo no sabía jugar. Y es verdad. Nunca me gustaron las muñecas ni los rifles, los autos de juguete o las barajas. Me había gustado siempre hacer lo que hacían los mayores. Pero Víctor no quiso ser mi novio, a pesar de que dormimos juntos y me besó en la boca, como los mayores hacían. Y este chico no me gustaba demasiado; era rubio, con los ojos verdes, un poco alto, y parecía inclinado hacia adelante. Así que me callé y lo dejé hablar.

Dijo que claro, cómo me iba a fijar yo en lo importante que era aquello, pero que no me preocupase porque más adelante lo entendería. De vez en cuando, me miraba

las piernas. Dijo que había estado un día entero en un hueco en la roca del tamaño de un bidón, lleno de aparatos eléctricos.

—Explícame eso —dije yo.

Contestó que no tenía explicación. Que había que arrastrarse por cavernas y grutas para llegar allí, por túneles estrechos, a veces medio llenos de agua, y pasar profundos precipicios oscuros sobre una tabla temblorosa.

—¿Y qué hacías allí?

Contestó, sin dejar de mirarme las piernas, que estaba castigado por insubordinación. Se echó a reír y dijo que bueno, que no, que por insubordinación, no; por ser malo, sencillamente.

—¿Te castigó tu papá?

Contestó que claro, ¿o es que mi papá no me castigaba a mí?

—No tengo. Se murió.

Contestó que lo sentía, y quiso invitarme a beber de una botella de refresco Chococola que llevaba en un bolsillo. Eché un trago, y no quise más porque estaba demasiado dulce. Pero él venga a insistir. Bébetela, que es muy buena; verás qué buen gusto tiene. Como nunca he sabido decir que no a nadie, me la bebí entera para que se callase. Entonces se levantó del suelo, cogió la botella de cristalplast y dijo que le habían dejado salir de allí para una misión muy peligrosa, pero que ahora que estaba haciéndola no le parecía tan peligrosa, sino muy agradable. Me di cuenta entonces de que era tímido y de que le costaba mucho hablar. La verdad es que no me miraba a las piernas, sino que no se atrevía a mirarme a la cara.

Maxon y Mercantor volvieron de la calle cuando él se había marchado ya. No me acordé de preguntarle su nombre. Mamá también volvió tarde, acompañada de un señor alto. Me trajo una caja de bombones y un juego de los Invasores, y el señor alto me dio un beso en la cara. Olía mucho a perfume.

Aquella noche tuve pesadillas y fiebre, me desperté gritando y mamá me dio una pastilla de antipiról. Al día siguiente, en la escuela, me sentía como si flotase. Seguía sin entender los problemas de matemáticas, y me pusieron un cero en cosmografía galáctica por no saberme la lección. Dije que me dolía la cabeza, me llevaron a la enfermería y la máquina dijo que tenía fiebre y otras cosas que no me acuerdo. Pero las escribieron en un papel. Me mandaron a casa antes de la hora de salir, mientras los demás chicos y chicas seguían estudiando. Como no me encontraba demasiado mal, eso me puso contenta.

Estaba la puerta cerrada. Llamé. Hubo ruido dentro y, al cabo de un rato, salió el señor alto, y también mamá. No sé por qué, pero aquello me molestó mucho, y por eso rompí el papel y le dije a mamá que había devuelto, y que por eso me mandaban a casa. De todas maneras, me encontraba mejor.

Por la noche le escribí una carta a mamá diciendo que quería marcharme de casa

y vivir sola en lo alto de una montaña. No sé por qué hice eso, porque nunca había hecho una cosa así; pero me consoló mucho y dejé de estar triste. Luego, rompí la carta. Lloré durante la cena, y Maxon se rió de mí. Mercantor me abrazó y me llamó «su muñeca de cabellos negros como el azabache». Luego, tampoco me hizo caso.

Me costó dormirme. De pronto, me vinieron a la memoria las palabras por el médico había escrito en el papel, y en las que apenas me había fijado. Eran: «arritmia, hipotensión y astenia». Tenía que buscarlas en el diccionario, a pesar de que ya me encontraba perfectamente.

Estuve muy alegre los días siguientes. Aquel niño volvió, y lo encontré más interesante que antes.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Isaías y tengo nueve años.

—Yo también. ¿Qué quieres ser cuando seas mayor?

Se echó a reír de una forma rara, de la misma manera que el pobre papá lo hacía a veces.

—Soy... bueno, voy a ser piloto INC.

—¿Qué quiere decir INC?

—Interestelar Navy Commander. Es inglés, ¿sabes? Una lengua clásica. Las cosas importantes se dicen en inglés.

Me estaba pasando algo raro. De pronto, me venían a la cabeza cosas olvidadas, o cosas que yo no me explicaba cómo sabía. También tenía la sensación de que estaba creciendo y de que alcanzaba un tamaño tres o cuatro veces mayor que el de mamá, o el de su amigo...

No me caía bien aquel amigo. Nada bien. Se lo conté a Isaías y dijo que era natural. Me preguntó si yo no tenía nadie con quien jugar. Un nombre me vino a los labios.

—Antes, sí. A Víctor. Ahora, no.

—¿Víctor? —dijo, y se calló, sin seguir.

—¿Qué te pasa? —pregunté. Sin saber cómo, se me ocurrió que él lo conocía—. ¿Sabes algo de Víctor?

—Sí... —murmuró—. Tengo un mensaje para ti.

—¿De Víctor?

—De «él».

—Dímelo.

—Dice que volverá a verte.

—Bueno.

Me dolía un poco el pecho y me acosté pronto. Me desperté a media noche, dándome cuenta de que los problemas de matemáticas eran una idiotéz. ¿Cómo podía ser que yo no hubiera comprendido aquello antes? Al día siguiente me pusieron un

nueve.

Encontré en la biblioteca pública un libro que se llama *Primeros Auxilios. Prontuario de Medicina*. Me lo llevé a casa y lo leí a escondidas. A mamá no le habría gustado porque venía gente desnuda. ¡Le pegó a Maxon por traer una revista con chicas! ¡Era condenadamente injusta a veces! Mercantor tenía un libro que costó doce créditos, con chicas y hombres desnudos, y aquello no le parecía mal. Los dos, como si se hubieran puesto de acuerdo, decían que eso era arte.

Pasé mala noche. Me picaban bastante las axilas y las ingles. Miré el libro. Encontré una pomada en el botiquín de casa y me la apliqué. Al hacerlo, sentí como si la piel raspara. Leí el libro de nuevo. No decía nada de aquello. Bueno, no necesitaba a nadie. Si era una enfermedad, me la curaría yo sola. Pero continuaba molestándome un poco el pecho. No dije nada a nadie; esto eran cosas mías.

—Y de Víctor... —dije, sin saber por qué.

Pero sentía una especie de deseo... no sé cómo decirlo... A lo mejor estaba mal pensar estas cosas, pero me acordaba de los besos que nos dimos, y de la noche que pasé con él, y cómo me acariciaba, y cómo le ardían las manos, y sentía yo unos escalofríos la mar de raros en la espalda y en los riñones.

Me aprendí la cosmografía en cinco minutos, casi sin trabajo. Lo mismo pasó con la gramática, la religión comparada y la historia universal. Me pusieron tres nueves y un diez. En el recreo, por ver qué pasaba, cogí el libro de matemáticas y me lo leí entero, de un tirón. Aquello era una tontería fenomenal... ¿cómo no había entendido esas cosas si eran para niños?

¿Y qué era yo?

Pasé el resto del día muy preocupada por lo que era yo, porque me parecía muy claro que no era como las demás. Bueno, quizá lo era... pero había algo raro, algo que no conseguía entender. Me sentía distinta por completo, distinta hasta de los mayores. No sé, pero hasta los mayores me parecían un poco tontos. Todos.

Soñé con grandes animales de color pardo que corrían por una llanura. Tenían grandes cuernos de marfil, que brillaban bajo las lunas. Causaban una espantosa sensación de potencia y olían a sudor de hombre, y a algo ácido, algo desconocido. Uno de ellos trató de cornearme. Me desperté en el momento en que casi me cogía. Aún creí sentir el ardiente aliento del monstruo.

Isaías estuvo muy respetuoso conmigo, y preguntó si no sentía nada extraño.

—Claro que sí —le dije—. Quiero ver a Víctor... quiero verlo. ¿Cuándo vendrá?

—Pronto, pronto. Pero dime, ¿qué sientes?

—Como si no fuera yo misma, como si fuera otra persona. No sé bien quién soy, ni qué hago aquí. ¿Tú me quieres?

—No... —dijo, en voz baja—. No debo... no puedo. No eres para mí.

—¿Qué dices?

—Que sí que era una misión peligrosa.

—No te entiendo.

—Ni falta que hace, Michenzell. No le digas nada a nadie de estas cosas.

—No lo haré. Ni pensarlo. ¿Víctor vendrá?

—Seguro que sí...

Se marchó, volviéndose muchas veces para mirarme. Musitaba palabras en voz baja. Me pareció entender «¡Qué guapa es!», pero no me quedé muy segura de que fuera eso precisamente.

El hombre alto me besó otra vez, y me dio asco de él y de mamá. Su cara raspaba, exactamente igual que mis axilas. ¡Pelo! ¡Ésa era la explicación! Pues claro, ¿cómo no lo había pensado antes? Lo vi, a solas, apareciendo como pequeños puntitos negros sobre mi piel.

Excelentes notas en el colegio, y unas letras de los profesores diciendo que había mejorado extraordinariamente en la última semana, mostrando un aprovechamiento sin igual. ¡Pandilla de idiotas! Maxon, tres cates. Mercantor, también buenas notas. Trajo un amigo a casa, un chico pelirrojo que miraba a mi hermano mayor con admiración. A mamá le cayó bastante mal. Mercantor y ella tuvieron una conversación a solas, y oí la palabra «sexo» repetida varias veces.

¡Sexo!

¡Eso era!

Leí un libro de la biblioteca pública, sacándolo del estante en plan de consulta y sin que ningún lector próximo me viera. A decir verdad, sólo había dos lectores, y entre los dos sumaban casi dos siglos. No podía llevarme aquel libro a casa; estaba marcado con tres equis, y el robot bibliotecario no me lo hubiera entregado, a causa de mi edad.

Pero ¡bueno! ¿Qué podía importarle al maldito robot mi edad física, si la mental era muy superior? Había comprendido perfectamente todo lo que el libro decía sobre el sexo, y muchas cosas que antes no estaban claras me lo parecían ahora. Yo no sé si era el libro o era yo, pero comprendía bien lo del hombre alto y mamá, y lo de Mercantor y su amiguito el pelirrojo. Me imagino que el cerdo de Maxon tendría sus escarceos con alguna de las chicas de la escuela.

¡Vaya! ¡Cómo había podido yo dormir con Víctor tan inocentemente! ¡Una chica debe tener más cuidado!

Como mis notas fueron de lo mejor, mamá me dio más libertad. Vamos, algo así. Porque me imagino que lo que quería era quedarse a solas con su amante, el hombre alto.

Pero me llevé a Isaías de paseo, en la próxima ocasión en que vino. Para aquel entonces, ya me había desarrollado bastante... Bueno, bastante no, pero sí algo. Tendría que tener cuidado para que mamá no se diera cuenta de nada. No era difícil.

No teníamos baño de agua, como en el Mutzbunk. No nos llegaba para eso. Teníamos un baño de ultrasonidos. Era molesto, y me daba asco ver el polvillo negro de la suciedad, desprendido del cuerpo, en la tina vitrificada.

Mientras caminaba con Isaías al lado, miraba a los mayores con superioridad. Yo era mejor que ellos, porque valía más, y los muy tontos no podían saberlo. Pero era hora de sacarle la verdad a Isaías.

—Dime ahora mismo qué me ha pasado. ¡Espera! No contestes. Dime otra cosa antes. ¿Tú eres como yo?

—Sí.

—¿Y Víctor?

—Él fue el primero.

—¿Lo era ya cuando estaba en el Mutzbunk?

—Creo que sí... no lo sé. No cuenta esas cosas a nadie.

—Pero tú eres su amigo...

Rió, tristemente.

—Soy su servidor. Teniente Isaías Mitsouda, para servirte. El jefe Víctor me ha mandado encargarme de ti.

—¿Cuándo lo veré?

—Ha dicho que aún no es hora. Debes seguir como hasta ahora, sin decir nada a nadie, fingiendo que eres todavía una niña.

—Entonces, ¿qué soy?

—Una paidos. Como yo. Como el jefe.

—El jefe... ¿Es verdaderamente tu jefe? ¿Lo respetas mucho? ¿Por qué no viene por mí?

—Perdona, por favor. Una a la vez. Sí, es mi jefe; nuestro jefe, el de todos los paidos. ¿Respetarle? ¡Daría mi vida por él, si fuera preciso! ¿Qué más dijiste?

—Que cuándo vendrá por mí.

—Ha dicho que esperes; cuando sea el momento, yo te llevaré a su lado. Es una orden suya y no queda más remedio que obedecerla.

—¡No quiero!

—Lo siento, lo ha ordenado él.

Cedí. Si él lo deseaba así, yo también. Ardían en mi cabeza los recuerdos de sus besos y de la noche que pasamos juntos... ¿Por qué no podíamos estar juntos ahora? ¡Hubiera sido verdaderamente distinto!

El pobre Mitsouda estaba avergonzado y cohibido ante mí. Retiraba la mano cuando yo se la cogía, se apartaba un poco cuando yo me colocaba demasiado cerca de él. ¿Es que acaso yo no le gustaba?

Hice que me explicase todo lo que supiera sobre Víctor y sobre los paidos. No era gran cosa. Formaban parte de una Base Aérea, cerca del Mutzbunk, y tenían una

organización militar. No acabé de comprender bien aquello. ¿Para qué era necesaria? Se lo pregunté y contestó que él tampoco lo sabía, pero que era la voluntad del jefe Lanyard. Entonces fue cuando pensé que no era que yo no le gustase. No, por cierto. Yo le gustaba mucho, se veía en sus ojos. Lo que pasaba era que el respeto a Víctor pesaba en su corazón como una losa de plomo; jamás se hubiera atrevido a acercarse a una mujer... a una paidos, que estuviera reservada para el jefe.

¡Y a mí me volvía loca el pensar que estaba reservada para él! Yo, como Isaías, como aquellos otros que no conocía, no podía ser más que una cosa suya... sobre todo después de que nos hiciéramos novios en el Mutzbunk.

—Ya está mi misión casi completa —dijo Isaías, lúgubrementemente—. Ya no volveré hasta dentro de algún tiempo. Y entonces será para llevarte con él.

—¿Seguro?

—Eso dijo el jefe.

—¿Falta mucho?

—Creo que no.

Organicé mi vida solitaria. No pensé ni por un momento en comunicarle nada a mamá ni a mis hermanos. No sé por qué, pero me parecían demasiado grandes y burdos. Yo era perfecta, Víctor lo era, pero ellos no. Eran enormes, se movían patosamente, olían mal y querían tener siempre razón. Yo no les hacía caso, dentro de mí. Por fuera tenía que hacérselo.

En cuanto a mis estudios, y no me refiero a las clases para retrasados mentales que daban en la escuela, continuaron felizmente. No podía sacar los libros de medicina de la biblioteca pública, pero mi memoria era mejor que nunca. Normalmente, me bastaba con leer un libro un par de veces para acordarme de casi todo.

En el colegio, algunos niños y niñas se transformaron en paidos. No les dije que yo también lo era. Si Víctor había ordenado que me callase, lo haría así, aunque me fuera la vida en ello. Pero los paidos del colegio sí que lo sabían, y entre ellos formaban grupos, hablaban. Yo seguí haciéndome la niña, disimulando el cambio de mi cuerpo y enmascarando mi voz, que ahora era un poco más grave. En el espejo, mi rostro aparecía más afilado, sin perder esas mejillas redondas que he tenido siempre. Viendo fotos de chicas, diría que mi rostro era el de una muchacha de dieciocho o veinte años, pero en pequeño. Nadie se fijó.

Pasaron los días, y mi cuerpo entero clamaba por Víctor. Soñaba con él, soñaba con que estaba entre sus brazos, y me despertaba cubierta de sudor, nerviosa y a punto de llorar por la espantosa soledad en que me encontraba. Isaías había dicho que en aquellos momentos no podía distraerse con nada... ¡Yo no lo hubiera distraído! Hubiera estado a su lado, callada, silenciosa... incluso, si hubiera podido convertirme en una miniatura, hubiera vivido en uno de sus bolsillos, satisfecha con el calor de su

cuerpo a través del tejido.

Odiaba profundamente al hombre alto, y a mamá por haberlo admitido en su lecho después de la muerte de papá. Odiaba a Maxon por su carácter. Odiaba a Mercantor por invertido y cursi, por amanerado y estúpido. Porque lo era. Era estúpido hasta la médula de los huesos, hasta el tejido esponjoso, hasta la epífisis, diáfisis y cartílagos de conjunción. Pero creía ser muy listo y entender mucho de arte, cuando en realidad era torpe, pagado de sí mismo y malcriado.

Pero aguanté. Viendo madurar mi cuerpo para él, aguanté. No podían quejarse de mí. Mi comportamiento externo era ejemplar y mis notas excepcionales, hasta el punto que los profesores recomendaron que pasara un curso (o quizá dos, tal vez tres, puede que cuatro) más adelantado. Me hicieron unas pruebas especiales, y yo, sin darme cuenta de que con eso confesaba unas capacidades que era mejor disimular, las pasé summa cum laude. Cuatro cursos de ascenso. Me convertí en la primera alumna del instituto. Pero no pasó nada. Me consideraron una niña superdotada y nada más. Nada más. Nada más.

A solas, como una fiera herida, aullaba por Víctor, con la almohada entre los labios y el cuerpo tenso sobre la capa molecular de la cama.

Una madrugada, oí explosiones. El suelo temblaba. Pensé que tal vez fuera éste el día... No sé por qué, pero me pareció que las explosiones estaban en armonía con mis sentimientos y los de él. No fue así; solamente se había incendiado un yacimiento petrolífero...

¡Oh, qué lentamente pasaba el tiempo! Poco a poco me convencí de que nadie iba a venir nunca en mi busca. Pero también era imposible salir para encontrarlo por mis propios medios. ¿Por dónde empezar? A solas, gemía: «Víctor, Víctor. ¡Ven por mí! Soy tuya... lo seré siempre... haré lo que quieras...». Me imaginaba en sus brazos, como aquella tonta noche perdida en el pasado, aquella noche en que yo no era nada aún, y en que quizá él lo era todo ya. Recordaba sus ojos como brasas. Quizá pensaba en otra en esos momentos; quizá yo no era más que una especie de muñeca inanimada, sustitutiva de otra de verdad... Rabiaba al pensar estas cosas, y corrientes de ira se apoderaban de mi corazón. Deseaba su compañía, que me necesitase, cuidar de él, ayudarle en aquello tan importante que Isaías había dejado entrever. Y ahora veía que el pobre Isaías se había enamorado perdidamente de mí... ¡Bueno! Ni mi alma ni mi cuerpo eran para él, sino para el otro, para Víctor. Lo sentía por el pobre tenientecillo INC...

Los enormes monstruos retozaban en mi sueño, mientras unas manchas de color escarlata aparecían en mi cama. Traté de hacerlas desaparecer porque pregonaban que yo era una paidos del todo... ¡La primera vez! Podía haber obtenido mi menacmia, y opinar que aquello fue oligomenorreico, como es natural. Prolan B, cuerpos lúteos y hormonas gonadótropas... ¡todo eso y más sabía, puesto que no abandonaba mis



lecturas! Pero eso no son más que palabras frías y no pueden cantar mi satisfacción de sentirme completa.

El sol estaba poniéndose ya. Había bruma, bruma inexplicable, bruma amenazadora. Salía de los pozos abandonados, quizá, o era un producto de la presencia humana en Golconda. O quizá no fuera vapor de agua... Los tapones ardían en mis narices, excitadas por la música del aire. Entre las llamas del atardecer, llegó Isaías, recortándose su negra sombra en el crepúsculo como un fantasma lleno de buenas promesas.

—Es la hora —dijo—. Ven.

Y no esperé más. No me despedí de nadie, no cogí nada. No quería llevarme ninguna cosa, sólo mi persona. Todo lo que hubiera de recibir desde este momento en adelante sería de él y sólo suyo. Caminé, caminé, caminé. Veía pasar los tejados planos de las casas, las altas chimeneas, los enrejados metálicos, los depósitos de color plata y púrpura... todo rojizo e infernal bajo la luz de poniente. Rojizo y ardiente como mi cuerpo entero, como mis cabellos sueltos que ondeaban en el denso aire del planeta, como mis brazos, que eran bielas movidas por el deseo...

—¡Corre más, Isaías!

—Si no puedo... no puedo ir más deprisa...

Dimos vueltas entre rocas retorcidas, dejando atrás la alta torre cuadrada de la fábrica MAZ. Burbujas de pozos vacíos, como almas de hembras sin amante, clamaban al cielo su soledad. Columnas rotas de cuarzo rojizo, como deseos insatisfechos de machos abandonados, clamaban a las estrellas del firmamento. Un túnel, disimulado tras rocas sin nombre, una caverna cubierta de cristales, revueltas, pasadizos, y mi corazón sobresaltándose en mi pecho, mi piel ahíta de esperanza, harta de soledad, llena de electricidad que buscaba la presencia insustituible de él, mi príncipe, mi amor para siempre...

Una puerta en el muro. Corredores. Paidos con uniforme que me miraban con respeto. Voces apagadas que mis oídos no querían escuchar.

—Es ella. La Primera Dama. «Él» ha mandado que la traigan...

¡Él! ¿Dónde estaba?

Una puerta más. Paredes de color rojo, como mis pensamientos. Un paidos de pelo oscuro que se levanta, me saluda respetuosamente, dice su nombre y me acompaña... Isaías se ha perdido, tras una última mirada de devoción, entre los chicos y chicas de nuestra edad que corren por los pasadizos con armas al cinto, con papeles en las manos...

Él estaba allí, por fin. Abrí los brazos, como para alcanzarlo. ¡Oh, qué hermoso era! Brillaban sus ojos como estrellas, y aquel traje gris, tan serio, tan militar, daba prestancia a su cuerpo... ¡Cómo se arremolinaba su espeso cabello negro, hispido y

alto sobre su hermoso rostro de dios! ¡Él había hecho de mí lo que era yo ahora! ¿Qué me importaba todo, mi familia, mis estudios, yo misma... qué importaba nada que no fuera Víctor Lanyard?

—Ah, eres tú, Michenzell —dijo, dirigiéndome una mirada... pero ¿quizá una mirada distraída?—. Eres tú. He pensado que es mejor que estés aquí. Estarás más segura... Espérame.

Había un paidos con uniforme verde oscuro, cinturón plateado, cordones de oro en el lado derecho del pecho, galón rojo en las costuras de los pantalones, bocamangas y cuello rojos, con una alta gorra de plato verde, roja y dorada.

—El general Dugansailer —dijo Víctor, señalándolo—. Ella es la señorita Delburgo. Será mi dama, a partir de ahora. Es de buena familia; por lo menos, para lo que se estila en Golconda.

El general se cuadró, dio un taconazo y me saludó llevándose la mano a la gorra.

—Señorita...

—¡Víctor! —grité—. ¿No puedo estar a solas contigo?

Víctor hizo un gesto extraño.

—Está nerviosa, general. Retírate un momento, por favor. Continuaremos en seguida...

—Sí, mi jefe.

Nos quedamos solos. Había un espejo en la pared. Me acerqué. Vi mi rostro de paidos (labios gruesos y rojos, espeso cabello negro, piel blanca) sobre un traje de niña. Me avergoncé y me alegré a la vez. Me avergoncé por ese traje ridículo, y me alegré por ser hermosa, y serlo para él.

—¡Se acabaron las fulanas! —dijo él, y no conseguí entender lo que quería decir. Me hizo sentar en un canapé, a su lado, y me cogió el rostro entre las manos.

—Eres guapa —dijo—. No como ella, pero eres guapa. Servirás. ¿Quieres quedarte conmigo?

—¡Oh, sí, sí, sí! —contesté, cogiendo su mano entre las mías y llevándola a mis labios—. ¡Lo que tú quieras, Víctor...! ¡Lo que tú me mandes!

—Veo que Mitsouda hizo un buen trabajo. ¿Se portó bien contigo?

—¿Quién?

—El teniente INC Mitsouda.

—¡Ah, Isaías! Sí, claro...

¿Por qué era tan frío? ¿Por qué no me tomaba en sus brazos y me besaba? Intenté hacerlo yo, aproximando mi boca a la suya, pero me separó con suavidad.

—No es momento, Michenzell; estoy muy ocupado. Ven conmigo.

Abrió una puertecilla en el muro. Había allí una alcoba, con gran cama de resortes moleculares, un tresillo de espuma y una mesita con una botella alargada enfriándose en hielo. Sobre la cama, un traje de noche, negro, largo, con delgados breteles

cubiertos de lentejuelas...

—Ponte eso —dijo, señalando al traje—. Encontrarás cigarrillos y bebida. Ahí — indicó un estante—, tienes los últimos números de la *Gaceta Imperial*, *Mundos y Planetas*, *Crónicas del Universo* y la *Ilustración Galáctica*. Tardaré poco, amiga mía.

—Por favor... —dije yo—. No me dejes sola.

—¿Quieres hacer una cosa, Mich?

—Lo que quieras...

—Tíñete el pelo de rubio. Ahí, en el tocador, tienes un tubo de electroteñido. Está graduado ya en el número adecuado... ¿Lo harás?

—Si tú quieres... —contesté tristemente.

¡Amiga mía! ¿Sólo me merecía ese título tan... tan poco comprometedor, después de lo que había sufrido por él? Ni siquiera sé cómo me teñí, cómo tuve fuerzas para ponerme el traje, las medias y los zapatos de alto tacón que había en el suelo. ¿Acaso le importaba yo algo? ¿O estaba tratando de retratar en mí alguna ilusión que deseaba, algún fantasma que su mente había creado mientras yo no estaba con él? ¡Pues bien! Aunque fuera así, con eso me conformaría, con tal de estar a su lado. Sufriría lo que él quisiera imponerme, haría lo que me mandase y trataría de hacer su vida lo más feliz posible. No era yo la que debía recibir felicidad, sino darla...

¡Aquella botella contenía un refresco dulzón, claro está! Yo... ¡yo no podía ser lo que era, sólo porque sí! ¿Cómo no lo había pensado antes? ¡Él había mandado al pobre, desgraciado Mitsouda con la botella de refresco!

Entonces, ¡me quería a mí! ¡No quería a otra, sino a mí, precisamente!

Esto me llenó de nuevas ilusiones. En el tocador había afeites; me arreglé la cara, quizá torpemente, imitando sin querer a mamá, que ahora estaba tan lejos de esta alcoba hundida en el planeta como Golconda del centro de la galaxia. ¡Que se murieran todos si yo podía tener a Víctor para mí sola...! El electroteñido funcionó rápidamente, dándome un precioso tono rubio dorado. El traje me sentaba bastante bien, y con él, con los zapatos, las mejillas retocadas, los ojos subrayados en azulverde, yo parecía otra. ¡Oh, deseaba seducirlo, que se rindiera en mis brazos y susurrara mi nombre en mis oídos!

Pero no venía. Al otro lado de la puerta se oían voces. Alguien gritaba: «¡No se saluda con el gorro de ordenanza quitado!». Un alarido iracundo, en el que reconocí la voz de Víctor, cortó las otras voces: «¡Me traicionáis! Vamos retrasados, y no hacéis más que darme disculpas», «Señor, no es posible hacer más...», «¡Hay que hacerlo todo, todo! ¿Oís? ¡Todo!». Rumor de pasos sobre el pavimento, voces asustadas que se retiraban y desaparecían...

Me dormí, tendida sobre la cama.

Entró, dando tumbos, borracho de trabajo, lleno de cansancio, con el cuello

desabrochado y oliendo a sudor y a nervios. Se quitó el traje, se arrojó sobre mí y, a zarpazos, rasgó el bello traje negro. Después me besó ansiosamente. La amortecida ola de fuego surgió en mí de nuevo, reviviendo al contacto de su rostro amado.

—¡Michenzell! —gritó—. ¡Sé mía!

—¡Oh, mi amor! ¡Tuya, claro que sí! ¡He esperado tanto...!

A veces susurraba: «Sí, es como ella», y otras decía: «¡Maldita Borjana! ¡Maldita, no te veré más!». Pero ¡pobre mío!, ¿qué habían hecho con él para que sufriese de esa forma? No pedía yo, no, ser la primera paidos en su vida, me conformaba con serlo ahora y que no me dejase... por eso no quise oír el nombre que repetía obsesivamente: «¡Fran, Fran!». No hubo dulzura, y yo no la pedía tampoco... Habría tiempo de todo después de este primer encuentro tan esperado por ambos. ¿Qué me importaba que recordase a esa Borjana y a esa Fran, que le habían hecho sufrir sin duda? ¡Yo no lo haría jamás! «Michenzell, te necesito...». «Si estoy aquí, cariño, querido Víctor, amor mío... no te dejaré jamás...». «¡Te necesito, Michenzell!». Y luego su cuerpo y el mío unidos, y aquel nombre («Fran, Fran...»), repetido en mis oídos. *Pero yo cada vez sentía menos su contacto.*

¡Oh, Señor del Universo, espíritu de los planetas! ¡No puedo decirlo! Mientras nuestro abrazo se prolongaba, invoqué entre lágrimas a cualquier poder de los cielos, cualquier dios que pudiera ayudarme... Porque mientras él gozaba, llamándome tan pronto Michenzell como Francesca, ¡amor mío, cómo te odio!, yo, yo que le amaba tanto y que tanto había esperado, ¡no sentí nada!, ¡no sentí absolutamente nada! Indefensa e insensible, lloré silenciosamente aquella imposibilidad mía. «¡Fran, Fran, Michenzell, amor mío...!». ¿Podía yo pedir más? ¡Con eso, con eso era suficiente!

## 9. UNA NOCHE CON «LA APISONADORA»

*Escrito por G. de Hokusallmi en plan de ejercicio estilístico*

*La escena se desarrolla en el comedor privado de la residencia personal de la general Hokusallmi. En el centro, hay una mesa de plástico azul con dos pisos, luces interiores y un suministrador central. A su alrededor, seis sillas anatómicas, de las cuales sólo tres están ocupadas. Foro, un gran cuadro movable de Leiner Paget, el artista terrestre, traído a gran costo desde la misma Tierra por hiperlumínica. Representa un paisaje terráqueo, con árboles y un gran lago. El viento agita los árboles, y las ondas del lago se estremecen a veces dejando pasar el hocico de un pez oscuro. Figuras indistintas caminan por el bosque, llevando luces en las manos, o formando grupos. La acción, en el móvil de Leiner Paget, no se detiene ni un solo instante. Este móvil daría lugar él solo a una detallada descripción, pues a veces ocurren aventuras: figuras humanas acorralan a otra, o un pescador surca el lago y triunfa sobre el gran pez del centro o es devorado por él, o tal vez obreros pausados construyen una casa que más tarde es pasto de las llamas...*

*A derecha e izquierda, hay puertas practicables. Se hallan en escena, sentados a la mesa, la general Hokusallmi, el ayudante Waldersheim, y Gustavo, hijo de la general. Ésta es conocida en Golconda como «la Apisonadora», aunque su nombre completo sea Ayandeh de Hokusallmi.*

AYANDEH: Y bien, Waldersheim, ¿no le gusta el asado?

WALDERSHEIM: Es excelente, mi general.

AYANDEH: Hecho a mano; tengo un magnífico cocinero. No dejes de comer, mi querido hijo... luz de mis ojos. Estás muy delgado.

GUSTAVO: Sí, mamá.

*(Desde que la hija de la general, Francesca de Hokusallmi, muriera de forma inexplicable, Ayandeh ha experimentado, repentinamente, un cariño intenso y enfermizo por su único hijo. Procura que la acompañe a todas partes, incluso a los actos oficiales, y le cuesta verdadero trabajo dejar que el niño tenga algunas horas libres para jugar con sus amigos).*

AYANDEH: Bien, Waldersheim, continuemos con los principales asuntos. El jefe de la sublevación de Nábica debe ser dejado en libertad, ¡ese maldito traidor! Pero haga usted una circular mahdoroddam a su respecto... Los otros cabecillas, Mannings, Ardeshir y Mañezlake, fusilados. Organice el tribunal y, tan pronto sean condenados, que se cumpla la sentencia. ¿Comprende usted mi proceder, Waldersheim?

WALDERSHEIM: Creo que sí, mi general. Dejando en libertad a ese maldito Tsovala,

le hace aparecer como traidor a los suyos.

AYANDEH: Y con la circular mahdoroddam no escapará vivo. Perfecto. En cuanto a la algarada de la Oficina Imperial de Compras, la considero sin importancia. Los precios se mantendrán, desde luego, mientras del Control de Programación no nos den nuevos índices.

WALDERSHEIM: Eso puede tardar un año.

AYANDEH: ¿Cree usted que los precios son bajos?

WALDERSHEIM: Sinceramente, mi general, sí que lo son... Por eso Vuecencia tiene la libertad de variarlos en un veinte por ciento en más o en menos. Los costos de producción han subido, dicen los mineros y fabricantes, y el precio de los refinados no se ha cambiado desde hace dos años estándar.

AYANDEH: No diga tonterías, Waldersheim. El Control de Programación de la Tierra, sabe lo que hace... Si tuviéramos comunicación instantánea con los demás planetas, sería otra cosa. Yo no puedo hacer más que enviar una aclaración a la Tierra, y que el Gobierno de Su Majestad, Luz de los Arios, decida lo procedente.

WALDERSHEIM: Sí, mi general. Se mantendrán los precios de compra.

AYANDEH: Naturalmente. Bien. El Decimoséptimo de Infantería Espacial dejará Nábica y se trasladará a la zona de Campo de Oro. Los informes no son tranquilizadores; parece que también allí están disconformes con los precios. Dígale al coronel Shiraz que actúe con mano dura.

WALDERSHEIM: Así lo haré, mi general. Pero temo que seguiremos teniendo problemas con los precios. No quiero que Vuecencia tome esto como una falta de respeto, pero ya que es el Imperio quien compra toda la producción mineral de Golconda y la distribuye después, debería pedirse que mandasen un inspector lo antes posible.

AYANDEH: *(Levantándose y dando un puñetazo en la mesa que hace temblar los platos)*. ¡Cállese, Waldersheim! ¡No sabe usted de lo que está hablando! ¡Los precios se mantienen! Y no quiero oír hablar más de este asunto *(volviéndose hacia el niño, que ha dejado escapar un gritito de gusto)*. No, mi Gustavo... no te asustes. Mamá no está enfadada contigo... Anda, hombrecito, anda. ¿Quieres un poco de vino para tranquilizarte?

GUSTAVO: Sí.

AYANDEH: Un vaso lleno *(toca los mandos del suministrador, que coloca un vaso de vino ante el niño)*. ¿Ve usted, Waldersheim? ¡Ha logrado que mi hijo se asuste!

WALDERSHEIM: Lo siento mucho, mi general. No volverá a suceder.

AYANDEH: ¿Un poco más de asado, amigo mío? No me diga que no. Bien. Dé las órdenes oportunas para que el Decimoséptimo se desplace a Campo de Oro, con rifles de doce cristales, seis pilas por número, y una sección de disruptores pesados. ¿Por cuántos hombres y mujeres está compuesto?

WALDERSHEIM: Novecientos ochenta hombres y seiscientas doce mujeres, según el último parte, mi general. Mil quinientas noventa y dos unidades, en total.

AYANDEH: Está bien. Dos batallones a Campo de Oro; el otro quedará en Nábica. ¿Qué hay de las reparaciones de las naves de combate?

WALDERSHEIM: Todas a punto, mi general. Ciento doce cazas, dieciséis cruceros y doce cañoneras. Convendría hacer un supuesto táctico; los muchachos de la Navy se están oxidando.

AYANDEH: Eso le decidiré más adelante. Por cierto, tengo aquí el informe del presidente del Consistorio. Parece que en estos últimos meses el índice de criminalidad civil ha disminuido. Me alegro por él; así podrá controlar Golconda Central con su ridículo cuerpo de Municipales. No me gusta hacer que la Policía Imperial intervenga en esos miserables asuntos. Hay que dejar cierta libertad, Waldersheim. ¿Qué sería esto si no permitiera yo ciertas cosas, como la prostitución, o la exhibición de híbridos? ¡Si la gente se divierte, no hay problemas!

WALDERSHEIM: Sí, mi general. Tengo aquí, como todas las noches, el parte de retreta de las tropas.

AYANDEH: ¿Muchos enfermos?

WALDERSHEIM: No. Veamos... Ciento veintiséis... no llega a un cero coma tres por ciento.

AYANDEH: Naturalmente. La vida militar es muy saludable. Lo he dicho siempre. Mi hijo (*pone la gruesa mano en la cabecita del niño*) seguirá mis pasos... Entrará en la Academia Imperial de Quajardasht. ¿Eh, Gustavo?

GUSTAVO: Sí, mamá.

AYANDEH: ¿Ve usted? Y otra cosa... ¿desertores?

WALDERSHEIM: Ninguno.

AYANDEH: Entonces, sólo el caso del veterano Gazaniol, ¿eh?

WALDERSHEIM: Sí, mi general. Esto... (*duda, un poco temeroso*). Hay una petición de clemencia del Consistorio de Golconda. Alegan que su esposa estaba enferma y que el único que podía prestarle auxilio era él... El Servicio de Correos Imperial había, fallado, y la mujer no pudo recibir su paga. El computador de Asistencia Sanitaria fue codificado erróneamente, y ningún médico se presentó para atenderla. Gazaniol abandonó el cuartel del Veinticuatro de Mecanizadas solamente durante dos días. Iba a presentarse voluntariamente cuando los agentes de la NIRAM lo detuvieron. El Consistorio dice que su muerte causaría mal efecto en el pueblo minero de donde procede, Novat Dor.

AYANDEH: Me sentía inclinada a la clemencia, Waldersheim. ¡Si no se hubieran metido esos civiles del demonio! Si accedo, creerán que lo he hecho por ellos, y en la próxima ocasión pedirán las dos lunas de Golconda. Petición denegada. Que lo

fusilen.

WALDELSHEIM: *(Torciendo la boca; es evidente que no le gusta la decisión de la general Hokusallmi).* Como mande Vuecencia.

AYANDEH: Claro que sí. *(Pensativa).* Ahura Mazda lo recibirá...

*(Durante un rato, los tres comen en silencio. Un ordenanza entra con un plato de pescado y lo coloca sobre la mesa. El suministrador —regalado a la general por el Gremio de Espectáculos— extrae sus largas pinzas y cuchillos de plata, trocea el pez, lo limpia y lo sirve en tres platos de porcelana, frágiles como una telaraña, que coloca hábilmente ante los tres comensales).*

AYANDEH: Es un pescado del Mutzbunk; un regalo personal de ese Dole Mazagrainer... Por cierto, eso me recuerda que vamos a tener un invitado esta noche, Waldersheim. Llame a los calabozos y que suban a ese maldito profesor... Dicen que el mejor sistema para hacerles hablar es un rato bueno y otro malo. Ya lleva bastantes ratos malos. Le daremos uno bueno. Tú no te preocupes, hijo mío. Es un hombre malo, pero tu mamá está aquí contigo. Cómete el pescado, corazón. Está rico... pero este aparato del diablo funciona mal; aún quedan espinas. Bueno, ya se encargará el Gremio de Espectáculos de repararlo; les conviene.

*(La general ríe sordamente mientras Waldersheim da las órdenes oportunas para que suban a Garuslap. Ninguno de los dos se ha fijado en el repentino relámpago de los ojos del niño, ni en cómo de vez en cuando toca la pequeña grabadora que lleva disimulada en su discreta chaquetilla verde con encajes azules).*

AYANDEH: Ahí viene.

*(Entra el profesor Garuslap, escoltado por dos números de la Policía Imperial. Es un hombre alto y delgado, con gafas, y con el rostro lleno de hematomas. Tiene vendada la mano derecha. Se detiene bruscamente, como aterrado, ante Ayandeh de Hokusallmi. Efectivamente, incluso en la intimidación, la general causa terror. Su melena blanquecina sobre un rostro ancho, de narices achatadas como un mongol; sus grandes brazos desnudos, cubiertos por músculos como troncos de olivo, colocados sobre la mesa; las dos pulseras de cuero, ceñidas a las muñecas, que hacen juego con el justillo de cuero lleno de chapas de acero con que cubre su torso hercúleo; todo ello causa una terrible impresión de fuerza y brutalidad).*

AYANDEH: Siéntese, profesor; no tenga miedo... por ahora. Waldersheim, cambie el suministrador a cuatro. ¿Cómo debo llamarle, profesor? ¿Atience Garuslap o Dinovie Pilongrath?

GARUSLAP: *(Se sienta; el suministrador toma una ración de pescado, platos y*



*cubiertos y los coloca ante él; después, le sirve una copa de vino*). Mi verdadero nombre es Atience Garuslap, catedrático de geología de la Universidad de Cántor. AYANDEH: Lástima que el viaje a Cántor cueste catorce meses entre ida y vuelta. Pero si es preciso, esperaremos esos catorce meses. Bien, Garuslap; no somos tan malos. Beba.

*(El profesor lo hace ávidamente. En seguida, el suministrador le sirve más vino)*.

AYANDEH: Profesor Garuslap, ya que le gusta que le llamen así... ¿dónde está el niño? ¿Verdaderamente era su hijo? Hemos comprobado por los registros de pasaje, que llegó usted solo a Golconda, en la nave de pasajeros «Luz de Khorassan». ¿No es extraño que su hijo le esperase aquí? ¿En qué nave vino?

GARUSLAP: *(Luchando para comer, pues la ausencia de cuchillo y la mano vendada le hacen conducirse con torpeza)*. Ya he dicho al doctor que me ha interrogado que no era realmente mi hijo... Era un pobre niño abandonado a quien encontré en Golconda, y por quien sentí lástima. Lo llevé en mi viaje para alimentarlo y educarlo un poco.

AYANDEH: *(Burlonamente)*. Muy meritorio, profesor. ¿Le duele la mano?

GARUSLAP: Sus esbirros me han arrancado dos uñas. Después me han pegado en las manos y los pies, durante horas, con una regla de acero.

AYANDEH: Lo siento. Le aseguro que no volverá a suceder *(se echa a reír de una forma escalofriante)*. ¡No volverá a suceder! ¿Qué pasa? ¿Es que no me comprende usted?

GARUSLAP: Temo que sí.

AYANDEH: ¡Naturalmente! La próxima vez le haremos algo mucho peor, pero no esto. Por eso digo que no volverá a suceder *(vuelve a reírse)*. Bien, profesor, aproveche usted el pescado del Mutzbunk. ¿Y qué fue de ese niño?

GARUSLAP: *(Con los ojos fijos sospechosamente en Gustavo)*. Desapareció cuando regresamos a Golconda Central.

AYANDEH: Muy oportuno. He dado orden de que lo busquen, pero será difícil encontrarlo. Si es listo, sabrá ocultarse, y además, ¿qué diferencia a un niño de otro niño? ¿Y qué peligro puede ofrecer? Por cierto, Waldersheim, estoy muy extrañada de que esos dos doctores, Pahlrod y Reza Hossein, no se hayan presentado aún. El último correo oficial traía noticias de que venían a Golconda. ¿Cree usted que puede haberles sucedido algo?

WALDERSHEIM: *(Procurando no mirar al profesor, que come con torpeza, componiendo a veces bruscos gestos de dolor)*. No lo sé, mi general. La estación seguidora no ha detectado nada, ni restos de polvo, ni fragmentos volantes. Es difícil, por tanto, que su nave haya sufrido una avería en el espacio...

AYANDEH: Sí, claro... Come Gustavo, hijo de mis entrañas, come. No te quedes ahí mirando al profesor... no te hará nada. Como habrá visto, Garuslap, el suministrador no le ha puesto cuchillos ni tenedor de metal. Ese sitio que usted ocupa está reservado a huéspedes de su clase, y el suministrador lo sabe. Cuchillos no, y tenedores de cartón encerado.

GARUSLAP: Muy hábil, mi general.

AYANDEH: Sigamos. Ya ve que yo hablo con usted amigablemente; el doctor Shariati, el de abajo, es mucho más contundente. Estos doctores de la NIRAM no se andan con contemplaciones, ¿verdad? Dígame, profesor, ¿qué iba usted a hacer verdaderamente al Mutzbunk?

GARUSLAP: Ya se lo he dicho a sus secuaces. Investigaciones geológicas.

AYANDEH: Sin embargo, el catedrático Tomlinson, del Departamento de Geología de la Universidad, ha tenido una conversación con usted y dice que sus conocimientos no llegan ni a los de un estudiante de primer año.

GARUSLAP: Las torturas han alterado mi memoria; no recuerdo muchas cosas. Ni siquiera las de mi profesión. A veces no sé ni mi nombre o el de mis padres.

AYANDEH: *(En el micro del suministrador)*. El postre. Bueno, le creo, profesor. Seguro que cuando quiere tiene usted mala memoria. ¿Tiene usted algo que ver con Dole Mazagrainer?

GARUSLAP: Nada. Lo conocí en el Mutzbunk; sólo eso.

AYANDEH: Probablemente es cierto. Hemos investigado a ese Mazagrainer y sus antecedentes son irreprochables... Vino en la primera remesa a Golconda, pero eso está olvidado. ¡Excelente persona! Su ficha del Banco Galáctico muestra claramente cómo fue ahorrando, año tras año, hasta poder comprar el Mutzbunk.

*(Nadie nota cómo Gustavo, que se ha puesto pálido y ha contenido la respiración un momento, cierra los ojos y expulsa el aire, tranquilizado. ¡Está claro que el hijo del director del Banco Galáctico ha podido, por fin, trastear en el ordenador de cuentas corrientes!).*

AYANDEH: ¡Waldersheim!

WALDERSHEIM: ¡Sí, mi general! *(saltando en el asiento)*.

AYANDEH: Recuérdeme que concedamos a Mazagrainer el título de Honorable. Este pescado era excelente. ¡Ah, el postre! Gelatina de mangos de Mendel, profesor, con helado de orapo... una maravilla de mi cocinero. Coma, profesor. Quizá sea la última comida apetitosa que haga usted en una temporada. ¿Qué les dan allá abajo?

GARUSLAP: Latas de alubias en malas condiciones... Dos presos han muerto intoxicados.

AYANDEH: Es igual. Probablemente eran enemigos del Imperio. *(Cambia*

*bruscamente de expresión*). ¿No habrá usted ido al Mutzbunk para tomar contacto con ese Valtour? ¡Todos creíamos que había muerto!

GARUSLAP: No sé de Valtour más que lo que oí allí.

AYANDEH: (*Enfurecida, levantándose*). ¡Chikhaz! ¡Está usted abusando de mi paciencia! ¿Qué le parecería que le dejara en libertad y le declarase mahdoroddam? ¿Sabe usted lo que es eso?

GARUSLAP: (*Serenamente*). Sí, mi general. Conozco la lengua del Viejo País. Eso quiere decir que el Imperio se desentiende de mi persona y que, si alguien me mata, no se efectuará ninguna investigación ni se perseguirá al culpable.

AYANDEH: (*Caminando lentamente alrededor de la mesa hasta colocarse a espaldas del profesor. Su musculatura y su cuerpo macizo contrastan espantosamente con la feble estructura de Garuslap*). Si encontramos a su hijo, usted hablará... le digo que hablará. Si es que es su hijo. Y aunque no lo sea; si es usted tan idiota como para recoger a un mendigo del mercado y llevarlo... también le hará daño lo que le hagamos a ese niño...

GARUSLAP: (*Levantándose*). Mi general, es usted una miserable. (*Con toda su fuerza, la general Hokusallmi abofetea al profesor Garuslap, que cae al suelo arrojando sangre por la boca y las narices. Ayandeh le da una patada en los riñones*).

AYANDEH: ¡Guardia! ¡Que se lo lleven! ¡Entregadlo al doctor Shariati y que no le deje dormir durante un día entero!

*(Los guardias se llevan arrastrando el cuerpo exánime de Garuslap. Gustavo finge un lloriqueo. Su madre se vuelve hacia él).*

AYANDEH: No, mi bien. No te asustes, hombrecito mío. No llores. Nadie te hará daño; tu mamá no dejará que eso suceda. ¿Ves? Ya se han llevado a ese mal hombre... (*Abraza al niño, casi sumergiéndolo en sus nudosos brazos, y coloca su áspera cara junto a la carita del pequeño, que poco a poco se tranquiliza*). Así me gusta... antes prefiero yo que me corten en trozos que tú sufras nada... Come helado, Gustavito... es bueno... ¿quieres otra ración?

GUSTAVO: (*Llorosamente*). Sí.

*(Suena un discreto zumbador en el aparato central. La general coge la pantalla, al extremo de un cable enrollado, y la mira. Las viseras de la pantalla impiden que nadie más que ella lea lo que pone allí).*

AYANDEH: Hemos terminado, Waldersheim. Márchese usted y que se cumpla todo lo que he ordenado.

WALDERSHEIM: Sí, mi general. ¿Manda Vucencia algo más?

AYANDEH: Nada. (*Waldersheim sale. La general espera un momento y después se dirige a la pantalla*). El conde puede pasar.

(*Al cabo de un minuto entra en escena el conde Tapulianov. Es un hombre cuadrado, vestido con costoso traje de piel. Sus rasgos son ávidos, amarillentos, iluminados por dos ojos profundos que nunca miran de frente. Lleva en la mano un maletín de seguridad*).

EL CONDE: Mis respetos, mi general... Buenas noches, Gustavo.

AYANDEH: Siéntese, conde. Hemos terminado de cenar. ¿Trae usted eso?

EL CONDE: Naturalmente, mi general. (*Abre el maletín de seguridad, después de colocar la combinación en la cerradura, y extrae, uno tras otro, rectangulares fajos de billetes de mil créditos, que comienza a apilar ante la general Hokusallmi*).

AYANDEH: ¿Cuánto?

EL CONDE: (*Untuosamente*). La mitad, como convinimos. Tres millones de créditos.

AYANDEH: (*Sin hacer caso del dinero*). Está bien. Pero la plebe está comenzando a sublevarse con el asunto de los precios de compra. No podré aguantarlos mucho más. ¿Tiene usted los documentos en regla?

EL CONDE: Los tendré, mi general, seguro que los tendré. Cuando Vucencia autorice la subida del veinte por ciento, llevará fecha de un año antes. Naturalmente, lo que el Gobierno pague de más en ese período... a medias, como convinimos. (*Repentinamente asustado, mirando a las paredes*). ¿No habrá aquí...?

AYANDEH: Tranquilo. No hay micros escondidos. Los había, porque esos idiotas de la NIRAM se creen más listos que yo. Están escuchando una grabación sin sustancia alguna. No se preocupe. Lo que tiene que preocuparle es que las órdenes de pago y las autorizaciones estén en regla. Si viene una inspección, yo no sé nada de esto.

EL CONDE: (*Servilmente*). Claro está, mi general, claro está.

AYANDEH: La falsificación de la fecha la hará usted. De mis oficinas saldrá la orden de aumento con la fecha corriente.

EL CONDE: (*Sudando a mares*). Mi general, ¡eso no puede ser! Quedamos en que saldría fechada de sus oficinas... Un error de un administrativo, una equivocación. Se coge a cualquier monharefa, se le carga el asunto y concluido.

AYANDEH: No diga monharefa, diga pervertido, estúpido. Gente como usted no merece usar la antigua lengua del Viejo País.

EL CONDE: Pero ¡yo no puedo alterar la fecha! Si pasa algo, las culpas serán sólo para mí...

AYANDEH: (*Fríamente*). Tómelo o déjelo, Tapulianov. Debe usted demasiado aún... Y si no paga, puede que sus acreedores tengan suficiente influencia como para que yo lo declare mahdoroddam.

EL CONDE: (*Aterrado*). ¡No! ¡Eso no, mi general! ¡Eso no!

AYANDEH: Basta. Puede usted marcharse. No olvide que mis agentes están en todo momento encima de usted... ¡Márchese!

*(El conde sale trompicando, pálido como un muerto).*

AYANDEH: (*A solas, sin hacer caso de Gustavo, que la contempla con ojos de fuego*). ¡Imbéciles! Se creen que van a engañarme a mí, si ni siquiera la NIRAM... Creen que no sé que hay cinco doctores entre ellos preparados con naves ultrarrápidas, por si se me ocurre traicionar a Su Majestad. (*Pensativa*). Soy fiel, lo seré siempre... pero ¿por qué han de sospechar de mí de esa manera? ¡Cinco agentes! En Raider Hill, uno; otro en Granate Meadows; otro en la Central de Oxígeno de Jarbalai... (*Se levanta; pasea de un lado a otro*). No pienso quedarme con el retiro, cuando me llegue la edad... ¡Una espada de homenaje y unos centavos para malvivir! Si se me ocurriera traicionar a la Luz de los Arios, esos cinco agentes saldrían disparados hacia los planetas más próximos para comunicar mi traición... (*Gustavo se levanta*). ¡Oh, hijo de mi vida! ¿Quieres algo?

GUSTAVO: Querría una cosa, mamá.

AYANDEH: Dime qué es... la tienes, lo que sea.

GUSTAVO: Me gustaría visitar la Base Aérea, ver los cazas y las naves de guerra... ¿Podría llevar a unos amigos del colegio?

AYANDEH: Claro está... Te daré un pase... Waldersheim os acompañará... O no. Él está muy ocupado. ¿Para mañana?

GUSTAVO: (*Lleno de satisfacción*). Sí, mamá.

AYANDEH: Espera un momento.

*(Sale de la habitación. Como un rayo, Gustavo extrae una cámara fotográfica del tamaño de un dado y fotografía rápidamente los documentos que hay sobre la mesa. La guarda justo a tiempo de que su madre no le sorprenda con la cámara en las manos. Pero aún tiene en ellas uno de los documentos).*

AYANDEH: (*Entrando*). ¿Qué miras...?

GUSTAVO: Esto...

AYANDEH: (*Cogiendo el documento*). ¡Ah!, la lista de pasajeros del «Estrella de la Mañana». No creo que te interese mucho. Veamos... ¡Vaya! Paracels, Alceste. Procedente de Barlión. Ojo privado. Motivo del viaje: buscar a Solimán de Vos, según encargo de la familia... ¡Bah! ¿Los demás? ¡Gente aburrida! Comerciantes,

profesionales, dos oficiales nuevos... ¡Como no se presenten puntualmente, los aso vivos! El único diferente es ese Paracels... Creo haberlo oído nombrar. Creo que es el mejor detective privado de Barlión... ¡Barlión! Yo podría estar gobernando allí, en vez de en esta basura de mundo. Esto se ha recibido hace unas tres horas; el «Estrella» aterrizará mañana... Toma, hijo, tu pase. Te acompañará el mayor Blaquelord... Por cierto, no recordaba... (*Toma el visor en sus manos*). ¿Doctor Shariati? Sí, yo misma. No, de ninguna manera. No le toque los ojos, ni las manos, ni los oídos... Si se decide a confesar cómo era ese aparato electrónico, necesitará tener vista y tacto... No lo estropee demasiado... Está bien. Hasta mañana. Bueno, hijo mío, tienes que acostarte...

GUSTAVO: Sí, mamá.

AYANDEH: (*Mirando los fajos de billetes, aún sobre la mesa*). Yo tengo que hacer.

GUSTAVO: Sí, mamá. Un beso, mamá. Buenas noches, mamá.

AYANDEH: Buenas noches, hijito. Ten felices sueños. Tu mamá trabaja para ti.

GUSTAVO: (*Mientras camina, a solas, hacia la salida*). ¡Llegará! ¡El día llegará! (*Se vuelve, temeroso de que la general lo haya oído. Pero no es así; está demasiado ensimismada contando el dinero*). ¡Y él será el verdadero jefe! ¡Viva Lanyard, viva por siempre Víctor Lanyard!

(*Si esto fuera una obra de ficción en vez de una aterradora realidad, caería ahora, muy lentamente... el telón*).

NOTA de Víctor Lanyard: «¡A este Gus se le ocurre cada cosa! Pero basta por ahora de cosas que explican los demás... Voy a seguir hablando yo solo».

## 10. GRANDEZA Y DECADENCIA DEL SEÑOR ALCESTE PARACELS, DE BARLIÓN

Alceste Paracels era ario puro, y presumía de ello. Rubio, con ojos azules, la tez bronceada, un metro ochenta y cinco centímetros de estatura y ciento noventa libras de peso, llamaba normalmente la atención de las mujeres, que le miraban de soslayo a veces, y otras atrevidamente. Estaba acostumbrado a esta admiración femenina, y se sentía molesto cuando una mujer se mostraba indiferente ante sus varoniles atractivos.

No estaba el tío muy contento de venir a ese agujero llamado Golconda. Acostumbrado a la vida de Barlión, planeta mucho más civilizado, sólo los buenos créditos que la familia De Vos le pagó le convencieron para hacer aquel aburrido viaje de tres meses, dormido en la litera de una mugrienta nave espacial de pasajeros. Despertó dos días antes de la llegada, por lo cual, según dijo en el hotel, tuvo suerte, porque en Golconda no había gestores ni mensajeros, como en otros sitios.

Ni siquiera se dio cuenta de que un niño de unos ocho años le observaba fijamente cuando bajó por la rampa del «Estrella de la Mañana», y que una chiquilla de la misma edad, en el hall del hotel, se acercó al mostrador de recepción y guipó cuidadosamente el número de la chambre que le dieron. El hotel se llamaba GOLCONDA PALACE y presumía de ser el mejor del planeta, aunque el gerente se dedicase a suministrar mestizas a los clientes que lo pagaban y el servicio de cocina fuera tan automático como un reloj. Nada de platos hechos a mano. La servidumbre, o sea, los camareros y camareras, robaban cuanto podían en el bar y en las habitaciones, pero cuidando mucho de con quién se metían. Como la sociedad dueña del hotel tenía un importante accionista en la general Hokusallmi, cualquier reclamación, como no fuera de un tipo de muchas campanillas, se perdía en el fárrago administrativo.

Pero con Alceste Paracels no se atrevieron a meterse. Una vez que la chorba de turno registró las maletas, se dio cuenta de que aquel socio podía ser peligroso. Llevaba una cota de malla de cuerpo entero, capaz de aguantar balazos, lázers, calor y electricidad. Llevaba un surtido de armas cortas de todas clases. Llevaba mil aparatos científicos que nadie logró entender. Llevaba, por último, una especie de sombrero de fieltro que ocultaba un casco de metal blindado, complemento de la cota de malla. El jefe de camareros dijo:

—Más vale que a ése lo dejéis en paz.

Una de las chicas que se ganaban un sobresueldo dando a ciertos clientes un servicio muy distinto de cambiarles las moléculas de la cama o cargar los dispensadores dijo:

—Ya veremos si se siente en paz conmigo, si lo encuentro solo.

Bueno, esto son digresiones, o sea que volvamos a lo principal.

El GOLCONDA PALACE tenía unos grandes conductos de aire acondicionado, puesto que uno de sus principales atractivos, por no decir el único, era que suministraba aire normalizado a todas las habitaciones. Para los visitantes de paso, el no tener que usar tapones durante el sueño era una cosa bastante deseable y que les gustaba mucho. Aquellos conductos no eran tan grandes como para que un prohibido pudiera arrastrarse de aquí para allá por ellos y ver cosas, pero sí lo suficiente como para que lo hiciera cualquier chiquillo de mediano tamaño, digamos de ocho a diez años.

Alceste Paracels bajó al comedor a tomar lo que en el hotel bautizaban como «Café al Viejo Estilo de la Tierra» y que era un caldibache caliente, de color aproximadamente negro, fabricado con quién sabe qué misteriosos despojos, endulzado con una píldora deedulcoína y acompañado por media docena de pastas pétreas y un pegote de mantequilla enmohecida. Todo, eso sí, en servicio de plata (la plata andaba tirada en Golconda) y mantelitos de plástico que imitaban el encaje.

Alceste Paracels llevaba en sus maletas una colección de analizadores, micrófonos direccionales, telemandos, pequeñas cargas de gas de ése que hace dormir, una pistola antigua con cartuchos de pólvora, otra de ésas que llaman lanzaiones y unas pocas de granadas de alto explosivo; también una borja electrónica perfeccionadísima. Había una carpeta con notas suministradas por la familia De Vos (actualmente residente en Barlión) en las que se detallaba lo sucedido en el Mutzbunk. El nombre de Dole Mazagrainer y el de Atience Garuslap estaban subrayados.

Una vez que Paracels hubo escupido todas las zurrapas que el «Café al Viejo Estilo de la Tierra» le había dejado entre los piños, salió a la calle para iniciar sus investigaciones. Nadie sabe con exactitud por dónde pensaba empezar, porque la suerte, esa cosa tan rara e inesperada, iba a echarle una mano o dos. Tan pronto como salió a la calle, un chiquillo rubio, delgadito, de unos nueve años, se acercó a él.

—¿Es usted el señor Paracels?

El niño vestía un uniforme azul oscuro con insignias de plata y una gorra de militar, incluso llevaba correa y una funda de cuero negro al costado. Paracels reconoció uno de los uniformes MAZ que también se estaban vendiendo en Barlión desde hacía poco. Tenían mucho éxito, porque estaban bastante bien terminados, no eran caros y a los niños les gustaban mucho. La casa MAZ también fabricaba unas imitaciones bastante buenas de las armas de reglamento del Ejército Imperial, e incluso pequeños vehículos destinados a aquellos cuyos padres pudieran pagarlos. Pero Paracels, soltero desde que nació, no se había preocupado jamás del mundo de los niños, que le importaba un mango de Mendel. Sus únicos intereses en esta perra vida eran ganar créditos, llevarse a la cama el mayor número de chicas posible, comer bien y esgrimir su mano de duelo ante quien quisiera hacerle frente.



—¿Es usted el señor Paracels?

—Yo soy, hijito —dijo Paracels—. ¿Qué quieres?

—Un señor me dio un credo para que le entregase esto.

El niño tendió una hoja de papel. El detective la tomó de la mano enguantada y pudo leer, en letras muy torcidas e infantiles: «Si quiere enterarse de algo bueno, vaya al fortín de Khyber. Le esperaré. Su Servidor, Spots». ¡El fortín de Khyber! Aquello estaba al otro lado de Golconda. Incluso contratando la nave que un piloto enloquecido había puesto en funciones, aquel desecho de la Armada Imperial dotado de los suficientes compensadores para poder aterrizar en cualquier punto de Golconda, el viaje costaría mucho tiempo y demasiado dinero. Y eso ahora, porque unos días antes ni siquiera existía el servicio, y le hubiera sido preciso ir a lomos de mula.

Algo, en todo aquello, sonaba mal. ¿No querrían apartarle de Golconda? Miró fijamente al niño vestido de uniforme.

—¿Cómo era el hombre que te lo dio?

—No me fijé —dijo el niño, desviando la vista.

—¿Cómo te llamas?

—Isaías, señor.

Estaba claro que aquella criatura mentía.

—Ven conmigo, hermoso. Sube a mi habitación y te daré una pieza de cinco créditos. No llevo dinero aquí...

¡Claro que era fácil engañar a un chiquillo! Pero Paracels no vio la sonrisa de burla que el paidos sacó a relucir cuando el detective entró en el hotel.

—Toma —dijo Paracels, tendiéndole la moneda de cinco pavos—. Y ahora dime la verdad... ¿cómo era ese hombre?

—No lo sé, señor...

Sin compasión alguna (¡el tío era así de bestia!), Alceste cogió el bracito del pobre nene indefenso y se lo retorció a la espalda. Lo dicho: ¡los niños no le importaban nada!

—¡Ay, ay! —gimió la criatura—. ¡Me hace daño...! ¡Ay, ay! ¡Suélteme, señor...!

—¿Cómo era ese hombre?

—Lo diré... ¡lo diré! Suélteme, por favor...

Paracels lo soltó.

—Era alto, con gran bigote negro y el pelo muy espeso. Lo había visto alguna vez en esa tienda MAZ que hay enfrente... Fue el mismo que me vendió el uniforme de aviador hace una semana...

—¿Dónde estaba, cuando te dio el papel?

—En la puerta de la tienda MAZ, señor. ¡Oh, me duele! Me dio diez credos para que no le dijese de dónde había salido el papel, señor...

—¡Lárgate, mocososo y que no te vea más!

Con una sonrisa de carnicero en los labios, Alceste Paracels, a solas, se enchufó la cota de malla, abrochando bien los diversos broches. Le pareció oír un ruido, como si algo metálico hubiera chocado con la rejilla del aire normalizado. Se volvió. No había nada. Ni ningún hombre hubiera podido meterse por allí. Lo primero que había hecho, al llegar, fue revisar el estrecho conducto de distribución de aire, por si había bombas o micrófonos ocultos. Se colocó también el sombrero blindado, que a las primeras se veía como un sombrero chipén, sin trucos. Se encasquetó en el costado una pistola iónica, capaz de abrir un agujero de dos palmos en un muro de hormigón. ¿Qué no sería capaz de hacer con un prohibido normal?

Después, salió de naja y tomó rumbo hacia la tienda MAZ. No, señor. Al hombre del bigote negro no iban a salirle las cosas tan bien como había previsto. ¡Qué vergüenza! ¡Valerse de un pobre niño para estos sucios trucos! ¡Qué asco!

La tienda MAZ tenía unos grandes escaparates encristalados donde se exhibían distintas clases de uniformes, armas de juguete, libros bélicos y hasta una pequeña tanqueta, adecuada al tamaño del usuario. Una vez más, Paracels se sorprendió ante los precios. ¿Cómo podía fabricarse aquello tan barato? ¡Parecía imposible! Pero estas consideraciones mercachifleras no eran su fuerte, así que empujó la burda y entró en la tienda.

Había un par de padres (hombre y mujer) comprando cosas a una hija de unos siete años y medio, con nariz chata y melena rojiza.

—¿Para qué quieres eso? —preguntó el padre.

—¡Quiero el uniforme! —aulló la pequeña, con una potencia que no bajaba mucho de la de una sirena de alarma.

—Sólo son doce créditos, señor —dijo el dueño de la tienda, un hombre gordo, calvo, con ojos negros de cerdo y papada—. Cualquier regalo le costaría más...

—Ha sacado buenas notas —intervino la madre—. Doce créditos no es demasiado...

—¡También quiero la pistola! —vociferó la niña.

—Dos créditos —lanzó el vendedor, como un autómatas.

—¡La quiero!

—Está bien, está bien... Ande, ponga las dos cosas y acabemos de una vez. Pero creo que sería mejor una muñeca, o una cocina de ésas que anuncian, o...

—¿Qué graduación ponemos?

—Sargento —contestó la niña, limpiándose las lágrimas—. Con la insignia de la policía militar.

—La cocina costaría más de treinta créditos... —dijo la madre.

—¿Cuánto valen las insignias?

—Están comprendidas en el precio, señor.

—Entonces, hija mía, ¿por qué no te las ponen de general?

—¡Quiero las de sargento!

—No se preocupe, señor —dijo el encargado—. Ya sabe cómo son los niños. Parece increíble, pero la mayor parte pide el uniforme de soldado raso... Ya ve usted. Mira, guapa, te regalaremos un ejemplar de *El juego de la guerra para soldados MAZ*.

—¿Es eso que explica lo que hacen los chicos y las chicas en no sé dónde? —preguntó la madre.

—Así es, señora. La casa MAZ tiene unos campos de entrenamiento perfectos... La compra del uniforme da derecho a usarlos. Hay monitores y vigilantes, y un servicio médico. Son mucho mejores que una guardería infantil.

—También es ventaja, claro...

Mientras esperaba que se fueran, Alceste Paracels fingió examinar las armas expuestas sobre un mostrador. Tomó en las manos una pistola iónica que, por casualidad, era del mismo modelo que la que él acinaba al costado. Pero más pequeña, claro; o sea, del tamaño adecuado para una mano de niño. Sin embargo, Paracels se sorprendió de la calidad del metal: parecía absolutamente idéntico al de un arma de veras. Abrió la culata. El receptáculo para la pila de alta potencia era exactamente igual que el de la suya, aunque vacío. El cañón tenía el mismo depósito para metal Babbit y el mismo cono dispersor. Tiró del seguro y apretó el gatillo o rabo del disparador. Se produjo un chasquido en el interior del arma y una bombillita roja se encendió dentro del cañón. Un juguete, naturalmente. Extraordinariamente bien hecho, pero un juguete, al fin y al cabo. Y francamente barato por dos créditos.

—¿Le gusta?

Era el vendedor. El matrimonio y la repelente niña-sargento se habían marchado ya.

—Mucho —dijo Paracels, dejando el arma donde estaba—. Pero no he venido aquí para ver juguetes. Quiero una información.

—Las que usted desee, señor —dijo el gordo, sebosamente.

Algo había en la voz del hombre que llamó la atención de Alceste. ¿Estaba asustado?

—¿Cómo pueden vender ustedes estas cosas tan baratas?

—¡Ah, señor! Es un pequeño secreto comercial... No se gana mucho en ello, pero... ¿Quiere usted comprar algo para sus hijos?

—No tengo hijos; soy soltero. Vengo de Barlión, por negocios. También hay tiendas MAZ allí, y he pensado que no sería mal asunto... Podría pedir una concesión... Pero la cuestión del beneficio...

—Siendo así... —dijo el vendedor, con aire de complicidad—. Debe usted hablar, ya que está aquí, con el director de ventas, en el edificio MAZ. Pero donde

verdaderamente se gana es en las cuotas de los campos de juego... Primero compran el uniforme, las armas, las condecoraciones... luego la tanqueta o el vehículo de guerra, o el cañón. Entonces tienen que jugar con ellos, y ¡a ver qué padre impide que su hijo vaya a un campo hecho para niños, con trincheras pequeñas, casamatas, efectos especiales de estallidos y cosas así!

—Es ingenioso —dijo Paracels—. ¿No había aquí un hombre alto, con bigote negro y el pelo muy espeso? Creo haberlo visto.

El gordo se puso nerviosísimo de pronto.

—No, señor —contestó, temblando—. Nunca he visto a nadie así por aquí. Nunca hemos tenido un empleado como usted dice.

—Yo no he dicho que fuera empleado —afirmó Paracels, amenazadoramente—. Sólo he dicho que estaba aquí... pero podía haber sido un cliente.

—¡Ja, ja! —rió el gordo, temblando como gelatina—. Una confusión...

Se oyó un ruido en la trastienda. Apareció el rostro de una niña pecosa, con trenzas.

—Mi... mi sobrinita —farfulló el gordo.

—Es mejor que te vayas, niña —dijo Paracels, cogiendo al encargado por una muñeca—. Soy un ojo privado de Barlión, con autorización oficial para investigar... Dígame dónde está ese hombre...

—Le aseguro que yo... que no sé... ¡Ay!

Con un movimiento brusco, Alceste Paracels había retorcido hábilmente la grasienta muñeca.

—¡Márchate de aquí, niña! —gritó, mientras el rostro del vendedor se contraía por el dolor y gruesas gotas de sudor cubrían su frente calva.

El rostro infantil desapareció tras la cortina.

—¿Va usted a decírmelo? —preguntó Paracels, con frialdad, aumentando la presión.

—Yo... no puedo... ¡Por favor, déjeme!

Paracels apretó un poco más. El vendedor estaba pálido como un fiambre, con la boca retorcida.

—¡Spots! —aulló por fin—. ¡Spots Persepol... se ha marchado esta mañana! ¡Suélteme!

Sin soltar la muñeca, Alceste Paracels aflojó la presión. Aproximó sus narices a las del encargado y lo miró fijamente; los ojos del otro rehuyeron la mirada.

—Cuéntemelo todo, amigo, o se arrepentirá.

—Trabajaba aquí... era el jefe... Esta mañana me dijo: «Strog...». Bueno, mi nombre es Strog, Jeroboam Strog.

—Encantado. Me llamo Alceste Paracels.

—Es un, ¡ay!, placer. Mucho gusto.

—¡Siga!

—Me dijo: «Strog, voy a marcharme. Se queda usted de encargado. Ahí le dejo el nombramiento».

—Enséñemelo, Strog.

—Sobre el mostrador.

Había un papel con el membrete «Compañía Juguetera MAZ». Ordenaba a Spots Persepol trasladarse inmediatamente a Lexter, y nombraba encargado de la tienda número 6 a Jeroboam Strog. Había una firma temblorosa en la que se destacaba una gran M mayúscula subrayada dos veces. Sorprendió a Paracels que bajo la firma no figurase la impresión dactilar, como era común en Barlión. Sin embargo, el papel tenía el recuadro de plástico para colocarla, que estaba liso y virgen por completo. ¡Cosas raras!

—¿De quién es esta firma?

—Del mismo señor Mazagrainer. El Honorable Dole Mazagrainer.

—Pero ¿por qué no quería usted decírmelo...?

El gordo gimió.

—Por Persepol... es un bandido... me dijo que se alegraba de marcharse a Lexter porque tenía muchos líos en Golconda. Me dijo que si le contaba a alguien dónde iba, me mataría.

Alceste Paracels sabía perfectamente que hasta dentro de dos meses estándar no había lanzadera a Lexter. Por tanto, el célebre Persepol estaba en Golconda aún. Pero ¿por qué quería apartarle de Golconda Central? ¿Cómo sabía quién era y para qué había llegado allí? ¿Cómo conocía el hotel donde se hospedaba? Estaba muy claro que el núcleo de la cuestión estaba en el Honorable Dole Mazagrainer, y que era mucha casualidad que aquella misma mañana se hubiera firmado el traslado de Persepol. No quedaba otro remedio que ver personalmente al Honorable. Las sospechas se orientaban hacia él. Sería cosa de dejar para más tarde la búsqueda de Garuslap. Suponiendo que el Gobierno Militar de Golconda le permitiese visitarlo en su prisión.

Soltó definitivamente al gordo y salió de la tienda MAZ, sin más comentarios, casi atropellando a un padre con dos hijos de corta edad que entraban en aquel momento. No vio cómo el gordo dirigía una mirada temerosa a su sobrinita (la de las trenzas) y como ésta, más seria que un espacial, decía que sí con la cabeza, que estaba bien actuado.

El edificio MAZ se alzaba al oeste de Golconda, y a su lado se extendía el principal campo de entrenamiento para soldados MAZ. Lleno de curiosidad, Paracels, sintiéndose algo molesto por la protección de la malla, las armas y el sombrero blindado, se detuvo nada más descender del taxi que le había llevado allí. Pensaba que si una de las características del sofisticado Barlión eran las sillas y otra la mano

de duelo, los taxis podrían ser un rasgo distinto de Golconda. En la parada había de todas clases: tirados por mulas o por burros, movidos por pedales de bicicleta, a vapor y por gas natural. Incluso un anuncio en letras de oro advertía de la existencia de un vehículo de explosión, «fabricado exclusivamente de aluminio y titanio, de total seguridad». Debía de ser bastante caro.

Un deforme automóvil de gas natural fue el que le llevó allí. Los quemadores mal ajustados soltaban tufaradas de humo negro, que no preocupaban a nadie. El maltrecho carricoche se tambaleó, entre gemidos horripilantes, por la carretera del Mutzbunk, rodeó completamente las afueras de Golconda, y le depositó allí. Una tentativa de la conductora de cobrar más de lo estipulado fue degollada de raíz por Paracels.

El edificio MAZ tenía doce plantas y había sido hasta hacía poco el más alto de la capital. Encristaladas lucernas miraban hacia todos lados, y las altas torres de la normalización de aire se alzaban sobre la terraza plana. A su lado, largas naves industriales, con chimeneas de las que salían columnas de humo. Una sirena lanzó un aullido bestial, y manadas de productores, como galparras atontadas, salieron a montón. Otros tantos entraron. Se veía que las industrias MAZ iban fetén. Más allá, se hallaba el campo número 1, rodeado de alambradas. Paracels vio las hileras de trincheras, trazadas como en un juego infantil, los bajos edificios de los monitores y el control médico. En el centro del campo había un astropuerto en miniatura, con seis cazas tamaño silbato y un crucero del mismo calibre. Pero para chicos ya valía: estaban calculados a su medida, claro que sí. También había cañones iónicos emplazados junto a vehículos blindados, ametralladoras de explosión interna, disruptores de ultrasonidos, grandes proyectores de láser (los cristales debían de haber costado muy caros) y hasta un emisor de alta frecuencia, como los que usaban los mondaplanetas. Varios niños, ataviados con los más diversos uniformes, evolucionaban por el terreno. De varios sitios surgieron estallidos inofensivos, en forma de humareda. Una grabación, retransmitida por altavoces, lanzaba estampidos al aire mefítico del planeta, crujir de granadas, zumbar de láser, tableteo de ametralladoras. Los chicos debían de divertirse como locos, con estas cosas. Avanzaban ocultándose en el terreno, y levantaban sus armas que encendían destellos color sangre. De vez en cuando, uno se hacía el muerto... Luego, al cabo de un rato, se levantaba y se sentaba a ver qué hacían los demás... Y llevaban un uniforme color verde y siena, de combate, no como el de gala que se llevó la repulsiva niña-sargento. ¡Buen negocio aquél! Ahora comprendía Paracels la repentina expansión de las fábricas MAZ en Barlión. Y también decían que en Lexter, Uoen, Quajardasht, y hasta en la Tierra...

Entonces, ¡Dole Mazagrainer debía de ser tremendamente rico! Buen asunto, si se consiguiera descubrir algo sucio, algo feo relacionado con Solimán de Vos... ¡Un

buen chollo, vaya!

Con estos pensamientos en la sesera, Alceste Paracels atravesó las tres puertas del edificio MAZ y respiró aliviado en el interior, al quitarse los tapones. Preguntó por el Honorable Mazagrainer y le pasaron a un pequeño despacho, donde una chica pelirroja, de unos veinte años, ¡un verdadero bombón!, le rogó que esperase. Mientras lo hacía, acomodado en un gran sillón de color azul verdoso, con auriculares, música, masaje y servicio de bar en uno de los brazos, Alceste Paracels descubrió cómo la mirada de la chica se fijaba en él varias veces, con la característica admiración que su bello perfil y su apostura despertaban en las hembras de todos los jaees.

—¿El motivo de su visita, señor Paracels?

¿Por qué ocultarlo? Con personas pudientes, como el Honorable Dole Mazagrainer, era preferible dar la cara. Investigación sobre Solimán de Vos, sus desconsolados padres y toda la historia. Si se la tragaban, bien; si no, ¡había otros medios! Y quizá no fuera el menor de ellos la adoración que la gachí pelirroja mostraba en cada mirada. Mientras tecleaba la información en un teletipo, sus ojos cafés se encontraban de vez en cuando con la azul mirada, de puro ario, del señor Paracels.

Tardaban en atenderle. Bueno, era natural.

—Estoy solo en Golconda, señorita...

—Sarakieff, señor.

—Eso. Pero ¿su nombre?

—Saila, señor. Saila Sarakieff. Tengo veintidós años estándar, estoy soltera, no soy virgen, no fumo, pero me gustan los buenos combinados.

—Estupendo —¡vaya, aquello era el mejor estilo de Barlión!—. Usted no es de aquí.

—No, señor Paracels. Soy de Stellarmore. Me trasladaron aquí hace poco.

—Entonces, ¡somos coplanetarios! Yo nací en Barlión Central...

—Sí, señor —dijo ella, dulcemente, poniendo ojos de pavo degollado.

—Maravilloso, Saila. Mi nombre ya lo sabes. Soltero, muy solo, no soy virgen, fumo, bebo y me gusta comer bien. Adoro la música de los Binario Star. ¿Cenamos?

—Cenamos. En el DERBYS, a las ocho. Pero con comida hecha a mano, ¿verdad?

Esto le hizo poca gracia a Paracels. Estaba a punto de cancelar la cita cuando el teletipo tecleó y escupió una hoja de papel.

—El Honorable le recibirá ahora mismo. También me gustan los Binario Star. «Orgasmo espacial» es una maravilla... ¿A las ocho?

—Huh, huh...

—¿Cuántas veces puedes garantizar?

—Calculo que unas tres... —contestó Alceste, bastante menos animado al pensar en los precios de la comida hecha a mano—. ¿Por ahí?

El plástico perlado del muro se había abierto a los lados, mostrando un nido redondo forrado de grueso terciopelo rojo. Asas de oro crecían en las paredes... Un ascensor privado. Paracels entró, las puertas se corrieron y quedó encerrado en aquella matriz sangrienta. Un súbito arrancar hacia arriba le obligó a asirse a los agarraderos de oro. El ascensor se detuvo al instante y las puertas volvieron a abrirse.

Paracels vio solamente escaleras que subían. Un arco de esmaltes cortaba la visión, impidiendo ver lo que había en la cima de las escaleras.

—Señor Paracels... —retumbó una voz muy potente—. Bienvenido. Suba, por favor...

Lo hizo y, tras pasar los primeros peldaños, vio que un rostro barbudo le miraba desde arriba, tras lo que parecía ser un gran prisma de plata. De los lados del arco surgió un chirrido espeluznante...

—Lleva usted armas, señor Paracels. Pero no le temo, puede usted pasar con ellas.

—¿Un detector, Honorable?

—Exactamente eso.

Hubo un chasquear en el gran prisma de plata, el ligero ruido de un motor oculto, y los escalones empezaron a perder altura, encajándose unos en otros hasta que la escalera desapareció y el suelo quedó completamente nivelado.

—Ingenioso —dijo Paracels.

—Lo es. Una defensa contra mal intencionados. No es necesaria con usted. Va armado, pero confío en su honradez. Un enviado de Abilán de Vos no puede desearme ningún daño.

¿Verdaderamente Dale Mazagrainer era tan confiado? Seguramente no. Los muros de cristal deslustrado de la estancia, muy buena imitación de carámbanos de hielo que no existían en Golconda, ocultaban probablemente muchas trampas mortíferas. Aunque la cota de malla le protegiera, su cabeza, en este instante, estaba descubierta.

—Tome asiento.

Una de las paredes se abrió; un amplio diván con respaldo magenta, mullido asiento gris e innumerables mandos en los costados corrió hacia él y se colocó ante la mesa, o sea, ante aquel gran prisma plateado. «Casi una silla barlionesa», pensó Paracels, y se sentó. Pudo contemplar a su gusto al Honorable Mazagrainer. Era tal como se lo habían descrito: barbudo, con gran melena gris y nariz roja... Vestía un traje blanco fosforescente, con hombreras, cinturón y gran corbata de oro y plata armoniosamente trenzados. Sus ojos eran grises y aguachentos, como pequeños moluscos muertos de unos días.

Sobre la mesa había carpetas y papeles, una pluma eléctrica y un tampón dactilar para firmas.



—Si desea alguna bebida, la encontrará en el brazo derecho de su sillón. Temperatura y masaje, inclinación y grado de confort, en el izquierdo. Dígame cosas, Paracels, que yo le escucho.

Era viejo. Las manos, sobre la mesa de plata, le temblaban sin cesar. Trataba de disimular ese temblor cogiendo y soltando papeles, la pluma y el tampón.

—Ya sabe usted por lo que vengo, Honorable.

—Sí... claro. ¿Y qué puedo decirle yo? El pobre Solimán desapareció. Mientras Valtour asediaba el Mutzbunk, un día dejó de andar por allí. No sé más.

Pero Paracels era extraordinariamente listo, el tío. Supo en seguida que Dole Mazagrainer estaba mintiendo. ¿Cómo lo supo? Esas cosas son las que distinguen a un buen ojo privado de uno malo... al que cobra cinco mil créditos y se los pagan a gusto, del que mendiga una docena de créditos y encima espachurra el asunto que le encargan, y luego lo corren a gorrazos.

—¿Es ésta su firma? —preguntó Alceste, poniendo sobre la mesa la orden de traslado de Persepol.

Mazagrainer no cogió el papel. Lo miró de lejos, como si le diera asco, y tocó un timbre. Entró una muchacha alta, y Alceste Paracels, a pesar de tener una buena experiencia en chorbas, se quedó planetariamente asombrado, descompuesto y casi incapaz de creer lo que estaba viendo.

—Venus Carintia, mi secretaria.

Incluso los moluscos muertos lucían ahora, mirando a la muchacha.

Porque Venus Carintia era una verdadera hermosura. Su cabello rubio se extendía a los lados de un rostro ovalado y suave como terciopelo, en el que relucían dos ojos llenos de dulzura. Su figura perfecta apenas quedaba velada por la túnica blanca y fosforescente, del mismo tejido que el viejo Mazagrainer vestía. Pero en las sombras de sus axilas y de su cuello, un extraño tono violáceo revelaba claramente su origen: era una híbrida de Dolomances.

—¿He firmado yo esto, Venus?

Una mano extraordinariamente alargada, terminada en uñas barnizadas en color espejo, tomó con delicadeza el papel.

—No, Honorable señor —dijo ella—. Falta su huella personal. Y ésta no es su firma... es una mala imitación.

—Enséñele al señor Paracels alguna firma mía.

—Ahora mismo.

Alceste salió de su embobamiento para contemplar los documentos que Venus Carintia exhibía. Efectivamente, no había posibilidad de duda. La firma que estaba viendo era firme, segura, con trazos muy fuertes. La otra no era más que una temblorosa imitación.

—¿Dónde se hospeda usted, señor Paracels?

—En el PALACE, Honorable.

—No puedo permitir que un amigo de los De Vos viva en esa pocilga. Por las noches, la mujer del dueño se emborracha e insulta a los clientes.

—Lamentable.

—Eso. Venus, ocúpese de que el equipaje del señor Paracels sea retirado de esa cuadra y prepárele la suite Zafiro.

«Maravilloso», pensó Paracels. Era mucho más de lo que podía pedir, lógicamente. Pero al mismo tiempo, también muy preocupante. «Entra en mi casa», dijo la araña a la mosca. O algo así. Sin embargo, Paracels prefería estar dentro del edificio MAZ que fuera de él; algún sexto o séptimo sentido le decía que allí estaba la clave del asunto.

—De todas maneras, señor —dijo la voz melodiosa de Venus Carintia—, el Honorable no firma nunca estas órdenes menores; eso le corresponde al subjefe de personal.

—¿Quién ha podido falsificarlo, Honorable? ¿El mismo Persepol?

—Persepol... ¿Quién es ese Persepol, Venus?

—Un momento, Honorable.

Como un flotante espectro de belleza, Venus Carintia onduló hacia el muro de cristal; los carámbanos se abrieron para darle paso. Regresó casi al instante con una ficha pequeña, como un sello, en la grácil mano.

—Cuarenta y dos años, procedente de Gander. Trabajaba en el Mutzbunk desde que llegó a Golconda. Obtuvo luego el traslado a la capital y estuvo de dependiente en la número dos; más tarde, de encargado en la número 6, con ese infeliz de Strog. El informe reservado dice que le gustaba mucho el juego, por lo que ha tenido algunos problemas. Parece que hace poco pagó a sus acreedores una fuerte suma...

Dole Mazagrainer hizo un gesto así como diciendo que «vaya pájaro que nos ha resultado».

—¿Le resuelve esto algo, Paracels?

—Creo que sí, Honorable. ¿Podría hacerle algunas preguntas? Comprenda que sólo me mueve el lógico interés por aclarar...

—Ta, ta, ta —dijo Mazagrainer—. Pregunte lo que quiera. Un amigo de los De Vos merece toda mi ayuda. ¡Pobre muchachito Solimán! ¡Tan buena persona como era!

El viejo enjugó, o hizo como que enjugaba, una lágrima turbia. Venus Carintia, como un robot de aspecto maravilloso, permanecía inmóvil, dirigiendo de vez en cuando miradas de adoración a su amo. Fue inútil que Paracels hiciese juegos de ojos y pusiera en función todo su encanto viril. No sacó en limpio más de lo que sacaría un pollino en una fábrica de tornillos.

—Necesitaría un sólido de Persepol.

—Debe de haber en el archivo. Sumínístreselo, Venus. Y si lo encuentra, deje algo para mí, Paracels. También yo quiero ajustarle las cuentas.

Paracels pensó que aquello debía de haber sido dicho con más viveza. Pero el vejete lo dijo como si recitase una lección aprendida de memoria. Las sospechas de Alceste se acentuaron. Dole Mazagrainer no le había parecido cosa clara desde que lo vio, y cada vez le gustaba menos.

—Para mí, es evidente que ese Persepol sabe algo. Estaba informado de mi llegada, ha tratado de mandarme al otro lado del planeta y ha amenazado a ese pobre Strog. Seguramente tendría amigos entre el personal... ¿Podría usted darme una orden, Honorable, solicitando la colaboración de sus empleados? Así, por lo menos, lograría interrogarlos con cierta eficacia.

—Prepárela, Venus. La firmaré más tarde.

—Sí, Honorable.

—¿Le importaría firmármela ahora, Honorable? Querría empezar a trabajar en seguida.

—No tenga prisa, Paracels. Hoy es usted mi invitado. Mañana empezará usted. Además, nunca firmo una cosa en el momento de decidirla, siempre lo pienso unas horas.

—Espero que no cambie de opinión.

—No es probable. Pero no voy a romper mis costumbres ahora. Venus, acompaña al señor Paracels a la suite Zafiro. Su equipaje debe de estar allí...

«Y cuidadosamente registrado», pensó Alceste.

—Pero ¿no puede usted decirme nada de Persepol? ¿Trabajaba en el Mutzbunk cuando usted vivía allí!

Mazagrainer mostró unos dientes blanquísimos.

—Lo siento. No recuerdo bien a la vil gallofa. Era uno más entre otros. Y yo soy, he sido siempre, un amo. No me pregunte por esas nimiedades. ¿Venus?

—Sí, Honorable. ¿Señor Paracels?

—Un momento, un momento —algo daba vueltas en la mente del ojo privado, algo que le había llamado la atención y no comprendía bien—. Una última pregunta, por favor.

—Hágala.

—Bueno, es simple curiosidad... No tiene nada que ver con el caso Solimán de Vos. Es lo siguiente: aquí están la fábrica y las oficinas MAZ, y ese maravilloso campo de entrenamiento número uno. Todo esto, al oeste de Golconda Central. Usted labró su fortuna a partir del Mutzbunk. Pero el Mutzbunk está al este de Golconda, así que esa célebre carretera que une las oficinas con el Mutzbunk rodea toda la capital. Y eso supone un gran costo supletorio, porque era más fácil construir la fábrica en el mismo lado del Mutzbunk. Los solares no son más caros allí...

Entonces, ¿por qué, Honorable? ¿Por qué está aquí la fábrica?

Durante unos momentos, Dole Mazagrainer guardó silencio mirando fijamente a Alceste Paracels, y las viejas manos arrugadas aumentaron sensiblemente su temblor. Y Venus Carintia pareció experimentar un escalofrío, no porque supiera nada, sino porque su sensibilidad de híbrido había percibido algo extraño en el comportamiento de su amo. Y el ojo privado supo que había tocado un punto sensible, que tendría o no que ver con la misión que le había traído aquí... pero...

—¡Márchese! —aulló Mazagrainer, poniéndose en pie, presa de vesánica ira, echando espumarajos por la boca—. ¡Márchese a sus habitaciones! ¡Venus, Venus, acompáñalo!

—Honorable —insistió Alceste, muy tranquilo—, es una pregunta sin importancia...

—¡Maldito, maldito entrometido! —vociferó el viejo—. ¡A la suite Zafiro...! ¡Venus!

—Señor, no se excite —rogó la bella muchacha, muy preocupada. Se acercó al viejo y puso una de sus manos sobre la arrugada frente. Mazagrainer se asió a ella como a un respirador de oxígeno.

—Quizá no quiera quedarme aquí... —remachó Alceste, muy seguro de sí mismo—. Si me trata usted así, estaré mejor en el PALACE.

—No... ¡no se irá usted, Paracels! —chilló el anciano, aterrado, mirando a todas partes. Era presa de temblores epilépticos que le recorrían de la cabeza a los pies—. ¡Se quedará aquí, conmigo, es mi huésped, mi invitado! ¡Venus, llévalo allí!

Hubo un cliqueteo en la mesa y una solapa plateada se levantó ante el estremecido Mazagrainer. Algo como la compuerta de una pantalla privada en circuito cerrado. De pronto, el viejo pareció tranquilizarse.

—¡Ah, eso! —dijo—. Eso...

Tocó algo en la mesa. Al mismo tiempo que la pantalla se sumergía en la superficie plateada, un alto vaso escarchado surgió de un lateral. El viejo bebió ávidamente, como si su vida dependiera de ello.

—Eso... Pues, porque el sitio era mejor para un campo de entrenamiento... El otro era todo roca.

—Sí, señor Paracels —dijo Venus, musicalmente—. Todo roca.

—Imposible construir nada allí. No se marche, por favor, señor Paracels. Estoy muy honrado de acogerle en mi... esto... en mi casa.

El viejo se había tranquilizado repentinamente. Paracels decidió quedarse, aunque ya consideraba que el zángano de Persepol no tenía gran importancia. El núcleo del asunto, la médula, el tuétano de la cosa, estaba en el mismo, mismísimo Mazagrainer.

—Cenaremos a las ocho. Vendrán el rector de la Universidad, el conde Tapulianov y la general Hokusallmi en persona, con amigos y niños. Será una cena

informal. Gracias, Paracels. Venus le llevará a la suite Zafiro.

Caminó tras la etérea figura de Venus Carintia a través de un corredor abovedado, hecho de vidrio rojo translúcido que dejaba filtrar escasamente la luz. Incluso la maravillosa Venus parecía un ser infernal bajo aquel resplandor rojizo.

La suite Zafiro estaba constituida por dos habitaciones y los servicios correspondientes, todo decorado con planchas de un azul oscuro, talladas en forma de grandes piedras preciosas. Una de las habitaciones era una alcoba con cama antigua, de colchón de silicona líquida; la otra, un diminuto salón de estar. El equipaje estaba en el suelo, sin abrir.

—Me gustaría conocerla mejor, Venus —dijo Paracels, acercándose a la muchacha. Bajo la luz azulina del techo, las sombras violáceas parecían más amoratadas que nunca.

—No puede ser, señor —contestó ella—. Pertenezco al Honorable.

—Usted es de Dolomances, ¿verdad?

—Así es.

—No conozco Dolomances... ¿cómo es?

Los ojos de Venus Carintia, bajo las espesas pestañas, relucieron como brillantes. Tenía sombras alargadas bajo los párpados que daban a su mirada una extraordinaria dulzura.

—El lugar más bello del universo, señor. Hay grandes mares llenos de vida... enormes selvas que cubren todo el planeta. No hace frío, como en Golconda. Los nativos viven en comunidades separadas, en claros de la selva o en puertos naturales...

—Pero no son humanos. Usted sí es humana.

—No, no lo soy. Por lo menos en el sentido estricto. Tengo figura humana, pero sólo tal como usted me ve ahora. Mire.

Con un movimiento, Venus Carintia abrió la túnica fosforescente. La parte inferior de su cuerpo estaba recubierta por una placa córnea, de color azul. De los senos descendían dos anchas bandas de cerdas tornasoladas en azul que se unían en el centro del vientre y se fundían poco a poco, sin solución de continuidad, con la placa córnea. Alceste, muy impresionado, retrocedió un poco. Venus Carintia volvió a cubrirse y recuperó su aspecto de diosa.

—Ésta es la verdad. En los días ephrim, cuando el dios Sol atraviesa el espeso muro de nubes y sus rayos caen sobre la tierra de Dolomances, los hombres sabaot unen su semilla con la de árboles, animales o cosas... En los pozos, en el centro de la selva, los rayos del Sol hacen a veces el milagro o la pesadilla... Sólo los sabaot saben usar las semillas para producir nuevas razas. Pero aún no ha terminado su búsqueda. El dios Nyarborim dejó al dios Sol encargado de ayudarles, hasta que encuentren la misma imagen de Nyarborim.

—Pero usted... a usted... ¿con qué cosa...?

—Nací de la simiente de mi madre y de la de un astop, un animal parecido al gallo de la tierra... Me vendieron a un hombre de la base terrestre que me enseñó vuestro idioma. Más tarde me llevaron a Lexter, y de allí a Quajardasht. El Honorable me compró. Soy su cosa. Vivo bien, pero deseo volver bajo el toldo de nubes de Dolomances para recibir de nuevo los rayos del dios Sol. Quizá me transformen de nuevo; sucede a veces. Y aun ahora, los brujos sabaot continúan su busca de la verdadera forma del dios Nyarborim... Pero mi raza es inteligente y, por serlo, es humana, aunque su forma no sea tu forma.

A solas, mientras llegaba la hora de llenar el buche, Alceste Paracels repasó su equipaje. Faltaba la nota firmada por Spots. Lo demás estaba en orden, aunque pequeños detalles de colocación le demostraron que alguien había andado revolviendo sus bártulos. No le importó, no había nada que pudieran hacer o estropear. Le molestó la desaparición de la nota, pero nada podía hacer contra ello. Revisó cuidadosamente la borja; aquella noche, después de la cena...

Creó oír una fresca risa infantil, muy lejana. Prestó oído. Nada. Tal vez fuera una ilusión.

Había un terminal de ordenador-informador en una de las paredes de zafiro. Lleno de curiosidad, Alceste compuso la palabra «Dolomances» en el teclado. La cultura no era su fuerte, pero en algo tenía que pasar el tiempo.

DOLOMANCES: Coordenadas galácticas: Ascensión Recta: 1 hora, 36 minutos. Declinación: -56 grados, 42 minutos. Magnitud Boss desde la Tierra (aparente): 6, 03. Paralaje Boss: 0,163. Distancia Alien a la Tierra: 22 años luz. Magnitud absoluta Alien: 7,1. Masa: 0,70. Sistema doble. Componente A...

En este momento, Alceste Paracels vio un papel en el suelo, junto a la consola del ordenador-informador. Lo cogió. Era un papel pequeño en el que con letra infantil ponía: «Tenga cuidado. La muerte acecha. Un amigo». Los caracteres eran los mismos que tenía el perdido mensaje de Spots, temblones, grandes y mal trazados, como si los hubiera escrito un niño. A pesar del melodramático contenido del mensaje, Paracels se sintió impresionado.

La pantalla continuaba mostrando datos, al par que el altavoz los cantaba mediante una agradable voz femenina.

DOLOMANCES: Planetas más próximos: Burlana, Stolen IV, Tierra. Descubierta el 2698 por la expedición Norstad; base terrestre en el 2701. La gran característica de Dolomances es ser, con Mendel (véase la rúbrica correspondiente), los dos únicos planetas que aparte de la Tierra poseen vida inteligente. Sin embargo, tanto en uno como en otro, el estadio vital es muy inferior al terrestre: equivalente a la edad del

bronce (culturas precolombinas) en Dolomances, y a la edad de la piedra pulimentada (culturas hawaianas o tahitianas) en Mendel.

La raza inteligente de Dolomances, mal llamados hombres, tiene similitudes con la humana, aunque de menor altura, con piel de tegumento espeso y color variable entre el violáceo y el amarillado. Carecen de visión en color, el dolomaniano es una característica base del genotipo dolomaniano. Altura media de un metro veinte, con exagerado perímetro torácico, miembros cortos y musculosos. Angulo facial de noventa grados e incluso superior en algunos casos, frente vertical o escafoide. Pigmentación de pelo y ojos: negra sin excepción.

La composición atmosférica de Dolomances es abundante en gases nobles; escasa en oxígeno, lo que explica el gran perímetro torácico de los nativos: sus pulmones necesitan aspirar grandes cantidades de aire para suministrar el combustible necesario. La proximidad de Eridano A hace que el planeta reciba enormes cantidades de rayos ultravioletas, sólo detenidas a veces por las espesas capas atmosféricas, muy ricas en ozono en la zona superior. Altas capas de nubes, desde los mil a los cincuenta y cinco mil metros de altura, impiden que la luz deslumbrante del sol aniquile toda vida en la superficie del planeta. Estas capas, así como la de ozono superior, denominada capa de Norstad, se abren en ocasiones dejando pasar el mortal torrente solar. En estos días, los nativos se dedican a misteriosas ceremonias en el interior de las selvas, obteniendo extraños y monstruosos seres denominados «híbridos de Dolomances», cuya exportación o tenencia está prohibida en todo el Imperio. Cualquier tentativa por averiguar los medios de que los nativos se valen no ha obtenido éxito.

Existe una base terrestre, Norstad City, con una dotación de un millar de terrestres. Los alimentos, vegetales o animales, de Dolomances no son aptos para la alimentación de los humanos, mientras que los dolomanianos pueden consumir sin peligro los alimentos terrestres. No hay minerales explotables, gemas, ni producto alguno que haga conveniente la colonización del planeta. Únicamente se exportan las hojas sagarand, de las que puede extraerse, en laboratorios altamente especializados, el liebernil, utilizado en fracturas óseas, y que constituye su principio activo.

Obras recomendadas: *Dolomances, un misterio genético*, de Niklar Strigverson, Presses de la Galaxie, 2779. *Mitología de Dolomances y Mendel*, de Hoag Soam Boneb, Universidad de Cántor, 2801. *Planisferio de Dolomances*, Servicio Cartográfico del Ejército Imperial, 2902.

Cuando Alceste Paracels se despertó eran las ocho menos cuarto, hora estándar. El ordenador zumbaba con una pantalla vacía, cubierta de trazos chispeantes. ¡Se

había dormido con el aparato en funcionamiento! Venus Carintia, vestida con un traje de terciopelo oscuro, casi negro, cubierto de lágrimas de plata, estaba en la puerta, mirándolo. Un casco de plata labrada, con una cresta roja y temblorosa en la parte superior, recogía sus cabellos. Con cierta sensación de repugnancia, Paracels se dio cuenta de que la cresta no era un adorno, sino parte de su cuerpo. Debía de haber estado oculta bajo su cabellera, y una abertura longitudinal en el casco de plata la dejaba surgir.

—Cenaré con ustedes —dijo ella—. No iba a ir, porque iba a asistir la general Ayandeh de Hokusallmi y el Honorable no quería mostrarle un híbrido. Pero ha comunicado que no viene.

—¿Por qué no viene?

—He oído decir que le han robado una fuerte suma. Un millón de créditos, o puede que dos.

En la sala de alimentación y comida había dos zonas separadas: una para los niños y otra para los adultos. La sala tenía forma de margarita invertida, con los pétalos hacia el suelo. La cúpula era un gran disco amarillo de donde emanaba una luz suave; los pétalos eran grandes ventanales de forma ojival, cubiertos de vidrio lechoso que también emanaban luz. Pero menos que la cúpula.

En un lado, una mesa circular para el Honorable Mazagrainer, el general Waldersheim, el conde Tapulianov, el rector Espléndido *Sir Tete de Fer*, y las esposas de estos últimos. Destacaba la señora condesa, una dama de raza negra, vestida de plumas azules, transparentes en el estómago y en los muslos, y con un escote vertiginoso. Su perfume a klotos inundaba la estancia. En otro lado, otra mesa también circular estaba ocupada por los niños: Nikola Waldersheim, Stanitz Mazagrainer (sobrino del abuelo Dole), la muchachita Clasphamador Tapulianov y las gemelas Dunia y Volia Tete de Fer.

La señora Waldersheim (híspida, alta, peliblanca y reseca) miraba con desprecio no exento de envidia a la condesa negra. En cuanto a Venus Carintia, fingía desconocer su existencia. *Madame Tete de Fer* permaneció callada durante toda la cena, dedicándose al asado de ragnastor, a los micrófonos recién descongelados (traídos de Nílfide) y al helado de frambuesa. Su esposo hizo el gasto de la conversación, hablando de la pobreza de la Universidad y los grandes sacrificios de los rectores.

Clasphamador Tapulianov lanzaba miradas ardientes a la apostura de Alceste Paracels. Éste pensaba que se había olvidado de algo... ¿no había quedado con alguien a las ocho?

Nada importante sucedió durante la cena, salvo que el Honorable bebió en demasía y se hundió en un negro mutismo, mirando sin cesar hacia la mesa donde comían los niños. De pronto, Alceste se dio cuenta de algo extraño: los niños no



hablaban. Comían en silencio y les miraban fijamente. «Están bien educados», pensó. Bajo la mesa, la rodilla emplumada de la condesa rozó la suya, y una mano se apoyó en su pierna. Con cierta sensación de orgullo, Alceste deslizó su mano bajo el tablero, mientras las pinzas de plata del suministrador mezclaban salsas y servían bebidas, y oprimió aquella mano con la suya. Pero la condesa Tapulianov no le miraba siquiera; se hacía la longuis, continuando su conversación con el muy serio Waldersheim.

—Es pena que no haya venido Ayandeh —dijo la condesa, sin dejar sus manejos.

—Su Excelencia ha extraviado importantes documentos —respondió Waldersheim, muy serio, acariciándose las plateadas patillas—. Está muy preocupada. Tampoco ha permitido que viniera su hijo Gustavo, y eso que tenía gran ilusión.

—Dicen —murmuró torpemente *madame* Tete de Fer— que ha perdido una gran cantidad de dinero.

El vaso de licor de Taraskein del conde Tapulianov se derramó sobre el tablero. La condesa acentuó su presión sobre el muslo de Alceste, a lo que éste correspondió pasando sus dedos bajo las plumas y comenzando un juego peligroso.

—Más tarde —dijo la condesa.

—¿Cómo dices, querida? —preguntó Tapulianov.

—He dicho que más tarde hablaremos con Ayandeh. La aprecio mucho.

—Estoy de acuerdo —comentó Alceste Paracels—. Pero ¿dónde?

—Quizás en mi casa —respondió la negra—. A Ayandeh le gusta tomar el bitar con nosotros. Como tú sales de mañana, Vania, y no vuelves hasta las ocho, tendré tiempo de prepararlo todo con anticipación. ¿Vendrá usted, señor Paracels?

—Nada me gustaría más.

—Mañana entonces. Tomaremos el bitar a las nueve. Yo empezaré a prepararlo todo a las cuatro estándar. Tendré tiempo suficiente. ¿Le parece bien, señor Paracels?

—Desde luego. Allí estaré.

—El señor Paracels es gran amigo mío y de Abilán de Vos —barbotó el Honorable Mazagrainer, enarbolando un alto vaso de Taraskein—. Cuídenmelo.

—Claro que sí. Les esperamos a todos, mi general, y a usted también, señor rector.

Los niños comían discretamente, sin hablar. De su mesa sólo venía un leve rumor de cubiertos y el tic-tac de su pequeño suministrador. La negra se quedó en silencio, pensativa.

—¿Te sucede algo, querida?

—No... nada...

—Brindemos por Su Majestad —dijo el general Waldersheim.

Todos se pusieron en pie, con notorio disgusto de la condesa, que lanzó una única y maravillosa, lánguida, penetrante mirada de sus negros acasis hacia el ojo privado.

—Por Su Majestad —dijo Waldersheim, con severa voz, alzando una copa de Tokai importado—. Luz de los Arios, Rey de Reyes, Protector del Pobre, Detentador del Máximo Farreh, Zillullah Sombra de Dios en la Galaxia, *Sha de Shas*; por él, *Ciro Sha Quajar*, el Deseado.

—¡Por Su Majestad! —respondieron los asistentes, con fuego el rector, con cierta sorna los condes, con indiferencia Alceste, con lasitud Dole Mazagrainer y Venus Carintia. Y apuraron las copas hasta el final.

En la mesa de los niños había un total, absoluto silencio. Eran demasiado pequeños para comprender la trascendencia del brindis.

A solas de nuevo en la suite Zafiro, Alceste Paracels se preparó para una excursión nocturna. Se enjaretó la cota de malla y el gorro blindado, y colocó en un costado la pistola iónica después de asegurarse de que la pila tenía carga completa y el depósito de metal estaba lleno. Tomó también la llave electrónica y un micrófono direccional muy sensible. No necesitaba nada más.

La puerta de la suite Zafiro se abrió sobre el pasillo de vidrios rojos. No se oía un solo rumor. Caminando de puntillas, Paracels llegó hasta el despacho del Honorable Mazagrainer. La luz de su linterna alumbró el prisma de plata. Quizás allí hubiera algo de interés. Esperaba no tener que reventarlo a la brava... Eso hubiera molestado al vejete, seguramente. Trasteó aquí y allá con la borja y un receptáculo salió disparado... como si fuera un cajón. Y es que era eso precisamente, un cajón. Sólo había media docena de folios en el fondo. A la luz de la lámpara, Paracels pudo ver unas letras torcidas y temblorosas, grandes e infantiles: «Mi mamá me ama y amasa la masa con cada cosa...», «Soba la base del sebo bis». Ejercicios de escritura. Pero la letra era absolutamente idéntica a la del mensaje firmado que le dio Spots y a la del misterioso aviso que encontró en la suite Zafiro. Un rumor lejano le sobresaltó... ¿Qué había sido aquello? Había sonado exactamente como la fresca risa de un niño. Muy lejana, eso sí... pero claramente audible. ¿Un niño? ¿Era todo aquello la broma de un niño, un juego de un tierno infante indefenso?

Extrajo del fili el micrófono direccional y lo conectó. Nada se oía. Dio vueltas al largo tubo del micro, mientras se desojaba intentando escuchar algo en el auricular miniatura. Sí, algo muy lejano se oía ahora: «La p con la a, pa... La pe con la e, pe...». Distorsionada por la distancia y los muros intermedios, alterada por la gran amplificación del micro, pero era la voz de Dole Mazagrainer. Otra voz infantil y aguda contestó: «La pe con la a, pa...».

¿Y aquellos papeles? «Besa la base, el sebo besa». ¿Qué demontres pintaba un niño en todo aquel fregado? El micrófono direccional continuaba transmitiendo sonidos, a veces incomprensibles, otras más claros. «La pe con la o, po...». Era la voz del viejo. Un chasquido repentino, como una bofetada. Un gemido de dolor. «La

pe con la o, po...». Esta vez era la voz del niño. ¿Sería capaz aquel viejo asqueroso de pegarle a la criatura? Ardiendo de ira, Paracels renunció a seguir escuchando, pero no pudo evitar oír las últimas frases: «¿Abajo...?», «Sí, abajo del todo...».

Mientras caminaba por el corredor escarlata, Paracels se dio cuenta de que sentía un ambiente pastoso y opresivo a su alrededor, como si la noche tuviera centenares de ojos y todos puestos en él. Incluso hacía demasiado calor en aquellos pasillos. Su sexto sentido estaba diciéndole a gritos que algo andaba espantosamente mal, que había equivocado el asunto desde el principio. Por una vez, Alceste trató de imponer su mente racional a ese sentido sexto y molesto... ¡Ja, ja! ¡Buen chiste! Pero a pesar de que la lógica le decía que Mazagrainer era el núcleo de la cuestión, el sentido oculto o sus dotes de adivinación le decían que había algo más, y que ese algo más era un peligro espantoso e inimaginable.

Un repentino relámpago de luz le sobresaltó. Un fragmento del muro se había abierto, mostrando una alcoba adornada con paneles de hojas verdes. Entró. Era la habitación de Venus Carintia. Sobre un lecho transparente, la híbrida de Dolomances parecía flotar en el aire, mientras las grandes hojas verdes de los muros ondulaban ligeramente movidas por una ardiente racha de aire. Aquella habitación arrojaba fuego, tenía una temperatura muy superior a la normal para personas humanas. El suelo estaba cubierto de arena, y los muebles eran troncos de árbol (o quizá buenas imitaciones en plástico) tallados con grandes rostros deformes... Tal vez fuera todo ello reproducción del ambiente vital en su planeta de origen.

Con cierto grado de creciente horror, Alceste Paracels se dio cuenta de que la cabellera rubia había desaparecido. Bueno, no había desaparecido del todo. Lo que pasaba es que ya no estaba en la cabeza de Venus Carintia, completamente calva ahora, sino en un redondo tronco retorcido al lado de la tensa superficie invisible de la cama. Las carúnculas de la cresta roja ondulaban y temblaban, mientras los ojos de la muchacha estaban fijos en él.

—Señor Paracels...

—Siento molestarla, Venus.

—No. Le esperaba. Por eso he abierto la puerta. ¿No le agrado?

—Sí, claro. Yo... —Alceste no encontraba palabras.

—Acérquese.

A su pesar, Alceste Paracels lo hizo. No sólo Venus Carintia le causaba una repugnancia visceral, sino que era preciso que continuase su investigación. Claro que...

Venus le cogió la mano y lo atrajo hacia sí. Con gran repulsión, Alceste comprobó que los ojos de la dolomaniana eran facetados, aunque eso no les hiciese perder su intensa e inhumana luminosidad.

—Puedo hacer el amor, Alceste. No como los humanos, pero puedo hacerlo. Lo

hice con Dole Mazagrainer, pero es viejo y feo, y no me gusta. ¿Tiene prisa?

—Quisiera ir... esto... abajo, abajo del todo.

—Es fácil. Tome el ascensor y marque la X... Así podrá ver lo que hay abajo. Siéntese, Alceste.

Muy a su pesar, el ojo privado ocupó un chato tronco de árbol junto a la inexistente cama. Venus Carintia se revolvió voluptuosamente, flotando en el aparente vacío.

—Eres hermoso, Alceste Paracels. Tu pelo rubio, tu boca tan roja, tu piel bronceada... Eres hermoso. No como los sabaots de mi mundo, ni como los viejos de éste. Ámame.

—Yo...

Venus sonrió, mostrando unos dientes ligeramente dorados en los que destacaban dos incisivos puntiagudos.

—Mi boca no sólo besa, mi boca produce el mayor placer de esta galaxia... Eso hizo conmigo la semilla del sabaot y la semilla del astop... No sólo una humana hermosa, sino una máquina de placer...

La roja boca de Venus, como la de un vampiro, comenzaba a aproximarse hacia el ojo privado. Con un grito de terror, lleno de un asco intenso, Alceste Paracels se levantó y salió disparado hacia el pasillo, seguido por la voz ronca de Venus, que murmuraba con creciente intensidad:

—Ven... ven a mí... ven, hermoso humano...

Casi no supo Alceste cómo pudo alcanzar el ascensor y marcar la X en el teclado.

A solas, Venus Carintia conectó un comunicador en el tronco más próximo.

—¿Lo hice bien, señor? ¿Volveré a mi planeta?

—Sí... —retumbó una voz oscura en el altavoz.

El ascensor se detuvo chocando ligeramente. Durante unos instantes, con el corazón latiendo como una ametralladora, Alceste Paracels pensó en salir zumbando del edificio MAZ, abandonando maletas e investigación, para refugiarse en el tranquilo estercolero del GOLCONDA PALACE. Pero su sentido de la profesión era demasiado intenso como para abandonar una investigación ya comenzada. Además, todo el mundo sabía que los detectives privados, cuando se ocupaban de un caso, pasaban muchos peligros y malos ratos; que mujeres malas y perversas, si bien hermosas y deseables, los asediaban; que prepotentes ricachos, como Dole Mazagrainer, ponían palitos en su camino; y que, tras las excursiones de investigación nocturna, el ojo privado triunfaba y se calzaba para celebrarlo a la chica más guapa de los alrededores. Todo esto era sabido y comprobado y, por ello, Alceste Paracels decidió no cejar en su búsqueda.

La puerta del ascensor escarlata (asas de oro y teclado de marfil) se abrió sobre una gran avenida de hormigón desnudo y gris, escasamente iluminada por lámparas mortecinas. El micro direccional no reveló sonido alguno, de forma que Alceste, con la pistola iónica en la mano, comenzó a caminar. Había puertas de acero a ambos lados del amplio y silencioso corredor. El detective intentó abrirlas, pero todas estaban herméticamente cerradas. En esas puertas, pintadas en blanco, había letras hechas con una plantilla: «Vault 1», «Vault 2», y así sucesivamente. De pronto: «Vault 32» se abrió, y Alceste Paracels, sorprendido, casi cayó dentro...

Al principio, Alceste no vio nada de nada. Pasó la mano por la jamba derecha, y niente. Pasó la mano por la jamba izquierda y, ¡pum!, se encendió una luz en el techo de la bóveda. Había cajas y cajas y cajas de silosim, con letreros negros en clave. Cosas como 08/15 RTO, y 1000 P/RTO, y LGDAS 6 C/M. Y más monsergas de ese estilo. Decidido y bravucón, Paracels destripó las tablas de silosim de una caja marcada RFS-RTO-C/M, y no se quedó muy sorprendido cuando, bajo capas de papel encerado, engrasado e impermeabilizado, descubrió hileras de rifles iónicos, bien colocados uno junto a otro. Juguetes, claro está. Del tamaño adecuado a un niño de nueve años o así, claro está. Pero maravillosa, perfectamente hechos. Quizás hubiera algo más. Paracels sacó dos docenas de rifles y los tiró en el suelo de cemento. Más abajo había pequeñas pilas de alta potencia y cargas cilíndricas de estaño para los depósitos... ¿Acaso...?

Resonó un chirrido lejano, que quizá se pareciera, con buena voluntad, a una fresca risa de niño.

Sin comprender nada de nada, Alceste se atusó su dorada cabellera y compuso un gesto de triunfador. Luego, tomó una de las pilas y la introdujo en la culata de uno de los rifles iónicos. Después, hizo lo mismo con el cilindro de estaño. Apuntó al techo, queriendo que no sucediera lo que iba a suceder, y apretó el gatillo. No pasó nada. Paracels miró el cañón del arma: había una bombillita roja. Tomándola con la punta de los dedos, tiró, y la bombillita salió arrastrando un par de cables y una microscópica pila seca. Volvió a dirigir el cono dispersor hacia el techo, volvió a tirar del gatillo. Algo zumbó dentro del rifle. La pila mandó su energía al metal Babbit, fundiendo medio gramo de éste y transformándolo en vapor y luego en un plasma de iones. La energía continuó saliendo de la pila y lanzó el chorro de iones hacia el techo, como una columna aérea de metal vaporizado. La pila conectó un relé y soltó una potente descarga eléctrica a través de aquella columna gaseosa de metal conductor. Y en una décima de segundo, un rayo al rojo blanco salió de la boca del arma, chocó con el techo y se extinguió. Quedó en el techo un manchón negro, humeante...

Alceste Paracels soltó de golpe el aire que había retenido en sus pulmones. ¡El arma era de verdad! Por muy reducida de tamaño que fuese, era tan verdadera como

la muerte misma. Y el techo era de una aleación extradura, quizá ferronita, tal vez vanaceram... en fin, algo tan condenadamente resistente que había aguantado la descarga del rifle iónico...

Ji, ji, ji, hizo la risa en las profundidades del subterráneo. Esta vez no cabía ninguna duda. Paracels se volvió a un lado y a otro tratando de localizar el origen de la carcajada. No consiguió nada. Orientó el micro direccional. Del final del pasadizo venía un confuso rumor de voces.

Dejando los rifles donde estaban, Paracels caminó silenciosamente hacia las voces. Había una puerta con la indicación «Vault 64». La entreabrió, muy lentamente, y una voz ni aguda ni grave, ni infantil ni de prohibido, llegó a sus bien formadas orejas...

—Y había tres gigantes, que lucharon entre sí hasta que la Tierra entera murió y se transformó en un cementerio radiactivo... Los tres gigantes se llamaban Estados-unidos, Urss, y Republicadechina. Nombres raros, pero así era. Estaban llenos de monos que cultivaban matojos de habas y se peleaban entre sí... Y había un enano, que se llamaba el Viejo País, donde poco antes habían mandado a escaparrar al viejo Emperador y donde reinaba una señora llamada Democracia. Por casualidad, el Viejo País fue el único que quedó medio entero... Todos los sabios del mundo fueron allí, y cuando estuvieron allí, un señor llamado Obeyd *Sha* Quajar, de una antigua familia, echó fuera a la señora llamada Democracia y se lo apropió todo... De Obeyd nació Farhang, y de Farhang nació Parvis, y de Parvis nació Iradji... y todos ellos eran *Sha* Quajar. Y conquistaron los planetas gracias a los descubrimientos de los sabios y, por último, hace ya muy poco, nació y reinó *Ciro Sha* Quajar...

Después de esto sólo siguió un silencio absoluto. Intrigado, Alceste abrió la puerta un poco más, y vio docenas de rostros infantiles fijos en él. En una tarima, otro niño en quien reconoció a Stanitz Mazagrainer, el sobrino del viejo. Muchos de los niños y niñas, cuyas edades oscilaban entre los siete y once años, llevaban uniformes MAZ y tenían armas sobre las rodillas y al cinto.

El rostro de Stanitz se volvió lentamente hacia él, sonriendo.

—Porque ésta —dijo—, es la noche de las noches; y mañana, el Día de la Verdad. ¡Alceste Paracels! ¡Ven conmigo...! Encontrarás lo que buscas...

El niño, que vestía un sobrio traje gris de corte militar, se caló una gorra de plato y caminó hacia el detective. Un seco restallido de tacones le acompañó: todas las demás criaturas se habían puesto en pie, cuadrándose rígidamente.

Sin saber qué hacer, Alceste siguió al niño, que cruzó despreciativamente ante él, como si no existiera. Su sentido profundo estaba gritándole que saliera de estampía de allí, pero el razonamiento lógico continuaba insistiendo en que poco peligro iba a haber en unos cuantos niños vestidos de uniforme.

Stanitz abrió una puerta en el muro y entró. Alceste lo hizo tras él, sin apartar la

mano de su pistola. Observó, de paso, el gran grosor de la puerta, casi de un palmo. Conocía aquel material, lo había visto alguna vez con anterioridad.

Estaban en una estancia alargada en uno de cuyos extremos estaba la puerta y, al otro, una vieja mesa de madera anaranjada con una solitaria luz. A los lados de la mesa, dos sillas metálicas; tras la mesa, otra puerta cerrada.

Stanitz dio la vuelta a la mesa y se sentó. Le indicó, en silencio, la otra silla, y Alceste decidió seguir el juego. ¿Qué podían hacerle, llevando encima el traje blindado?

—¿Te ha gustado Venus Carintia? —preguntó el niño, con voz aguda.

—¿Qué significa todo esto? —respondió Alceste—. ¿Dónde está tu tío?

—¡Ah, él! Ahora le verás... ¿Sabes que Dolomances significa, en la lengua de los nativos, «la tierra que vivirá»?

No estaba Paracels para estos escarceos filológicos.

—Creo que lo mejor es que veamos a tu tío. No sé qué pasa aquí, pero todo esto no me gusta nada...

—Bien. Ahora lo verás...

Poco a poco, la verdad se hizo en la mente de Paracels. ¡Claro! ¿Cómo no lo había pensado antes? Todo aquello olía a levantamiento militar. Las armas de pequeño tamaño, pero que una mano de hombre podía manejar sin demasiados problemas, la extraña ausencia de la general Hokusallmi, el comportamiento sin sentido de Mazagrainer... Era evidente que el planeta iba a levantarse en armas contra el Emperador. Y, lentamente, llegó a su mente la convicción de que aquello había nacido tiempo antes en el Mutzbunk, que el pobre Solimán de Vos se había enterado y que eso le costó la vida. Porque ya no le cabía ninguna duda de que Solimán estaba muerto.

Se abrió la puerta situada tras Stanitz. Apocado y medroso, encorvado como un reo y borracho como una cuba, entró Dole Mazagrainer. Dirigió una mirada de soslayo al detective privado y se colocó al lado de su sobrino, sin decir nada, oscilando en su mano arrugada la copa balón llena hasta el borde.

—¿Qué sucede aquí, Mazagrainer? —preguntó Paracels, sin separar la mano de su arma, presto a sacarla en cualquier instante—. ¿Para qué son esos fusiles iónicos? ¿Qué prepara usted aquí?

Dole Mazagrainer bebió un sorbo y no dijo nada. Ahora, sus ojos muertos estaban invariablemente fijos en la carita sonriente de Stanitz.

—Esto es una locura, Mazagrainer. No le comprendo. ¡Un hombre capaz de pegar a un niño!

—¿Huh? —hizo Mazagrainer.

—¡Sí! ¡Le oí con mi micro direccional! ¿Dónde está ese niño al que enseñaba a leer? ¿Por qué le pegaba? ¿Qué tiene que ver la general con todo esto? ¿Y qué pintan

los niños en este fregado?

—Ah, los niños —dijo Stanitz, con voz aguda—. Ah, el niño que aprendía a leer... ¿No tenías que firmarle una autorización al señor Paracels, «tío»? Fírmala ahora, anda.

Mazagrainer se inclinó sobre la mesa, como un sonámbulo, tomó una pluma y, trabajosamente, comenzó a garrapatear en un papel... Mientras tanto, Paracels pensaba que aquello era mucho más gordo de lo que había supuesto; una cochinadita pequeña le hubiera servido para extorsionar al viejo, pero ¡una sublevación...! En este instante se sentía superior y dominante, con todos los resortes en las manos. Si Mazagrainer intentaba algo, su pistola iónica daría buena cuenta de él.

—Ahí está el pase —dijo Stanitz, muy amablemente.

¡Qué niño tan particular! Parecía tan seguro de sí mismo, tan... Alceste Paracels cogió el pedazo de papel. Horrorizado, vio que la firma era temblorosa, infantil y con letras torcidas.

Pero ¿qué significaba eso?

—No entiendes, ¿verdad? —dijo el niño—. Toma, Paracels, lee y aprende...

Le tendía un fajo de hojas escritas con máquina lectora. Alceste las tomó de sus manos, olvidándose de la pistola. Tenía en este momento una diarrea mental de tamaño planetario. No comprendía una palabra de lo que estaba pasando. La primera hoja decía, al comenzar la narración:

«Os digo que el que yo viera a Judalong...».

—Si te vas un poco para atrás, tendrás mejor luz —dijo el niño.

Automáticamente, Paracels hizo correr su silla de ruedas, separándose unos metros de la mesa desganguillada. Y leyó, leyó ávidamente durante un buen rato... Saltó páginas a veces, cuando las descripciones eran demasiado plastas o cuando suponía lo que iba a suceder. Se detuvo en otras partes, absorbiendo y chupando la verdadera verdad de las cosas. Por fin, terminó... Y lo espantoso, horrendo, espeluznante del caso, es que la última hoja se cortaba en estas frases: «¿Lo hice bien, señor? ¿Volveré a mi planeta?».

Alzó unos ojos espantados hacia el niño... Parecía como si el aire se hubiera enturbiado. De pronto, veloz como un rayo, extrajo la pistola iónica y disparó. El metal vaporizado se aplastó en el aire, a dos metros del rostro infantil, dejando una mancha gris en el vacío.

—No te molestes —dijo el niño—. Es una pared de vidrio acerado de once capas... el mismo que llevan las astronaves. La he levantado mientras leías... ¡Ah, sí! Faltaba esto... ¡Dole! ¿La pe con la a?

—Pa... —dijo el viejo, tristemente.

—¿Ves? Cuando se oye, no se sabe quién enseña ni quién aprende, quién pega ni quién recibe... No. No corras hacia la puerta... Está cerrada. Espera, firmaré el pase



que pedías.

Y la mano del niño trazó en un papel, con seguridad y firmeza, la auténtica firma de Dole Mazagrainer.

—¿Nunca pensaste que Dole Mazagrainer no sabía leer ni escribir?

—Entonces —dijo Alceste Paracels, aterrado—, tú eres...

—Víctor Lanyard... O Persepol, si quieres... ¡lo inventé yo!

—¿Nunca existió Persepol?

—Nunca jamás, como en el cuento. ¡Ah, sí, entra, querida!

Con creciente horror, Paracels vio entrar una niña por la puerta sita tras Víctor Lanyard. ¿Una niña? ¡No! Con la altura de una niña, pero no más. Vestía un traje de noche, con gran escote y su cabellera rubia se expandía sobre unos perfectos hombros enmarcando un rostro diminuto de mujer...

—Michenzell Delburgo. Alceste Paracels. ¿Comprendes ahora, detective privado?

—¿Qué vas a hacer, Víctor?

—Tengo que acabar con él, Mich. Es su vida o la mía. ¿A quién prefieres?

—A ti...

—¿Entonces?

—Pero ¿tengo que verlo?

—Yo lo quiero.

La pequeña criatura se cubrió el rostro con las manos, pero no antes de que Paracels viera brillar dos lágrimas en sus ojos.

—¡No puedes hacerme nada! —aulló Paracels, desencajado—. Llevo un traje blindado... no puedes...

Dos chorros de agua comenzaron a surgir de la parte superior de su encierro. Enloquecido, Paracels disparó de nuevo su arma sin conseguir otra cosa que dejar manchas negras en las paredes de ferronita y en el vidrio de once capas. En medio de su delirio y de su espantoso terror, oyó un grito:

—¡Está bien! ¡Vete, estúpida!

La puerta no se abría, y el agua continuaba creciendo. La obsesionante voz de Víctor Lanyard sonó en sus oídos de nuevo:

—Esto lo vi en una película, ¿sabes? A pesar de tu traje, morirías ahogado. Pero te daré una solución más rápida. ¿Tienes los pies mojados? A pesar de la malla. Claro. El agua pasa por todas partes... aunque sea agua acidulada, como ésta.

Nunca se dio cuenta Alceste de dónde surgió la descarga eléctrica que acabó con su torpe vida. Hubo un chispazo, un ruido de fritura, y todo terminó. Durante unos segundos creyó ver los rostros deformados de Dole Mazagrainer, de Michenzell Delburgo (que ya no estaba) y de Víctor Lanyard... A Alceste Paracels, detective y mártir, se le pusieron los ojos *on the rocks* y se murió de perfil...

Yo sabía perfectamente que había quedado con la condesa negra para el día siguiente. ¡Desde mi mesa se veía todo muy bien! Pero eso no me preocupaba, porque la solución final era ya cosa de dos días... Y entonces, no importaría nada.

Lo que me molesta es que esta Michenzell es demasiado blanda, demasiado... ¿Qué haría ella sin mí?

## 11. AMANECER EN GOLCONDA

Aquella tarde habían descansado todos. Víctor Lanyard había dormido dos horas, con un sueño tranquilo y sin problemas. Tenía la facultad de dormir a voluntad y despertarse a la hora determinada de antemano, como si su mente poseyese un mecanismo de relojería. Había hecho el amor con la pasiva Michenzell, y ésta había permanecido despierta, a su lado, llena de temor y sin poder conciliar el sueño.

Gustavo de Hokusallmi tuvo una pesadilla. Soñó que estaba observando el móvil de Leiner Paget que había en el comedor del Gobierno Militar. Vio que, poco a poco, de los grandes bosques iba surgiendo una turba de figuras oscuras que avanzaban hacia los lagos. Grandes hocicos negros surgieron de las claras aguas. Las densas masas de hombres se agruparon en la orilla y, de pronto, las aguas se tiñeron de rojo... En sueños, deseó intensamente entrar dentro del cuadro y, repentinamente, se dio cuenta de que ya estaba dentro... Los hombres continuaban saliendo del bosque y avanzando, avanzando... Los mandaba una figura que no tenía rostro... Con un grito, Gustavo se despertó, cubierto de sudor. Sonrió salvajemente al pensar en su madre, y después extrajo de su armario una pistola iónica y una caja de granadas. Eran las ocho menos cuarto de la noche.

A las ocho menos cinco, Ottokar Grell, de ocho años de edad, corría junto a su madre en dirección a la tienda MAZ número 3. Estaban a punto de cerrar y necesitaba imperiosamente llegar a tiempo. Alcanzó la tienda en el momento en que una dependienta salía al exterior. Pero aún no habían bajado los cierres. Apresuradamente, Ottokar Grell entró en la tienda y mostró el vale-sorteo que había recibido esa mañana. Su madre, divorciada, trabajaba en un puesto ínfimo en la Oficina de Control de Combustibles, y su mísero sueldo no le había permitido hasta ahora hacer a su hijo único el regalo tan deseado. Apresuradamente, Ottokar Grell cogió un uniforme de soldado raso, con todos los aditamentos de combate (gafas infrarrojas, casco de superacero y el moderno dispositivo nulgrav de las tropas de choque). También cogió un rifle iónico.

—Nos vamos a arruinar —comentó jocosamente la encargada—. En estos dos últimos días se han despachado vales de esta clase a montones. Bien, el Honorable sabrá lo que hace... Ten, hermoso. Éste es el último que vendemos hoy aquí.

Gemmary Draise Drum, encargada de la tienda número 3, no sabía que ése era el último uniforme que se vendía en toda Golconda. Era una pelirroja de formas opulentas, de costumbres libres, que alternaba su vida íntima con dos hombres. Esta noche pensaba cenar con uno de ellos, Porny Doble Hand, en el mejor restaurante de Golconda, el célebre DERBYS. Cerró la tienda, aplicando los mandos de descenso de

rejas, tocó el botón de la caja para que el pequeño ordenador hiciera el arqueo y remitiese por tubo neumático los fondos a la central. Al encenderse la luz verde, salió de allí.

La general Hokusallmi, a las ocho en punto, estaba recibiendo de manos de Waldersheim el parte de retreta. Había sido un día muy tranquilo. En Nábica, las cosas habían vuelto a su cauce. En Campo de Oro, las tropas del Decimoséptimo de Infantería (coronel Agrai Shiraz) recogían los cadáveres del encuentro del día anterior y procedían a efectuar detenciones de los elementos más sospechosos. El regimiento había tenido doce bajas; de ellas tres muertos, frente a doscientos quince muertos y ochenta y dos heridos graves entre los mineros.

En una taberna de las afueras de Golconda, un borracho clavó un puñal en el pecho de un hombre. Al principio, se organizó bastante revuelo y alguien propuso llamar a la policía. Hasta que el tabernero reconoció el rostro del muerto.

—No os preocupéis —dijo—. Es Tsovala, el jefe de la rebelión de Nábica. Era mahdoroddam... no pasará nada.

Una prostituta joven, rubia, de rostro vicioso, llamada Borjana, apartó la vista del cadáver y pidió una copa de schlitzs. A veces, recordaba a un extraño niño...

A cien metros de las puertas del astropuerto militar, un grupo de doscientos paidos, oculto en una anfractuosidad del terreno, esperaba. Los mandaba el coronel Tsuyami, y se encontraba entre ellos un tenientillo muy desgraciado, llamado Isaías Mitsouda. Permanecía sentado en una piedra, con el fusil en los brazos, recordando el rostro imborrable de la muchacha más bella del universo: Michenzell Delburgo. En ocasiones, le parecía una traición hacia el jefe atreverse siquiera a pensar en ella. Su corazón, lleno de dolor y de odio hacia los prohibidos, sólo esperaba el momento de la acción y, un tanto románticamente, deseaba morir en la lucha y que Michenzell lo supiera alguna vez. Puede que no le hubiera olvidado y derramase una lágrima por él...

Otro grupo de cincuenta paidos, mandados por el capitán Waldemar Preselo, se ocultaba en un edificio justo enfrente de la Central Videotelefónica de Golconda. También esperaban ansiosamente.

\* \* \*

A Tandjany Narvión, hija de Lima Narvión, alcaldesa pedánea del barrio del astropuerto, su madre no le permitió salir.

—Esta noche hay unas maniobras fenomenales en el campo de instrucción, mamá —dijo la niña, fingiendo una lágrima—. ¡Déjame ir!

—De ninguna manera. Te he dicho que no te permitiré salir de noche. De manera que quítate ese ridículo uniforme y vete a dormir... No me obligues a llamar a tu hermano mayor.

—Pero mamá...

El padre había muerto un año antes, víctima del beso de Satán. El hermano mayor, Ebenezer, de quince años, casi dieciséis, suplía al progenitor desaparecido en las labores de jefe de casa, sobre todo cuando era preciso castigar a la más pequeña. Tandjany, sargento especialista en explosivos, sentía un odio atroz hacia él.

—¡Tengo que salir, mamá!

Ebenezer apareció, mirando a su hermana con conmiseración. Con un gemido, Tandjany extrajo la pistola de su funda y disparó dos veces. No se detuvo para contemplar los cadáveres humeantes.

—Vosotros os lo habéis buscado —remetía, entre sollozos, mientras corría en medio de la noche hacia la central eléctrica.

El jefe había dicho: «Tendréis que tener una dureza inhumana. Por ser niños, repito, niños, como lo oís, no os respetarán y no creerán que vamos a usar la fuerza. Entonces, ¡usadla sin compasión ninguna! El que no lo haga así, es un traidor hacia la causa paidos y no merece otra cosa salvo la más vergonzosa muerte. Usadla con los prohibidos y usadla, sobre todo, con los más peligrosos, los de la edad marginal, los que tienen entre doce y veinte años. Los prohibidos mayores tratarán de no haceros daño, por lo menos hasta que vean que las cosas van en serio. Los de la edad marginal no tendrán consideración ninguna; ni son tan pequeños como para formar con nosotros, ni son tan grandes como para respetar a un niño. Si es preciso matar, matad; y si es preciso que vuestras armas siembren la destrucción, que lo hagan. Un paidos vale al menos cinco prohibidos... ¡no olvidéis esto!». Pero eso no borraba de su mente la imagen espantosa de los dos cadáveres con el pecho destrozado. Se mordió los labios, mientras seguía corriendo... Los explosivos estarían colocados puntualmente.

A mil seiscientos kilómetros al sur de Golconda Central, en un lugar llamado Jarbalai, una mujer llamada Giroflee Weser trabajaba en el turno de noche de la Central de Oxígeno. Tenía cuarenta y dos años estándar, el pelo blanco por completo, y su arrugado blusón negro ocultaba una musculatura digna de un luchador de boxeo armado. Casi nadie sabía que era agente de la NIRAM y que permanecía en ese puesto secundario con un único objetivo: vigilar el comportamiento de la general Hokusallmi, por si se levantaba en armas contra el Imperio. Caso de ser así, tan pronto llegasen a sus oídos las primeras noticias, debía tomar una nave de caza oculta

en las montañas de la Desolación y partir hacia el mundo más próximo, Barlión, para ponerse en contacto con la fortaleza de Vanator. Mientras tanto, trabajaba como obrera especializada en reducción de óxidos. Vigilaba las cargas de óxidos que entraban en la cuba de conversión y controlaba el suministro de oxígeno a la atmósfera de Jarbalai. Cuando la oxigenación del planeta fuera suficiente, encontraría un puesto en otro lugar. Aparte de ella, otros cuatro agentes, bien distribuidos por la superficie de Golconda, cumplían esa misma misión. En la jerga de los altos mandos de la NIRAM, se les llamaba «durmientes imperiales».

Aquella noche, Giroflee, casi olvidada su misión y con el convencimiento íntimo de que nunca pasaría nada, comprobaba los indicadores de la columna craker, donde los óxidos cedían tumultuosamente el oxígeno vital, cuando una pequeña mano se posó en su brazo. Un niño pelirrojo, vestido con un uniforme negro cubierto de insignias plateadas, la miraba fijamente. Tras él había una docena más de niños, sin insignias, pero armados con rifles de juguete.

A Giroflee no le gustaban los niños. Frígida y estrecha de miras, consideraba el sexo un horror y a los niños una especie de monstruos gritones, revoltosos y sumamente molestos. Por eso, no se preocupó de cortesías.

—¿Qué hacéis aquí? —gritó—. ¿Cómo os ha dejado entrar la pareja?

Iba a oírla la pareja de municipales que estaban encargados de la guardia nocturna. ¡Estúpidos! Seguramente bebiendo Taraskein en el bar más próximo... ¡Si hubieran sido hombres o mujeres de la NIRAM estos críos no habrían entrado!

—Están muertos —dijo el niño, suavemente—. Mi nombre es Tom Kaposi, del Servicio de Inteligencia.

—¡A jugar a otra parte! —aulló Giroflee—. ¡Fuera!

La columna craker, de casi cien metros de altura, zumbaba sordamente, desprendiendo un calor apocalíptico. Terribles reacciones tenían lugar en su interior... Apenas vio la agente de la NIRAM cómo Tom Kaposi hacía un gesto. Uno de los chiquillos vestidos de negro alzó su arma y disparó. El chorro de metal vaporizado dio de lleno en la mano izquierda de Giroflee Weser, que retrocedió lanzando un aullido. Cuando su espalda tocó la columna craker, la ardiente quemadura abrasó la piel y transformó el blusón negro en una simple llamarada. Cayó al suelo gimiendo, aferrándose al muñón ennegrecido con la mano derecha.

Los seis técnicos restantes entraron corriendo, abandonando la sala de mandos.

—Fuego —dijo Kaposi, con mucha educación.

Restallaron acremente los rifles iónicos, y los seis técnicos se derrumbaron en el suelo con la cabeza o el pecho destrozado.

—Llamad al personal civil —dijo el niño, mientras extraía de su bolsillo una pitillera de oro y encendía un cigarrillo de larga boquilla.

Hubo un momento de silencio, mientras uno de los niños vestidos de negro salía

corriendo. Tom Kaposi se quitó la gorra de plato con cordones plateados y se rascó la cabeza, mientras Giroflee continuaba gimiendo. La horrenda quemadura había cauterizado las heridas, que no sangraban. De pronto, uno de los niños presentes se descompuso. Había estado mirando sin cesar el montón de cadáveres, fijando su vista en los pechos de donde salían masas abullonadas de color rojo oscuro, en los cráneos abiertos. Vomitó la criatura sobre la pared, y Tom Kaposi, fríamente, se volvió hacia él.

—Un paidos del Servicio de Inteligencia no se ablanda tan fácilmente... ¿Prefieres abandonarnos?

—No, mi coronel —dijo el niño, limpiándose la boca—. No sucederá más.

—Durante años —dijo Kaposi—, he sufrido palizas de estos asquerosos. Ninguno de ellos hizo nada para ayudarme. De no ser por «él» aún estaría sufriendo, sin comer apenas, lleno de moraduras y de heridas... El daño sufrido por mi cerebro hubiera sido irre... intra... irreversible. Por mi gusto, no quedaría vivo uno solo. ¡Ah, ya estáis aquí!

Tres chiquillas y un niño, vestidos de civil, acababan de entrar.

—Que esto siga funcionando —dijo el coronel—. Profesora Englander... lo dejo bajo su responsabilidad.

—Sí, señor —contestó una de las niñas—. No se preocupe. Sabemos muy bien lo que hay que hacer.

Entraron en la sala de mandos. Tom Kaposi se acercó a la yacente Giroflee y le dio una fuerte patada en las costillas.

—Eres agente de la NIRAM. Tienes una nave en las montañas. Dinos las coordenadas exactas y nada te sucederá.

Giroflee, a pesar de sus dolores, prefirió gruñir sordamente, como si no pudiera hablar. Le parecía que el mundo se derrumbaba a su alrededor. ¡Niños...! ¡Niños pequeños!

—Como quieras —dijo Kaposi, con frialdad—. ¡Englander!

—¿Señor?

Era una niña rubia, vestida con un traje de cuero pardo. En este momento estaba concluyendo de ponerse una bata blanca, de científico.

—¿Podemos abrir la torre craker?

La profesora Englander se acercó a la columna, gruñendo algo incomprensible sobre que la falta de acopladores le dificultaba el trabajo. En efecto, tuvo que subirse a una silla para poder ver los indicadores.

—Está en proceso de expulsión de escoria, mi coronel. No hay oxígeno libre. Puede abrirse, ¡pero cuidado con la temperatura!

—¡Ábrala!

Poniéndose torpemente los guantes de amianto, demasiado grandes para ella, la

profesora Englander abrió la gran compuerta cuadrada. Un chorro de hirviente calor llenó la estancia, como un torrente de hierro al rojo que saliera del orificio.

—No creas que la nave es muy importante, Giroflee —dijo el coronel Kaposi, mirándola con sus ojos grises y helados—. Aunque no la encontremos, nadie la usará. Pero puede ser útil para la causa paidos. ¿Dónde está?

La mujer no contestó.

—Dentro. Poco a poco, cabo.

Giroflee aulló mientras cuatro niños la cogían y la aproximaban a la abertura. Intentó luchar, ¡eran tan sólo débiles criaturas!, pero, con una sorprendente facilidad, unos músculos inesperados dominaron fácilmente su tentativa. Sintió como su cabeza se aproximaba a la incandescente abertura y un espantoso dolor cubrió su rostro, haciendo que la piel, deshidratada y abrasada, crujiera y se cuartease. En el fondo de la torre craker, las escorias, al rojo blanco, lanzaban un resplandor infernal. Introdujeron un poco su cabeza en la abertura. En un soplo, los blancos cabellos se inflamaron como si fueran de fósforo y ardieron como una antorcha...

—Lo diré... ¡lo diré! ¡Sacadme de aquí!

Giroflee Weser vomitó las coordenadas del lugar donde se hallaba la nave de caza. No veía. El fulgor lancinante de las escorias inflamadas la había cegado.

—Has dicho la verdad —dijo la voz de Tom Kaposi, dulcemente—. Esperaremos. Aún no es la hora. Más tarde iremos por esa nave. En cuanto a ti, «durmiente imperial», no te necesitamos ya. ¡Echadla dentro!

A esa misma hora, aproximadamente, otros cuatro agentes de la NIRAM eran detenidos y muertos en sus lugares de destino: Raider Hill, Granate Meadows, Sabrobar y el minero de Azopardo.

En los subterráneos del edificio MAZ, Víctor Lanyard se despertó a la hora exacta en que había pensado hacerlo. Dio un cachete cariñoso en el hombro de Michenzell y comenzó a colocarse el severo traje gris.

—Víctor... —dijo ella—. ¿Me quieres?

—Claro que sí —respondió él, distraídamente.

En el campo de entrenamiento principal, el mismo que había al lado de las fábricas, dieciocho tenientes pilotos se dirigieron a las pequeñas naves de caza agrupadas en el reducido campo de aterrizaje. En silencio, en medio de la oscuridad, ocuparon sus puestos en ellas; después subieron los artilleros y se colocaron en su lugar. A la hora exacta, los pilotos conectaron el encendido de los motores Astroliner de dos tercios ce y esperaron, llenos de nervios y de sudor. Las fábricas MAZ no habían podido construir más que esas dieciocho naves; había sido imposible hacer



más.

\* \* \*

Lentamente, en las sombras de la noche, una oleada de niños uniformados o sin uniformar iba saliendo de sus casas en todo el planeta. Eran las ocho treinta y dos, hora estándar del Imperio Galáctico. Como sombras, se deslizaban por las iluminadas calles del centro o por las sombrías callejuelas de los barrios. En todas las paredes, grandes carteles en tres dimensiones mostraban la imagen de un soldado MAZ sobre fondo de estallidos e instrumental bélico, y pregonaban: «HOY, GRANDES MANIOBRAS, ¡PADRES, DEJAD QUE VUESTROS HIJOS ASISTAN! ¡INOLVIDABLE, IRREPETIBLE!». De uno y otro lado, de una y otra casa, de las mansiones lujosas de los ricos, de las pobres chabolas, de los edificios de reducidos apartamentos, los niños salían como un caudal. Corrían como ratitas por las avenidas, sonriendo a los escasos prohibidos que encontraban en un camino. «Vamos a jugar... ¿sabéis? ¡Vamos a jugar a soldados!». Y después, cuando se quedaban solos, surgía una sonrisa amarilla, retorcida, en sus rostros que no eran ya ni de hombre ni de niño. Con sus caras aún sonrosadas, sus mejillas todavía redondas, la piel lisa y con ese aroma a limpio que aún conservan los niños hasta cierta edad, alzaban en el aire sus armas de juguete, introducían en ellas pilas de alta potencia, cristales de praseodimio, conos de dispersión, cilindros de metal ultrafusible, concentradores de sonido... Una silenciosa procesión de tanquetas salía de las tiendas MAZ, abiertas a deshora por manos desconocidas... Caminaban lentamente, con el cañón de mentira a cero, por las frías avenidas de la capital. Se detenían después, concentrándose en los edificios públicos, en las comisarías de policía, a corta distancia de la entrada de los cuarteles... «¡Oh, cuánto vamos a divertirnos! ¡Qué juego más bonito!», gritaban las agudas voces infantiles mientras ojos de fuego, en pequeñas caritas de diablillo, comprobaban las tablas de tiro, las municiones, el alza de las piezas de artillería... «Granadas rompedoras... ¡Carguen!». «A la orden, mi teniente». Entraban los cartuchos de latón, coronados por la ojiva amarilla de una granada de acero, en las engrasadas recámaras... «¿Qué hacéis aquí, niños?». «¿No lo sabe, señor? Somos soldados MAZ y hoy es el día de las grandes maniobras... Hay sorteos de juguetes, de caramelos y de dinero... Si nos tocase el premio más gordo...». «¿Y qué premio es ése, niños...?». «Oh, no podemos decirlo, señor... pero seguro que pronto lo sabrá». Otros prohibidos no eran tan amables: «¡Asco de niños! ¡Saliendo a estas horas! ¡Cómo os dejan vuestros padres hacer esto? ¡Os aseguro que mis hijos no saldrán!». «Bueno, señor, no sea malo... déjeles salir... ¡Es tan divertido!». «¡Ni pensarlo!». «Oh, señor. Como quiera, señor. Y que le vaya bien con sus hijos, señor». «¡Maleducados! ¡Ya os daría yo...!». Pequeños camiones de seis ruedas circulaban por todas partes conducidos por minúsculos chóferes, cargados de cajas de colorines con armas de juguete, municiones, material sanitario,

caretas antigás, botes de humo, alambradas, caballos de frisa... «Tienen que ser carísimos... ¿cómo pueden circular por Golconda?», dijo un prohibido. «Sólo los alquilan, señor; no los venden...». En la plaza del Descubrimiento, grupos de niños alegres instalaron dos disruptores de ultrasonidos frente a la Jefatura de la Policía Imperial. El número que estaba de puertas, un poco extrañado, dio aviso al inspector de Guardia. Éste, más por principio que por otra cosa, salió a ver qué pasaba. «Ya sé que son las maniobras... mi hijo pequeño también va... pero sacad esto de aquí...». «En seguida, señor. Es que estamos cansados, señor». El inspector sonrió ante los ojos azules y los rizos rubios de la niña que le hablaba, y volvió a sus expedientes y su café. «¡Y a ver si os dais prisa!». «¡Claro que sí, señor...!». «Estos niños, estos niños... Menos mal que esto los forma para el futuro... les enseña que la vida es lucha y que siempre hay que pensar en la defensa del Imperio». Mientras caminaban, mientras instalaban las piezas de artillería, situaban los camiones en los lugares previstos o conducían las minúsculas tanquetas, los niños chupaban paletas de dulce, comían helados ensuciándose la cara, jugaban con canicas y cambiaban cromos... Y entre tanto, en la profundidad del edificio MAZ, una mente fría y cruel, una mente despiadada y por completo carente de humanidad, sonreía fríamente al ir recibiendo noticias de cómo sus planes se cumplían paso a paso.

El inspector de Guardia se retiró; sí, se retiró, y las dotaciones de los disruptores quedaron solas en la plaza helada, bajo la cruda luz de las luces de flúor.

—Conecten batería principal.

—Conectada batería principal, mi capitán —un momento de silencio—. Solenoides a plena carga.

—Introduzcan concentrador.

—Concentrador introducido, señor. Tres... cinco... diez, señor. Preparados para la acción.

—Esperen. Aún faltan unos minutos.

Jeroboam Strog, tembloroso y lleno de miedo, condujo un pesado vehículo de vapor hasta las proximidades del Astropuerto Militar. A su lado iba su sobrinita, una niña con trenzas, que vestía ahora un uniforme negro con insignias plateadas. Dando tumbos, el camión, exhalando nubes de humo por la exhaustación trasera, se detuvo a corta distancia del grupo de paidos que aguardaba en la sombra.

—Ya están ahí los acopladores —dijo el coronel Tsuyami—. ¡Rápido! ¡Las caretas, las cajas de granadas...!

En el DERBYS, Gemmery Draise Drum y Porny Doble Hand, en una de las mejores mesas, habían pedido a Amalong Busilong, el maître, que les sirviera sopa de pescado del Mutzbunk, pavo terrestre en salsa de moras y mangos de Mendel helados. Beberían una botella de Samar y unas copas de Taraskein. Un par de cigarrillos de Lexter y dos sucedáneos de café. Valía la pena gastar créditos en esta cena, hacía un año exacto que se habían conocido. Estaban muy enamorados, tanto que Gemmery Draise Drum pensaba seriamente en abandonar a su otro amigo y contraer un matrimonio temporal con Porny Doble Hand. A su alrededor, las mesas estaban totalmente ocupadas. Había personas conocidas: el conde Tapulianov y su esposa, el catedrático Tomlinson, de la cátedra de geología, el coronel Merotssandier, del Veinticuatro Regimiento de Mecanizadas, y Sigfrid Van Eyck, dueño de la principal refinería de metales preciosos. Gente fina, gente bien. Un ambiente de lo más selecto. Gemmery cogió la mano de Porny y le dijo, dulcemente:

—¿Qué piensas de nuestro futuro, cariño?

—Estoy de acuerdo —dijo él—. Nos casamos mañana. Seremos felices para siempre, mi vida.

En el Mutzbunk, Fortie Orellana y Tatum se habían apoderado ya de todo. Habían muerto seis obreros y un capataz; bajas entre los paidos, ninguna. Fortie Orellana y Tatum despacharon un mensajero, a uña de caballo, hacia la capital del planeta.

En Campo de Oro, los paidos disponibles se apresuraban a agruparse ante el campamento del coronel Agrai Shiraz, donde vivaqueaban dos batallones del Decimoséptimo Imperial de Infantería. En otros campamentos mineros, en otras pequeñas poblaciones, los paidos esperaban a que Golconda Central cayese. En Jarbalai, la fábrica de oxígeno funcionaba normalmente, mientras grupos de niños con uniforme se acercaban en las sombras de la noche al retén de Policía Imperial.

Dole Mazagrainer y el profesor Taberner habían pasado la tarde mano a mano, bebiendo hasta la inconsciencia. Venus Carintia intentó que el Honorable no bebiese tanto, pero no pudo conseguirlo. En cuanto a Taberner, Amalteria, Filoneble y Arcoiris tuvieron que llevarlo a su lujosa cama transparente. El viejo Mazagrainer tenía más aguante, continuó bebiendo y bebiendo. Hubo un momento de peligro. El doctor Basenger entró, acompañado de dos guardias negros del Servicio de Inteligencia, y dijo que quería llevarse a Mazagrainer.

—¡Éste sirve tan bien como cualquier otro! —aulló.

Procedente del hospicio, del que se había escapado seis veces, Basenger era un paidos deforme, con un brazo más largo que otro, numerosas calvas en el cráneo como consecuencia de una tiña incurable, y extraordinariamente cegato. Usaba gruesos lentes sin los cuales nada veía. Sólo la intervención del jefe pudo salvar a Dole Mazagrainer.

—Pero ¡necesito ejemplares! —vociferó el doctor Basenger, lleno de ira.

—Los tendrás... —dijo la voz de Víctor Lanyard por el comunicador—. Y ahora, ¡vuelve a tu laboratorio!

Rezongando, el doctor Basenger obedeció. Una vez solo, Dole Mazagrainer hizo que Venus Carintia le llevase a sus habitaciones.

Las nueve menos cuarto. Los cadáveres de Alceste Paracels, Gazaniol, Solimán de Vos, Heza Hossein, Pahlrod y Johannes Delburgo se pudrían en sus tumbas, conocidas o desconocidas. Junto al astropuerto militar, los niños al mando del coronel Tsuyami abrieron las cajas marcadas «Dotación infantil de camuflaje» y sacaron paletas de caramelo, barras de chocolate, cromos, polichinelas, muñecos, cochecitos de juguete, matasuegras, pirulís, barras de regaliz, chiclés, pastelitos, pelotas y espantosas máscaras de monstruo. Avanzaron hacia la entrada del astropuerto. El centinela, por cumplir, les dio el alto. Era ya demasiado frecuente que los amiguitos del hijo de la general Hokusallmi visitasen las instalaciones.

—Tenemos pase —dijo el coronel Tsuyami exhibiendo un rectángulo de papel Stone con la firma de la general, cuidadosamente falsificada.

—¡Cabo de guardia! —llamó el centinela, convencido.

Las cajas de «Dotación infantil de camuflaje» estaban rotuladas en realidad SIRP/33, pero eso sólo lo sabían los niños y Jeroboam Strog, a quien una dosis de Rosa de Dolomances impedía actuar en ningún sentido. Tranquilamente, los niños fueron entrando en la base militar.

Otro tanto sucedió en la central eléctrica, en la central de teléfonos, en las doce fábricas de oxígeno, en la emisora de televisión, en la de radio y en seis de los regimientos acantonados en Golconda. En el séptimo, o sea, en el Veinticuatro de Mecanizadas, el oficial de guardia se puso duro. No estaba el coronel, y él no sabía nada de esto. Tendría que hacer una llamada.

En Campo de Oro, el centinela, viendo unas sombras que avanzaban, sin encomendarse al Emperador ni a la general Hokusallmi, les dio el alto y, antes de que pudiera contestar nadie, abrió fuego. Era novato, recién llegado de Novar Dor, y muy impresionado aún por la ejecución de Gazaniol.

En Jarbalai, por el contrario, los paidos entraron con toda tranquilidad en el Cuartel de Policía y acabaron con la mitad de los efectivos en seis minutos. Los restantes fueron encerrados en los calabozos. La noticia fue transmitida rápidamente al coronel Kaposi, que estableció retenes y ordenó que descansasen los que estuvieran libres. Al día siguiente tendrían que dominar a los civiles, y éstos podrían ofrecer algún problema.

Había una mazmorra olvidada, a dos pisos de profundidad, donde dormía un prisionero semidesnudo, haciéndolo con un letargo febril e intranquilo, alterado por repentinos terrores. Durante aquella tarde, el doctor Shariati le había aplicado corrientes eléctricas, desde diez a ciento cincuenta voltios. El prisionero se llamaba Atience Garuslap.

¡Cómo corrían las agujas del reloj! En la sala de mando, Víctor Lanyard, acompañado de Gustavo de Hokusallmi y de Disko Tolliver, iba puntuando en el mapa, con alfileres de colores, los lugares ocupados por sus tropas. El general Dugansailer, con uniforme de combate, pidió permiso a su jefe para encaminarse a la emisora de televisión, donde, juntamente con sus ayudantes, estaba determinado establecer el mando.

Víctor Lanyard y Hokusallmi sonrieron fieramente. Disko Tolliver permanecía callado, mirando con tristeza el plano que iba cubriéndose poco a poco de agrupaciones verdes y rojas.

—Yo también debo irme —dijo Gustavo—. Tengo que darle entrada en el Gobierno Militar.

—Marchad —dijo Víctor Lanyard—. Es la hora.

En el astropuerto militar y en seis regimientos de línea, los niños habían entrado en las salas de guardia. Hacían preguntas sobre las armas, los teléfonos, reían, se ponían pequeñas máscaras antigás.

En el Veinticuatro de Mecanizadas, la columna de paidos, nerviosa hasta el delirio, continuaba aguardando en la entrada.

En Campo de Oro, el comandante Oyster dio orden de contestar al fuego del centinela. En unos segundos, el centinela cayó, abrasado por cien rayos láser. Después, el comandante Oyster dio orden de avanzar, mientras un pandemonio de gritos comenzaba a oírse en el campamento del Decimoséptimo de Infantería Imperial.

Las nueve en punto. Víctor Lanyard sintió un vacío en el corazón. Se llevó la mano al pecho, como si un dolor lancinante le taladrara. Disko Tolliver se acercó a él.

—¿Te pasa algo, Víctor?

Era el único que le tuteaba.

—¡Tiembles, Víctor! ¿Tienes frío?

—No es frío, Disko. Es miedo.

En todas partes, una acción tumultuosa, premeditada, se desató de golpe. Los niños se colocaron los máscaras antigás y varias manos infantiles lanzaron al suelo pequeñas cápsulas de cristal. En unos segundos, los soldados de guardia, los oficiales, asistentes y capitanes de cuartel comenzaron a toser, hicieron varias aspiraciones espantosas y cayeron al suelo. Los paidos comenzaron a extenderse por las instalaciones interiores del astropuerto militar. Una escuadra, armada con rifles iónicos, entró en el dormitorio de los pilotos y barrió las camas con chorros de metal ionizado. Hubo un concierto de espantosos aullidos. Los pilotos morían en sus camas, abrasados, electrocutados, hechos pedazos...

Los disruptores de la plaza del Descubrimiento esperaban... El segundero alcanzó las nueve en punto. La niña rubia se levantó y gritó:

—¡Fuego!

Una horrenda vibración de ultrasonidos, con una potencia de centenares de kilovatios, surgió de los dos disruptores. Durante unos segundos, la Jefatura de Policía pareció temblar en medio de ondas de aire recalentado. Luego, las paredes se deshicieron en mil pedazos, unos pisos cayeron sobre otros y el edificio entero se derrumbó, levantando una columna de polvo y llamas hacia el cielo negro.

El campamento de Campo de Oro era un mar de fuego. El coronel Agrai Shiraz, despertado apresuradamente por su ordenanza, pensó en un ataque de los sublevados.

Dio orden de repeler la agresión con todos los medios disponibles. Medio desnudos, aún casi dormidos, los soldados del Decimoséptimo cogieron sus armas y comenzaron a disparar contra la escuadra de paidos que intentaba apoderarse del cuerpo de guardia. Lanzas de fuego al rojo vivo barrieron la llanura mientras cuerpos ennegrecidos caían a un lado y a otro...

El Comandante Oyster dio una orden desesperada:

—¡Teniente! Rodee el campamento con cincuenta paidos y ataque de flanco.

La sala de conexiones de la emisora de televisión voló por los aires con una detonación espantosa.

—Pero ¿qué estáis haciendo? —gritaban los prohibidos en mil lugares distintos de la capital. Gritaban en la emisora de radio, en la central de teléfonos, en las callejuelas, las plazas y las avenidas. Haces de llamas se alzaban al cielo de Golconda mientras grupos de niños, armados con rifles de juguete, entraban en todas partes y disparaban sobre cualquier cosa que se moviese.

En vano intentó Isaías Mitsouda encontrar la muerte. Corrió delante de los demás, con su fusil iónico en las manos, ametrallando los cuerpos de prohibidos que se levantaban ante él. Pero ninguno de ellos se defendía... «¡Son niños! ¡Están locos!».

\* \* \*

De pronto, las luces de toda Golconda Central se apagaron. Los postes de conducción de alta tensión y los transformadores de salida habían saltado hasta el firmamento, en medio de varios géiseres de lava ardiente.

En el DERBYS, cuando se fue la luz, hubo un momentáneo sobresalto. Se habían oído algunas explosiones lejanas, pero esto no era raro: a veces, el Ejército Imperial hacía supuestos con fuego real. Gemmery Draise Drum y Porny Doble Hand aprovecharon para besarse fuertemente, a fondo y sin reservas. El coronel Merotssandier, muy extrañado, trató de alcanzar el teléfono.

—Lo siento, señor —dijo Amalong Busilong, a la luz de una linterna eléctrica—. No funciona.

—Son amigos míos —dijo Gustavo de Hokusallmi, al centinela de puertas—. Vienen a jugar.

El centinela, que se sabía la lección de memoria, dejó pasar a los veinticinco

niños vestidos de uniforme.

En el astropuerto militar, ciento cuarenta y dos paidos acorralaron junto a la aguja de la alta torre de comunicaciones a los pocos sobrevivientes de la base. Uno de éstos, el coronel jefe de la misma, intentó lanzarse sobre los niños. Un rayo láser le atravesó la cabeza, derramando su cerebro sobre el pavimento de hormigón. Los demás, aterrados, vieron cómo un grupo de menudos seres, de no más de un metro treinta de alto, los cercaban y los acosaban contra el muro de ferronita de la estación de radio.

—¡Acabad con ellos! —rugió Tsuyami.

Fue el último recuerdo de los prohibidos. Un sinfín de disparos hizo de sus cuerpos un hervidero de vísceras.

—¡Los acopladores! —aulló Tsuyami.

Sudoroso, ennegrecido, con el uniforme desgarrado en varios sitios, Isaías Mitsouda se ofreció para la primera acción que fuera precisa: «¡Espera!», gritó el coronel. Paidos auxiliares estaban instalando teléfonos de campaña y los negros cables comenzaban a extenderse, como una tela de araña, por toda Golconda Central.

La general Hokusallmi fue interrumpida en su labor de contar billetes por algo frío que se apoyó en su nuca.

—Quieta —dijo una voz muy rara, medio aguda, medio grave—. Quieta o te mato... Soy el mayor Pileca, y esto va en serio...

—¡Ya está bien! —gritó la general, levantándose—. ¡Si no hubiera permitido a mi hijo...!

El mayor Pileca, fríamente, puso la pistola en un muslo de la general Hokusallmi y disparó. Con un rugido, la general cayó al suelo, con la pierna hecha trizas y los ojos desorbitados.

—Cúrenla —ordenó el mayor Pileca—. Aún será útil.

—¡Mi hijo...! —vociferó la general.

—Es nuestro prisionero.

Gustavo de Hokusallmi no estaba en ninguna parte.

Como un torrente, entraban los acopladores en la base de astronaves. Los teléfonos de campaña funcionaban ya. Grupos de paidos con mono azul se apresuraron a instalar los acopladores en las naves de caza.

—¡Mitsouda! Toma una nave y ocúpate del Veinticuatro de Mecanizadas... ¡Aún resiste!



Mitsouda corrió, como loco, por el liso terreno del astropuerto. Los mecánicos estaban sacando fuera uno de los cazas. Casi resultaba cómico ver al menudo niño de mono azul subido en el colosal tractor, con los acopladores de plástico colocados en pedales y palancas.

—¿Está completa de carga y combustible?

—¡Completa y a punto, mi teniente!

Los seis cuarteles de infantería y tropas de asalto eran un volcán en llamas. Cuerpos deshechos yacían en los patios de instrucción. Las comisarías y los cuartelillos de la Policía Imperial, la Policía Municipal y la NIRAM eran sólo montones de escombros. Una espesa nube de humo negro comenzaba a cubrir Golconda Central.

—Necesito un artillero... —dijo Mitsouda—. ¡Llamen a San Traf Mahar...!

En el DERBYS, el coronel Merotssandier, lleno de nervios por las explosiones, la oscuridad y el silencio absoluto de todos los medios de comunicación, decidió salir a ver qué pasaba. Un foco eléctrico le cegó:

—¡Alto ahí! —gritó una voz.

—¡Malditos...! —aulló el coronel—. ¡Se han sublevado!

Vio una pequeña figura negra, como la de un enano, que se movía entre el humo. Repentinamente asustado, trató de ocultarse en el arco de entrada. No le dio tiempo. De la pequeña figura negra surgió un rayo de luz sólida que acertó de lleno en su cabeza. El coronel sintió como si el cráneo le explotase; luego, perdió la visión mientras un infierno de dolores lancinantes desgarraba su cuerpo. Luego, no sintió nada.

En la avenida Esfandiari, una cuadrilla de mozuelos de quince a dieciocho años vio una tanqueta detenida junto a los restos del Precinto Policiáco número 23. Habían salido con la intención de beber un poco y luego perder su virginidad en el barrio del astropuerto. Vieron, junto a la tanqueta, un grupo de niños armados con fusiles y otro grupo, de media docena, junto a una ametralladora pesada. El que creía ser el jefe del grupo cometió un error espantoso.

—¡Los críos ésos, con sus uniformes! ¡Vamos a darles un baño!

—¡Vamos allá! —corearon los otros.

La ametralladora comenzó a tabletear. Una ráfaga de balas de gran calibre segó el grupo de mozalbetes, que cayó al suelo retorciéndose en los espasmos de la agonía.

—¿Qué hacéis? ¿Qué hacéis? —gritó uno de ellos, que solamente había recibido un balazo en una pierna. A su alrededor, sus compañeros yacían como monigotes pintados de rojo, desangrándose sobre el pavimento. Vio como una pequeña figura,

con un uniforme MAZ lleno de manchas negras, el rostro desencajado y los ojos ardientes, se acercaba a él. El cañón de una pistola se posó sobre su frente. Vio un diminuto dedo que apretaba el gatillo; después, todo se hizo mil luces a su alrededor.

Lentamente, la torreta del carro de combate comenzó a girar. Con precisión y frialdad, las granadas rompedoras, una tras otra, fueron saliendo del cañón, volando con secos y desagradables estampidos los edificios más próximos.

Isaías Mitsouda conectó el último relé. Con un suave rugido, la nave comenzó a elevarse. A sus espaldas, San Traf Mahar luchaba por introducir los pies en los pedales recién acoplados y alargaba los cortos brazos para alcanzar los gatillos de los cañones iónicos. Poco a poco primero, mucho más rápido después, el cuerpo ojival y plateado de la nave se alzó hacia el firmamento mientras Mitsouda iba asegurándose de los mandos. Abajo, el astropuerto se hizo pequeño, como un rectángulo de luces, alimentadas por el grupo electrógeno. Con ansia, Mitsouda buscó la situación del Veinticuatro de Mecanizadas. Sólo veía incendios, nubes de humo y chorros de llamas por todas partes.

—¡Allí! —gritó San Traf Mahar por los auriculares—. ¡Aquello es, Isaías!

Arriba, lucían miles de estrellas sobre el negro fondo nocturno, mientras las dos lunas de Golconda, una más pequeña, la otra más grande, apenas iluminaban con su mortecina luz la escena de muerte y desolación. Mitsouda buscó referencias en el plano electrónico de la nave. No fueron precisas. Un cohete rojo vivo se elevó desde la masa de humo...

—¡Ahí está, Isaías! —gritó San Traf Mahar—. Vamos a darles lo suyo...

Con un bramar de los poderosos motores, la nave de caza inició un picado sobre el cuartel del Veinticuatro de Mecanizadas.

En el cuartel general, los mensajes se atropellaban, llegando en oleadas. Los ayudantes enloquecían situando alfileres sobre el plano de la capital.

—Las dieciocho naves paidos —dijo Víctor Lanyard—. Que despeguen inmediatamente. Primero, ametrallarán ese condenado Veinticuatro que aún resiste; después, que vayan a sus destinos para comprobar cómo marchan las cosas... Sobre todo Jarbalai y Campo de Oro; son los que más me interesan.

Sobre el Veinticuatro de Mecanizadas se abatió un torrente de torpedos, rayos iónicos, ondas de alta frecuencia, gránulos de deuterio que los láseres hacían volar... Se derrumbaban los muros de silosim o de plástico, caían hechos pedazos las casamatas y los edificios de las compañías. Mitsouda y San Traf Mahar lanzaron

todos los recursos de su nave sobre las ruinas humeantes. A su alrededor, veían cómo daban vueltas las luces de posición de los cazas MAZ. Después, las luces de posición se dispararon hacia todos los puntos del horizonte...

—Estamos solos, Isaías.

—¿Qué más da, San? ¡Mira eso!

A mil metros bajo ellos, el cuartel del Veinticuatro de Mecanizadas era un horno de lava ardiente. Enormes torres de fuego rojo se alzaban hacia el cielo, iluminando Golconda como si fuera de día, mientras de aquel maremagnum de humo y estampidos surgían bruscas explosiones cuando el fuego alcanzaba los polvorines.

\* \* \*

En Campo de Oro las primeras avanzadillas del Decimoséptimo encontraron cadáveres ennegrecidos.

—Pero ¿qué es esto? —dijo un oficial, horrorizado—. ¡Si son sólo niños!

Uno de los soldados, contemplando los retorcidos cuerpecillos, se dio la vuelta y vomitó sobre un muro. El coronel Agrai Shiraz comenzaba a recibir las primeras noticias. Aterrorizado, sin comprender nada, trató de comunicarse con Golconda Central. Fue imposible. En la radio sólo había parásitos y el teléfono de campaña no daba ninguna señal. Acudieron los comandantes de batallón, capitanes y otros oficiales.

—¡Son niños! ¡Sólo niños! Y están todos muertos...

—Pero las armas que llevan son de verdad...

—¡Y hemos tenido trescientas bajas!

Las once menos cuarto de la noche. Camiones provistos de grandes altavoces comenzaron a recorrer las calles cubiertas de ruinas y cadáveres. Una voz gigante salió de los altavoces:

—¡Atención todos los habitantes de Golconda! ¡Atención! Esto es una rebelión militar y organizada. Permanezcan en sus casas porque se disparará de inmediato sobre cualquiera que salga. No abran las ventanas. No salgan a la calle. Se disparará sobre cualquier ventana o puerta que se halle abierta. ¡Obedezcan inmediatamente bajo pena de muerte! ¡Viva Víctor Lanyard!

A la luz de velas, faroles eléctricos y aparatos de carburo, los asustados clientes del derby permanecieron quietos en sus mesas.

—Serviremos espumoso, señores —dijo Amalong Busilong, temblorosamente—. Todo se arreglará. A ver... ¡espumoso para nuestros clientes!

Un funcionario de la Oficina de Patentes abrió la ventana de su casa para ver qué pasaba, a pesar de los llantos de su mujer. «¡No lo hagas, Arturo! ¡No lo hagas!». Tan pronto como se abrió la ventana y asomó la cabeza, un rayo láser se estrelló en el muro, a dos palmos de distancia. Aterrado, el funcionario se retiró inmediatamente.

—¡Son enanos! —dijo, asombrado—. ¡Oye, Marita, son enanos!

A las doce de la noche, toda la resistencia enemiga había sido eliminada en Golconda Central. Los cuarteles de tropas del Imperio, las comisarías y los recintos de Guardia Municipal eran masas de ruinas llenas de cuerpos muertos.

—Hemos triunfado —dijo Víctor Lanyard.

—Así es, Víctor, así es... —contestó Disko Tolliver.

Y nadie pudo observar el rictus de sufrimiento en su boca.

A la una de la mañana, comenzaron a llegar los primeros prisioneros. Una escuadra de tropas de choque había entrado en el DERBYS y había hecho salir a punta de bayoneta a todos los clientes y al personal del restaurante. Uno de los camareros, hombre forzado y sin sentimientos, de escasa inteligencia, no había logrado comprender aún lo que estaba sucediendo. Al ver que los asaltantes eran niños, soltó una carcajada brutal, los apostrofó medio riendo medio burlándose, e intentó agarrar al más próximo para darle un par de azotes en las posaderas.

—Estúpido —dijo el teniente que mandaba la escuadra—. Acabad con él.

Cinco segundos después, el camarero era tan sólo un montón de desechos entre los que se veían algunos huesos blancos y muy brillantes. Después de esto, los demás no se resistieron. Sólo algunos se aventuraron a formular preguntas: «Pero ¿por qué hacéis esto?», «¿Estáis locos?», «Tened cuidado con esas armas... ¡son de verdad!». Como si los niños no lo supieran. Las preguntas fueron contestadas a culatazos, intercalados con gritos ofensivos: «¡Ahora mandamos nosotros!», «De rodillas... ¡cara a la pared!», «Al que proteste lo abraso...». Hasta que el teniente, secamente, impuso silencio.

Gemmary Draise Drum y Porny Doble Hand, cogidos de la mano, caminaron entre la turbamulta de prisioneros. Ya se habían dado cuenta de que los niños no estaban bromeando y que era tan suicida oponerse a ellos como lo habría sido enfrentarse a un pelotón de soldados adultos y en pie de guerra. En las esquinas, comenzaban a lucir lámparas provisionales instaladas por niños vestidos con mono

azul. La pareja no lo sabía, pero en la central eléctrica estaban trabajando intensamente para restablecer el suministro, de la misma manera que otros destacamentos de paidos lo hacían en las emisoras...

En la semioscuridad, los niños les condujeron al campo de maniobras número 1. El doctor Basenger, acariciándose las calvas con su brazo más largo, estaba allí, vestido de bata blanca y acompañado de media docena de ayudantes.

—Esos dos —dijo, señalando al azar—. Ésa —por Gemmery.

—¡Salid! —gritó el teniente.

—¡Porny! —gimió la muchacha.

El joven intentó acudir en su ayuda. Recibió un culatazo en las rodillas que le hizo caer al suelo.

—Ese tipo valiente, también —dijo, venenosamente, el doctor Basenger—. Y aquellas dos chicas de allá...

Fueron conducidos a un gran ascensor que descendió hacia las profundidades. Caminaron después, con las manos en la nuca, por un ancho túnel de paredes de plástico esmaltado blanco que brillaban como icebergs bajo la luz helada de los focos. Había varias puertas a los lados, todas ellas de pequeño tamaño, no más de un metro sesenta de altura. Uno a uno, los prisioneros fueron introducidos por aquellas puertas, viéndose obligados a bajar la cabeza para poder entrar. Eran pequeños calabozos individuales. El doctor Basenger rió desagradablemente mientras los prisioneros se inclinaban, como esclavos, para entrar en las celdas.

Gemmery Draise Drum fue separada de los demás y llevada al final del corredor, donde se abría una gran puerta de hojas batientes con un letrero que decía: «Prohibida la entrada al personal no médico». Sin embargo, los soldados que la acompañaban entraron hasta el fondo, hasta el lugar donde había un quirófano enorme, con gran bóveda encristalada y tres mesas de operaciones. La hicieron sentarse en una silla, y una de las ayudantes, una niña morena con melena corta y pequeños ojos muy juntos, le introdujo una aguja en el dorso de la mano.

Gemmery Draise Drum no pudo reprimir un quejido.

—¿Qué vais a hacer? ¿Por qué todo esto?

—Cuando te dirijas a nosotros, prohibida —gruñó el doctor Basenger, sin dejar de rascarse la cabeza—, trátanos de señor, o señora, en su caso. Vamos al lavabo, doctora Soneima.

Otra niña morena le acompañó hacia una gran pila de acero llena de luz violeta. El doctor Basenger y la doctora Soneima expusieron las manos bajo aquella luz.

—Desnudadla —dijo Basenger, sin volverse siquiera.

En medio de una extraña nebulosidad, Gemmery Draise Drum se dio cuenta de que los soldados habían desaparecido. Sólo quedaban los... ¿médicos?,

¿enfermeros?, vestidos de blanco. Quiso protestar, moverse, pero no pudo hacerlo. Se sentía completamente paralizada e incapaz de pensar. «Adiós, Porny», se dijo, oscuramente. Vio unos rostros mirando a través de la bóveda acristalada; naturalmente, no podía reconocer que uno de ellos era el de Disko Tolliver.

—Asepsia total —dijo el doctor Basenger, como si hablase desde el otro extremo del mundo. Una luz violeta, surcada a veces de ramalazos rojos, inundó el quirófano. Apenas sintió Gemmery cómo le quitaban las ropas y la depositaban sobre la mesa de operaciones. Vio cómo se encendía sobre ella una enorme luz blanca que se fue alejando, se fue alejando, hasta ser un solo puntito blanco muy distante, y después una total oscuridad...

—Mascarilla, guantes —dijo el doctor Basenger.

Se acercó al cuerpo yacente sobre la mesa de operaciones. El gran robot quirúrgico, en la cabecera de la mesa, esperaba, mostrando a través de paneles transparentes masas e hileras interminables de transistores, válvulas Grefer y placas de contacto Watt-Martin. Reaccionaba a la voz humana, cuando se pronunciaban determinadas frases.

—Anestesia profunda —dijo el doctor Basenger—. Ciclo completo de control somático.

En la bóveda, junto a los estudiantes de medicina y cirugía, Disko Tolliver hacía esfuerzos por no apartar la vista. Ojalá su ausencia no llamase demasiado la atención en la sala de mando. Pero no podía marcharse de allí; como hipnotizado, contemplaba las maniobras del robot cirujano. Dos grandes placas se colocaron al lado del cráneo de Gemmery, el cuerpo de ésta se arqueó durante unos instantes y luego se desmadejó. Varios brazos cromados surgieron del macizo robot, colocándose en las muñecas de la paciente, en su cuello, en el tórax. Una larga y fina aguja de oro, al extremo de un brazo metálico delgado como una varilla, se introdujo lentamente en el quinto espacio intercostal, penetrando suavemente en el corazón. Los diales del robot dieron rápidamente las diversas lecturas de las constantes vitales de Gemmery Draise Drum.

—Incorporación a treinta grados del tercio anterior —dijo el doctor Basenger. Aún no había tocado a la muchacha; permanecía inmóvil junto a la cabecera de la mesa. Ésta se alzó pausadamente hasta formar el ángulo deseado. Los platos de plástico negro se retiraron del cráneo de la joven y se incrustaron en sus aléolos.

—La experiencia que vamos a hacer —dijo el doctor— tiene una doble finalidad. Primera: mostrar a ustedes la técnica operatoria de la craniectomía, muy útil en casos de heridas de guerra con compresión de masa encefálica o en otras enfermedades ya conocidas. Segunda: instala en la paciente el control a distancia inventado por nuestro compañero Peter Krixton. En sucesivas operaciones, el mismo será instalado en la columna vertebral entre la tercera y cuarta vértebra, en la parte inferior del diafragma,

o sea, en el espacio supramesocólico, y también en la apófisis estiloides del peroné... Tendrán ustedes tiempo de verlo, señores. Sólo pido que si alguien se descompone, no vomite en la bóveda de cristal y se largue cuanto antes a otros menesteres más de su gusto, como escobar las cocinas o desinfectar letrinas de campaña. ¿Preparada, Soneima?

—Sí, doctor.

—Comenzaremos —dijo Basenger— por solicitar al robot el afeitado del cráneo. Se utiliza para esto la palabra: ¡Tonsuración!

Mientras dos garras con cuchillas comenzaban su trabajo, rapando a mechones el cabello de la víctima, el doctor continuó explicando, con tanta frialdad como si lo que estuviera ante él no fuera un ser humano, sino un animal inferior:

—Se escogen normalmente palabras poco usadas, al efecto de que los centros motores del robot no puedan confundir una acción con otra. Por ello, no puedo darles demasiadas explicaciones, so pena de confundir al... esto... ¿cómo se dice?

—Robot, doctor.

—Robot, efectivamente. So pena de confundirlo. Todos ustedes tienen un librito con las frases exactas que es preciso decir en cada caso. Bueno, como ven, la actuación del robot no ha sido muy perfecta. En éste, como en otros casos, es preciso acabar la depilación. ¿Se dan cuenta cómo lo digo de otra forma?, a mano. ¿Quiere hacer el favor, doctora?

—Naturalmente, doctor.

La doctora Soneima tomó brocha y navaja, mientras los cuatro ayudantes permanecían a corta distancia, muy atentos.

—Efectuaremos la operación en el bregma, o sea, en la unión de la sutura sagital y la frontal. Quiero decirles que no deben ustedes confiar nunca en la existencia de un robot quirúrgico; a veces no los habrá, como puede ser en lugares próximos a la línea de fuego, o quizá se averíen. Así, por ejemplo, la aguja que se ha introducido en el miocardio, llamada, como ustedes saben, aguja de Poitiers-Pott o cardioestator, cumple la función de impedir cualquier desfallecimiento de la víscera cardíaca. Mantiene la tensión arterial, inyecta cardiotónicos o vasodilatadores, e impide el colapso cardíaco durante la operación. ¿Alguna pregunta?

—Sí, señor... doctor —dijo una voz, desde arriba. Nadie reconoció la de Disko Tolliver—. ¿Y después de la operación?

—Eso no es asunto mío, sino de las unidades de recuperación. No pregunten estupideces, por favor. Bueno, la doctora Soneima ha terminado. Como pueden ver, trazo una línea que une los conductos auditivos sobre la bóveda craneana; lo hago con cromina... El centro, más o menos, es el bregma, a unos catorce centímetros del nacimiento de la nariz. ¡Tomen notas y no pierdan el tiempo! A partir de aquí, y desde la apófisis orbitaria externa, podríamos marcar, antes de operar, la cisura de

Rolando. Pero no es éste el caso, no necesitamos mayor precisión. Bueno, vamos a utilizar ahora uno de los instrumentos más viejos de la cirugía, tan viejo que nadie sabe ni cuándo se inventó. Bisturí. Gracias. Vean cómo divido las partes blandas, sin miedo, llegando hasta el hueso. No hay que preocuparse; por mucho que hagamos, salvo tratándose de Vidas Jóvenes, el bisturí no perforará la bóveda craneana. Vean la hemorragia que se produce. En esto no nos sirve el robot. Martell. Dos; no, tres. Fíjense en la forma en T de las pinzas de Martell; son especiales para la hemostasia del cuero cabelludo. Bueno, ya está. Esta parte que hemos cortado se llama colgajo. Erina. Vean cómo la separo hacia abajo. Legra. Levanto el colgajo y el periostio con la legra. Martell otra vez. Un vaso que se nos había quedado ahí, más pequeño que los otros, y que por eso ha tardado más en sangrar. Me separo para que puedan verlo. Eso blanco que se ve brillar es el frontal, justo en el bregma. Ustedes no pueden divisarlo desde ahí, pero estamos justamente en el punto de unión de las cisuras.

Algo blanco y muy brillante relumbraba en el cráneo de Gemmery Draise Drum, cubierto de pinzas de Martell. Disko Tolliver tuvo que hacer un esfuerzo para dominar su estómago, mientras a su lado comentaban los estudiantes: «¡Qué perfección!», «No hay otro como él...», «Oye, y en dos minutos diez segundos...».

—Si no tuviéramos robot, señores, sería preciso proceder a la trepanación mediante el trépano de motor. Sería lento y trabajoso, y nos veríamos obligados a medir el espesor del cráneo con el medidor de Doyer. Pero como está el robot, es inútil perder el tiempo. Escuchen mi orden: ¡Radar craneano de Cushing!

Un rayo de luz roja se reflejó durante unos segundos en el brillante hueso desnudo.

—Me da el espesor exacto del hueso en este punto y la concentración necesaria del liebernil: 0'2 moles.

La doctora Soneima le tendió un spray. El doctor Basenger, musitando: «Unos cinco segundos...», apretó el pulsador del frasco. Finos copos blancos se extendieron sobre el hueso del frontal.

—Hay que esperar un poco. Sabremos cuándo el tejido óseo se ha reblandecido lo suficiente porque habrá una leve hemorragia del diploe, que cortaremos simplemente con trocitos de algodón... Véanla ustedes.

Un ligero rocío rojo estaba infiltrándose a través de la espuma blanca.

—¡Limpie campo operatorio! ¿Ven cómo obedece? Esta orden es de carácter general; el robot centrará sus sensores en la parte operada, que su memoria ha captado de antemano, y actuará en consecuencia. Bien, el hueso está reblandecido, y extraeremos un trozo con el aparato de vacío de Nieberfeld. Éste sólo puede usarse cuando se ha utilizado el liebernil; si carecemos de este precioso fármaco, extraído de las hojas sagarand del planeta Dolomances, y hemos hecho el taladro a mano, utilizaríamos el aspirador de Cushing, el trocar de Martell... La bomba de Nieberfeld



se gradúa primero al diámetro deseado; en este caso, un centímetro y medio... ¿Han oído el ruido? La parte blanda del hueso está ya extraída... En el fondo veo brillar la duramater. Tiene un color gris. La cubre la hemorragia del diploe. Algodón. Más. Ya está cortada. Deme la cápsula Krixton... ¿La ven? La levanto para que la vean... Es una maravilla: un receptor de radio miniatura, un fragmento de atomita y un pequeño proyectil de acero inoxidable. Este último queda apoyado sobre la duramater mediante su extremo redondeado, que no ejerce presión alguna... Bien. Ya está hecho. La cápsula, colocada en el bregma, tiene casi el mismo espesor que la bóveda craneana. ¿Cuánto, en total?

—Siete minutos, doctor.

—Excelente. Cosa, cierre y a recuperación. Gracias, señores.

Un apagado rumor de aplausos subrayó la última frase del doctor Basenger. Disko Tolliver, sintiendo que el estómago le daba saltos, salió corriendo de allí.

Víctor Lanyard, sentado a la mesa, con una taza de neocafé en la mano, le interpeló acremente.

—¿Dónde te has metido?

—Lo siento, Víctor... No estoy bien del estómago.

—Diarrea infantil.

—No lo sé. El estómago me molesta.

Y decía la verdad.

—Que te vea el doctor Basenger.

—¡No!

Víctor Lanyard se echó a reír.

—Eres como yo... Te gusta curarte solo, y que los sacatripas te dejen en paz. ¡Buen viejo Disko!

Las cosas iban asentándose. Eran las cuatro de la mañana y faltaba poco para que amaneciera. Las líneas de teléfono habían sido restablecidas, también la luz eléctrica y la televisión. No así la radio: los daños causados por los explosivos superaron las previsiones.

Las furgonetas con altavoces continuaban su ronda por las calles de la ciudad. Nadie se movía. Los restos de los regimientos de línea, dotaciones de los astropuertos civil y militar, Policía Municipal e Imperial, y miembros de la NIRAM sobrevivientes (¡muy pocos, realmente!), fueron conducidos al campus de la Universidad, rodeado con alambradas, y concentrados allí.

Las noticias iban llegando al cuartel general.

—Jarbalai en nuestro poder. Todo controlado.

—Raider Hill ocupado por completo.

—Mendoza Junction ocupada. Muchas bajas.

—Desfiladero de Bunlop, ocupado y tranquilo.

Y de pronto, como un estallido, llegó la noticia inesperada:

—¡Campo de Oro resiste! Las tropas del capitán Oyster masacradas por completo. No hay sobrevivientes.

—¡Malditos sean! —aulló Víctor Lanyard, poniéndose en pie, presa de una furia insana—. ¡Malditos asesinos! ¿Es ese condenado Decimoséptimo de Infantería?

—Sí, señor.

—Bien... Póngame con el astropuerto. ¿Tsuyami? Soy el jefe Lanyard. ¿Has conseguido poner algún crucero en marcha?

—...

—Aunque sólo sea uno, con eso tengo bastante. Escucha, Tsuyami. Campo de Oro resiste... ¡han matado a todos los nuestros! Quiero ese crucero en órbita dentro de cinco minutos, y que no quede alma viviente en Campo de Oro.

—...

—¡No! ¡Inmediatamente, Tsuyami! Ni quiero excusas ni monsergas... ¡Es preciso dar una lección que no olviden los puercos prohibidos! ¡Obedece! ¡No quiero traidores a mi lado!

Desencajado, blanco, con los rasgos contraídos por una furia infernal, Víctor Lanyard era la misma imagen del mal y del odio más perverso. Un silencio sepulcral se hizo en la sala de mando. Ni los ordenanzas, oficiales de campo, ni siquiera el pobre Blake Palmer, que entraba con más café, se atrevieron a moverse. Disko Tolliver intentó tranquilizar a su jefe, que acababa de colgar violentamente el teléfono.

—Víctor...

—¡Cállate, cállate o te mato!

Un puñetazo retumbó en la mesa, haciendo saltar lápices y cajas de alfileres. El rostro de Michenzell apareció en la puerta.

—¿Víctor? ¿Te pasa algo?

—¡Márchate de aquí, imbécil! ¡Y no aparezcas más!

Una ligera sombra roja cruzó en el horizonte la negrura de la noche. El cielo se hizo más claro y las dos lunas comenzaron a palidecer. El amanecer estaba próximo. Las cocinas de campaña estaban repartiendo los desayunos: café, galletas de chocolate y bollos con mermelada. Todo ello sintético, recién sacado de los almacenes de la Fábrica de Alimentación. Pero muy bien logrado; eran productos de precio, reservados para las buenas mesas.

El director del hospicio era un hombre frío e indiferente, a quien su ocupación, en

vez de llevarle a amar a los niños abandonados, le había llevado a odiarlos. Los consideraba pequeñas bestezuelas dañinas a las que sólo se podía educar al «estilo Dickens», como él decía. Una escuadra de paidos vestidos de negro lo capturó en su domicilio y lo linchó con una cuerda de piano.

También pasaron cosas buenas. No todo fueron represalias. Un paidos de infantería, viendo que otros dos maltrataban a una chica joven e intentaban abusar de ella (era una mocita de unos diecisiete años, estudiante de último curso de Tendedoras de Tuberías), se interpuso y la protegió. No se lo agradecieron mucho. Otro niño, conductor de un carro de combate, vigiló los bultos y propiedades de una familia de prohibidos que se vio forzada a abandonar su casa destrozada por un incendio, y no permitió que faltase nada. A las frases laudatorias de los ya temerosos prohibidos contestó con un seco: «Era mi obligación».

A las cinco de la mañana, mientras el sol lanzaba sus primeros rayos rojos sobre la capital del planeta, Gustavo de Hokusallmi vino a buscar a su jefe.

—Vamos —dijo Víctor Lanyard—. ¿Tu madre te cree prisionero?

—Sí, señor.

—Es mejor así. Ya veremos si conviene usarlo o no. ¿Todo preparado?

—Así es, señor.

Un vehículo blindado, pintado de gris, esperaba en el patio del edificio MAZ. Un ordenanza abrió la puerta respetuosamente, Víctor subió, y con él lo hicieron Gustavo de Hokusallmi, deslumbrante en su uniforme negro con las hojas plateadas de jefe supremo de Inteligencia, el coronel Tsuyami, con su uniforme gris-azulado y las barras blancas, y el general Dugansailer, de gala, con cordones dorados. Dos coches más, llenos de paidos armados, y dos pequeños deslizadores escoltaban al vehículo. En la parte delantera, sobre el motor de aire líquido, ondeaba una bandera. Completamente azul, con una sola estrella blanca de seis puntas en el centro, significaba que, por ahora, sólo había un planeta en poder de los paidos.

—Vamos allá —dijo Víctor.

Rugieron los motores y el recorrido triunfal a través de la capital conquistada comenzó. Columnas de prisioneros se cruzaban con el coche y los campamentos de niños, las escuadras de vigilancia, saludaban con gritos, con estentóreos vivas, el paso de su jefe.

—Un mensaje de Disko Tolliver —dijo el general Dugansailer—. Dice que ha habido varios casos de violaciones. ¿Qué hacemos?

—Nada.

—Uno de los violadores abandonó su puesto. Estaba de centinela.

—No tengo que decirte lo que hay que hacer, general.

Dugansailer tomó el micrófono.

—Sí, fusilado. De inmediato, como lección.

Entre escombros, el coche enfocó las avenidas principales, más limpias. Se agitaban al viento las banderas recién creadas, mientras pálidos rostros de prohibidos miraban por las ventanas. Gritos de victoria acogían la comitiva.

—Me quieren —dijo Víctor Lanyard.

—Le adoran, señor —contestó Hokusallmi—. Irían a cualquier sitio por usted.

—Irán, Gustavo.

A las cinco y veinticinco, el vehículo estaba llegando al Gobierno Militar. En ese mismo momento, el doctor Basenger hacía que Gemmery Draise Drum, con un pequeño vendaje en la cabeza, tambaleante, saliera al exterior del edificio MAZ.

—Corre —dijo el doctor—. Si puedes llegar hasta el horizonte, eres libre.

Sin saber lo que hacía, aún con la cabeza obnubilada, sintiéndose extrañamente débil, la muchacha comenzó a caminar hacia la lejanía. La carretera del Mutzbunk se abría ante ella, totalmente solitaria. De la ciudad llegaba ruido de gritos y músicas. «Porny —pensó— Porny, ¿dónde estás?». No sabía que Porny yacía en una celda, con un vendaje a través del estómago, esperando su fatídico turno.

—Más deprisa... ¡más deprisa! —gritó la voz avinagrada del pequeño doctor.

Como una sonámbula, Gemmery obedeció, sintiendo que los dolores de cabeza aumentaban, como si le fuese a estallar. Algo cálido y húmedo rozó su cuello. Llevó la mano allí mientras continuaba andando como una autómatas. La retiró teñida en un líquido rojo y seroso. ¡Sangre! ¿De dónde...?

A los lados de la ruta del Mutzbunk, los picachos agudos llenos de sales de cobre, esquistos filosos de rocas metamórficas, desgarrantes oquedades cubiertas de cristales, se alzaban como lápidas funerarias hechas por un artista loco.

—¡Sigue! —aulló, muy lejana, casi inaudible, la voz del tiñoso Basenger.

Gemmery tropezó y se tambaleó sobre el firme negro de la carretera. «Fibrolán», pensó. Uno de sus amigos había trabajado como contratista en aquellas obras, cubriendo el suelo estéril del planeta con capas y capas del negro producto artificial.

—Quiero amar... —dijo Gemmery Draise Drum, en voz baja, sintiendo que el mundo daba vueltas a su alrededor. Los rayos del sol bailaban, se volvían verdes, escarlatas—. Quiero vivir... No, nada de esto está pasando. Es mentira... es mentira...

El doctor Basenger, impasible, contempló la frágil figurita que se alejaba. Después, apretó un botoncito en una cajita plana de metal. La sentencia... las ondas electromagnéticas reptaron hasta la cápsula Krixton, actuaron sobre la atomita. La deflagración de ésta incrustó el balín de acero en el encéfalo de Gemmery... Sobre el

horizonte rojo, la diminuta figura negra dio un salto convulsivo y se derrumbó en el suelo.

—El siguiente —dijo el doctor Basenger.

En el Gobierno Militar, una figura desharrapada, cubierta de vendajes, se desperezaba bajo el sol naciente, cegada aún por los rayos luminosos. Era un cambio muy brusco después de tantas semanas de encierro. Quizás era el único hombre que contemplaba sin sorpresa a los soldados liliputienses que le habían sacado de la mazmorra. En un patio yacían los cadáveres del doctor Shariati y de los demás carceleros. El hombre haraposo no lo sintió, muy a su pesar. Hubiera querido compadecerse de todos, pero estaba demasiado agotado y lleno de dolores como para sentir lástima por ellos. El recuerdo de los húmedos pasadizos le llenaba de terror. Sostenido por dos robustos paidos, respiraba con ansia el aire limpio de la mañana, filtrado a través de tapones de la mejor clase, recién estrenados.

Un pequeño vehículo de acero, en cuyo motor ondeaba una bandera azul y blanca, se detuvo ante él. Del coche descendió una pequeña figura, vestida con un abrigo gris cerrado hasta el cuello. La cabecita se cubría con una gorra de plato, también gris oscuro, sin insignias. El prisionero, sin gafas, bizqueaba intentando distinguir las borrosas imágenes. La figura gris se acercó a él mientras descendían otras, vestidas de negro, verde, azul, con cordones dorados, placas y galones. La figura gris le tendió una pequeña mano morena.

—Hola, papá —dijo.

El sol brillaba ya con todo su esplendor sobre Golconda. El amanecer había terminado, empezaba el día.

*(Creo sinceramente que todas estas cosas son exactas, por eso he querido recordarlas. Disko Tolliver).*

## 12. NOTAS FINALES

Por fin me he quedado solo. Los últimos días han sido aterradores, la verdad. Pero en este momento soy el amo de Golconda, que es lo que me interesaba. Desde que llegué al Mutzbunk, la idea inicial de comprar un buen negocio y establecernos, como quien dice, cambió mucho y ha acabado en esto otro. ¿En qué momento se me ocurrió? Pues no lo sé. Claro que mis chicos creen que yo lo tenía planeado desde el principio, y yo se lo dejo creer porque eso hace que me tengan más respeto y consideración. Como dice Gus, me adoran. ¡A ver, si no! ¿Qué otro remedio les queda?

Desde que hice aquella probatina sobre el feu Alceste Paracels, que en paz descanse, no he podido volver a tomar notas, ni escribir, ni grabar nada. Tendría que haberlo hecho, porque la conquista de Golconda fue cosa rica y muy digna de ser escrita para los siglos venideros, por lo sabrosamente que se planteó, los problemas que hubo y las cosas que pasaron. Podría encargárselo a Gus, o a Disko, o a algún otro, pero no me fío de nadie. Cuando haya que contarlo, lo escribiré yo y nadie más.

O por mejor decir, lo grabaré, como ahora esto haciendo en el mejor aparato del planeta: una grabadora por variación magnética con complemento de agudos por rayo luminoso y de graves por micrófono de garganta. Es algo latosa, pero la he comprobado y mi voz sale tal cual. No me ha costado nada. El personal de la radio (prohibidos) me la ha regalado. Tiene hilo para doce horas, de manera que puedo hablar y hablar y hablar, que tanto me gusta, hasta que se me seque la garganta.

Bueno, yo he comprobado las notas, grabaciones y escritos que hice anteriormente y, ¡caray!, son la mar de útiles. Por eso, ahora que tengo tiempo, puesto que he de dormir unos meses seguidos, voy a recopilar, como dice papá. Así podré oírlo más adelante y recordar tiempos mejores, ver si he cometido algún error o equivocación, y si lo he cometido, peor para el que lo sufrió. Porque para mí, nada. Estoy ya demasiado arriba, aunque no todo lo que quisiera.

Desde luego, ahora sigo o me matan. Y seguiré hasta el final, eso lo saben los verdes. Pero claro, el trabajo que llevo para organizado todo es demasiado. Bien es cierto que Disko Tolliver se ha revelado como un administrador de primera clase, es único para la cosa de organizar las comidas, la selección de trabajo y todo eso. Sin embargo, es una verdadera nulidad a la hora de tomar resoluciones; si llego a delegar en él los planes para la conquista de Golconda, estamos todos ahora muertos o en la trena, o quizá las dos cosas a la vez.

Estos prohibidos, desde luego, se defienden entre ellos. Papá Garuslap, una vez que le hubimos reparado los estropicios que Shariati y compañeros fiambres le hicieron, se arrejuntó con Taberner y Mazagrainer, y ahí me han formado una peña que si no fuera por otras cosas sería de reírse. Taberner y el abuelo se dedican a beber

como bestias, papá Garuslap, que no prueba el alcohol, les reprende e invoca a varios dioses. Los tengo aislados en el edificio MAZ, en una especie de zoológico privado. ¡No iba a matarlos! Digo yo. Y no hablemos del asunto de las mestizas de Mendel; Taberner, que tiene sus flecos de generoso, quiso cederle a Garuslap a una de ellas: Amalteria (la más usada). Vaya. Cómo se puso papá Garuslap. Habló de tantas cosas raras que me harté y me fui. Pero no quiso. A veces me pregunto si será marica, pero no creo porque no pide prohibidos machos. ¡Vaya pandilla que me rodea! Si no fuera por mí...

Claro que a papá Garuslap sólo le dejo decirme «hijo mío» y cosas así en privado. Las pocas veces que tiene que hablarme delante de mi equipo me trata de «señor». ¡Es listo! Se lo dije una sola vez y lo aprendió en seguida; no ha hecho falta darle una mano de palos como al abuelo o a Taberner. Pero es que éstos son unos borrachuzos, y el alcohol perjudica mucho.

Otro absurdo de lo más: papá ha conocido a Michenzell y, en vez de considerar que era un estupro (ha usado esta horrible palabra en varias ocasiones), ha parecido quedarse impresionado ante la chica, la ha saludado haciéndole reverencia y todo, y ha simpatizado horrores con ella. Michenzell, que es tonta, se quedó muy impresionada con esa forma de actuar de Garuslap, y se va bastantes veces a hablar con él y con los otros dos beodos. Desde luego, he cometido un error con esta chica. Un error de juventud, diría yo. No puedo entenderme con ella como me entendía con la pobre Fran; no hay ni pizca de comunicación. Mira que la hice teñirse de rubio y ponerse los mismos trajes que la otra, pues nada. Recuerdo que los primeros días parecía sentir una pasión de lo más intensa, y yo estaba convencido de que lo pasaba bien conmigo en la cama. La presenté a todos, hice saber que era la Primera Dama, y tan contentos. Pero luego empezaron los problemas, poco a poco fue perdiéndole el gusto a la cosa, o quién sabe si había disimulado al principio... Trataba de esquivarme, decía que ciertas cosas son porquerías y se dedicaba a incordiarne por todos los sistemas. Que si trabajas demasiado, que qué haces ahora, que para qué es todo esto... Empeñada en que comiera con ella a la hora en que le apetecía y en que no me acostase tarde, no fumase y no leyera informes en la cama... Vamos, que se ha vuelto una pesada de campeonato galáctico. No es Fran, claro está; eso ya lo sabía yo. Pero podía tratar de parecerse a ella un poco, o por lo menos ser tan original que me hiciera olvidarla. Pues no. Lo que sí me parece es que me quiere mucho, porque la veo sufrir cuando no le hago caso. Pero ni ella ni yo somos capaces de romper esa especie de barreras que han surgido entre los dos.

A quien le ha cogido un asco espantoso papá Garuslap es a Basenger. Y también a Gustavo.

¡Ah, lo de Gustavo fue estupendo! Tiene a una chica, una tal Bianca, del Servicio de Recuperación, y parece que le va bien con ella. Los demás chicos y chicas han

resuelto sus problemas por un estilo; de todas maneras, todavía quedan en Golconda unas cuantas fulanas jovencillas, como Borjana, que hacen el servicio cuando es preciso. Ganan dinero con ello y están bien tratadas. Y no es que los prohibidos estén demasiado mal. Quitando a aquellos demasiado peligrosos o responsables de crímenes graves contra los paidos, a los que hubo que eliminar, los demás no han tenido más remedio que conformarse. Trabajan en lo que se les dice, ¿qué remedio les queda? No es que tengan más fuerza que nosotros ni que sean más listos, pero son mano de obra para continuar y aumentar la producción bélica... Con capataces y guardias paidos, no pueden rebelarse. Naturalmente, se les han quitado todas las armas, y los explosivos de las minas están sometidos a un control severísimo. A veces hay problemas. Parece que todavía hay prohibidos tan estúpidos que se avergüenzan de obedecer a un paidos, o creen que por medir la mitad que ellos no somos peligrosos. Ya van siete que acaban en el paredón por esa causa. Públicamente, claro está, para que se abronque bien la cosa y se entere todo el planeta.

Decía de lo de Gustavo. Bueno, pues necesitábamos como el comer el papel Stone. Mira que en el Gobierno Militar encontramos todo lo preciso: claves de radio, balizas de los demás planetas, control de horarios de naves de guerra, informes secretos sobre armas y efectivos (buena parte la teníamos ya) y hasta la Caja de Impuestos, con abundante dinero. Eso, además del que Gustavo le había sutilizado a su madre. Pero no pudimos encontrar las reservas de papel Stone. Y sin eso no podíamos continuar. ¿Cómo íbamos a fabricar dinero, documentos de identidad, pasaportes, certificados y demás? Como Gus no había podido enterarse, preví yo la cosa para tener siempre un as en la manga.

A la general la tuvimos varios días en un calabozo, pero no soltó prenda. Pretendía no saber nada, y seguía insistiendo en que el papel Stone venía de fuera... que en Golconda no había existencias. No se lo creía ni ella misma, claro. Se volvía loca preguntando por su hijo, y los guardianes sin decirle nada. Contratamos dos prohibidos corpulentos para que la vigilaran, y como sólo vio una escuadra de paidos, le hicimos creer que en realidad había habido una rebelión minera y que los niños que la detuvieron eran una escuadra especial o algo así, que los demás eran todos adultos. Como el desprecio que los prohibidos sienten por los niños es tremendo, se lo creyó de inmediato. Claro, los prohibidos, como abultan el doble, pueden tirarte de las orejas; nosotros no, que no llegamos.

Así que, una mañana, los dos vigilantes corpulentos la cogieron y, con los ojos vendados, la llevaron a la refinería Van Eyck. Tenía la mano izquierda vendada y casi inútil; había perdido tres dedos. En la sala de batido, uno de los prohibidos le quitó la venda. Parpadeó, medio cegada, aunque allí no había demasiada luz. Sólo vio los altos techos con lucernas y las grandes calderas de zinc donde se hacen las emulsiones. Bueno, pues al lado de una de éstas, ya preparada, estaba Gustavo con



las ropas hechas tiras, un ojo negro y unos cuantos chafarrinones rojos en la cara. Otros dos prohibidos lo tenían sujeto por los hombros. El chico, con las manos atadas, era una perfecta pena. Claro, su madre parecía un verde rabioso. Gritó, aulló, quiso soltarse de las cadenas y echarse sobre su hijo, pero nada. Imposible. Con bastante esfuerzo la amarraron a una columna.

—Necesitamos saber dónde está el depósito de papel Stone. ¿Vas a decirlo? —preguntó uno de los prohibidos.

La general soltó un gruñido espantoso y no dijo nada. El prohibido lo hacía bien, lo había escogido yo para esto por ser actor de la Comedia y estaba maquillado de facineroso que daba gusto verlo... Aparte de otra cosa, se le había advertido que se jugaba el cuello como su actuación no fuera de primera clase.

Gustavo berreaba en todos los tonos lastimosos disponibles y en alguno más, completamente nuevo, que se había inventado para esta ocasión:

—¡Mamá! ¡Díselo! ¡Me matarán, si no! ¡Mamááá...!

Ni por ésas. La general debía de darse cuenta de que sin el papel Stone no podíamos hacer nada, y apretó los labios como un cepo de hierro. Bien. El actor ya sabía por dónde había que tirar...

—Abrid eso —dijo.

Otros dos levantaron la tapa de la caldera y dejaron ver el interior, casi lleno de agua. Son calderas anchas y poco profundas, y cuando se les pone la tapa cierran herméticamente. Tienen unos tres metros de diámetro, y se podrían cocer unos mil pollos dentro. O cosa así.

La general, horrorizada, se dio cuenta de lo que iba a pasar cuando cogieron a Gus, que se retorció como una bailarina y daba unos alaridos capaces de reblandecer el alma más negra, y lo metieron en la caldera. Después, mientras la general intentaba hablar y se le cortaban las palabras, pusieron la tapa, la atornillaron y la cerraron del todo.

—¿Dónde está? —dijo el actor, poniendo cara feroche—. ¡Habla o doy el contacto!

—¡No te atreverás! —aulló la general, tirando de las ligaduras con tal fuerza que se le saltaron las venillas de los párpados. Un chorro de sangre comenzó a caerle de las manos: se había desgarrado las muñecas—. ¡Sacadlo de ahí, criminales, asesinos! ¡Sacadlo de ahí! ¡Hijo, Gustavo...! ¡Sacadlo!

El actor, sin decir más, conectó el interruptor y bajo el caldero se encendieron dos o tres pilotos rojos. Naturalmente, habíamos desconectado las resistencias. Lo sentía yo (que estaba viéndolo todo desde una balconada) por el pobre Gus, encerrado en la olla y mojado como un borracho por dentro, pero no quedaba otro remedio.

—Tarda como media hora en hervir —dijo el actor retorciendo el hocico. ¡Era bueno aquel tío! Habría que darle algún vale extra, además de lo prometido—.

¿Dónde está el papel Stone? No lo preguntaré más.

Y se calló. Aquí acababa su actuación. Si con esto la general no largaba... pues, bueno, a mí ya no se me ocurría nada más. De drogas de la verdad (estribamina, trinital o cloruro de mitrofenio) ni hablar, tenía un bloque mental como el de papá, y nada más inyectárselas hubiera cascado.

Durante unos segundos, la general tiró y tiró de las ataduras con el rostro rojo, las narices dilatadas, la sucia cabellera cubriéndole la frente. Me imaginaba yo cómo debía de sufrir la pobre. Ésa es nuestra arma, luego lo contaré. Pero, por fin, reventó. Pareció desmoronarse como una casa vieja a la que le ponen petardo para tirarla, y se le aflojó la mandíbula inferior. Daba horror verla, hundida por completo.

—¡Abridlo, abrid eso...! En el comedor, detrás del móvil de Leiner Paget, uno que representa un bosque... Sólo se abre con ultrasonidos... un millón de herz durante tres segundos, otros tres segundos de silencio, después novecientos mil herz, cuatro segundos; otros dos de silencio, y tres megahertz durante cinco segundos más... ¡Sacad a mi hijo de ahí!

Los hombres abrieron la tapa, dejando ver a Gustavo hecho una sopa. Sin embargo, hasta que Colomer trajo un generador de ultrasonidos de la Facultad de Física y lo pusimos en marcha ante el móvil, no nos quedamos convencidos. El cuadro se deslizó a un lado, mostrando una gran cámara estrecha y larga, muy bien disimulada dentro de la pared, con fajos y fajos de papel Stone, blanco como una flor blanca, y en los seis tamaños estándar que se usaban en el Imperio.

Lo mejor de todo fue el final. Sacaron a Gustavo del baño y le cortaron las ligaduras. Ahora ya no nos preocupaba el montaje (que había sido casi tan bueno como el de *La venganza de Hobart Peel*, aquella obra que vi en la Comedia desde lo más barato), así que mandamos fuera a los prohibidos y yo mismo estreché la mano de Gus y le felicité. Vinieron seis guardias con fusiles para llevarse al actor y a los demás, y era cosa de ver la jeta de la general ante lo que, para ella, eran unos cuantos críos meones, vestidos de uniforme y arreando a personas mayores como si mismamente fueran ganado. No entendía una palabra.

—¡Hijo mío, Gustavo! —gritaba—. ¡Ya estás a salvo!

Y de pronto, le entró en el caletre que allí había unos chicos vestidos de uniforme, con armas y que trataban a su hijo con gran respeto.

—Bueno —dije yo—. Te has mojado y nada más. Pero ha valido la pena.

—Claro que sí, señor —dijo Gustavo—. Estaba condenadamente oscuro ahí dentro, y el agua demasiado fría. Casi hubiera querido que las resistencias estuvieran conectadas.

Un alarido de fiera vino desde la general. Era ella quien lo había lanzado.

—¡Gustavo! ¿Qué es esto?

Gus se volvió hacia su madre, muy despacio.

—Una farsa... —contestó—. Son todos amigos míos. Pero te la has tragado, mamá.

Los ojos de la general parecían de loca.

—¿Te acuerdas cómo la pobre Fran tenía razón siempre? ¿Te acuerdas cómo bastaba que ella dijera algo para que me castigases a mí? No creas que no te he oído decirle cosas por la noche, cuando ibas a verla a su alcoba... ¿cuántas veces viniste a verme a mí? Decías que ella, cuando fuera mayor, sería general, como tú, y que gobernaría un planeta, o quién sabe si más... ¡Y al infeliz de Gus, porque es chico en vez de chica, que lo parta un rayo! Y cuando hacíamos algo que no te gustaba, aunque ni siquiera supiéramos que era malo... ¡Me castigabas a mí, no a ella! Que sí, que luego, como no quedaba más que yo, todo fue para mí. Todo tu cariño, ¿verdad? ¡No lo necesito! ¡Estoy con los míos y seguiré con ellos! ¡Púdrete!

La general viró los ojos, que se le pusieron blancos, hizo como un temblor muy violento y lanzó un aullido desgarrador. Luego comenzó a reírse, a reírse... y no hubo manera de pararla. La encerramos en un calabozo. Y aún sigue riéndose. El doctor Florián dice que está completamente loca, y que no tiene cura. ¡Qué le vamos a hacer!

¡Qué silencio tan maravilloso hay ahora! Pocas cosas me gustan tanto como quedarme solo, cuando todo el mundo está en la cama y veo la noche a través de las ventanas. También me gusta levantarme antes que nadie (a pesar de que Michenzell protesta y dice que no la dejo dormir) y estar a solas en mi despacho, quitando asuntos de en medio y con una buena jarra de café al lado. Lo cierto es que noto cómo Golconda está viva, como un gran monstruo que tuviera muchos nervios vibrando. Esta terrible bola de piedra está cubierta por miles de vidas, y esas vidas las gobiernan yo.

A veces, papá Garuslap, que tiene mis mismos hábitos en eso de acostarse tarde o de levantarse temprano, viene a estar conmigo un rato. Claro, han cambiado las cosas. Ahora me teme. Incluso a solas, cuando quiere darme un consejo, da mil revueltas para no irritarme; no se atreve ya a hablarme como lo hacía en el camino al Mutzbunk. Ni siquiera me reconviene por lo que he hecho; se limita a mirarme y esperar su ocasión. ¡Como si no lo supiera yo!

Siguen saliendo las naves de metales de todas clases hacia los destinos prefijados y continúan llegando esas panzudas astronaves cargadas con alimentos enlatados hace cien años. Un mes después de la revuelta llegó una nave de pasajeros. Se quedaron media docena en Golconda y los demás siguieron a Pharonteón. Nadie subió, claro está. Las cosas no son difíciles de mantener en secreto. Tardarán mucho tiempo en darse cuenta... Y ese tiempo es el que dispongo yo para continuar mi camino.

Pero apenas lo tengo para escribir. Nada se ha escrito sobre cómo se desarrolló el Día de la Verdad. Alguna vez tendré tiempo y lo haré. Lo cierto es que sé perfectamente que no podemos enfrentarnos así, a las claras, con tropas de línea. Véase lo que sucedió en Campo de Oro con el Decimoséptimo de Infantería. Necesitamos valernos del hecho de que, aparentemente, somos niños, y de que, gracias a eso, los prohibidos nos aman. Pero nosotros a ellos no. En cuanto a inventar armas nuevas, pocas probabilidades le veo, incluso el nulgrav me ha fallado estrepitosamente.

—Claro —dijo papá Garuslap—. El nulgrav sólo sirve para levantar naves grandes o para que aterricen. El nulgrav, como sabes, es la anulación momentánea de la gravedad y requiere unos compensadores que un individuo no puede tener. Por eso no funcionó con tus chicos.

Reconozco que fue una idea equivocada. ¡Nulgravs individuales! Verdaderamente, ahora que lo veo, una barbaridad. Salieron disparados como balines y les fue imposible controlar la marcha. Varios de ellos cayeron en edificios en llamas, otros se estrellaron contra muros, otros están en órbita a miles de kilómetros de altura. Bueno, no lo haré más. Con razón el Ejército Imperial no usa nulgravs individuales.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer, hijo?

—Primeramente, Barlión, papá. Cuento con tu ayuda.

Me ha mirado, sin contestar. Yo he repetido mi afirmación.

—Digo que cuento con que me ayudes.

—¿Cómo?

—Ya lo verás...

—Pero... pero lo que has hecho aquí es una dictadura peor que la del *Sha*. Tratáis a los adultos como esclavos. Les hacéis trabajar en las fábricas y en las minas. Les habéis privado de sus bienes... ¡Son verdaderos esclavos!

—Bueno —digo yo—. Yo estoy de acuerdo con tus ideas democrático-estelares... pero no ahora. Si los dejase ir demócratando por ahí, los prohibidos se nos comerían en media hora. Tengo que asentar las cosas. Cuando caiga Barlión, será de otra manera...

—¿Y después?

—Después lo demás, papá. Ya he despachado emisarios paidos, de toda confianza, bien instruidos, con excelentes documentos de papel Stone, hacia todos los puntos que me interesan.

—¡Lo quieres todo, entonces!

—Claro. ¡Tonto sería lo contrario! He de barrer al *Sha*, ¿comprendes? Pero antes de eso no puede pensarse en democracias ni en gobiernos estelares, ni en todo lo que tú dices...

Parece que se queda pensativo.

—Pero... hijo. Cosas como las que hace ese repugnante doctor Basenger... ¡son intolerables!

—Tampoco es para tanto.

Tengo la lista de bajas sobre la mesa. No han sido demasiadas. Incluye una autopsia hecha por Basenger a un paidos muerto, con detalles sobre los cambios que ha sufrido su cuerpo comparado con el de un niño normal. Que si los trefonas celulares, que si las cuerdas vocales han aumentado, etc., etc. A veces, Basenger se pasa.

—¿Cómo que no es para tanto? Hace experimentos en vivo, ¡en vivo!, con los que tú llamas prohibidos y que son vuestros padres, vuestros parientes.

—Míos, no. De todas maneras, si es tu gusto, le diré a Basenger que acabe con eso.

—¿Palabra de honor?

—Palabra, claro que sí. Y ahora... ¿vas a ayudarme?

—¿Cómo?

Se lo digo. Se queda dudoso. A mí me da lo mismo. Si no me ayuda él, lo conseguiré por otra parte. Habla de responsabilidades, de represalias. Las responsabilidades no me importan mucho. Como le he dicho a Gustavo, sólo soy responsable ante el futuro y ante la galaxia. A Gus le gustó la frase, pero ¡maldito lo que significa!

—Ya veremos —contestó Garuslap, dudoso—. Pero hay otra cosa...

Se está poniendo pesado. Lástima, pero su conversación me gusta. Es tan sincero, tan noblote. Le duele engañar a los demás. De vez en cuando, lanza una invocación a un dios. Le sirvo café.

—Eso que llamáis Vidas Jóvenes...

¡Ah, eso! Bueno, reconozco que sí ha originado problemas. Pero no quedaba otra solución. Le miro, adoptando un aspecto de sinceridad.

—No quedaba otro remedio.

—Lo comprendo... puesto en vuestro caso. No podéis dejar a los niños menores de siete años en poder de sus padres o de sus familias.

—Claro.

—Tenéis que darles la droga, tabernizarlos. —¡Tabernizados! Me gusta, pero es largo—. Tenéis que controlarlos.

—Algo más que eso, papá. Están expuestos a sufrir daños a manos de las personas con quienes vivan. Nosotros los cuidamos mejor...

—Te digo que lo comprendo... Pero ¡prohibís que sus padres los vean! ¿No comprendes el espantoso sufrimiento de esos pobres hombres y mujeres? Se les ha quitado sus hijos pequeños, no saben si están vivos. Y además sufren una esclavitud

espantosa... ¿No podrías...?

—¿El qué?

—Permitir una especie de visitas, como en las cárceles. Que sus padres los vieran de vez en cuando.

Siempre tan compasivo y tan bueno. Ha perdonado hasta a la general, que sigue babeando en una mazmorra. Ha perdonado hasta al doctor Shariati, que le arrancó las uñas. Dijo que sentía su muerte... ¡y yo creo que hablaba de veras! No lo entiendo, no lo entiendo.

En el móvil de Leiner Paget, unas figuras poco claras cortan árboles y construyen una nave. Otras figuras oscuras las miran desde los linderos del bosque.

—Eso está hecho, papá. Es poca cosa lo que pides. Pero basta por hoy. Prepárate, mañana salimos para Barlión...

Sí, salimos para Barlión. Esta mañana ha tomado tierra la gran nave que hace el recorrido Quajardasht, Barlión, Golconda, Nílfide y Mendel. Esta vez no seguirá su viaje. Los pasajeros han pasado a engrosar los campos de concentración y trabajo del Servicio de Inteligencia. Es un gran disco que ocupa el astropuerto civil casi por completo y que relumbra con un color pardo-rojizo bajo el sol de Golconda. Ahora sólo es cosa de pensar a quién me llevo conmigo. Desde luego, Garuslap, Michenzell, una escuadra selecta de paidos, pilotos y personal prohibido adecuadamente condicionado y controlado... Y cosas: una biblioteca en cristales, con lector, dinero, una maquinita de imprimir papel Stone y otras cosas...

No pasará nada. Cuando una nave falta y no llega a su destino, es que no llega y se acabó. A veces, ni la buscan. Es demasiado tiempo. Y el tiempo corre a mi favor y en contra del Imperio.

De todas maneras, ya estábamos establecidos en Barlión, gracias a nuestras fábricas MAZ.

No me llevaré a Mazagrainer. Está muy viejo. Nombraremos a Garuslap consejero general, o algo de eso. Basenger... bueno, no, Florián le cambiará algo la cara y el pelo. Para que no me lo encajen con el sólido del astropuerto. Le pondré otro nombre: Marsenath Dillon, por ejemplo. No me llevaré a Taberner, no lo necesito. Tenemos su fórmula completa y podemos producirla en cualquier sitio.

Queda el último acto. Anochece, y me conmueve un poco pensar que es la última vez que veo el sol de Golconda, en mucho tiempo... o quizá para siempre, llamo. Entra Blake Palmer. Le doy las órdenes oportunas. Mientras bebo un poco de brandy y fumo mi único cigarro diario (ya no tengo más placeres que éstos), entran Disko Tolliver y Gustavo de Hokusallmi.

—Marcho mañana —les digo—. No podemos detenernos, el enemigo sólo espera un momento de debilidad para arrojarse encima de nosotros y destrozarnos. Parto

hacia Barlión, y más adelante... ya veremos. Pero alguien tiene que quedar aquí, gobernando Golconda en mi nombre.

¿Ha habido un rictus de dolor en la cara de Disko? ¿Ha habido un gesto de avidez en la de Gustavo? Es igual. Mi decisión está tomada hace ya tiempo.

—Tú, Gustavo, serás gobernador de Golconda. En cuanto a ti, Disko, prepárate. Mañana partimos para Barlión y me acompañarás. Puedes llevarte a tu chica, si quieres. ¿No se llama Oulita?

—Sí, Víctor. Oulita Rastinov. Piloto INC.

—Excelente, siempre será una ayuda. Puedes retirarte, Disko.

Este chico está muy triste. Lo veo en sus ojos. Sé de sobras que pertenece a esa escasa facción que quiere llegar a un entendimiento con los prohibidos. Bueno, la mayor parte piensa lo contrario. Además, da igual. Aquí, lo que importa es lo que quiera yo.

Me quedo solo con Gustavo.

—Te lo daré por escrito. Siéntate y toma nota: «Por la presente, y siendo necesario el establecer lo preciso para el régimen y gobierno de este planeta, yo, Víctor Lanyard, jefe supremo de los paidos, vengo en disponer...».

Lo firmo. ¡Ah, tengo que llevarme al bueno de Isaías Mitsouda! Casi se me olvida. Le entrego a Gustavo, que me mira con reverencia, flamante en su uniforme negro, un carrete de hilo.

—Ahí tienes grabadas mis instrucciones para todos los casos posibles. También indico cuándo deberás despachar tropas para Barlión. Y naves. Y todo lo necesario. Actuarás un poco a ciegas, pero lo mismo da. O lo de Barlión sale según mis planes, en cuyo caso acertaré, o no sale. Y si es así, todo da igual.

—Señor —dice—, veo que tengo todos los poderes... Pero ese Garuslap me ha dicho que las Vidas Jóvenes y que el doctor Basenger...

—Nada, Gustavo. Todo sigue igual. Puedes retirarte. No sé si te veré mañana.

—¡Señor! ¿Cómo no voy a asistir a su partida?

Y me he despedido de él al pie de la rampa de la astronave. Se llama «Rayo Estrella» y es un hermoso buque. Contemplo por última vez las llanuras inhóspitas de Golconda. Recuerdo cosas en las que no había pensado, o que antes no sabía explicar. Los grandes senderos de exploración, flanqueados por enormes cristales blancos; las inmensas geodas, rotas por un costado, con su concavidad cubierta de agudas puntas rojas; los profundos agujeros llenos de velludos minerales, con el brillo rojizo de la lava en su fondo... Sí, Golconda es un hermoso mundo.

—Adiós, Gustavo.

Le doy la mano.

—Adiós, Sire —dice—. Siempre a vuestras órdenes, Sire.

¡Sire! ¡Me gusta!





GABRIEL BERMÚDEZ CASTILLO nació en Valencia en 1934, y actualmente vive en el cantón de Cartagena, con su mujer, un hijo de dieciocho años, y una hija mayor, ya casada. Comenzó a escribir a los 18 años, si bien no lo hace de forma continuada, sino esporádicamente, cuando su trabajo profesional le deja tiempo, y cuando las ideas afluyen a su mente. En 1972 publicó su primer libro, *EL MUNDO HOKUN*, colección de relatos, uno de los cuales, *AMOR EN UNA ISLA VERDE*, mereció un premio en la *Europa Eurocón Special* de Trieste. En 1976 apareció su primera novela larga, *VIAJE A UN PLANETA WU-WEI*, publicada por Editorial Acervo, y que más tarde sería reeditada por Ediciones Orbis. En 1978 aparece *LA PIEL DEL INFINITO*, que en la *Hispacon 78* obtiene el Premio especial de *Puente Cultural* a la mejor novela española de ciencia ficción de 1978. En el mismo año se publica su última novela larga que ha pasado a la imprenta, *EL SEÑOR DE LA RUEDA*, más tarde también reeditada por Orbis.